LA CATEDRAL DE LOS PÁJAROS

(Crónicas de una generación prohibida)

JORGE PALADINO

Letras LT

EA Editorial Agora

LA CATEDRAL
DE LOS PÁJAROS

Paladino, Jorge
La cátedral de los pájaros: crónicas de una generación prohibida . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Agora, 2014.
360 p. ; 14x20 cm.

ISBN 978-950-9553-63-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Diseño de tapa: Editorial Ágora

© Editorial Ágora
Justo Antonio Suárez 6796, 1er. Piso, depto 10.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.editorialagora.com.ar

Impresión y encuadernación:
La Imprenta Ya. - Av. Mitre 1761.
Florida - Buenos Aires - Argentina
Fecha de impresión: marzo de 2014

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

LA CATEDRAL DE LOS PÁJAROS

(Crónicas de una generación prohibida)

JORGE PALADINO

EA/Editorial Ágora

Prólogo

Rosa L. Nassif

Un grupo de jóvenes inquietos compartiendo una vieja casona en una localidad del Gran Buenos Aires; el torbellino de los años 70 transformando esa *mezcla de bohemia y de hambre* que los había unido en compromiso social y político; la noche del 76 ensombreciendo demasiado pronto aquella felicidad de la lucha compartida. Todo esto nos permite revivir Jorge Paladino en *La catedral de los pájaros*, bella metáfora de aquellos años de luces y sombras que grabaron a fuego a millones de jóvenes de *aquella gloriosa generación del setenta* a quien el autor dedica su obra bautizándola como *la generación prohibida*.

De un modo o de otro, están presente en la novela las grandes conmociones sociales y políticas que con tonalidades diversas conformaron el final de los sesenta y la primera mitad de los setenta: el mayo francés, el asesinato del Che abandonado a su suerte en Bolivia, la derrota yanqui en Vietnam, los tanques rusos invadiendo Checoslovaquia, la Revolución Cultural Proletaria en China y, las luchas estudiantiles y las grandes puebladas que culminaron con el Cordobazo en Argentina, marcando el fin de la dictadura de Onganía. Pero Paladino concentra el relato en el corto y dramático período que transcurre desde el fin de la dictadura de Lanusse y el triunfo del peronismo con Cámpora en 1973 hasta el sangriento golpe de Estado de 1976.

Cada acontecimiento de esos intensos y variados años adquieren carnadura en la trama vital de cada integrante de *La catedral de los pájaros*: Mario, con su Bitácora, su perra y la ginebra, Pablo que es quién relata la historia de *La Comuna,* como bautizarán a la casa, Carlos con su guitarra y su maoísmo, Bigote, que vota en blanco y no acuerda con los peronistas; Clarita, que pone algo de orden en el caos reinante, Lucía, el Negro, Rita y otros tantos personajes que entran y salen de *La Comuna* y de la historia.

Cobran vida en cada uno de los protagonistas, que se nos van volviendo cada vez más entrañables en el desarrollo de la novela, Los Beatles y el folklore; Piazzola y Serrat; el infaltable mate y los tallarines con pesto de Pipo; la poesía y la política, el amor y el sexo, la libertad y los compromisos, la militancia y la vocación. Debates y figuras que dibujaron el paisaje de aquellos tiempos.

Los hechos que marcaron la historia de esos años en nuestro país se nos manifiestan a través de las conmociones que produjeron en la vida de estos jóvenes. Así, la contagiosa felicidad popular que acompaña el primer regreso de Perón, influye en la decisión de Pablo de alfabetizar en la Villa, a la que siempre llamará *barrio,* ya que *no le gusta lo de villeros porque es ponerse por encima de ellos.* Allí vivirá las diferencias entre los viejos peronistas y los jóvenes de la Tendencia y Montoneros. Del mismo modo, el triunfo electoral de Cámpora producirá las primeras fisuras en el grupo ya que unos festejan en las calles de la Capital y otros viajan a conmemorar el aniversario del Cordobazo.

Emerge entonces la discusión que hoy puede parecer lejana pero que en aquel momento comprometía y apasionaba a la mayoría de los jóvenes: la necesidad de la revolución y cuál era el camino; Perón o la lucha armada; la guerrilla o la insurrección. *La vida se les había ensanchado*.

Estaban haciendo sus primeras armas en política cuando sufren el tremendo impacto del golpe contra Allende en Chile, como un anticipo de la represión siniestra que viviríamos pocos años después en nuestro país. A partir de entonces, *nada volverá a ser igual*. A su vez, el encuentro con Carlos, militante maoísta, será

otro hecho que influirá decisivamente en los habitantes de *La Comuna* para *dejar esa actitud de bohemios hermanados por el arte y el hambre.* En forma progresiva cada uno irá ordenando su vida de acuerdo al rumbo elegido.

A través del contingente de jóvenes de *La Comuna* descubriremos también aspectos de la década de los 70 particularmente silenciados o empequeñecidos en lo mucho que se ha escrito sobre estos años. Este ocultamiento se da tanto en los que denostan este período por considerarlo subversivo como en los que lo exaltan reduciéndolo unilateralmente al accionar de los grupos guerrilleros.

En *La catedral de los pájaros* se rescatan y cobran vida las grandes luchas obreras y populares de esos años, el heroísmo de delegados que se enfrentan a la patronal y a los jerarcas sindicales, dirigentes obreros, estudiantiles y revolucionarios presos o asesinados, militantes que denuncian y se preparan para enfrentar el golpe de Estado *venga de donde venga*.

Es esta parte de nuestra historia la que Jorge Paladino recupera en su novela permitiéndonos recordar sin melancolía aquellos años juveniles. Por ello compartimos sus palabras de despedida:

Hoy sabemos que el cielo está mucho más alto…
pero seguimos decididos a ir por él.

“Andábamos a pleno
bajo un sol destartalado
con los bolsillos
repletos de palomas,
cantando las consignas
de la Revolución,
entre acordes de fa
y endecasílabos”

(“Los entenados” – Ed. Agora – 1995)

A aquella gloriosa
generación del setenta…
a la que orgullosamente pertenezco.

La catedral de los pájaros

Amanecía 1973 y atrás quedaba una noche que parecía definitivamente enterrada bajo nuestro entusiasmo. Éramos parte de ese viento insolente que recorría pueblos y ciudades. En él podíamos desplegar nuestras alas por primera vez. Aún percibo la fragancia de aquel tiempo febril…y algo suicida. Aquélla "Belle Époque" que nos tocó vivir a los que veníamos de dictadura en dictadura, de cárceles y de "bastones largos".

Por ese tiempo nació y cobró vida "La Comuna". Así bautizamos a aquél afortunado encuentro de náufragos veinteañeros en una casona de la calle Zufriategui, a unos metros del Puente Saavedra. Una isla, que en sus comienzos se mantuvo lejos de las rutas marinas, pero que muy pronto fue invadida por el hervidero de la calle. Atrás quedaron los desvaríos metafísicos y esa bohemia pintoresca, pero algo ingenua, que nos había ganado en los '60.

Fueron años de intenso aprendizaje y vocación militante, que marcaron a fuego a nuestra generación, cambiando para siempre nuestras vidas. Dispuestos a defender cada minuto de aquella nueva existencia, nos desprendimos de esa suerte de harapos filosóficos con que se nos había vestido en épocas dictatoriales y abrazamos ideales luminosos. Hoy vuelvo a revivir las voces de quienes junto a mí, crecieron, amaron y lucharon bajo un sol, que se ocultó demasiado pronto.

Paso la mano sobre el cuero ajado de las tapas de la "Bitácora" y vuelven las imágenes de aquel breve tiempo de bonanza, entre 1973 y 1976, que muchos se empeñan en recordar como "violento", sospecho que con el afán de justificar lo que vino después. Yo prefiero llamar a mi generación…la generación prohibida.

Primera parte

LA COMUNA

Sobreviviente

Cuánto tiempo estuvo esta carta en el último cajón de mi escritorio…¿seis, siete años…? La guardé entre las hojas del Diario al que Mario llamaba su "Bitácora", a la espera de verlo aparecer algún día, con su barba rala y su sonrisa manchada de nicotina. Ahora estoy frente a ellos: la carta, el Diario…y los recuerdos, que comienzan a caer como llovizna. Rasgo el sobre. Con un respeto casi notarial despliego el papel amarillento, donde aún palpita la letra pequeña y despareja de Adriana.

Bariloche, 18 de julio de 1976

Querido Mario:

No quise escribirte antes. Por acá todo salió mal y no quería abrumarte con mis calamidades. Sé que sos de esas personas a las que es muy fácil lastimar. Ahora, más tranquila, puedo contarte que apenas me casé perdí mi embarazo. No pude volver quedar y eso terminó con nuestro matrimonio. No sé si tuviste más suerte que yo, espero que sí. Hoy, hace justo un año, nos conocíamos. No sé si te acordás, quiero decir, si a veces pensás en mí. Perdoname la letra, es que estoy muy nerviosa. ¿Llegaste hasta acá?, ¡bien!, si todavía no la rompiste, ya es algo.

No sé si fui cobarde, o si era el único camino que me quedaba, pero de algo estoy segura: tomar la decisión de volverme dejándote ahí, no fue

fácil. Al lado tuyo me sentía necesaria, casi imprescindible, ¿qué engreída, no? No sería capaz de decirte todo esto en persona, pero…¿todavía estás ahí?… sucede que tengo muchas ganas de verte. Cuando pienso en vos, en la casa de Derqui, en La Comuna, siento que una parte mía se quedó ahí. Por eso, si vas a contestarme, que sea para estar con vos de nuevo, sino, prefiero tu silencio. Sabré entender. Chau." Adriana.

Bitácora

1973 – FEBRERO 15: Hoy me dije: Mario, es hora de tirar a la basura esa libretita llena de pelotudeces y empezar a mantener correspondencia con vos mismo. Después fui y te compré. Me gustaste por tus tapas de cuero negro, tu facha de galán de estantería. Ahora estoy sentado frente a vos, pero no se me ocurre nada que contarte. Perdoname, debe ser por la emoción.

1973 – FEBRERO 22: Hace casi un mes que Bigote y yo vinimos a vivir con Oscar. El flaco es buena persona, pero demasiado cheto para mi gusto. Ya lo pesqué varias veces con la mirada fulería al entrar a la pieza. Espero que no pase de ahí. Después de todo, como dice Tegobi, él fue el que nos propuso venir a esta casa y yo no estoy dispuesto a mudarme. Hace años que no sé hacer otra cosa. Sol entró en la pieza y me mira. ¿Será posible que me quiera tanto esta perra?…con el hambre que pasa conmigo. A veces estamos días sin vernos y sin embargo siempre está ahí, detrás de la puerta, asomando el hocico, preguntándome no sé qué cosa con la mirada. La gente como yo no tendría que tener animales.

1973 – MARZO 6: Está amaneciendo. Bigote trajo una botella de ginebra y la destornillamos toda. Eso fue ayer…o mejor dicho anoche…que todavía es hoy. Estoy en pedo. ¡La puta, ya me mandé una cagada…! Perdoname…te tiré el vaso encima…ahora parecés una remerita pintada a lo batik. Decía de Bigote…sí, que la separación le está costando mucho…no habló de otra cosa…y eso que ya pasaron

seis meses. Creo que ahora está llorando. Tendría que haberle dicho algo que lo ayudara…pero qué. De eso se sale solo…o no se sale. Espero que sepa que estoy con él…le va a costar agarrar el sueño. Yo estaba igual hace un par de años…cuando me separé de Elvira. Pero yo me sentía así por Raulito…no por ella. ¡Bueno!…lo único que falta es que ahora me ataque a mí. Después de todo…la nada es la nada…y si dura mucho, lo mejor es matarse. ¿Qué puse…? Mejor que la corte acá…no quiero llenarte de boludeces como a la otra libretita. Ahí viene el último sueño…si lo pierdo no pasa otro hasta mañana. Te voy a dejar abierto para que te seques…espero que no tengas frío.

Regreso

Cuando abrí la puerta de mi cuarto, después de casi tres meses de ausencia, todo estaba igual a como lo había dejado. Se notaban las manos de mi madre en el piso encerado y el aroma a jabón de las sábanas, recién puestas. Todo un recibimiento. Dejé la valija junto al bargueño y empecé a recorrerlo todo con la mirada, como si estuviera allí por primera vez. Sí…me sentía extranjero en mi propio mundo. Sobre mi escritorio seguían los poemas que había escrito poco antes de irme, a fines de diciembre. Les eché un vistazo y los arrojé al canasto. Ya los sacaría de allí mi madre al día siguiente, para guardarlos secretamente en un bolso que escondía sobre el ropero, y que descubrí accidentalmente un día, buscando el estuche de mi guitarra. Papeles amarillos, arrugados, algunos rotos en pedazos. ¿Por qué guardaba todo eso? ¿Los leería a solas?, ¿sería su forma de estar más tiempo conmigo? Puede ser. Desde la muerte de mi padre, un año atrás, yo estaba cada vez menos en casa. La cena en lo de Mariel, esa noche, fue lo de costumbre. Su padre sonriente y abstraído, su madre alerta y diligente, y ella, con sus grandes ojos oscuros…

– Te noto raro desde que llegaste.

– Cansancio, cielo…fueron 36 horas de viaje.

– ¿Por qué no viniste en micro?, es mucho más rápido.

– Sabés que me gusta el tren.

Luego, al irme, el beso…y nuevamente el vacío. Caminé las mismas cuadras de siempre, pasé por los jardines que desde hacía tres

años nos veían pasar cada noche, de beso en beso, de caricia en caricia, hasta su puerta. En la última esquina miré hacia atrás, como si fuese ésa la última noche en que lo haría. Había dejado de amarla …y creo que ambos lo sabíamos. Me senté sobre la cama. Desde la biblioteca me miraban Kafka, Hesse, Krishnamurti, Gibran, Sartre. Encendí un cigarrillo y abrí la ventana. Abajo, el patio dormitaba y el silencio andaba de puntillas por las habitaciones. Alfonso, mi gato, recortaba su pose de faraón sobre un fondo de azoteas. Cuando me vio, entró de un salto y ocupó su lugar acostumbrado en el sillón. Pasé mis dedos por sus sitios predilectos mientras se desperezaba indiferente.

Una isla en Zufriategui

Mi barrio tenía el encanto de los últimos jazmines aromando las calles a esa hora de la tarde. La casa de Oscar quedaba a pocas cuadras. Aún estaba aturdido por las ideas confusas que acompañaron mi regreso y Oscar tenía la doble virtud de saber escuchar…y no dar consejos. Al doblar la esquina de Zufriategui se me puso a la par la destartalada furgoneta de Bigote. Lo llamábamos así por su inmenso "mostacho".

– ¡Volviste Pablito! Creíamos que te quedabas a vivir allá.

"Casi, casi…" – contesté – y subí al auto. Me contó que un mes atrás había caído Oscar en el departamento que alquilaba a medias con Mario y les propuso mudarse a su casa porque los padres se habían ido y para él solo era muy grande. La idea de pagar un alquiler entre tres y el tamaño de la casa con sus comodidades, hicieron que Mario y él aceptaran. No sé por qué, pero la noticia me alegró. Un largo pasillo conducía hasta la puerta de la vieja casa, en los fondos de un edificio de departamentos, todos en planta baja. Muchas veces había estado en ella, pero al entrar ese día, no pude reconocerla. El amplio – y alguna vez sobrio – comedor, ostentaba un arruinadísimo piso de parquet alfombrado de puchos. Los muebles de estilo habían dejado su lugar a un rústico mesón mal entrazado, lleno de papeles, planos, ceniceros, discos y una pava con su mate. En lugar de la elegante araña de hierro forjado, la luz sobre el mesón la derramaba una estrafalaria lámpara de dibujo. Un par de viejos sillones – uno de ellos sustentado por el tomo comercial de la guía telefónica, que reemplazaba una de sus patas – flanqueaban a un cajón de

frutas de Río Negro, que disimulado bajo una sucia carpetita, oficiaba de mesa ratona. Me llamó la atención un recuadro de madera amachimbrada de metro y medio por metro y medio, que ocupaba en la pared el lugar de aquélla cómoda señorial, con su enorme espejo cincelado, que había sido el orgullo de la madre de Oscar. El recuadro, al que –después me enteré – llamaban "Idiotario", estaba repleto de recortes de diarios, fotos, poemas y frases célebres de los habitantes de la casa, entre las que se destacaban: "Está bien que las cosas sean así y si no fueran así…también estaría bien" y "Bigote sin bigotes no existe". Mientras él iba a preparar el mate, me acerqué al tocadiscos, que junto con un par de banquetas de madera, completaban el mobiliario. Me puse a hurgar entre los discos…encontré uno de Piazzola y su quinteto. Encendí el viejo "Winco" y la voz de ése bandoneón maravilloso empezó a revolotear por el caserón.

– ¿Este es tuyo…?

– No, ésos son de Mario – contestó desde la cocina– a mí me gusta más el folklore moderno…los Huanca Huá, el cuarteto Zupay, las Voces Blancas. ¿Los conocés?

– Creo que sí. Nunca me acuerdo los nombres de los grupos. A mí me gusta Serrat, Vinicius, Los Beatles.

– ¡Qué mezcolanza…! A Mario también le gusta Serrat.

– Cuánto hace que no veo a Mario…

– ¡Mejor!, está loquísimo. Labura con los planos dos o tres días seguidos, sin dormir. Después los entrega, siempre tarde, entonces no le pagan y se deprime. A veces está tirado horas y horas, boca arriba en la cama. Ahora se compró un Diario, o algo así, donde escribe lo que le pasa. Él lo llama su "Bitácora". Se encierra por la noche en su pieza y se pone a charlar con él. Se ríe solo…¡está loco!

Me senté junto al mesón y tuve una extraña sensación, algo así como si todo eso me fuera familiar…me perteneciera de algún modo. Creo que sonreía, cuando vi a Bigote haciéndome señas desde la puerta. Sin hacer ruido entramos en la habitación donde dormían

Oscar y Mario. Bigote levantó un poco las cortinas y un vago resplandor entró por una de las ventanas. Había ropa desparramada, una guitarra y un montón de libros sobre una de las mesitas de luz. Bigote me alcanzó el primer mate. Me sorprendió, porque desde que lo conocí, cuando él cebaba, siempre se tomaba el primero. Era el que más le gustaba. Oscar se despertó…

– ¡Qué hacés fugado…! ¿Cuándo llegaste?

– Ayer a las dos de la tarde.

– Te hubieras venido a cenar, no sabés la exquisitez que cocinó Bigote.

– No empecemos… – amenazó Bigote.

– ¿Ese que está en la otra cama es Mario? – pregunté.

– Creemos que sí, pero nunca se sabe quién va a ser cuando despierte.

– Ese no se duerme, ¡se muere!…y después se reencarna. Nadie me lo quiere creer.

Oscar se sentó en el borde de la cama. No me llamó la atención la presencia de talco entre los dedos de los pies y la forma prolija en que estaban alineadas sus pantuflas junto a la cama. Obviamente el desorden de la habitación no le pertenecía. Luego de tomarse un mate, se anudó cuidadosamente la bata, agarró una revista y se dirigió al baño. "¡Ese D'Artagnan es mío!" – gruñó Bigote. Oscar cerró la puerta sin darle tiempo a que se lo quitara. Empezó a notarse movimiento en la cama de Mario y luego de algunos merodeos vimos asomar su barba entre las sábanas. Con parsimonia se puso de pié. Su imagen era cavernaria. Las piernas flacas, el tórax huesudo y encorvado, el pelo en baraúnda. Se me acercó, algo tambaleante y me quedó mirando como si no me conociera. De pronto…

– ¡Qué hacés, querido…!

– Ya ves, de vuelta.

– ¿Qué tal las Cataratas?

– ¿Las Cat…?

Bigote me cruzó una mirada e interrumpiéndome, contestó por mí.

– No pudo ir ni un solo día.

– ¿Mal tiempo?

– No. Le quedaban lejos.

– ¿Cómo lejos…?

– ¡Estuvo en Bariloche, pelotudo!

En ese momento y seguramente al oír su voz, entró Soledad, la perra que siempre acompañaba a Mario. Bigote se le acercó con gesto amenazante.

– ¡Si volvés a hacer caca en mi cama te la hago comer toda!

– ¡Con el hambre que tiene no creo que se resista! – agregó Oscar desde el baño.

– ¡Vos encargate de no tapar las cañerías, como siempre!

– ¡La culpa la tiene tu invento culinario de anoche!

– ¡A Mario y a mí no nos hizo nada!

– ¡Todavía…!

Era un humor fresco, que contagiaba. Me sentí uno más. Pregunté cómo se las arreglaban con el alquiler y Oscar, saliendo del baño dijo que lo pagaba él. Noté que Bigote fruncía el ceño –gesto clásico en él cuando se enojaba– y miraba de reojo a Mario que se encogía de hombros. Bigote me explicó que el único que tenía sueldo fijo era Oscar. "Y como el alquiler también es fijo…". Había un tono de reproche en las palabras de Oscar. No sabía qué estaba pasando, pero mi instinto me sugirió cambiar de tema. Empecé por contarles lo que había vivido en Bariloche. Eso llevó otra pava de mate. Después Bigote empezó a tocar la guitarra y entre anécdotas y canciones se fue haciendo de noche. Oscar fue a encontrarse con su novia y

nosotros caímos en el tema político…era lógico, había elecciones en una semana y todos votábamos por primera vez. Mario lo iba a hacer por el peronismo. Yo todavía no estaba decidido. Bigote iba a votar en blanco, como proponía la mayoría de los partidos de izquierda.

– ¿Y Oscar qué opina? – pregunté.

– Oscar es peronista – repuso secamente Bigote.

Terminamos en "Los chiquitos", una pizzería que, según ellos, tenía tres grandes virtudes: quedar a media cuadra, estar abierta las 24 horas… ¡y fiar! Al volver a casa, una nota sobre mi escritorio decía: "Te llamó Mariel". Claro, era sábado…lo había olvidado. A esa hora Miguel y el Negro, mis viejos y queridos amigos, estarían empezando su gira por las Peñas de Olivos, guitarra en mano. En otras circunstancias me hubiera cambiado para ir a darles la sorpresa. Pero por alguna razón ya no me entusiasmaba la idea de trasnochar, cantando por un vaso de whisky. Sí…eran muchas cosas las que se estaban desmoronando dentro mío, pero esa tarde, en la casa de Zufriategui, sentí que había otras que empezaban a nacer en mí.

Domingo electoral

El barrio era un hormiguero de gente que iba y venía buscando la mesa para emitir su voto. Nunca como hasta en ese entonces, los que teníamos en blanco la Libreta de Enrolamiento, habíamos visto semejante explosión propagandística. Caras y nombres, en su mayoría desconocidos para mí, salían a la palestra encabezando frentes, movimientos y partidos. El peronismo amenazaba con barrer a la oposición "en la primera vuelta". El Frente Justicialista de Liberación, al que llamaban "Frejuli" encabezaba todas las encuestas. Ese domingo el barrio era una muestra de lo que sucedía en el resto del país. Mientras iba a encontrarme con Miguel, en la puerta de la secundaria donde votábamos, me detenía a escuchar las discusiones. Empecé a comprender qué lejos había estado de todo lo que sucedía a mí alrededor. La "rebelde" bohemia de mi adolescencia no había hecho un crítico de mí, sino un ignorante. De mi padre, que leía a Nietzsche y a José Ingenieros, recordaba su admiración por Alfredo Palacios. De mi madre, su oculta preferencia por la Unión Cívica Radical. Las discusiones familiares poco habían dejado en mí de lo que podría llamarse un "aprendizaje cívico". Así que tuve que empezar a informarme. Muchos hicimos en ésa época nuestras primeras armas en política. Y aunque algunos eran "Militantes" y otros éramos "Independientes", todos sentíamos la necesidad de comprometernos con lo que estaba pasando. Así, finalmente, mi voto al peronismo sería el de una solidaridad intuitiva con los sectores más necesitados, que por motivos que aún desconocía, albergaban su mayor esperanza en el regreso de Perón.

———————————

– ¡Andá a decirle al vagoneta de tu hijo que se despegue de las sábanas, que lo estamos esperando para almorzar!

– Es que llegó tarde anoche…

– ¡Pobrecito…!

– Bueno viejo, qué querés…es joven. Vos cuando tenías su edad…

– ¡Laburaba! ¡Y después salía de joda! Si ése se dedicara a trabajar la décima parte del tiempo que pierde con las polleras, sería millonario.

– Sos injusto viejo, Sebastián está trabajando.

– ¡Hace un cinturón por semana y además no lo vende!, ¿a eso le llamás "trabajar"?

– Tiene mala suerte.

– ¿Mala suerte…? ¿Levantarse todos los días al mediodía y encontrar un suculento plato de comida?

– ¿Sabés lo que podés hacer con tu plato de comida…?

– ¡Sebastián…!

– ¡Ah, se despertó el Príncipe…! ¡Perdone su señoría, no quisimos molestarlo! Sabemos que trabajó hasta altas horas de la noche. ¿Nos haría el bien de compartir nuestra mesa?

– Estás contento, hoy. ¿Qué pasó…te regalaron otra botella?

– ¡Sebastián, no le hables así a tu papá! Esperá, ¿te vas sin comer?

– Voy a votar y después a lo de Angélica.

– ¡A votar…! ¿Te imaginás? Estamos perdidos, vieja.

– Esa mujer es muy grande para él.

– ¿Qué dijiste…?

– Nada, nada…empezá a comer, que se te enfría.

———————————

– ¿Fuiste a almorzar con tus viejos?

– Sí.

– ¿Y…?

– Qué…

– Bueno, al menos viste a tu hijo…

– Sí.

– ¿La viste a Elvira?

– No.

– Veo que no tenés ganas de hablar del tema.

– No.

– Tenés razón. No hay peor momento que el atardecer de un domingo, para hablar de cosas perdidas. ¿Qué envolviste en la servilleta?

– Las galletitas.

– ¿Para qué?

– Se las voy a llevar a Sol.

– Me volvió a cagar la cama, ¿sabías?

– Me contó Oscar.

– A él también le cagó la cama. ¡Y se la agarró conmigo el boludo!

– Qué querés que haga…

– Hay que dejarla en la terraza.

– Ya está haciendo frío.

– ¡Mario…!

– Bueno…pero a la noche la meto en el lavadero.

– Está bien. La situación con Oscar se está poniendo densa.

– Sí.

– Me parece que tenemos que hablar con él. No me gustaría que terminara mal por una cuestión de convivencia.

– Está bien.

– ¿Te parece que lo hablemos mañana?

– Sí.

– No sé por qué digo “hablemos”, si al final siempre hablo yo.

– Vos hablás mejor.

– ¿Votaste al Frejuli?

– Sí.

– Te convenció Oscar…

– No. No había otra.

– Sí había.

– El voto en blanco no le sirve a nadie.

– ¡Exacto! No quiero que me use ningún burgués.

———————————

En la radio se oían las primeras cifras del escrutinio. Oscar estaba con su hermano, yo no lo conocía. Ambos se veían contentos.

– Este es Raúl, mi hermano.

– ¿Vos sos el otro poeta? – me saludó.

– Sí, pero tu hermano es mejor.

– ¡Qué va a ser…! Siempre hablando del amor y los paisajes perdidos.

– A él sólo le gusta la política – aclaró Oscar.

– ¡Vamos ganando por paliza! – interrumpió Raúl.

– ¿A qué hora estarán los resultados? – pregunté.

– ¿Los finales? Hoy no van a estar.

– Tal vez mañana a la noche…o pasado – agregó Oscar.

– ¿Tanto tardan en contar los votos?

– Es que no se trata sólo de eso. Hay impugnaciones, recuentos.

– ¡Pero el "Tío" arrasa…ya vas a ver!

– ¿Quién es el "Tío"? – pregunté a Oscar.

– Cámpora.

– ¿Y por qué lo llaman así…?

– Perón es "Papá"…Cámpora es el "Tío". ¿Entendés?

– Y como "Papá" ya está viejo… – insinuó Raúl.

– Perón va a volver y va a ser presidente, acordate de lo que te digo – sentenció Oscar, con cierta hostilidad.

– ¡Uh…vos seguís con eso hermanito…! Lanusse no lo va a dejar volver, metételo en la cabeza. Además, Perón tiene que quedarse en España a pasar sus últimos años en paz, para eso lo tenemos al Tío.

– No le llega a los talones a Perón.

– ¡Qué sabrás vos de política…!

– Por lo menos sé que no es bueno hacerla con la armas.

– Te estás yendo de boca, hermanito, mejor me voy – dijo Raúl, saliendo.

– ¿Por qué se puso así? – pregunté.

– Es de la Tendencia…siempre se ponen así cuando mencionás a Perón.

– ¿Qué es la "Tendencia"?

– Te lo explico otro día. Vení, sentate…hace mucho que no hablamos vos y yo.

Era exactamente lo que yo necesitaba. Mi cabeza era un revoltijo de ideas cruzadas sobre lo que tenía o no tenía que hacer. Mariel y sus ganas de casarse, mi madre, su viudez y sus lamentos cotidianos …y yo, que tras ésos meses en Bariloche tenía la sensación de haber vivido mis veinticuatro años adentro de una gorra. Oscar bajó el volumen de la radio y entre mate y mate, estuvimos charlando un largo rato. En eso, sonó el teléfono. El atendió…

– Es para vos.

– ¿Para mí…acá…?

– Una tal Lucía.

El nombre me quedó temblando en el oído sin animarse a entrar del todo.

– ¿Le digo que no estás?

– No sé…no, dame. Hola.

– Ya ves, cumplo mi palabra. Ayer llegué de Mar del Plata. Tu mamá me dijo que estabas en este número. Es una mujer encantadora. Hola…¿me oís?

– Sí…perdoname, es que no creí que fueras a llamar.

– ¿Creíste que hablaba en broma esa noche?

– No…no sé…las cosas se habían dado de una manera tan…

– ¡Maravillosa!…yo no la olvidé.

– No, yo tampoco, pero no creí que…

– Quiero verte.

– Sí…claro…qué te parece si nos encontramos el miércoles en…

– Mañana.

– ¿Mañana…? Bueno…¿a las ocho en la puerta del "Losuar"?

– ¿Me vas a llevar al cine…?

Había ironía en el tono de su voz. Me llevaba la delantera y no me dejaba pensar.

– Es que había hecho planes con unos amigos, los lunes dan las películas que nos gustan…claro, si no te molesta.

– En absoluto. Pero entonces quiero verte a solas un rato antes. ¿Sí…?.

– Bueno…en la esquina del cine hay un boliche…

– Prefiero Cabildo y Juramento a las cinco.

– ¿En la "Mignon"…a las cinco…?

– Sí. ¿Sos puntual? No me hagas esperar…te extrañé mucho.

Oscar me miraba sonriendo.

– Me parece que esa mujer sabe lo que quiere.

– No pensé que fuera a llamar.

– Eso ya lo dijiste. ¿Quién es?

– Nos conocimos en Bariloche, ella viajaba al día siguiente a Mar del Plata donde la esperaban sus padres y quedamos en hablarnos cuando volviéramos a Buenos Aires.

– ¿Es muy bicho?

– Todo lo contrario…es modelo.

– ¡No jodás…!

– Pero vive en otro mundo…de otra manera. No tiene nada que ver conmigo, con mi forma de ser, de vivir…¡qué sé yo!

– No hacen falta tantos requisitos para acostarse con alguien.

– Es que no se trata de eso.

– Por lo que escuché, mañana te violan a las cinco de la tarde.

– Es difícil de explicar. Me siento muy atraído por ella y al mismo tiempo la rechazo. Es impulsiva, provocadora, vanidosa…

– El "negativo" de Mariel.

– Ahá…

– Tal vez por eso te atraiga tanto.

– O tal vez por eso la rechace.

– ¿No me dijiste que lo de Mariel se termina…?

– No sé, no sé. ¿Qué vamos a ver mañana?

– Hacete el boludo…

– No, en serio.

– "Los perros de paja"…si la elegiste vos.

Marchas triunfales

No había empezado mi café, cuando la vi llegar. Se había cortado un poco el cabello, que era rubio. Sus ojos pardos tenían un brillo intenso. No tuve tiempo de levantarme, selló mi boca con un beso.

– Hola.

– Te cortaste el pelo.

– ¿Te gusta?

– Estás hermosa.

– Vos también.

– Qué querés tomar…

– Nada. Terminá el café. Tenemos poco tiempo.

Caminamos muy apretados, sin decir palabra. Sólo besándonos de tanto en tanto. Ella abrió la puerta de la habitación – nunca me había pasado antes – y encendió las luces tenues. Nos paramos frente al espejo y nos desnudamos mutuamente. Me dejé llevar por sus impulsos, eran mucho más decididos que los míos. Nunca había estado con una mujer que disfrutara tanto cada instante de la relación y que tanto me hiciera disfrutar a mí. Las dos horas pasaron demasiado pronto. Antes de irnos fumamos un cigarrillo. Yo tenía la mirada abstraída en la exótica lámpara que pendía del techo… sentí su mirada.

– ¿A qué viene esa sonrisa…?

– Soy feliz – dijo con displicencia.

– ¿Te puedo preguntar algo que me tiene intrigado? Quién era ese muchacho que estaba con vos en el boliche, la noche que…

– Alguien.

– ¿Y por qué se fue cuando yo llegué?

– Porque yo le pedí que se fuera.

– ¿Qué…?

– Le dije que me había enamorado.

– Habíamos charlado dos minutos esa tarde, cuando compraste…

– …una pulsera para mi vieja. Sí, ya sé…para mí fue suficiente.

– ¿Tan segura estabas?

– Y estoy.

– Mirá Lucía…yo no sé…

– No te asustes. No estoy pidiendo que te enamores de mí, sólo que compartas un poquito de tu vida conmigo.

De un salto entró al baño. Escuché la ducha…luego su voz…

– ¿A qué hora empieza la película?

———————————

Mario y Oscar esperaban con las entradas en la mano. No hubo tiempo para presentaciones, pero noté que Lucía los había impactado. La opinión de mis amigos en esas cuestiones, siempre tuvo para mí un valor especial. A la salida fuimos a comer los famosos fideos al "tucopesto" que servían en "Pipo". Lucía hablaba animadamente sobre la película y había entablado con Mario y con Oscar una relación fluida. Se la veía segura de sí misma, desenfadada…y eso la hacía mucho más interesante para mí. Recordé la charla con Oscar. Tal vez mi relación con Mariel se había transformado en una lánguida dependencia mutua y necesitaba eso…su "negativo". Ella notó que la miraba y apoyó el mentón sobre mi hombro.

– Qué…

– Estás estupenda.

– Me siento estupenda.

Sonrió con picardía mientras resbalaba sus dedos por dentro de mi cinturón.

– ¿Qué querés hacer…?

– De todo…

Reímos. Mario levantó un instante su barba del plato, sin entender demasiado. Oscar estaba atento a la radio portátil de una mesa vecina.

– Es fanático, ¿no?

– No tanto. Pero es peronista…y hoy es un día especial.

– ¿Todavía siguen contando los votos?

– Sí. No parece interesarte mucho.

– Odio la política. Engendra violencia.

Su contestación me estremeció. Era como si sus palabras hubieran sintetizado lo que yo sentía al respecto. La besé suavemente en los labios. Todo estaba sucediendo con demasiada rapidez, pero me gustaba…y mucho. En la calle comenzó a oírse un rumor creciente. Oscar fue hacia la puerta. Desde un auto se oyó "¡Se metieron el Ballotage en el culo!". Mario se acercó a Oscar. La gente empezó a salir a la calle. Oscar volvió a entrar, desorbitado.

– ¡Viene una columna enorme desde el Obelisco…en mi vida vi algo semejante! ¡Ocupa Corrientes de pared a pared y no se alcanza a ver dónde termina! No sé qué van a hacer ustedes, pero Mario y yo nos prendemos.

– ¿Vamos? – le dije entusiasmado a Lucía, mientras ellos se alejaban.

– No, vayan ustedes. A mí estas cosas me dan miedo. Andá, los vas a perder. Yo me tomo un taxi, mañana te llamo.

Nos besamos y se alejó sin dejar de sonreír. Volví a pensar en Mariel… "mañana mismo tengo que hablar con ella, no se merece esto". La enorme columna ya llegaba a la esquina donde Mario y Oscar me esperaban. Corrí hacia ellos. Era una noche de marchas triunfales. Había bocinazos, rondas y bombas de estruendo. Mis preocupaciones bien pronto tomaron la dimensión de una cabeza de alfiler. La fuerza demoledora de todos, unidos por la esperanza, arrasaba con las mezquindades de cada uno. Yo no era peronista ni radical ni comunista. Esa noche era un hombre feliz, simplemente porque estaba allí y allí no se podía estar de otra manera. Mi alegría era la de todo un pueblo que había triunfado. Mucho más tarde y con los años, comprendí que ésa noche había sentido la verdadera "felicidad", porque la verdadera felicidad es eso…un Pueblo feliz. Pasamos bajo los balcones azules y blancos, anclados en un cielo estrellado de papelitos. Cantamos y bailamos hasta el amanecer.

La Comuna

– ¿Vos…? Los que se tendrían que ir son ellos.

– Yo los invité a venir, fui el de la idea… ¿entendés?

– ¡Vos naciste en esta casa, Oscar…!

– Pero no soy el dueño, Sebastián. Mis viejos se pudieron comprar algo y yo no quise ir con ellos. Me la tengo que bancar.

– ¿Hablaste con los dos o con Bigote sólo?

– Ya no importa…me voy a buscar un depto y me voy.

– Yo creo que…

– ¡Ssshh…! Ahí llegó Mario.

– ¿Cómo sabés?

– Es el único que no cierra de un portazo.

– Qué dice la gente…

– Cómo andás…

– Bien.

– …suelto, quiero decir. ¿Te volvieron a dar laburo?

– Un plano chico.

– No aprenden, ¿eh…?

– Voy a armar el tablero.

– ¡Puta que sos jodido…! ¿Por qué te la agarrás siempre con él?

– Me tienta…es tan raro.

– Es muy buen tipo.

– ¡A vos hay que canonizarte! Te están echando de tu casa y…

– ¡No me están echando de mi casa, Sebastián! Soy yo el que quiere irse. Lo que pasa es que vos estás con el quilombo de tu viejo y…

– No compares…yo me tuve que ir.

– ¿Estás en lo de la veterana?

– No me quedó otra.

– Debe estar chocha.

– ¿Por qué no alquilamos algo juntos, vos y yo?

– Cuando la flaca termine la facultad, se viene a vivir conmigo.

– ¡Y que venga…! yo no soy celoso.

– Pero yo sí.

– Vos te la perdés. Se me hace tarde.

– ¿Vas a la villa?

– Sí. Tu hermano me debe estar esperando.

– ¿Y cómo va eso?

– El laburo me gusta, pero cuando hay que ir a charlas políticas…

– Ellos son así, todo tiene que servir a la política. Escuchá y no les des bola.

– ¡Y qué te crees que hago…!

———————————

Me despedí de Mariel con un beso breve sobre la mejilla. Fue en un viejo bar, donde ambos lloramos toda la tarde…y al que nunca volví. Allí quedaron tres años de mi vida y mi primer amor. Lo que no imaginaba entonces, es que desde allí empezaría a ser un nómade en esa asignatura. No voy a abundar en los detalles de mi otra partida, cuando me fui de casa. La mudanza de Oscar y la invitación de Mario y Bigote para que me uniera a ellos, aceleraron el trámite. Aporté a la casa un viejo combinado RCA, discos de los Beatles y

un sofá–cama que agrandó nuestra posibilidad de albergar amigos. También una biblioteca algo desvencijada, que sirvió más que nada para ocultar una enorme mancha de humedad, porque a decir verdad, había pocos libros en la casa y los míos no alcanzaban a llenar la cuarta parte. El dinero que había ganado en Bariloche con mis artesanías se estaba terminando. Empecé a diseñar nuevas piezas con la idea de fabricarlas en cantidad y venderlas al mayoreo. Pero al poco tiempo me di cuenta que, como de costumbre, mis proyectos excedían mis posibilidades. Mario, con quien pasaba casi todas las tardes – él en su tablero de dibujo y yo sobre el mesón burilando ceniceros o bijouterie – comenzó a interesarse por mi trabajo. Así que le enseñé algunas técnicas que había aprendido. Me ayudaba de a ratos, mientras se secaba la tinta de algún plano, o cuando descansaba de la incómoda posición a que lo sometía el tablero. Bigote salía esporádicamente con una maestra, a la que sólo una vez pudimos ver. Allí nos dimos cuenta de los motivos de su ocultamiento. Pero lo más frecuente eran sus encuentros "secretos" con su ex–esposa. Sabíamos de ellos por la depresión que lo invadía después, pero nunca nos animamos a transponer los límites de su silencio. Lucía y yo vivíamos nuestro romance con entusiasmo. Una intensa atracción sexual era la fuerza motriz de nuestra relación y eso, debo admitirlo, me producía un cierto recelo, porque nunca le había asignado al sexo tanta prevalencia en una relación de pareja. Venía con frecuencia y solía quedarse algunos fines de semana, usando a alguna amiga como excusa ante su familia. Por esa época conocí a Sebastián. Lo había visto antes, en compañía de Oscar, pero nunca habíamos hablado. Con su melena rubia hasta los hombros y su gastado sobretodo negro, era todo un personaje. Y sin lugar a dudas, el que más se lo creía era él. Componía hermosas melodías que habitualmente dejaba inconclusas, y la guitarra era su arma de seducción. Pero contradictoriamente vivía con una mujer que le doblaba la edad. A veces traía sus cueros y trabajaba con nosotros. Nuestra bohemia se llevaba mal con nuestros bolsillos. No pocas veces, un paquete de galletitas donado por Paco, el kiosquero de la esquina, era nuestra única cena. Y la situación amenazaba empeorar. A Mario le regateaban los trabajos

porque solía excederse de los plazos de entrega y a Bigote empezaron a mermarle los alumnos porque cada vez le dedicaba más tiempo a la preparación del repertorio con que se lanzaría como cantautor. Sebastián, que se había hecho asiduo de la casa, rara vez podía aportar algo. Los cinturones que hacía le llevaban tanto tiempo, que terminaba encariñándose con ellos y no se decidía a venderlos. La línea de bijouterie que yo había diseñado y a la que había bautizado "Línea espacial", necesitaba de un complejo mecanismo de elaboración, que sólo encarado en serie podía producir la suficiente cantidad de piezas como para poder cumplir con pedidos importantes. Eso me dio la idea de proponerles trabajar juntos. Mario, Sebastián y yo seríamos los artesanos y Bigote, con la furgoneta, se encargaría del corretaje. La propuesta fue bien recibida y titulada por Sebastián "Artemanía casual", nombre que adoptó de inmediato la naciente sociedad. Nuestro primer problema era conseguir el material: alpaca, soldadura, piedras, etc. Y para eso hacía falta dinero. No teníamos nada para vender…hasta que Bigote tuvo una brillante idea.

– ¡El leñogar!

– ¿Qué te pasa?

– ¡Podemos vender el leñogar!

– Nos vamos a cagar de frío – advirtió Mario.

Sin embargo fue un doble hallazgo, porque al sacarlo descubrimos que la chimenea donde estaba, era una auténtica chimenea a leña, con tiraje y todo. La venta del artefacto a un vecino produjo lo necesario para empezar a trabajar. Entre tanto, infinidad de objetos combustibles se fueron apilando en el patio del fondo, para alimentar el flamante hogar en los meses de invierno que ya se aproximaban.

———————————

Era enorme la cantidad de amigos que visitaba la "Comuna" –como empezábamos a llamarla– y era lógico que una casa de solteros se prestara a los fines más insólitos. Eso tenía preocupados a algunos vecinos y nuestras guitarreadas a veces nos traían quejas, aunque, en general, nos llevábamos bastante bien con ellos. Era frecuente que nuestros amigos se quedaran a dormir y cuando lo hacían "en compañía" hasta les dejábamos nuestras habitaciones… excepto Bigote. Siempre había lugar para los amigos. Sus alegrías, sus conflictos, sus aniversarios, eran los nuestros. Todo se compartía y se festejaba en La Comuna. Ese fue su estilo. A comienzos de mayo tuvimos una huésped inesperada: Clarita, la novia del Negro. El Negro era uno de mis mejores amigos –como ya dije– y el que había instalado conmigo y otro loco, una tienda de artesanía en Bariloche ese verano. Allí se habían conocido Clarita y él, y allí se enamoraron. Al volver a Buenos Aires Clarita tuvo fuertes choques con su familia, por causa de esa relación y decidió irse de su casa. El Negro no se jugaba todavía a vivir con ella y la solución apropiada parecía La Comuna.

– ¿Hablaste con ellos?

– Quedate tranquilo, Mario y Bigote son de primera.

– Me quedo tranquilo porque estás vos.

– Tu dormitorio está arriba, independiente del resto de la casa.

– ¿Pero ése no es el tuyo? – preguntó Clarita.

– Yo voy a dormir acá.

– ¿En el sofá…?

– Es por un tiempo, Clarita. Voy a estar bien. Acomodá tus cosas arriba. Al lado tenés el lavadero y una salida a la terraza, donde está Sol, la perra de Mario.

– El me pareció muy dulce – intervino Clarita.

– ¿Cómo "dulce"…? – celó el Negro.

– ¿Vos podés alquilar algo para que nos vayamos juntos? Entonces …cerrá el culo.

Esa era Clarita y así quedó incorporada a la vida de La Comuna. Era extrovertida y poseedora de una gran fortaleza. En pocos días consiguió trabajo en una boutique, en Belgrano. La presencia de ella se sumó a la de Lucía, e impusieron en la casa un orden desconocido hasta entonces. Pronto se hicieron grandes amigas. Cuando el Negro venía a buscar a Clarita tenía que soportar de todo…como que no lo podía atender porque estaba con un cliente o que esperara a que termináramos de bañarla. Toleró bien las extorsiones a que lo sometimos y en corto tiempo empezó a llevarse bien con mis "socios". Incluso alguna vez trajo su bolsa de suecos y compartió nuestra mesa de trabajo. Clarita vivió con nosotros algunos meses y luego volvió con sus padres, por supuesto una vez que éstos aceptaron al Negro como futuro yerno. Mucho tiempo después, supimos cuánto había influido en su vida, ese corto período vivido con nosotros en La Comuna.

El cumpleaños de Mario

– Me gustaría que todos vinieran a casa. El cumpleaños de Mario es una buena oportunidad, mamá quiere conocerte…y conocerlos.

– ¡Pobre…!

– No seas tonto Pablo, estoy hablando en serio. Es una tipa macanuda, ya vas a ver. Además somos muy amigas.

– Cuando nos conozca va a dejar de serlo.

– ¡Y dale…!

– Lucía…tus padres tienen una forma de vida muy distinta de la nuestra. No tengo nada contra ellos, pero…va a haber problemas.

– Mi papá y mi hermano no van a estar porque tienen una cena en la empresa y mi vieja es de los nuestros.

– Si Mario está de acuerdo…

– Mamá le va a hacer una paella.

– El problema no es la comida…es la be–bi–da. Para nosotros es natural pasarnos de copas en un festejo, pero no creo que a ella le guste eso.

– Mi vieja chupa a la par nuestra.

– ¡Eso sí que quisiera verlo…!

———————————

Por fin llegó el día. Como a las ocho Mario y yo estábamos por salir. De reojo lo vi servirse un vaso lleno de ginebra. "Esto empie-

za mal", me dije. Sin embargo lo veía tan feliz que no me animé a decirle nada. Fuimos los primeros en llegar. El departamento era tal como me lo había imaginado: un suntuoso semipiso, con muebles de estilo y piezas de platería y de cristal por todas partes. Una espesa alfombra de dibujo clásico en borravino y negro, ocupaba un enorme rectángulo en el centro del comedor, donde ya estaba tendida la mesa, bajo una tintineante araña llena de caireles. Cada cubierto, cada copa, cada servilleta estaba dispuesta con absoluto esmero. La baja iluminación de dos lámparas de pie labrado, daba al ambiente una intimidad agradable. Lucía nos llevó hasta la cocina, donde su madre daba los últimos toques de condimento a la paella. Al vernos, se adelantó a saludar a Mario y luego Lucía me presentó. "Él es Pablo". Ambos cruzamos una mirada condescendiente. Vi que tenía puesta la pulsera que Lucía me había comprado en Bariloche. ¿Un gesto…o una casualidad? Al rato llegó Clarita, que había sido la encargada de hacer la torta. Quién hubiera podido acertar en ese momento, cuánto tiempo hacía que no le preparaban una torta de cumpleaños a Mario. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Clarita lo abrazó. Sentía por él un afecto casi maternal, inspirado seguramente en esa personalidad introvertida que Mario destilaba…cuando no bebía. La emoción lo llevó hacia las botellas de vino blanco que estaban sobre la mesa. "¡Mirá Pablo, éste es del bueno!", me gritó desde el comedor. Cuando llegó Bigote, la primera botella estaba vacía y Mario lo recibió abriendo otra. Poco después llegó Sebastián – el único abstemio del grupo – con una invitada que no conocíamos y que nunca volvimos a ver. Yo escuchaba, sin oír, una anécdota que me contaba la madre de Lucía, pero mis cinco sentidos estaban en el comedor donde se oían las risotadas de Mario y de Bigote. Sonó el timbre y en el marco de la puerta apareció el Negro, con una camisa a grandes rayas rojas y blancas desabrochada casi hasta el ombligo, su bolso repleto de suecos y el cabello "Afrikan–look", como electrizado. Supe de inmediato que también estaba borracho. Avanzó recto como una vara, le tendió la mano a la madre de Lucía y con voz ensayada dijo: "Encantado señora, yo soy el novio de Clarita". Apenas podíamos contener la risa, pero el comedor estalló cuando agregó:

“Disculpe la presencia pero es que vengo de trabajar”. El clima iba in crescendo. Al grito de “¡Comida, comida!” un estruendo de platos y cubiertos amenazaba con romper la cristalería. Con una sonrisa perpleja, la dueña de casa depositó la olla en el centro de la mesa. Lucía se disponía a servir, cuando Mario se adelantó, hundiendo una de sus manos en la paella mientras le decía: “Dejá, nos servimos nosotros”. La sonrisa perpleja de la madre de Lucía se transformó en una mueca horrenda. Lucía quedó petrificada con la espumadera en la mano. Me miraba incrédula. Intenté aliviar la tensión contando un chiste, pero siempre fui muy malo para eso y lo único que conseguí fue que las bromas se volvieran contra mí y mi relación con Lucía. Por suerte su madre entendía poco de lo que estaba sucediendo…o si en realidad estaba sucediendo, y las expresiones se habían esfumado de su rostro. Las botellas de vino caían una tras otra como desmayadas y las conversaciones saltaban de la filosofía al sexo o de la música a la política, descontroladamente. Nunca fueron así las reuniones en La Comuna. Había algo de irreverencia y mucho de incomodidad por el lujo alcanforado que asfixiaba en aquélla casa. Claro que Lucía no tenía la culpa de eso. Yo trataba en vano de controlar la situación y aunque siempre bebía a la par de todos y sacaba mis demonios a bailar con los de ellos, esa noche me mantuve sobrio. Mario ya no podía hablar y la comida se le caía de la boca cuando se reía. Sin saber qué hacer para detener el desastre, propuse: “¿Qué tal si cantamos?”. Ese fue un error fatal y el último acto del drama. A la voz de “¡Aura!”, Bigote largó con una chacarera casi balbuceada y entre gritos y descorches comenzaron a llegar las quejas y chistidos del consorcio. Un vecino, algo más irascible, se apersonó en pijama y bata de dormir, siendo recibido por Bigote antes de que pudiera intervenir alguien sobrio. Se hizo un pesado silencio y el hombre habló. Bigote lo escuchaba con un gesto adusto y antes de que terminara su alocución lo insultó de arriba abajo, amenazando con demandarlo si se volvía a presentar “de esa forma indecorosa”, en una “casa de familia”. Tras lo cual le cerró la puerta en la cara, siendo ovacionado por el resto de los comensales. En la cara de la madre de Lucía la inexpresividad había sido reemplazada por el terror. No sa-

bía dónde terminarían los exabruptos y qué pasaría con la integridad física de su persona, después que la de su apellido había sido reducida a escombros. En un incoherente final se encendieron las velitas. El cuadro era dantesco y el telón cayó cuando llegó el dueño de casa con su hijo y con la típica desenvoltura de quien "está al tanto de las circunstancias", preguntó jovialmente: "A ver… ¿dónde está el del cumpleaños?" Señalamos hacia el sillón donde se desparramaban los flamantes 26 años de Mario, y ante el estupor general lo vimos levantarse y estrechar con su mano grasienta, la del padre de Lucía, diciendo: "Vení flaco, tomate unos vinos con nosotros". No hubo aplausos. Las luces se apagaron y el teatro quedó vacío. En menos de una hora estábamos de regreso en La Comuna. De allí en más, nadie recordó nada hasta el día siguiente por la tarde, cuando empezamos a despertar. En los ojos de todos estaba la misma pregunta: "Qué le habrá pasado a Lucía…".

La “villa”

Hacía una semana que Bigote no salía de La Comuna salvo para dar sus clases de guitarra. El compromiso de acompañar a una cantante bastante conocida lo tenía preocupado. Según nos contó, era su oportunidad para darse a conocer como cantautor, porque la mujer en cuestión le había prometido una parte del show. Iba y venía de la cocina al dormitorio, bamboleando los brazos y con el pelo lacio aleteando sobre sus hombros. De pronto se detenía con el dedo índice apuntando a algo y volvía a meterse en la pieza para garabatear sobre el pentagrama, después lo probaba en la guitarra. Si le gustaba hacía un pequeño gesto, pero si no era de su agrado fruncía el ceño y volvía a deambular por la casa. Esa tendencia al mal humor hizo que Mario dibujara una caricatura de él con una lechuza en el hombro. Desde entonces, cuando estaba enojado por algo, le decíamos el “Mufo” Bigote. Mario lo reemplazó en el corretaje de piezas y anduvo en eso varios días. Sebastián y yo pasábamos las tardes y las noches doblados sobre el mesón, trabajando.

– ¿Andás con algún problema?

– ¿Por qué…?

– Hace días que no lo cargás a Mario.

– Lo veo poco.

– Vamos Sebastián…

– Mi hermano se fue de casa.

– ¿Por qué?

– Porque mi viejo es un borracho de mierda. Mi vieja me pidió que lo fuera a buscar. Yo sé dónde está, pero es mejor que no vuelva. Es para agarrarse a trompadas.

– ¿Tan mal se pone?

– Como un animal.

– Ahora entiendo tu abstinencia.

– De chico, lo único que recuerdo son gritos y cosas volando por el aire.

– Pobre, tu vieja…

– A ella dejó de pegarle hace unos años. Creo que porque mi hermano y yo ya estamos grandes y tiene miedo de que nos crucemos. ¡Uh, la hora que se hizo…! – dijo tomando un bolso que tenía preparado junto a la puerta.

– ¿Adónde vas todos los jueves?

– A una villa en Colegiales. Ahí trabaja el hermano de Oscar, que es profe de educación física.

– ¿Y vos qué hacés…?

– Lo ayudo. Organizamos actividades deportivas para que los pendejos no anden vagando por ahí.

No me hubiera imaginado que Sebastián tuviera ese perfil. No lo hacía preocupado por las cuestiones sociales. Pero después de haber oído su historia, todo parecía encajar. Me interesó y le pedí que me contara. Prometió hacerlo al día siguiente…y así fue.

– Es muy lindo el trabajo que hacés.

– Y los pibes te lo agradecen de una manera…

– Los pibes y los padres, supongo.

– A los padres casi ni los veo, ellos también necesitan de todo.

– ¿Yo podría ayudar?

– No creo que quieran aprender a hacer artesanías, pero hay mucha gente que no sabe leer ni escribir.

– Yo nunca ejercí la profesión.

– Pero sos maestro…¿no?

– Terminé el profesorado en literatura.

– ¡Entonces sos un profe…! ¿Cómo no te vas a animar?

———————————

La semana siguiente conocí la villa. Sebastián me llevó hasta la casilla del Líder, mientras me explicaba que el hermano de Oscar no nos acompañaba porque estaba enfrentado políticamente con él. Me llamó la atención la cantidad de jóvenes que merodeaban el lugar. Al parecer estaban enterados de mi visita porque escuché algunos comentarios al respecto. Enzo, que así se llamaba el líder de la villa, era alto y muy delgado. Su cabello cortado de "entrecasa" era algo rojizo y tenía abundantes patillas. Tendría unos cincuenta años, o algo más. Sus brazos se notaban fibrosos, acostumbrados al trabajo duro. Sebastián me presentó y se fue. Enzo me hizo entrar y me presentó a su mujer, una morena de profundos ojos pardos, bastante más baja y más joven que él. Ella nos acercó unas sillas y puso una botella de caña y dos copitas sobre la mesa. No obstante la humildad del lugar, reinaban allí el orden y la limpieza. También me sorprendió ver una biblioteca hecha con cajones de fruta, donde se alineaba una gran cantidad de libros. Sin dudas muchos más de los que había en la nuestra. Enzo era hombre de pocas palabras. Fue directo al grano.

– Mire, maestro –me sentí raro con el apelativo– acá el que enseña es bienvenido. No le pedimos títulos ni le rendimos honores. La paga puede ser mucha o poca, depende de dónde se mire. Si lo que busca es un buen sueldo, entonces la paga va a ser muy poca. Si lo que busca es instruir a hombres y mujeres que no han podido hacerlo, entonces la paga va a ser muy mucha. Se va a ganar su corazón y su respeto.

– Y…cuántos son…

– Por ahora unos veinte, pero hay un montón que están esperando a ver qué pasa.

– ¿Hay algunos con base, digo… con algún grado?

– Los menos.

– ¿Tenemos un lugar?

– Tenemos el Centro Comunal, donde se festejan los casamientos y los cumpleaños, caben como doscientas personas.

– ¿Pizarrón… lápices… cuadernos…?

– No se preocupe por eso.

Enzo sonrió por primera vez. En sus dientes se notaba el descuido, producto de una vida llena de privaciones. Llenó las copitas de caña.

– Como ve, hay de todo. Sólo falta un maestro.

– ¿Cuándo puedo hablar con ellos?

– Usted me dice y yo los junto.

– ¿Pasado mañana a esta hora…?

– Ahí van a estar. Bienvenido, maestro – dijo, levantando su copa.

Bitácora

1973 – MARZO 13: ¡Les rompimos el orto! Cuarenta y nueve no sé cuánto por ciento. ¡Qué noche! Pablo trajo una mina y nos fuimos a comer a Pipo…pero lo mejor vino después. ¿Te imaginás Callao de bote a bote? ¡Acá están, estos son, los fusiles de Perón! Bigote está equivocado, la revolución pasa por acá. Nunca vi tanta gente junta en mi vida, ¡y eso que no estaba Perón! Cámpora parece buen tipo pero, ¿no es raro que un dentista se coma las eses al hablar? Sí, ya sé, yo a veces también me las como… ¡pero no soy dentista!

1973 – MARZO 27: Oscar se fue ayer. Se fue lastimado. Bigote dijo cosas muy duras cuando hablamos con él. Yo tendría que haber intervenido pero hubiera pensado que me ponía del lado de Oscar. Todo empezó con lo del alquiler, pero después se pusieron a discutir de política. Entre amigos nunca habría que discutir de política, pero dice Bigote que es inevitable por la lucha de clases. Dice que Oscar es un burgués y que por eso se llevaba mal con nosotros. Pero la mayor parte del alquiler la pagaba él, ¿un burgués haría eso? Yo creo que Bigote está equivocado.

1973 – ABRIL 7: Algunos se dedican a coleccionar estampillas, otros monedas, otros hacen avioncitos de madera balsa. Lo mío son las manchas de humedad.

1973 – ABRIL 8: Anoche tuve que interrumpir porque Pablo me pidió que lo ayudara a acomodar sus muebles y después nos quedamos charlando. Se mudó ayer. Lo conozco poco. Bigote dice que nos

vamos a llevar bien, que es parecido a nosotros. Él lo conoce mejor que yo. Me fui por las ramas, lo que quería era seguir con lo de las manchas de humedad. La habitación tiene cuatro paredes, así que las voy a llamar como los puntos cardinales, para no perderme. Es medio kafkiano este juego, porque lo interesante es la metamorfosis. Lo que hoy es un caballo, en una semana puede ser un rinoceronte o un ropero. Hoy está, mañana no está. Hoy está, mañana quién sabe. Lo importante es no equivocarse de pared. Por ejemplo, la pared Este puede ser un jarrón o un reloj de arena. En la pared Sur hay alguien en un bote, cerca del zócalo. Pared Oeste…¿un ombú? La pared Norte está seca…y aburrida.

1973 – ABRIL 9: Amanece…se salió el picaporte y me quedé encerrado. No puedo llamar a nadie…todos están durmiendo. ¿Dónde hago pis? Soy un boludo… ¿por qué no pongo el picaporte del lado de adentro? ¡Claro…y si se sale, me quedo afuera! ¿Entrar es más importante que salir?…hete aquí una pregunta interesante… "to be or not to be". Lo que define es el adónde…porque no es lo mismo un cine que una cárcel. Y tampoco es lo mismo una tumba que una cama…aunque a veces se parecen. ¡Mierda!…acaba de llegar la filosofía de la mano de Erven Lucas Bols. No me mires así, Erven … estoy obligado a terminarte, sino… ¿dónde hago pis?

1973 – ABRIL 30: Tendría que haber entregado los planos hace una semana. Me van a cortar los víveres. Estoy haciendo las cosas al revés. Dedico más tiempo a la artesanía que a ganarme el puchero. Acá, entre nosotros, con este asunto de las chucherías me parece que no vamos a ninguna parte.

1973 – MAYO 13: Hace unos días llegó Clarita. La trajo Pablo. Es la novia de un amigo suyo, el Negro. El viento nos sigue amontonando. Esto se parece cada vez más a un club de desterrados. Todavía no sabemos cómo tratarla. Hoy estuve charlando con ella, parece buena piba. Al Negro no lo conozco.

1973 – MAYO 29: Si no te escribí antes es porque estuve ocupado viviendo. Fui a la asunción de Cámpora. ¿Por qué le dirán "el tío"? Dicen que Perón vuelve el mes que viene, ¡esa sí que va a ser una fiesta! Bigote viajó a Córdoba, se hacía un acto por el Cordobazo. Fue a acompañar a Carlos y a José, que llevaban su "Cantata". Volvió a militar, se lo veía contento y vos sabés que eso es raro. Me alegro por él, aunque sigo creyendo que la revoluta hoy día pasa por Perón. Ahora la pared Este se parece más a un reloj de arena. ¿Te conté lo de mi cumpleaños? Dicen que me puse a llorar cuando vi la torta… ¡qué papelón!

1973 – JUNIO 8: No veía a Carlos desde Gessel. Qué lindo verano ése. Yo recién me separaba de Elvira y nos fuimos con Bigote y su mujer al mar. Ahí conocimos a Carlos y a José, habían abierto una Peña. Nos hicimos grandes amigos. Carlos y Bigote eran los guitarreros, su mujer y yo atendíamos las mesas y José cantaba. Carlos está más delgado y se dejó la barba. El "Mufo" lo quiere llevar al café-concert, pero a Carlos no lo veo. Está muy metido en política. Es maoísta, no la va con la sofisticación y todo eso. No creo que vaya al café-concert.

Café - Concert

Durante toda la mañana Bigote no había salido de su cuarto. Se lo oía repetir una y otra vez las mismas frases musicales en la guitarra. Recién pasado el mediodía, cuando llegó Carlos, dio muestras de vida. Ojeroso, pálido, mal afeitado y con el cabello atado con una gomita, salió a recibirlo.

– ¡Qué alegrón, hermano…!, no sabía si ibas a venir.

– Te di mi palabra…

– Sí, pero no te vi muy convencido.

– Si yo te digo que vengo, vengo.

Fue el primer rasgo que conocí de Carlos: el valor que le daba a la palabra empeñada. Su gesto serio y su metro ochenta y pico de estatura contrastaban con la tristeza de su mirada y el temblor fino de sus dedos, notablemente largos. Se notaba que ejercía cierta influencia sobre Bigote, parecida a la que éste ejercía sobre Mario, algo como de hermano mayor. Los tres se conocían desde hacía unos años. Carlos se acercó cambiando de mano la guitarra para estrechar las nuestras, a Sebastián y a mí no nos conocía. Mario le alcanzó un mate.

– Pablo está viviendo con nosotros.

– En cualquier momento me van a tener que alquilar una pieza a mí.

– ¿Lo de Rita sigue igual? – preguntó Bigote.

– Peor. Pero si querés que ensayemos mejor no hablemos del tema.

– Vení que te paso los cifrados, tenemos poco tiempo.

– En un par de horas nos ponemos a punto, quedate tranquilo.

Ese fue el segundo rasgo que conocí de Carlos: una seguridad que tranquilizaba. Como si para lograr algo sólo hubiera que proponerlo. Ambos entraron en la habitación. Trabajaron durante el resto de la tarde y luego se fueron a la prueba de sonido. Mario, Sebastián y yo, ensimismados en la "Línea espacial", no advertimos la llegada de Clarita, que supuestamente había ido a pasar el fin de semana con sus padres. Cruzó rápidamente el comedor sin decir palabra, tecleando en el aire con los dedos a modo de saludo. Subió a su cuarto. Terminamos la producción del día y Sebastián se fue.

– Me preocupa Clarita – dije, mientras ensobrábamos las piezas terminadas.

– Creo que sé cómo se siente – respondió Mario.

– Es como tener una "hermana menor".

– Sí, creo que los tres sentimos lo mismo…pero no es eso lo que necesita.

– Y quién sabe qué es lo que necesita…apenas la conocemos.

– Alguien dijo una vez, que cuando se cruza un río muy ancho, hay un momento en que se llega a la mitad, desde donde no se ve ninguna de las dos orillas. Ahí es donde todos pegan la vuelta.

– ¿Qué están cuchicheando? – interrumpió Clarita desde la puerta.

– Hablábamos de vos – me apresuré a contestar, presumiendo que nos había oído.

– ¿Vas a venir al debut de Bigote?

– No, prefiero quedarme. ¿Quieren que les prepare algo de comer?

– No, dejá…comemos algo allá.

– ¿Viene el Negro? – pregunté.

– El cree que estoy en Adrogué y prefiero estar sola esta noche.

Terminó la frase con un hilo de voz y la oímos subir rápidamente la escalera. Mario se quedó mirando el vano de la puerta. "Sí…está en la mitad del río" – dijo.

———————————

En un bar de Chile y Reconquista nos esperaba Lucía. El café-concert quedaba a pocas cuadras. Caminamos. Hacía tiempo que no la veía vestida así, tan a la moda. Eso lo reservaba para su trabajo en la agencia de modelos. Cuando venía a verme traía la ropa sencilla que me gustaba. Esa noche, sin embargo, noté bajo el abrigo una cortísima pollera escocesa y una blusa que transparentaba la perfecta anatomía de sus pechos. Al llegar a destino nos separamos unos pasos de Mario y aproveché para decirle al oído…

– Si te sacás el abrigo, te mato.

– ¡Pablo! – rió – ¡no voy a estar toda la noche con el abrigo puesto!

– ¡Es que estás desnuda…!

– Me vestí así para reconquistarte.

– ¿"Reconquistarme"…?

– Hace mucho que no hacemos el amor.

– Hace mucho que no venís a La Comuna.

– Hay hoteles…

– Sabés que no me gusta hacer el amor en hoteles.

– Y vos sabés que no puedo ir a La Comuna. Es la única condición que me pusieron mis viejos para seguir viéndote.

Me abrazó ocultando el rostro. Deslicé mis manos bajo el abrigo. Sentí como se aceleraba su respiración. "¿Por qué no te quedás esta noche?". "No puedo, no puedo…les di mi palabra. Siempre confiaron en mí". Su voz se quebró. Por primera vez, tomé conciencia de que nuestra relación la estaba lastimando. No supe qué decirle, de

algún modo sentía que estaba siendo injusto con ella. Mario nos esperaba en la puerta. Una mujer de cierta edad revisó nuestras entradas con aire disgustado…eran entradas gratis. El café-concert en cuestión no era sino una de ésas casonas viejas que abundan en San Telmo. Nos hicieron pasar por una cocina y llegamos a una habitación decorada con dibujos infantiles. "¿Qué es esto?" – pregunté. "Parece una guardería" – replicó Sebastián que acababa de entrar. Luego nos enteramos de que, efectivamente, durante el día funcionaba allí una guardería. Nos acomodamos en unos bancos largos que se recostaban sobre tres de las cuatro paredes de la habitación. Tras el cortinado – que oficiaba de marco a los micrófonos y al equipo de sonido – vi asomarse a Bigote, haciéndome señas. Me acerqué con disimulo. "Guarda que con la bebida te matan, avisale a los demás". Volví con el recado justo en el momento en que se apagaban las luces. Un minuto después nuestros amigos hacían una entrada a dos guitarras que mereció el aplauso de la escasa concurrencia – unas veinte personas – al parecer, devota de la actriz–cantante–animadora. Ella hizo su ingreso por una puerta lateral, vestida con pantalones y polera ajustados, lo cual exaltaba su edad más que disimularla. Sólo su peinado multicolor le daba cierto aire juvenil con el que recorrió el pequeño ámbito, micrófono en mano, cantando y saludándonos uno por uno. Al terminar nos explicó que nos encontrábamos al borde de una nueva experiencia de "participación y contacto" entre público y artistas. Luego desapareció por donde había entrado. En la primera parte, junto a dos personajes – de dudosa masculinidad – interpretó una parodia sobre el adulterio, que duró algo más de media hora. La absurda pantomima, llena de gemidos y manoseos, fue ovacionada por el público…que ni siquiera prestó atención a la música que Carlos y Bigote habían interpretado. Mientras se preparaba el siguiente número, salimos a un patio y Mario se nos acercó diciendo: "Consigamos algo para chupar y ponernos a tono, acá están todos dados vuelta". "Te arrancan la cabeza – contesté – me avisó Bigote". En ese momento lo vimos discutir con la actriz. Intentó tomarla del brazo, a lo que ella se opuso saliendo por un lateral. Al rato volvieron a atenuarse las luces y entramos nuevamente al saloncito, donde una

luz vertical caía sobre una silla vacía. El resto estaba en penumbras. Carlos y Bigote volvieron a ocupar su lugar, este último con su mejor cara de "Mufo". La actriz, vestida sólo con una camisa de hombre empezó a hacer movimientos sensuales, usando la silla como partenaire, al estilo de "Cabaret". La danza era acompañada con gemidos y exclamaciones, esta vez provenientes del público. De pronto las guitarras remataron en un coro estridente y por un lateral entró un actor cubierto sólo con un sleep y con el rostro pintado demoníacamente. La danza se hizo de a dos y no era otra cosa que un catálogo de las mil posiciones del Kamasutra. Cuando la actriz y su acompañante estaban por quitarse la ropa, la música cesó y se hizo la oscuridad. El público había aumentado su temperatura y arrancó una ovación. Suspiramos porque creíamos que el bodrio había terminado, pero de pronto empezaron a titilar unas lucecitas navideñas debajo de los bancos y en la penumbra vimos a la actriz y a su partenaire, completamente desnudos, agradeciendo con besos y caricias a cada uno de sus invitados. Lucía y yo despertamos a Mario y salimos, previendo que todo aquello se transformaría en una vulgar festichola. Sebastián se quedó a compartir el inesperado "postre". En la puerta nos reunimos con Carlos y Bigote, que traía un pié de micrófono dentro del estuche de la guitarra. Carlos le reprochó esa actitud, a lo que Bigote respondió "No me dejó cantar, la hija de puta. Me dijo que no había público para mis canciones". A lo que Carlos respondió que ella tenía razón. Desde la calle oímos el comienzo de una música árabe o algo así y vimos cerrarse las ventanas, con el público adentro. Carlos se fue con Mario y con Bigote en la furgoneta y me prestó su Citroën para llevar a Lucía hasta su casa. Me sorprendió su actitud, apenas nos habíamos conocido esa tarde…Bigote no me lo hubiera prestado en cien años.

– ¿Querés que vayamos a un hotel?

– ¿Lo harías…?

– Tenemos auto…tenemos tiempo…

– … ¡y nos morimos de ganas! Gracias mi amor…

Ezeiza

El barrio estaba conmocionado por los preparativos de la marcha a Ezeiza el día siguiente. Yo había organizado dos cursos de enseñanza, uno para quienes tenían algún conocimiento primario y otro para los que empezaban desde cero. Mi esperanza era poder capacitar rápidamente a los primeros, que eran pocos, para que pudieran ayudar luego a los más atrasados. En el viaje de regreso a casa, no podía dejar de pensar en la propuesta de aquél hombre de la comisión vecinal, que interrumpió la clase un rato antes de que terminara.

– Disculpe maestro –dijo con voz solemne– acá los compañeros del curso habíamos pensado que sería un honor para todos nosotros que usted nos acompañara mañana a Ezeiza para recibir al General.

– Les agradezco –contesté– pero como no soy peronista, sería una falta de respeto aceptar su invitación.

La decepción ensombreció el rostro de aquél hombre regordete y de ojos brillantes, que no atinaba a hallar otro argumento porque creo que no esperaba una negativa de mi parte. Finalmente, con una expresión resignada – que casi me arranca una sonrisa – preguntó: "¿Es radical…?". Le aclaré que no pertenecía a ningún partido, aunque sí había votado al peronismo. Eso le devolvió la sonrisa. Mostró sus dientes macizos y desparejos, mientras se acomodaba el cinto al modo en que lo hacía mi padre cuando estaba por decir algo importante.

– Si nos votó y está acá, debe ser por algo, ¿no? No quiero apurarlo, Maestro. Sólo sepa que a la gente le gustaría. Salimos a las siete.

———————————

Las noticias eran confusas. Se oían sirenas y gritos que por momentos tapaban la voz del periodista. Los disparos daban a la transmisión un fondo aterrador. Sebastián, Bigote y yo temíamos por Mario que había salido temprano para abordar uno de los tantos camiones que pasaban por la General Paz. Nos sentíamos impotentes, y aunque tratábamos de distraernos oyendo música o con las anécdotas que Sebastián contaba de la trasnoche en el café-concert, optamos finalmente por apagar la radio y hacerle una visita a Paco, el kiosquero.

– No ganan nada haciéndose mala sangre. Piensen que hay más de un millón de personas. Si le tiene que tocar una bala, sería una en un millón.

– Depende de la cantidad de balas – agregó Sebastián, intentando bromear.

– ¿Mario andaba en algo…?

–¿En "algo"…? – pregunté ingenuamente.

– En política, digo.

– ¡Mario "en política"…! – rió Bigote.

–Entonces dentro de un rato lo tenemos por acá. Quédense tranquilos.

Su bigote entrecano abrió paso a una amplia sonrisa que ayudó a tranquilizarnos. Jugamos al ajedrez durante el resto de la tarde, mientras él atendía los caprichos y urgencias de la gente con notable maestría. Su vozarrón y opulencia contrastaban con su mirada – casi de niño, diría – cuando se concentraba en el tablero, estudiando

su próxima jugada. Conocía la vida de todo el barrio. Su kiosco era algo así como un confesionario y él, un párroco, que en vez de penitencias daba buenos consejos. ¡Qué Paco, aquél…! Cuando no jugaba al ajedrez, leía canchereando unos gruesos anteojos negros sobre la nariz, mientras vigilaba de reojo la vereda, para tirarle al pasar, a algún cliente, su acostumbrado atado de cigarrillos, a cuenta. Santa Claus de los niños del barrio, millonario en figuritas y largos chupetines de colores. Paco…el amigo de todos.

———————————

Anochecía cuando Mario llegó a La Comuna. Traía el cabello lleno de gorgojos y la ropa embarrada. Se lo notaba exhausto y nervioso. Sentimos un gran alivio al verlo y le comentamos nuestra incertidumbre de esa tarde. Sin decir palabra se arrodilló frente al hogar que Sebastián había encendido hacía un rato, frotándose las manos y apretando los codos al cuerpo como abrigándose de un frío que le venía de adentro.

– Por suerte estaba lejos del palco, si no, era boleta.

– Pero… ¿quiénes se tiroteaban? – pregunté.

– ¡Qué sé yo…era un delirio! Algunos decían que era una trampa para matar a Perón. Otros, que eran fachos que querían echar a los Montoneros. La cosa fue que los negros pelaron los fierros y repartieron a mansalva. Vi caer unos cuantos.

– La radio dice que hay muchos muertos – agregó Bigote.

– Debe ser, porque no se podía levantar la cabeza del suelo. Te la volaban.

A medida que avanzaba en su relato, noté que el entumecimiento inicial de Mario, lógico en quien había vivido semejante experiencia horas atrás, dejaba paso a una actitud distendida, casi heroica. Se-

bastián, que también había notado eso y que siempre estaba alerta para gastar a Mario, preguntó con ironía.

– ¿No tuviste miedo?

– Al comienzo sí. Después…yo también quería tener un fierro en las manos.

– ¿Y a quién le hubieras tirado?

La pregunta de Sebastián demolió la postura "heroica" de Mario, que volvió a arrodillarse frente al hogar encendido. Al rato y como recuperando su orgullo herido, dijo… "a los fachos".

———————————

– Tengo que irme lo antes posible. La cosa no da más…discutimos todos los días.

– Sí, con Paula ya lo veíamos venir.

– ¿Le dijiste a Paula…?

– ¡Carlos…! Es la hermana, no se lo iba a ocultar a ella.

– Sí, tenés razón.

– Ahí viene.

– Ahora me puse nervioso.

– Te oí…y no veo porqué. Soy la hermana de Rita, no tu suegro. Con él sí que vas a tener jaleo…pero Jóse y yo estamos de tu lado. ¡Hagan lugar para apoyar la fuente, haraganes!, ¿no ven que está caliente? Rita es muy difícil de conformar, la conozco desde siempre y sé que habrá sido duro para vos. No voy a decir que me alegro con la separación, pero era lo que tenía que pasar.

– ¿Tenés adónde ir?

– El alemán me ofreció el departamento, pero Mariana y él están recién juntados…y le dije que no.

– Venite acá, las nenas pueden dormir con nosotros.

– Claro Carlos…es lo más lógico.

– Se los agradezco, pero sólo por un tiempo corto, hasta que consiga algo.

– Te podés quedar todo lo que quieras. Voy a traer la salsa.

– Mañana mismo vamos a buscar tus cosas. Y hoy te quedás a dormir.

– No, hoy no. Mañana quiero estar cuando Rita se despierte. Tengo que hablar con ella. Estuvimos más de tres años juntos, no quiero irme como si me escapara.

– Che, Paula… ¿ya hace más de tres años que estamos juntos?

– Y si nos casamos casi al mismo tiempo.

– Por lo menos a ustedes les fue bien.

– ¡Lo aguanto!, que es distinto.

– Miente…no podría vivir sin mí.

– Probá…

– Prefiero probar estos fideos.

– Están muy ricos, Paula…te pasaste.

– Me alegra que te gusten Carlos, comé…estás muy flaco.

– ¿Viste lo de Ezeiza? ¿Lo habrán querido matar a Perón?

– Jóse… ¿puede ser que hoy no hablemos de política?

Encuentros

– ¡Mirá cómo tenés ese pullover…!

– Hola.

– Hola. Esa mala costumbre tuya de hacer bolillos con…

– Basta Elvira.

– Si viniste a hablar conmigo, cierro un expediente y bajo. Si viniste a decirme algo, te escucho, pero sé breve.

– Siempre tan formal.

– Sé breve.

– El sábado que viene hacemos un puchero en La Comuna.

– ¿Dónde…?

– En la casa donde estoy viviendo. Me gustaría llevar a Raulito.

– ¿Quiénes van?

– Vos también seguís con tus "malas costumbres".

– Mario…Raulito ya tiene cuatro años, no se lo puede llevar a cualquier parte.

– No lo voy a llevar a "cualquier parte". Son mis amigos, quiero que lo conozcan.

– ¡Ah…"tus amigos"…!

– Adiós.

– ¡Esperá…! Yo voy con él.

– Si querés…

– No, no quiero, pero tampoco quiero ser la que impida que Raulito tenga un padre.

– Raulito tiene un padre.

– Que aparece como el cometa Halley.

– ¡No empecés de nuevo!

– Dame la dirección.

———————————

El Negro me recibía con su actitud de siempre, acodado en el mostrador del boliche donde solíamos encontrarnos.

– Me agarraste justo. Nos íbamos con el tano a Carupá. Arata inaugura una parrilla. ¿Te acordás de Arata?

– El diariero que vive en el río.

– Ese.

– ¿Y de dónde sacó la guita?.

– Los diarios dejan buena ganancia y el petiso, así como lo ves, es rápido para los negocios. Además no la hace para él sólo…se llevó a todos los vagos de olivos.

– ¿Vas con Clara?

– No

– ¿Cómo andan las cosas?

– Mal

Con una sonrisa dio por terminado el "interrogatorio". Luego hizo una seña y sobre la barra aparecieron dos vasos de whisky con hielo. Hacía tiempo que no salíamos de "ronda" y mi intención de esa noche no era hacerlo, sino mostrarle el telegrama que había recibido esa mañana desde Bariloche.

– Hoy llegó esto.

– ¡Viene Juanita…!

– Vamos a hacer un puchero para recibirla, el sábado a la noche, en La Comuna.

– ¿Puchero…? ¿Y quién lo va a hacer?

– Clarita. ¿Vas a venir?

– No sé. Y si voy, voy a llegar tarde. Arata quiere que cante en la parrilla todos los sábados. Y vos me conocés… ¡me debo a mi público!

Apuró el whisky con ese acostumbrado gesto "aristocrático", que resaltaba la ironía de sus palabras. Luego se puso de pie.

– Ahí llega el tano, ¿querés venir?

– Lucía me debe estar esperando en casa.

– Me parece que estabas mejor con la otra. Te dejaba salir de noche, por lo menos.

– Fuiste vos el que me enganchó con Lucía en Bariloche.

– Pensé que todo se quedaba allá.

– Bueno…tampoco estoy enamorado de ella.

– ¿Y ella lo sabe?

– Por supuesto. Se lo dije la primera vez que salimos.

– Por lo que Clara me cuenta…me parece que no te escuchó bien.

Al negro le gustaba hacer eso, irse en medio de una conversación, dejando en el aire una pregunta…o un acertijo.

———————————

El chisporrotear de la madera quemándose, me recibió al entrar. La chimenea ostentaba un grueso tronco que apenas empezaba a encenderse por uno de sus extremos. Ese detalle y el hecho de que

todo estuviera limpio y ordenado, no obstante la ausencia de Clarita durante el fin de semana, hablaba de Lucía.

– Te estuvo esperando hasta hace un rato – comentó Bigote – pero se tenía que encontrar con Clarita. Le dije lo del sábado. Dijo que va a venir, pase lo que pase y que se va a quedar hasta el lunes.

– ¿Hasta el lunes…?

– Apio y roquefort, hermano…¡qué le vas a hacer! Vení, estaba tomando unos mates con Carlos en la cocina.

Carlos rasgaba su guitarra. Dejó de hacerlo para saludarme… siempre tan formal.

– ¿Estaban guitarreando?…sigan, sigan.

– No, estábamos hablando de Ezeiza.

– Me contó Bigote que la gente de la villa te invitó a ir.

– La verdad es que no me animé. Y por lo que pasó después, creo que hice bien.

– Esa gente no invita a cualquiera – aclaró Carlos – para ellos, sos importante.

– No me meto en política, no me gusta.

– Es "abstemio".

– Vos sabés que no hay "abstemios" en política, Bigote. Otra cosa es comprometerse.

– Es exactamente lo que no quiero.

En ese momento entró Mario con una pizza y una botella de vino. Estaba totalmente borracho.

– Parece que cobraste, ¿eh? – advirtió Bigote, que se arrojó sobre la caja – Llegaste justo, estaba muerto de hambre. ¡Che…!, ¿la trajiste rodando?

– Creo que se me cayó un par de veces – dijo balbuceante Mario, antes de meterse en su habitación.

– Estuvo con Elvira, seguro. Qué mal lo pone esa mina…

– ¡Miren quién habla…! – ironizó Carlos.

– Pero a mí me da por la tristeza, a Mario lo descontrola.

– Espero no tener esos quilombos con Rita.

– ¿Terminaron bien?

– Hablamos…

– ¿Dónde estás parando?

– Paula y José me hicieron un lugar, pero es por un tiempo. Ellos son cuatro y la casa es chica.

Era la segunda vez que Carlos mencionaba su situación de vivienda y estuve tentado de ofrecerle el lavadero, pero ya había traído a Clarita y preferí dejar que Bigote lo hiciera.

– No te olvides de invitarlos al puchero, hace mucho tiempo que no los veo.

– No creo que vengan. A ellos no les gusta dejar a las nenas.

Después de comer nos acomodamos rodeando la chimenea. El tronco estaba a medio quemar y había llenado el ambiente con su aroma. Carlos y Bigote empezaron a hablar de política. Bigote escuchaba atentamente y compartía muchas opiniones, pero no daba la impresión de ser un militante. A Carlos en cambio, se lo veía convencido de sus ideas y firme en sus principios. Yo entendía poco y nada, pero cuando habló de lo "inevitable" de una salida violenta para llegar al socialismo, inesperadamente opiné.

– En Chile no hizo falta eso que vos decís. El socialismo ganó en las elecciones.

– Pero Allende no tiene el poder, sólo tiene el gobierno – contestó Carlos.

– Va a durar lo que un pedo en un canasto – sentenció Bigote.

– Ya lleva casi tres años – repuse.

– No creo que llegue a terminarlos.

La pretendida clarividencia de Bigote me exasperó. ¿Por qué tenía que augurarle un final así a un gobierno elegido por el pueblo? ¿Acaso él no se decía "comunista"…? Insistí en que el camino que había elegido Allende era un ejemplo para todos y que la salida armada tal vez había sido necesaria en otra época, pero no en ésa. El tono de la discusión fue subiendo, especialmente con Bigote, que me recordaba a cada rato mis escasos conocimientos del tema. Carlos, sin embargo, me escuchaba y hasta estuvo de acuerdo con algunas de mis apreciaciones. Eso me animaba a seguir discutiendo. ¡Increíble…yo discutiendo política! En eso estábamos cuando llegó Clarita.

– ¿Estas son horas de venir? – bromeó Bigote.

– Y eso que Lucía me pagó el taxi…

– ¿Adónde fueron? – pregunté.

– Al cine y después a cenar.

Se sirvió un vaso de vino, que al parecer no era el primero de la noche y se sentó con nosotros. Bigote agregó un leño a la estufa y ambos empezaron a rasguear. Al rato Clarita se quedó dormida en el sofá. La desperté y subió a su habitación. Me quedé escuchando las guitarras, pero en realidad tenía ganas de escribir. El comedor era ahora mi habitación y no podía echarlos. Por suerte Carlos se fue temprano y Bigote se metió en su cuarto. Me acomodé en el mesón, con mis borradores. Las horas pasaron inadvertidas…pero intensas. Me acosté casi de madrugada.

La noche del puchero

Cómo describir en una noche, todas las noches de La Comuna. Cada una con su contenido vital, incorpóreo, inenarrable. No fueron noches para ser contadas…sólo para ser vividas. Querer volver ahora allí de nuevo, es simplemente, un delito de nostalgia. Apenas Clarita y yo terminábamos de llenar las ollas, cuando llegó Juanita, aquélla regordeta cincuentona que nos "adoptara" como hijos postizos y nos ayudara tanto en Bariloche para vender nuestras artesanías. Asomó su cara de manzana por la entreabierta puerta del comedor. Sus ojitos brillaron al vernos. Nos abrazamos. Sin dejar de sonreír, Juanita apartó una indiscreta lágrima con el borde de su chal y luego nos tomó del brazo y se acercó a las ollas…

– ¡Qué rico…! Con lo que me gustan las papas y las batatas… ¡muera mi diabetes!

– ¡Huy, no me acordé…! – dijo Clarita.

– Podríamos haber hecho un asado – agregué.

– Mi colesterol no te lo hubiera perdonado.

Esa frescura calzada en zapatones, que nos desbordaba con su ingenio, había sido en su juventud una curtida trabajadora social en las boscosas soledades sureñas. Una noche, entre copas, tuve el honor de conocer parte de esa historia. Ella nunca hablaba de eso, prefería ser Juanita, la "rusita" del zaguán de baratijas.

– ¿A qué no saben quiénes vinieron a visitarme hace unos días?

– ¿Quiénes?

– Ni idea.

– Dos muchachas altas, vestidas con largas túnicas…

– ¡Las francesas! – dije, emocionado.

– ¿Yo las conozco? – preguntó Clarita.

– No, pero las vas a conocer. ¡Me las traje a Buenos Aires!

– ¿Les dijiste de hoy…? – agregué.

– ¡Por supuesto! Van a llegar más tarde, espero que no se pierdan.

– Gorda, ¡recorrieron toda la Patagonia, cómo se van a perder…!

– Buenos Aires es mucho más difícil que la Patagonia.

Ruth era ornitóloga e investigaba especies aviarias en extinción. Era la mayor. Siempre se la veía muy seria y eso agregaba algunos años a sus entrados treinta. Fumaba gruesos cigarros y al hacerlo, cualquiera podía notar que no se trataba de una extravagancia, simplemente le gustaban. Giselle era bellísima y según nos había contado, acompañaba a su hermana ayudándola a preparar su tesis doctoral para presentar en una universidad europea. Las habíamos conocido en Bariloche y nos habían impresionado con sus largas túnicas multicolores y sus modales raros. Ambas estaban casadas, con sus esposos en Europa, y hacía más de un año que estaban en el país, al que –supimos más tarde– conocían desde pequeñas. De allí que hablaran tan bien nuestro idioma. Mario salió de su habitación, que –como hecho insólito– había limpiado durante toda la tarde. Se acercó a Juanita saludándola. Al rato llegaron Carlos y Bigote. Yo me hice cargo de las presentaciones. Nos sentamos alrededor del mesón y Juanita recordó nuestras anécdotas, que con su gracia, cobraron vida de nuevo. Ya se empezaban a sentir los aromas del puchero, cuando llegó Lucía.

– Encantada, señora. Pablo me habló mucho de usted.

– ¡Así que vos sos mi nuera…! –repuso Juanita mirándola de arriba abajo con los ojos entrecerrados– Sos muy bonita; pero si volvés a llamarme “señora”, no vas a conseguir que te preste a mi muchacho.

Comenzaban a arreciar las bromas cuando sonó el timbre, hecho inusual en La Comuna donde la puerta siempre estaba abierta. Pensé que podían ser las francesas, pero Mario se adelantó para recibir a Elvira y a Raulito, el hijo de ambos. Este se abrazó a sus piernas, de donde no se apartó en toda la noche. Su ex–mujer saludó secamente a Carlos y a Bigote y luego se acercó al resto del grupo con una forzada sonrisa. La llegada de las francesas coincidió con las de Sebastián y su hermano, a los que se veía confundidos. Ellas vestían como de costumbre y sonreían con picardía, haciendo comentarios mordaces sobre ellos. El hermano de Sebastián confesó…

– ¡No vayan a creer que las veníamos siguiendo…!

La carcajada fue general. Por cierto, el incidente motivó que los dos "gavilanes" tuvieran sobrada excusa para intimar con nuestras invitadas. Se las arreglaron para sentarse junto a ellas en la mesa. Mario avivó la chimenea y la primera olla de puchero – que eran tres – ocupó el lugar de su sacrificio en el centro del mesón.

– ¡Las mujeres y los niños, primero!

– ¡Mierda que está picante! Perdón…

– Esto te deja el "upite" coloradito.

– ¡Che, Sebastián!, ¿dónde llevás a la señorita?

– ¿No ves que le está mostrando la casa?

– Yo lo que veo es que le está mostrando una pieza.

– Bueno…por algún lugar hay que empezar, ¿no?

– Juani, ¿te gusta el repollo?

– No querida, pero ese sobrenombre que me acabás de poner me encanta.

– ¡Huy, chorizo colorado…!

– ¡Yo lo vi primero!

– ¿Cómo se llama la comida?…¿cuchero?

– "Puchero"…poniendo los labios así…Pu…Pu…¿entendés?

Para cualquiera que abriera la puerta en ese momento, la escena sería la misma: gente feliz de estar junta. Sólo Elvira había optado por ser espectadora y sentada junto a Mario, estaba como a la vera de un río. Sebastián había olvidado la comida y no dejaba de mirar a Giselle, que sonreía. Su hermano mientras tanto, naufragaba en una conversación con Ruth, que no sólo lo superaba en años sino también en experiencia. Carlos y Bigote, como siempre, hablaban de política y Juanita escuchaba absorta las vicisitudes de la relación amorosa del Negro – otro de sus adoptivos – y Clarita, contadas por Lucía, entre carcajadas. Vi en Clarita un gesto de preocupación. Lucía no acostumbraba a beber así. ¿Qué estaba pasando? Carlos y Bigote se acercaron a la chimenea y empezaron a rasguear sus guitarras. Se arrimó luego Mario y puso a Raulito sobre sus rodillas, aunque pronto se quedó dormido. Elvira aprovechó la excusa para llevarlo a una habitación y quedarse allí con él. Mientras tanto, todos nos fuimos acercando al hogar y en uno de los sillones se desparramó Juanita, ebria de vino y de alegría. Los "hermanitos" y las "hermanitas" ocuparon el sofá. Se hizo silencio y de uno a uno, nos fuimos sumando al canto. Mucho tiempo después escribiría…

Convoco en el recuerdo
de esas noches
la caja musical de su alegría,
su mezcla de lirismo y lunfardía
y sus duendes
clausurando los relojes.

Pero volvamos al momento aquél. Como a las tres llegó el Negro. Su abrazo, sin palabras, con Juanita fue tan intenso que abarcó el corazón de todos. A mi viejo compinche no le gustaban esas situaciones que podían hacerlo aflojar y rápidamente arrancó una chacarera para salir del paso. Carlos lo acompañó con su guitarra. Esa noche se conocieron y yo estaba atento a ese encuentro porque los dos, tan diferentes, significaban para mí valores opuestos y a la vez complementarios, en ese camino que había tomado mi vida en los últimos

meses. Ambos coincidían en un contagioso amor por el folklore, así que a partir de allí, la noche se llenó de zambas y tonadas. Los dedos de Carlos sin dejar un momento de danzar sobre las cuerdas, tenían cautivado al Negro y la voz de éste, cautivaba a Carlos. Como dije, era contagioso, así que pronto estábamos todos cantando a coro, inventando voces, trepando por la melodía, unos sobre otros en todo el ancho que daban los acordes y nuestras gargantas. Bigote cantó un par de temas de su autoría y hasta Sebastián abandonó a su presa y se sumó a nosotros. Mario, que no había bebido más de un par de vasos, rompió su timidez y recitó unos hermosos versos de Manuel J. Castilla. Juanita estaba extasiada. Las francesas se habían sentado junto a ella y se veían muy emocionadas. Sebastián tomó la guitarra para hacer algo de rock. Lucía, imprevistamente saltó sobre el mesón y empezó a bailar, desenfrenada. Su pollera tan corta y sus movimientos tan sensuales, casi cambian el ánimo de la reunión…y el mío. Tuve que subirme al mesón a bailar con ella para disuadirla. Las francesas prepararon un vino caliente con canela y cáscara de naranja. Lucía no alcanzó a beberlo – felizmente – pues se quedó dormida sobre mis piernas. Supe después por Mario que había tenido un fuerte encontronazo con sus padres. Estaba amaneciendo cuando Clarita y el Negro se fueron "a seguirla por ahí". Un rato después partió Juanita, a la que Ruth se ofreció a acompañar, huyendo así del inminente compromiso de terminar la noche con el hermano de Sebastián. Giselle, sin embargo, se veía entusiasmada con Sebastián y prefirió irse con él. Por esa noche ocupé la habitación de nuestra "hermanita menor" con Lucía. Mientras le quitaba los zapatos, murmuraba algo sobre su padre. La besé y me acosté junto a ella. Oí a Carlos y a Bigote hablando en el comedor. No me resignaba a regalarle al sueño la intensidad de esa noche que apenas acababa de concluir.

Derqui (1ª Parte)

Los ecos de la noche del puchero se extendieron en las semanas siguientes. "Artemanía casual" trabajaba a pleno en la preparación de una enorme tanda de mercadería que, según Juanita, no tendríamos dificultad en vender en Bariloche para la temporada de esquí que se avecinaba. Los elegidos para la "operación Bariloche" fueron Mario y Bigote. El viaje sería los primeros días de agosto. Quedaba poco tiempo y habíamos invertido hasta el último peso en materiales. Volvimos a engañar el estómago con mate y galletitas. Día tras día, desde media mañana a media noche, trabajábamos inclinados sobre el mesón, entre martillazos y soldaduras, escuchando a Serrat, a Piazzola, a los Beatles y algo de rock nacional que Sebastián traía. Cada tanto y con la excusa de llevar a las francesas a conocer el centro, organizábamos unas salidas al cine, que por supuesto eran financiadas por ellas. En una de esas "visitas guiadas" y mientras cenábamos en una pizzería, nos hablaron de la casa donde habían vivido hasta que Ruth cumplió los diez y Giselle los cuatro. Luego sus padres decidieron regresar a Francia, donde murieron poco tiempo después en un accidente automovilístico. La casa quedó al cuidado de una vecina y ellas la ocupaban, cuando pasaban por nuestro país.

– Nunca nos decidimos a venderla – explicó Ruth.

– Sería como quedarnos sin infancia – agregó Giselle con una sonrisa nostálgica.

– ¿Dónde queda? – pregunté.

– En Derqui – Contestó Ruth.

– ¡Por qué no vamos…! – estalló Giselle.

– ¡Bárbaro! – se apresuró a aceptar Lucía – ¿Cuándo?

– ¡Ahora…!

Sebastián soltó una carcajada. Conocía ese tipo de respuestas en Giselle y le divertía el efecto que había causado en nosotros. Ruth meneaba la cabeza y Giselle, con las cejas muy arqueadas, trataba de comprender el motivo de la sorpresa. Aunque no conseguimos que recuperara la sonrisa durante el resto de la noche, al menos sí pudimos convencerla de posponer la visita hasta el fin de semana siguiente.

———————————

Habíamos vuelto a ocupar la habitación de Clarita, que había ido a cenar a la casa de sus padres la noche anterior. No sabíamos que de allí en más, sería la nuestra. Desde la cama oíamos el trajinar de la casa con los preparativos del viaje a Derqui. Hacía tiempo que Lucía no se quedaba a dormir. Desde la noche del puchero, creo. Al parecer las cosas en su casa habían mejorado un poco.

– Le dije a mamá que nos íbamos a una casa en Derqui y que volvía el lunes.

– ¿Así nomás…?

– Te lo debía.

– No te entiendo.

– No vas a Bariloche para quedarte conmigo.

Me sentí en falta. Ella creía eso y no era así. Mi decisión tenía motivos que no la incluían. Hice silencio, no sabía si decírselo o no. Por suerte, Mario golpeó la puerta. Lucía fue a abrir. Entró con un mate rebosante y dos medialunas. Ella lo besó con su habitual

desenfado, se la notaba contenta. Me dio el mate y se tiró sobre la cama mordiendo su medialuna, sin importarle mucho su cortísimo salto de cama. Mario miraba hacia otro lado y yo sentía vergüenza ajena. La tapé con la sábana mientras Mario se llevaba el mate apresuradamente.

– Disculpame, no me di cuenta…no lo hice a propósito.

– Ya lo sé. Pobre Mario…no sabía para dónde mirar.

– En las sesiones fotográficas una tiene que acostumbrarse a andar desinhibida, sino las fotos salen patéticas.

– ¿Se ponen en bolas…? – pregunté.

– ¡No seas tonto…!, ¿cómo nos vamos a poner en bolas? No hago fotos porno. Soy modelo profesional, no prostituta.

– Ya lo sé, ya lo sé…perdoname.

– ¡Epa…! – me interrumpió, echándose sobre mí – No quiero creer que mi apasionado amante, poeta y artesano…¡esté celoso!

– No, no es eso…

– ¡Uy, uy, uy…eso me excita mucho!

Lucía daba rienda suelta a sus caricias y en minutos me hizo desearla, como siempre. Luego apagó una a una todas mis brasas con infinita maestría. No había conocido antes a nadie como ella. Definitivamente era el sexo nuestro vínculo más fuerte. Aunque ella sostenía que era "nuestra forma" de estar enamorados.

———————————

El contingente compuesto por Mario, Bigote, Sebastián, las francesas, Lucía y yo, se dividió en dos grupos, porque la furgoneta de Bigote estaba hasta el tope de bolsos, termos, damajuanas, etc. El punto de encuentro sería la estación de Derqui, donde además, Bi-

gote recogió a una acompañante bastante mayorcita y que, al parecer intempestivamente, había ido a la cita con su hijo… ¡de cinco años! La cara de Bigote lo decía todo. Como solía pasar con sus parejas, fue la primera y última vez que la vimos. Iniciamos una caminata de varias cuadras flanqueando el auto con los pertrechos y guiados por las francesas, que estaban exultantes de alegría y saludaban a todo el mundo. Nosotros notábamos que la gente nos miraba con desconfianza. Barbas, pelo largo, minifaldas, guitarras, túnicas, damajuanas…no era para menos. Así llegamos a la puerta de lo que era – valga la redundancia – la casa de la casera. Salió a recibirnos una anciana calva, rodeada de gatos que olían como ella. Luego de llorar fingidamente sobre el pecho de las altísimas dueñas de casa, nos llevó hasta el derruido pero hermoso refugio, que con el tiempo se haría legendario. Construida en estilo normando, era pequeña pero acogedora. Una pesada puerta que ostentaba un no menos pesado candado, dejó paso a un penetrante olor a encierro. Rápidamente abrimos las ventanas de la cocina, el comedor y el dormitorio, que eran los únicos tres ambientes. Bigote aprovechó para ocupar éste último. Yo fui a prender el fuego, estábamos hambrientos y el asado tardaría un rato. Las dueñas de casa tendieron una hermosa alfombra – ajada por el tiempo pero cuidada con esmero – junto a la chimenea. Mis ojos no se podían apartar de la biblioteca que esquinaba el pequeño ambiente, llena de libros en varios idiomas. Una mecedora y una lámpara de pié junto a ella, invitaban a leer. Giselle sacó un álbum y pasando el dedo por sus tapas polvorientas, habló en francés y en tono grave a su hermana, seguramente despotricando contra la anciana, que estaría encargada de mantener la limpieza. Luego se acercó a nosotros y empezó a mostrarnos fotos de su infancia. Nos acomodamos sobre la alfombra mientras Mario encendía la chimenea y Bigote trataba de entretener al niño…y a su madre. Nuestras anfitrionas nos contaron los orígenes de sus vocaciones – Giselle era geóloga – y sus viajes e investigaciones alrededor del mundo, mientras en nosotros crecía una pregunta, que nadie se animaba a preguntar. Finalmente Bigote lo hizo.

– Cuántos meses hace que no ven a sus maridos?

– ¡Uh…! – Sonrió Giselle mirando a su hermana – ¿dieciséis… dieciocho…? – Ruth asintió.

– ¡Un año y medio…!

– ¿Y ellos…qué hacen, allá en Francia? – preguntó Lucía.

– Trabajan.

– ¡Y nos extrañan! – rió Giselle.

– Pero…¿cómo hacen ustedes? – agregó Mario.

– ¿Cómo hacemos qué…? – respondió Ruth.

– Bueno…es que dieciocho meses sin verse, es mucho tiempo.

– No sé a qué te referís.

– A que ellos se acuestan con otras y ustedes con otros… ¿o no?

Bigote había ido al punto que nos intrigaba. La madre del pequeño se había colgado de su cuello y no se desprendió de él en todo el día. Eso le valió que maliciosamente la apodáramos "El monito". Yo, cada tanto, entraba y salía atendiendo el asado en la parrilla y escuchando la discusión. Sebastián que, evidentemente, estaba enterado del modo de pensar de nuestras anfitrionas, se divertía con nuestra incredulidad.

– ¡Pero eso es necesario…! – dijo Giselle, mirando a su hermana que sonreía – No puedo pedirle a mi marido que se aguante hasta que yo vuelva.

– Y ellos tampoco nos pueden pedir eso a nosotras – agregó Ruth – Sería como pedirnos que no fuéramos al baño…¿entienden?

– No se pueden comparar ésas necesidades con las sexuales – censuró Bigote, que había dejado al nene en brazos de Sebastián – en el sexo se está con otro.

– Lo que pasa es que ustedes entablan relaciones de pertenencia, no de convivencia.

Ruth había encendido un duro debate – junto a otro de sus largos cigarros – y hablaba con claridad y un ligero acento francés que cautivaba. Nos explicó que cuando ella estaba con su marido, no necesitaba ni deseaba a ningún otro hombre y que a él le pasaba lo mismo. Pero ella eligió una carrera que por unos años la iba a tener viajando y hubo que aceptar el hecho de que no era justo que ninguno de ellos se sometiera a un ayuno sexual tan prolongado. "¡Pero eso es faltarse el respeto…!" – criticó Bigote. A lo cual Giselle respondió que para ellas eso era justamente…"tratarse con respeto". Por suerte el aroma del asado ya inundaba la casa y Lucía trajo unos vasos de vino que llegaron en inmejorable momento. La filosofía daba paso a la gastronomía. ¡Momento único e irrepetible! Era un día invernal por la temperatura baja, pero tenía un resplandor de primavera. Almorzamos entre ocurrencias, anécdotas y carcajadas. El tema de la "libertad sexual" – por llamarlo así – no se volvió a tocar. Creo que a todos nosotros nos incomodaba. Apenas terminó su plato, Giselle se llevó a Sebastián del brazo y con una manta se tendieron al sol bajo un enorme eucaliptus. Yo me senté a hojear unos libros y Bigote desenfundó la guitarra. Mario, mientras tanto traía leña para mantener la chimenea encendida y el "monito" trataba de que su hijo hiciera la siesta en el dormitorio. Lucía y Ruth ordenaron la cocina y luego se embarcaron en un juego de canasta, mientras Lucía probaba unos de sus cigarros. Tenía ganas de escribir así que le pedí papel a Ruth y empecé a garabatear unas ideas. Como solía sucederme, venían varias a la vez y así fui saltando de un papel a otro, como alguien que estuviera pintando varios cuadros al mismo tiempo. "¡Qué inspirado…!" – escuché cerca de mi oído – y al volverme encontré la provocativa mirada de Lucía. Sus manos masajeaban mi cuello y empezó a morderme la oreja. Yo trataba de disimular mi enojo por la interrupción. "No hace falta que hagas eso, sé que estás ahí." – dije. "Sólo quería saber que lo sabías…" – respondió. Me dio un beso y volvió a su partido de canasta. Bigote y el "monito" estaban junto a la chimenea, echándole un leño de vez en cuando. Fue el único momento en que los vi bien. Sebastián y Giselle, después de su siesta, ocuparon el centro de la alfombra con un partido de Scrabel. Mario,

termo en mano, recorría la casa cebándonos mate a todos. Como a las ocho empezó a llover y así continuó toda la noche. Hicimos silencio para oír la danza de la lluvia en la galería, que tenía techo de chapas. No pudimos encender el horno, estaba tapado o algo así. Calentamos las sobras del asado en la chimenea y cenamos a su alrededor. Bigote cantó algunas de sus canciones y Mario se animó a recitar unos poemas de Pedroni. Lucía me pidió que leyera lo que había escrito esa tarde. Me disculpé diciendo que no me gustaba leer cosas recién escritas. Bigote me sacó del aprieto largando una zamba que yo conocía y que cantamos a dúo. Después fue el turno de Sebastián, que cantó unos temas suyos. Giselle lo miraba mientras bebía de a sorbos un gran copa de vino blanco. Lucía se quedó dormida en mis brazos. El hijo del "monito" se despertó cuando ellos entraron al dormitorio. Ruth se acomodó en la mecedora y Mario salió a fumar a la galería. La habitación quedó iluminada sólo por el reflejo rojizo de las llamas en la chimenea. La lluvia arreciaba por momentos. Tapé a Lucía con una frazada y al darme vuelta para dormir, vi a Giselle soltarse el cabello y quitarse la túnica. Una mezcla de excitación y vergüenza me invadió al ver su cuerpo desnudo. Ella, indiferente, le sonreía a Sebastián. Luego volcó su ropa en el respaldo de una silla a modo de cortina y se metió bajo la manta que los cubría. Seguramente harían el amor, allí sobre la alfombra, mientras el resto de nosotros dormíamos a su alrededor. Cuando desperté, Lucía y las dos hermanas – ataviadas nuevamente con sus coloridas túnicas – tomaban café con Sebastián. Mario durmió hasta el mediodía. Bigote salió temprano con la furgoneta, llevando al nene y al "monito", los tres con muy mala cara. Volvió como a la hora sin ellos. Conseguimos hacer andar la cocina y Ruth hizo una comida con cebollas, morrones y mucho picante. Volvieron a sucederse los temas. La conversación era entrecortada, vehemente por momentos. Mario, animado por el alcohol, se animó a preguntar.

– ¡Che, Bigote!, ¿qué pasó con la fulana?

– Quería que hiciéramos el amor con el pibe al lado nuestro.

– ¡Está loca…! – protestó Giselle.

– Su propio hijo… – agregó Ruth.

– ¿Ustedes tienen hijos? – aproveché a preguntar.

– Si los tuviéramos, no estaríamos acá – contestó Ruth.

– El día que Paul y yo decidamos tener hijos, él va a tener que dejar su alpinismo y yo mis piedras – agregó Giselle.

– No te imagino mamá – bromeó Sebastián.

– Una mujer siempre lleva adentro una "mamá" – contestó Giselle – lo que no significa que esté obligada a serlo.

– Y sí…un hijo…te cambia la vida – agregó Mario, que ya arrastraba las palabras.

– Yo por eso, elegí no tenerlos – aclaró Ruth – estoy muy contenta con mi vida tal como es.

– A mí no me importaría dejar de modelar. Daría todo por tener una pancita.

Como era de esperar, después de las palabras de Lucía empezaron a llover las bromas sobre mí. A media tarde pusimos en orden la casa y emprendimos el regreso. Antes de irnos, nuestras amigas le dejaron instrucciones a la anciana calva, para que pudiéramos usar la casa cuando quisiéramos. Unos días después Bigote y Mario tomarían un tren rumbo a Bariloche y las francesas volverían a Puerto Madryn a continuar su investigación sobre los pájaros. Recuerdo que antes de partir, Ruth me comentó que un pájaro que nace y se cría al aire libre, de inmediato reconoce una caverna y por más grande que sea, siempre va a buscar una salida; mientras que otros – no recuerdo de qué especie – que nacen y se crían en cavernas, pueden pasar toda su vida allí, creyendo que el techo es el cielo. No sé por qué me conmovió tanto ese comentario, pero muchos años después volví a recordar esa charla y de allí nació el título de esta obra. El motivo por el cual lo elegí, tendrán que descubrirlo ustedes a través de los hechos que irán conociendo. Por el momento les diré que no volvimos a ver a las hermanitas francesas y que su recuerdo nos acompañó mucho tiem-

po. Al comienzo, Giselle le escribía con frecuencia a Sebastián. Así nos enteramos que al regresar a Francia el marido de Ruth le pidió el divorcio…porque quería ser papá. Eran los riesgos.

Bitácora

1973 – JUNIO 20: Hoy por primera vez vi morir gente. No me dio miedo, no sé qué me dio, pero de lo que sí tuve mucho miedo fue de no ver más a Raulito. Porque para mí morir es eso, ¿sabés? …no ver más a Raulito. Nunca me sentí tan lejos de él. Tan desamparado. Tengo que recuperar mis cosas perdidas, ¡y pronto! Sebastián me pudre. "¿A quién le hubieras tirado?" ¡Que pregunta pelotuda!

1973 – JUNIO 27: Estuve con Elvira. Está igual, sobre todo en lo que odio de ella, pero tiene razón cuando dice que veo poco a Raulito. Eso va a cambiar, ya vas a ver. También tengo que dejar de mentir. A vos te mentí con lo de mi cumpleaños, pero como vos sos yo, me hice el boludo. ¡Lo grave es que me lo creí! Dicen que me serví la paella con la mano. ¡Qué animal…! Los padres le dijeron a Lucía…"no creíamos que podías caer tan bajo". Pobre Lucía, ella lo hizo por mí. Soy un alcohólico, ¿no? ¡Ni se te ocurra contestarme!

1973 – JULIO 10: ¡Parece que renuncia el tío! Estaba cantado, con Perón en el país, cómo va a seguir siendo presidente. ¡Hay un quilombo con eso…! Me cuenta Pablo, cuando vuelve de la villa. ¡Ah!, no te dije, él y Melena están trabajando hace como un mes en una villa. Uno es un delirante y el otro un mujeriego, pero están haciendo algo por los demás. Yo critico a todo el mundo porque soy un cobarde que no hace nada por nadie…ni por su propio hijo. Pero yo te dije que eso iba a cambiar, ¿no? Pasado mañana viene…¡qué tal! ¿Qué porqué viene ella también?, porque no me hubiera dejado

traerlo a Raulito solo. ¿Que si todavía me zumba? Digamos que me calienta. Adelgazó, está muy linda, pero no quiero hablar de eso ahora. Estoy tratando de descubrir en qué se transformó la mancha de la pared Oeste. No, un ombú no es.

1973 – JULIO 21: El próximo fin de semana nos vamos a Derqui, a la casa de las francesas. No te conté lo de las francesas, pero ahora no tengo tiempo. Me gusta la mayor, pero no me da bola. La otra parece medio tilinga. La invité a Elvira, para que viniera con Raulito, pero esta vez dijo que no. No se lo conté a nadie. Es un secreto entre vos y yo. La noche del puchero durmió en la cama con Raulito y yo en el piso. Debe tener un macho. Pero después de todo… ¿a vos qué carajo te importa?

1973 – JULIO 29: Perdoname la grosería. No te lo decía a vos, estaba enojado conmigo. ¡Celoso pelotudo! Puede tener todos los machos que quiera. ¡Y la corto acá! Derqui estuvo lindo, pero me sentí solo. Cuando volvimos, Clarita ya no estaba. Había pegado la vuelta a la casa de los viejos. ¡Es brava la mitad del río…! No nos avisó nada. Hizo bien, las despedidas duelen. La voy a extrañar. Mejor dicho, la vamos a extrañar. ¡Ya sé!, la mancha de la pared Oeste es un elefante marino.

1973 – AGOSTO 6: Mañana nos vamos a Bari. ¡Qué tal! Vas a ser un verdadero libro de viajes, una verdadera Bitácora. ¿Cómo te sentís? Bigote está insoportable, parece que se fuera al Tíbet. Todos los días me pregunta qué temperatura habrá allá. Y yo lo cargo: "¿cerca o lejos de una Bols?". Ya armó y desarmó la valija como cuatro veces, ¿no te digo?, ahí me está llamando otra vez. ¿Qué se les dió ahora por decirme "lumbrís"? Ese fue Sebastián, seguro. Debe ser porque ahora lo llamo "Melena". Pará, enseguida vuelvo. Ya estoy de vuelta, creo que terminó de guardar todo. Yo también estoy un poco nervioso, desde Gessel que no voy a ningún lado, será por eso. Porque la venta de las chucherías está asegurada, por lo menos eso fue lo

que dijo Juanita. Nos consiguió un lugar barato para dormir. Unos bungalows que quedan cerca de la ciudad. No veo la hora de estar en el tren, ¿vos no? "Lumbrís"… y sí, la verdad es que estoy muy flaco, pero qué querés que haga, no soy de comer mucho.

1973 – AGOSTO 11: No te escribí antes porque el paisaje me dejó sin palabras. Es imposible contarte todo lo que vi en estos días. Todo parece como salido de uno de esos cuentos que nos contaban cuando éramos chicos. Si pudiera entrar de guardabosque, me quedo a vivir acá. Estuvimos laburando con Bigote en la entrega de mercadería, la mayoría nos paga el último día sobre lo que vendieron. Esa no la sabíamos, así que estamos sin un mango. Pero Pablo tiene muchos amigos acá, vinimos con una carta de él y nos fían en todos lados. Son gente macanuda. Anoche fuimos a Grisú. Si lo hubieras visto bailar a Bigote te hacías filósofo. Ahora duerme. Debe estar añejando todo lo que se tomó. Yo hacía años que no tomaba un whisky tan bueno… ¡y nos dejaron la botella en la mesa! Ya no había micros, así que volvimos caminando por la 237 y pasó algo increíble. De pronto dejó de nevar y se abrió un agujero en las nubes por donde bajó la luz de la luna, iluminando la superficie del lago como si fuera un escenario. Bigote siguió caminando, pero a mí se me fue el pedo al instante. No podía creer lo que estaba viendo, me quedé como esperando que alguien entrara a bailar sobre el agua. Se hizo un silencio profundo y sin darme cuenta empecé a aplaudir. Entonces aparecieron dos perros negros grandotes, que en otra circunstancia me hubieran hecho cagar encima y se sentaron al lado mío, como si quisieran ver el espectáculo conmigo. Después me acompañaron hasta el bungalow. No lo soñé. Lo sé porque todavía no me acosté y te lo estoy contando. Está cayendo la nieve otra vez. La estufa se está por apagar y se acabó la leña, hace un frío de cagarse. Mejor me duermo pronto.

1973 – AGOSTO 18: Nos fue como el orto. Les mandamos la guita a todos los artesanos y algo a Pablo y a Sebastián, pero vamos

a volver sin un mango. Cuando nos bajaron la cuenta de todo lo que nos habían fiado casi me muero… ¡amigos!, ¡qué mierda van a ser amigos, son unos comerciantes hijos de puta! La única que nos trató bien fue Juanita, hasta nos prestó plata. Los demás, son una mierda. Nos devolvieron un montón de mercadería. ¡No pierden nunca los hijos de puta! Vamos a tener que vender en la vereda para ver si juntamos algo. Ni para volver tenemos. Tengo que buscar laburo fijo y dejarme de joder, esto de las chucherías no funca. Ya te lo había dicho, ¿te acordás?

Se agranda La Comuna

– ¿Sabés por qué volvió?, ¡porque tiene hambre!

– Para vos todo se mide con un plato de comida.

– ¡Porqué te crees que lo echó la putita con la que vivía…!

– Por suerte terminó con esa mujer…

– ¡Se cansó de mantenerlo!

– Tenemos dos hijos y ésta también es su casa.

– ¡No, no es "su" casa, es "nuestra" casa! Para vivir acá hay que poner algo. Todos somos machos cuando tenemos la comida y el techo gratis. ¡Yo trabajé toda mi vida, y nunca me esperó nadie con la sopa caliente!

– ¿Y se lo querés hacer pagar a ellos? Lo único que vas a conseguir es que se vuelvan a ir, quién sabe adónde.

– ¡Quiero que aprendan a defenderse solos!

– No te pongas así, viejo…me asustás.

– ¡El clásico golpe en la mesa…!

– ¡Hijo…! no sabía que…

– Lo llevo acá adentro, desde que era chico. Primero el ruido del corcho… ¡toc!, después la voz, cada vez más alta y más gangosa…y al final… ¡el golpe en la mesa!

– Ya conocés a tu papá, a veces dice cosas…

– ¡Yo dije lo que dije, carajo!, ¡no hablés por mí! ¡Si se quiere ir que se vaya, pero que esta vez no vuelva! ¡A ver si te llenás la panza cantando y haciendo cinturones…!

– ¡Por Dios, hijo…!

– ¿Qué…me vas a pegar? ¡Pendejo malnacido!… ¡hacé la prueba…!

– ¡Sebastián, por favor…!

– No te asustes mamá, no le voy a hacer nada. Después de todo, tiene razón…no tendría que haber vuelto.

– Sabía que esto iba a pasar tarde o temprano. ¿Por qué Señor, porqué…?

– ¡Dejá de llorar, Amalia!…no vale la pena.

———————————

– En lo de Enrique no se puede porque está el mimeógrafo. El único lugar disponible en la zona es éste.

– Pero esta casa funciona como buzón.

– Eso ya está arreglado José, hay una casa en Bosch, que la presta un compañero del Alemán.

– ¡Bosch…! ¿Y cómo hago para irme hasta allá con semejante paquete de diarios?

– Eso lo va a hacer otro compañero. Ustedes van a formar un organismo de bloqueo para General Motors y para Fiat, y tiene que funcionar acá.

– No estoy de acuerdo. No es bueno que la pareja trabaje en una misma célula.

– No es lo mejor Carlos, ya sé…pero hasta que no tengamos una célula docente es el único lugar donde Paula puede estar.

– Va a ser mejor que yo me busque otro lugar.

– Eso iba a decirte, Carlos. Con este cambio, no es bueno que los tres vivan juntos en la misma casa. Tratá de conseguir algo lo antes posible, si no podés, avisame.

– ¿Tanto apuro hay?

– Vos sabés que él no debería estar acá, José. En el Comité de zona hicimos la vista gorda porque no tenía dónde ir.

– Tiene razón Aguirre, no conviene que los militantes vivan juntos.

– ¿Entonces qué hago, me separo de Paula?

– No digas boludeces, nadie está hablando de eso.

– Pensándolo bien…sería una buena excusa.

– No te hagás el macho que si a vos te falta Paula, te morís.

– Bueno, compañeros. Acá les dejo la información que tenemos sobre las empresas. Tómense una semana para estudiarla y después nos reunimos.

– Va a hacer falta más gente.

– ¿Por qué no le dicen a Bigote que se integre al organismo?

– ¿Bigote…en una célula de bloqueo…? Estás soñando, flaco.

– ¿Vos qué opinas, Carlos?

– Se reafilió hace poco y todavía no tiene tarea, pero…no creo que quiera participar en un trabajo así.

– ¿Te lo imaginás a Bigote repartiendo volantes a las cinco de la mañana en la puerta de la fábrica…? ¡Para alquilar balcones!

– Puede ser que tengan razón, pero yo que ustedes se lo propondría.

———————————

Lucía se había ido temprano. Yo seguí escribiendo sin darme cuenta del tiempo. Sentí hambre. Me puse a saltar un poco de acelga con ajo y unas papas…lo que había. Al rato llegó Sebastián. Traía un enorme bolso marinero que me llamó la atención.

– ¿Estás de cocinera?

– Y…desde que se fue Clarita.

– Tiene rico olor.

– ¿Querés un poco?

– ¿Qué es?

– Caballo regalado.

– Bueno, dame. Para mí sin montura.

El humor de Sebastián me hacía falta. No había sido muy apacible la tarde con Lucía. Ni bien me puse a escribir, subió el volumen de la música y empezó bailar. Como no le presté atención, se enojó y se fue. Sebastián me hablaba desde el comedor.

– ¿Qué es esto que estás escribiendo?, no entiendo…¿quién es "Helián"?

– Alguien…

– ¡¿Que "nació entre las crines de un caballo negro al galope tendido, en una noche de tormenta"…?!

– Después te explico, ahora tengo hambre. Andá a traer los vasos y los cubiertos.

– Sí, vieja.

– No hay pan.

– Mejor, así no como. Tengo que bajar un par de kilos. ¡Ah…! Enzo te manda esto.

– ¿Pasó algo…?

– El pendejo que me dio el sobre no me dijo nada.

– Después lo leo. ¡Me comería un cocodrilo!

– Eso si le ganás de mano…

– Hace tiempo que no nos ponemos a sacar canciones a dúo, ¿no?

– Desde que terminamos la remesa de artesanías. Y hablando de eso…¿sabés algo de nuestros socios?

– Colocaron todo, pero están puchereando porque les pagan el último día.

– ¿Y eso…?

– Parece que ahora es así. Te pagan lo que vendieron y te devuelven el resto.

– Eso tendríamos que hacer nosotros, Pablo. Poner un boliche acá, en Buenos Aires. Con todos los artesanos que vos conocés, lo podríamos llenar, y pagamos lo que vendemos. Además de nuestras cosas, claro… ¿qué te parece?

– No sé…puede ser.

– Cuando vuelvan, repartimos la guita y lo conversamos.

– No creo que a ellos les interese.

– ¡Ni en pedo pongo un boliche con ellos…! Me refería a nosotros dos.

– Quiero seguir teniendo tiempo para escribir y componer.

– ¿Estás componiendo?

– Hice algunos temas.

– Nunca dijiste nada de eso.

– Están sin terminar.

– Igual que los míos. Podríamos llevar las violas al local… ¿no?

– Vas demasiado rápido. Tendríamos que atenderlo, abrir y cerrar a horario…

– Al comienzo. Después podríamos tener una empleada.

– No Sebastián, yo no sirvo para eso.

– ¡Yo me encargo del local y vos de la mercadería!, ¿qué te parece?

– No sé. Acá se deben dos meses de alquiler. Vamos a ver cuánto traen.

– ¿Cuándo vuelven?

– La semana que viene.

Sebastián terminó su plato y encendió un cigarrillo.

– Te tengo que pedir un favor.

– Te escucho.

– Vos sabés que no vivo más con la veterana, ¿no?

– Supuse, como te vi muy tranquilo con Giselle…

– Justamente fue a causa de eso. La bruja se enteró y me tiró las cosas a la calle. Volví a lo de mis viejos, pero me equivoqué. Como mi hermano había vuelto y no había tenido ninguna agarrada… pero hoy casi le pego.

– ¿A tu viejo…?

– Sí. Necesito quedarme acá unos días, hasta recorrer el espinel.

– Acá podés quedarte el tiempo que quieras.

– No creo que Bigote piense lo mismo. Mario puede ser, pero el "Mufo"…

– Lo hablamos cuando vengan.

– No, voy a tratar de conseguir algo antes.

– Acomodate arriba, en el lavadero hay una cama. Al lado de mi pieza.

– Prefiero ese sofá.

– Pero éste es un lugar de paso.

– Es por unos días.

– Como quieras.

———————————

Me intrigaba el motivo por el que Enzo me citaba en el barrio un martes, fuera de mis clases habituales. Asistí puntual. Un muchacho de unos trece o catorce años, al que había visto algunas veces, me indicó que lo siguiera. Algo extraño sucedía. Mientras lo seguía tenía la sensación de estar pasando más de una vez por los mismos

corredores. Me adelanté y pregunté "¿Adónde vamos?". "A Enzo lo balearon" – fue la respuesta. No terminaba de entender cuando el muchacho pasó bajo una ropa tendida y entró en una casilla. Lo seguí llevado por mi curiosidad y una inexplicable confianza en él. Una mujer obesa que rondaba los cuarenta, con un pequeño en brazos, preparaba mate cocido para otros tres sentados a la mesa. Mi guía movió una cómoda y desprendió una chapa, detrás de la cual apareció una abertura por la que me introdujo rápidamente, mientras la dueña de casa volvía todo a su sitio. El lugar era sofocante. Una pequeña habitación, iluminada por un farol a kerosene, insólitamente estrecha, tan es así que la cama de una plaza donde se hallaba tendido Enzo, sólo cabía en una dirección. Después me explicaron que en las épocas de la resistencia peronista, los corredores "desaparecían" entre las casas linderas y se transformaban en refugios. El farol a kerosene impedía que se rastreara el lugar siguiendo los cables eléctricos. Le pregunté a Enzo por lo sucedido.

– Me balearon el rancho. Por suerte la negra y los chicos no estaban.

– No sabía que tenían hijos.

– Dos. De la edad de ese muchacho que lo trajo y tan leales como él. Pero no están acá, los compañeros los pusieron a salvo, a ellos y a la madre.

– Me parece que usted tendría que hacer lo mismo.

– La villa está rodeada.

– ¿"Rodeada"…?

– Usted no los va a ver, pero están por todas partes. Acá estoy seguro…ellos creen que escapé con mi familia.

– Pero ¿quiénes son?

– Los de la tendencia, los "Montoneros". Desde que renunció Cámpora se pusieron de punta con eso de "El tío con Perón".

– No entiendo.

– Ellos quieren que Cámpora integre la fórmula presidencial con el General, pero él ya decidió que va a ser Isabel, su esposa.

– ¿Y usted qué culpa tiene de todo eso?

Una amplia sonrisa iluminó su cara.

– ¡Ay, maestro, maestro…! Es mejor que usted nunca se meta en política.

– Esa es mi intención.

– Justamente para eso lo mandé a llamar.

– ¿Para decirme que no me meta en política?

– Para que estuviera al tanto de todo esto, porque seguramente lo van a ir a ver.

– Yo no soy peronista.

– Ellos tampoco. Para ellos el General es un "burgués".

– Mientras me dejen seguir haciendo mi trabajo…

– Usted es un hombre honesto, con ganas de ayudar…y la gente se da cuenta de eso. No le dije todo esto para que tome partido, sino para que no se deje usar. Ya lo demoré mucho, puede ser peligroso. Mejor que se vaya. Y no hable ni pregunte por mí, ahora el control de la villa lo tienen ellos.

– Hágase ver esa pierna.

– El médico vino ayer, no se preocupe.

Me tendió la mano con una nueva sonrisa. Salí por donde había entrado, pero ahora me acompañaba una chica de unos veinte años, que después de dar nuevamente infinidad de vueltas, me señaló la salida. Luego sonrió fugazmente y desapareció en ese gigantesco laberinto de casillas, zanjas y pasillos. Me detuve un momento en el triste paisaje de la pobreza. Por primera vez, desde que iba al barrio –así me gustaba llamarlo– me detenía en su paisaje. Siempre había estado atento a su gente, a sus códigos, a sus costumbres…pero esa vez, mis ojos recorrieron su anatomía, más parecida a un esqueleto

que a un cuerpo. Recordé las palabras de Enzo "Acá estoy seguro". Sin lugar a dudas era su territorio. Ni en un mes volvería a encontrar su refugio si me hubiera puesto a buscarlo en ese momento. ¿Pero por qué quería quedarse ahí después de lo ocurrido? Haría falta mucho más que un mes, para que yo pudiera entender eso.

———————————

Me detuve a comer en "Los chiquitos". No había almorzado y tenía unos pesos que Mario nos había girado desde Bariloche. Cuando llegué a La Comuna, estaban Sebastián y Carlos sentados en el sofá, junto a la chimenea, tocando la guitarra. Al parecer, Carlos le estaba pasando unos tonos que Sebastián necesitaba para una canción que estaba componiendo.

– Balearon a Enzo.

– ¡¿Qué…?! ¿Quién?

– Él dice que fueron los Montoneros.

– No puede ser. Yo trabajo con Raúl que está en Montoneros y no escuché ningún comentario.

– Yo tampoco lo entiendo.

– Es que cambió la situación política.

Carlos encendió un cigarrillo. Con el tiempo vi que ésa era una costumbre suya cuando se disponía a hablar de su tema favorito. Creo que de no haber sido un político, tampoco hubiera sido fumador. Nos habló largo rato de la situación que había dividido al peronismo en "Leales" y "de izquierda". Nos habló de la posición de su partido al respecto. Entendí bastante poco y, a decir verdad, no me interesaba demasiado. Sebastián advirtió mi desgano y cambió de tema…

– ¿Por qué no le contás a Pablo, para qué viniste?

– No, dejá…

– Acá tenés otro náufrago.

– Ya se veía venir, las últimas veces que estuviste hablaste de eso.

– Sebastián me dijo que Mario y Bigote vuelven la semana que viene y…

– No hay problema. Podés usar el lavadero, arriba.

– Sería hasta que ellos vuelvan.

– Te digo lo que le dije a Sebastián. Cuando ellos vuelvan, hablamos. Acá hay lugar para todos…y los gastos van a ser menos.

– ¡Hay Pablito, Pablito…! cuando vuelvan tus cófrades nos van a pegar una tremenda patada en el culo. Pero bueno…"Dios proveerá" Hablando de eso… ¿cobraste el giro de Mario? No tengo un mango y estoy muerto de hambre.

– Me hubieras dicho, yo tengo algo de plata – interrumpió Carlos.

– No hace falta…tomá – intervine – yo ya cené, vayan ustedes.

Le di su parte a Sebastián y se fueron. Subí a mi habitación y encendí un cigarrillo. Pensaba en ellos. Me gustaba la idea de vivir todos juntos.

La gran asamblea

El regreso de Mario y Bigote se postergó hasta fines de agosto. Yo presentía algo malo y así fue…un desastre. Volvieron sin un peso. Los motivos…"nos mató la gente que nos había fiado"…"no nos pagaron lo que habíamos arreglado por la mercadería"…"nos devolvieron mucha sin vender"…"Bigote se enfermó". Me sentía defraudado. Hubo duras discusiones referentes a la desidia de ambos y al pésimo manejo del dinero. Les recriminé que no habían pensado en nuestra parte a la hora de gastar y que tampoco habían pensado en la deuda del alquiler. Pasaron algunos días, en los que intentamos vanamente conseguir la plata para pagarla. Una mañana Carlos trajo el dinero.

– Cobré un laburo que me debían hace mucho. ¿Alcanza?

– Sí, pero no es problema tuyo, Carlos – repuso Bigote con cierta soberbia que me irritó – además es un montón de guita, no sé cuándo te la podríamos devolver.

– No quiero que me la devuelvan. Ahora estoy viviendo acá, tómenlo como un alquiler anticipado. Ni bien consiga algo, me voy.

Me emocionó la actitud de Carlos. Con ese dinero él podía alquilar algo propio, sin embargo lo daba para salvar nuestro alquiler. Allí cobró fuerza la idea que me rondaba la cabeza.

– Creo que esto se puede resolver de otro modo – dije – Carlos necesita dónde vivir y nos ofrece su ayuda para que no nos rajen. Sebastián trabajó a la par de todos y no vio un peso, igual que yo. El también necesita lugar donde vivir. En la casa hay lugar para los

cinco. Propongo que se queden y que compartamos los gastos entre todos.

Divisé un gesto de sorpresa en Carlos. Después supe que yo, sin saberlo, había usado una artimaña política: condenados por sus excesos en Bariloche, ni Mario ni Bigote tenían argumentos para oponerse a mi propuesta. Yo lo hice simplemente porque estaba enojado y me había conmovido su actitud. Sebastián salió "a comprar cigarrillos". Bigote caminaba de un lado a otro meneando su cabello sobre los hombros. Mario miraba sin mirar un plano que hacía casi un mes estaba crucificado sobre el tablero.

– ¡Bueno, parece que lo tuviera que decidir yo! – refunfuñó Bigote. Estoy de acuerdo que se queden por un tiempo, pero…

– Eso no es lo que propone Pablo – interrumpió Mario.

– ¿Bueno…y vos qué decís de lo que "propone Pablo"?

– Si necesitan donde vivir y acá hay lugar, tendríamos que pensarlo.

– Está bien. Mañana nos reunimos los tres y lo discutimos.

– Los cinco – repuse.

Se hizo un silencio largo. En ese momento entró Sebastián y mirándonos a todos desde la puerta, dijo…

– ¿Alguien quiere que le vaya a comprar algo?

El humor de Sebastián hizo que el clima se distendiera. Fuimos a cenar a "Los Chiquitos". Mientras cenábamos, juntos por primera vez, Bigote nos puso al tanto de las "peripecias" que tuvieron que sufrir en Bariloche. Mario lo corrigió varias veces y hasta con cierta ironía…absolutamente inusual en él.

———————————

La “Gran asamblea” – como quedaría en nuestro recuerdo – se inició en un tono grave y para nada informal. Creo que en su fuero íntimo, cada uno de nosotros tenía expectativas importantes puestas en esa asamblea. El mesón estaba iluminado como siempre por la lámpara de dibujo de Mario. Había mate y galletitas. El primer tema fue el de las afinidades. Es decir, las cosas que teníamos en común. Intenté resumirlas…

– Creo que la música, la poesía, nuestra edad…

– Y que no tenemos un mango para alquilar cada uno su propio departamento – repuso secamente Bigote.

– No sé si me gustaría vivir solo.

– ¡Vamos Pablo…! cuando viniste a vivir con nosotros no tenías otra salida. Cómo no te va a gustar tener tu propio lugar, invitar a tus amigos, estar a solas con Lucía.

– No veo que eso no se pueda hacer acá – terció Mario – de hecho se hace. ¿O no vienen nuestros amigos? ¿O no traemos a nuestras parejas?

– ¡Por favor Mario, no es lo mismo, no hablés boludeces!

– ¡Yo no hablo boludeces!

Era la primera vez que veía a Mario contestándole de ese modo a Bigote. Este –tan sorprendido como yo– no atinó a responder. Carlos se apresuró a intervenir…

– Tienen distintas posiciones políticas. No lo hagan personal.

– ¿Qué tiene que ver la política? – pregunté algo molesto – Yo creo poder llevarme bien con cualquier persona que sea capaz de resignar una parte de sus necesidades por el bien de todos.

– Y ésa es una posición política, Pablo. Aunque no te guste el término, pero es una posición política. Y yo estoy de acuerdo.

– Y yo – dijo Sebastián levantando la mano.

– Y creo que es la posición de la mayoría.

Dijo Mario, mirando a Sebastián y a Carlos. Sus palabras fueron tan convincentes, que el debate quedó agotado en ese punto. Bigote volvió a la carga.

– El segundo tema es el manejo de la guita. Todos somos muy desbolados en eso. Además, nadie tiene sueldo fijo.

– Se podría establecer un fondo común. Hacer el presupuesto de los gastos fijos y que cada uno consiga a su manera la quinta parte – sugirió Carlos.

– ¿Y si alguien no puede? – preguntó Sebastián.

– Podríamos llevar un libro – opiné – con lo que cada uno vaya poniendo. El que no llega, pone más al mes siguiente.

– No, así cada uno pone lo que quiere – enfatizó Bigote – yo creo que hay que fijar un aporte mensual fijo y que cada uno se rompa el culo para cumplirlo, como dijo Carlos.

– ¿Y si alguien no puede? – insistió Sebastián – ¿Qué hacemos… lo echamos?

– Tendríamos que discutirlo entre todos, para decidir cada paso – respondió Carlos – y tratar los problemas cuando se presenten.

– Sí. Que cada uno tome la responsabilidad de cumplir con su parte – asintió Mario – y cuando haya un problema, nos reunimos y lo charlamos.

– ¿Estamos de acuerdo? – pregunté.

– Esperá – interrumpió Bigote – que faltan los gastos no fijos. Por ejemplo la comida.

– Eso es simple – contesté – si uno come, todos comen.

– Mario y yo hace años que hacemos eso, pero una cosa es hacerlo entre dos que viven juntos desde hace tiempo y otra cosa es entre cinco que recién empiezan.

– Si esto va a ser una comuna, yo insisto: donde uno come, todos comen. Si no, es una pensión…y yo no quiero vivir en una pensión.

– Es lo más lindo que escuché esta noche – dijo Sebastián, aplaudiendo.

– Estoy de acuerdo con Pablo – agregó Mario, después de un largo silencio.

– Estoy de acuerdo – dijo Carlos, levantando la mano.

Pasamos a repartir los días de limpieza de los lugares comunes – el comedor, la cocina y los baños – de lunes a viernes. A propuesta de Mario se dejaron libres los sábados y domingos, de acuerdo a quiénes estuvieran y quiénes no. Cada cuarto sería mantenido por su habitante como quisiera, sin que nadie tuviera injerencia en él. Allí surgió el último de los temas…el reparto de habitaciones, porque incluyendo el lavadero, eran cuatro…y nosotros éramos cinco.

– Creo que Mario, Bigote y Pablo tienen prioridad. Los que recién llegamos somos Sebastián y yo. Nosotros tenemos que ocupar lo que queda. ¿Querés el lavadero? Yo puedo dormir acá, en el sofá.

– Yo prefiero el patio cubierto.

La elección de Sebastián nos sorprendió a todos. Nadie había pensado que el patio cubierto podía funcionar como habitación. Desde ya, su idea no era desinteresada sino la que más convenía a sus hábitos. El patio cubierto tenía estufa, baño de huéspedes y una entrada directa desde la calle por el corredor.

– ¡Uy…éste nos va a llenar la casa de ladilla! – exclamó Mario.

– Que tienda las sábanas en el patio del fondo – agregó Bigote, que había cambiado de humor y se notaba más distendido.

– ¡Eso si las lavo…! – repuso Sebastián.

Segunda parte

LA MILITANCIA

Chile en llamas

Recuerdo la radio encendida – "Colonia", de Uruguay, la única que trasmitía de tanto en tanto, los sucesos en el país hermano – y la noche cayendo afuera…espesa como la sangre. Mario con los codos sobre el mesón y el rostro entre las manos, que por momentos se crispaban y revolvían con desesperación su cabello. La resumida luz de la lámpara daba al ambiente un color de espera y de tristeza. No podía creerle a mis oídos…

– ¡No puede ser!, ¡no pueden hacer eso con la gente…!

Un estadio transformado en cárcel. Miles de seres humanos aguardando a la intemperie la hora de su tortura. Intestinos reventados por el agua a presión de las mangueras…dedos triturados…carne quemada por la picana. Cerraba los ojos y me repetía…¡no puede ser!, ¡no pueden estar haciendo eso…!

– Si pueden…lo están haciendo.

La cara de Mario semejaba una máscara. Sus ojos eran dos redondos témpanos. Tenía la mirada demencial de quien no puede tolerar el dolor que brota de sus entrañas. Hasta el timbre de su voz había cambiado.

– No hay lugar donde ampararse cuando se masacra a un pueblo. Ocurra donde ocurra, siempre ocurre acá…adentro nuestro.

Las palabras de Mario contenían de algún modo las respuestas que necesitaba. El porqué de ese odio incontenible que arrancaba desde el fondo de mis huesos.

– Tengo ganas de matar. Nunca había sentido eso – murmuré.

Mario se puso de pié. Un temblor creciente le impidió encender el cigarrillo. Arrojó el encendedor con inusitada violencia, mientras asentía con la cabeza a algún tormentoso ímpetu que pujaba por salir de él.

– ¡Yo también, hermano…yo también! – dijo y se encerró en su cuarto.

Por primera vez compartía con él un sentimiento profundo, visceral más que racional. Nada volvería a ser igual para nosotros después de esa noche.

———————————

– Hay que responder al golpe de Pinochet. Mañana reunite con los otros delegados, Alemán, a ver si pueden sacar una asamblea del turno.

– ¿Y si no sale?

– Convocá una asamblea en tu sección.

– Pero…no llegamos a treinta.

– Estoy de acuerdo con lo que dice Aguirre. No importa si muchos o pocos, hay que responder a ese golpe, sacar una solicitada, juntar firmas.

– Yo también estoy de acuerdo con lo del flaco. La solicitada que plantea Carlos me parece bien, pero tendría que ser algo más que una juntada de firmas.

– ¿Cómo qué?

– Hacer un recital o algo así.

– ¡¿Un recital…?!

– ¿No les gusta la idea? Podríamos convocar a algún famoso. Ahí se podrían juntar muchas firmas.

– Es una buena idea José, ¿y desde dónde convocaríamos?

– Podríamos convocar desde la Corriente.

– ¿Desde la 1° de mayo?, ¿y por qué no desde el partido?

– Tenemos cinco años de vida política, Alemán…no nos conoce nadie.

– Así van a seguir sin conocernos.

– Estoy de acuerdo con el Alemán. Es bueno que sepan lo que pensamos y que nos vean a la cabeza de una iniciativa contra el golpe en Chile.

– Yo creo que si queremos juntar músicos para un recital, tenemos que usar la mejor herramienta y la mejor herramienta es la Corriente.

– Perdoname, pero creo que eso es ocultar al partido.

– ¡No Carlos…! Tenemos que usar la cabeza, no el orgullo. A la Corriente la conoce todo el mundo.

– ¿Gracias a quién?

– A sus dirigentes, claro.

– ¿Y vos creés que la gente no sabe de qué partido son?

– ¡Entre los obreros sí, pero no entre los artistas, Carlos…!

– Compañeros…¿qué tal si decidimos qué vamos a hacer mañana en la fábrica?

– El flaco tiene razón. Decidamos que hago mañana en la fábrica y fijemos una próxima para discutir lo del recital.

———————————

En los días que siguieron al golpe de Estado en Chile, Mario casi no salió de su habitación. Pero ese día, cuando Carlos llegó, el leía sobre el mesón, ginebra de por medio y yo trataba de sacar un tema

de Serrat en la guitarra. Carlos se dejó caer sobre el sofá y arrojó su bolso de trabajo a un lado.

– Se te ve cansado – dije.

– Con José empapelamos un departamento entero.

– ¿Qué van a hacer con lo de Chile? – dijo Mario a boca de jarro.

– ¿Quiénes? – preguntó Carlos.

– Tu partido, ¿quién va a ser?

– El Alemán sacó una solicitada desde la fábrica y vamos a organizar un recital.

– No, en concreto digo.

– Si eso no te parece concreto…

– El pueblo chileno no necesita música ni solicitadas en este momento. Necesita hombres armados.

– No somos un grupo guerrillero, Mario.

– No los entiendo. Bigote se fue a coger con su ex-esposa y ustedes escriben solicitadas y organizan recitales. ¿Qué clase de "revolucionarios" son…?

Tal vez nadie como Mario sentía tanta impotencia frente a lo que estaba pasando en Chile, pero la ginebra lo estaba sacando de sí y Carlos lo advirtió.

– Tratamos de canalizar la bronca a través de la organización.

– ¡Excusas! ¡No tienen huevos!

– No es cuestión de huevos, Mario…es el pueblo chileno el que tiene que decidir. Si decide enfrentar, creo vamos a ser muchos los que crucemos la cordillera.

– ¿Y si no…?

– Seguiremos luchando desde acá.

– ¿Con solicitadas y recitales…?

– ¿Sabés qué le hicieron a Víctor Jara, antes de matarlo?

– ¡Le cortaron las manos los hijos de puta!

– ¿Y sabés por qué? Porque esas manos eran sus armas. No sólo se lucha con el fusil. No hay que subestimar el poder de la música ni el de las palabras. Víctor Jara era poderoso con sus canciones…por eso lo mataron.

Esas palabras de Carlos hicieron que Mario se quebrara. Nos acercamos a él y lo abrazamos…creo que yo también lloraba. Carlos agregó.

– Tenés bronca y eso es bueno…pero no te dejes dominar por ella. Eso es lo que espera el enemigo… ¡vamos Mario, no les dés el gusto!

Mario se metió en su cuarto. Se hizo un largo silencio. Carlos encendió un cigarrillo.

– ¿Y vos qué pensás?

– Que Bigote tenía razón – respondí.

– A Bigote le gusta ser "profético" – bromeó. El partido no estaba tan seguro de cómo iban a terminar las cosas en Chile. Sabíamos que Allende no tenía el poder y que si no barría la cúpula del ejército, tarde o temprano iba a pasar esto. Pero lo que más lo debilitó fue no ir a fondo con la reforma agraria.

– Hablame en castellano.

– Les dio la tierra a los campesinos, pero no los títulos de propiedad y eso los puso en su contra.

– ¿Los campesinos apoyaron a Pinochet…?

– No. Pero tampoco lo enfrentaron. Allende estaba más solo de lo que parecía, por eso el golpe vino tan pronto y nos sorprendió a todos.

– Si ustedes no estaban de acuerdo con Allende, porqué ahora sacan esa solicitada y preparan ese recital.

– Porque no se trata de si Allende se equivocó o no, se trata de que ahora hay una dictadura fascista en Chile.

– Para mí Allende tuvo unos huevos grandes como esta casa…lo sacaron muerto de su despacho. Ni Perón hizo eso, mi viejo siempre lo criticaba por haberse escapado al Paraguay, con…con…

– Stroessner. ¿Tu viejo era socialista?

– Sé que le gustaba Palacios, pero no iba a actos políticos…o yo no me enteraba. Nunca me dio mucha bola. Ya era un hombre muy mayor cuando yo nací.

Desde allí la conversación se fue volcando hacia la relación con nuestros padres. Carlos no recordaba al suyo porque había abandonado a su madre cuando él era muy chico. Acabábamos de descubrir que ambos éramos, cada cual a su modo, huérfanos de padre. Indudablemente "el viento nos amontonaba", como siempre decía Mario. Luego le mostré un par de canciones que había compuesto para Mariel en los tiempos en que la amaba y él me hizo escuchar algunos temas de una Cantata que había compuesto para el Cordobazo. Por supuesto antes tuvo que contarme algo sobre esa pueblada que yo había conocido sólo a través de los volantes que se repartían en el profesorado en aquél tiempo. Luego, dejó la guitarra sobre el sofá y se puso de pie.

– Me gustaría leer alguno de tus poemas.

– No creo que te vayan a gustar. No hablan del "Pueblo" ni de la "Revolución".

– Yo también compuse algunas canciones sobre el amor y otros temas.

– ¿Y por qué no las cantás? Siempre te escucho canciones relacionadas con la lucha y la política.

– Es que son temas que compuse hace años…ya no me acuerdo la letra y no me gusta equivocarme de tono cuando estoy tocando. Me voy a acostar.

La excusa tenía fundamento, sobre todo conociendo lo riguroso que era Carlos en la interpretación de los temas, pero sospeché que

había algo de pudor en ella. No me imaginaba que pudiera componer temas de amor…siempre tan serio y tan retraído, como si estuviera constantemente preocupado por algo. Me hizo pensar sobre lo poco que conocía de mis "cófrades" de La Comuna. Del Negro y del flaco Miguel sabía hasta los detalles íntimos de sus vidas, pero con Mario, Bigote, Carlos y Sebastián sólo habíamos hablado de política o de música o de poesía. Al parecer, esas pocas cosas en común habían bastado para reunirnos. No sé si a ellos les pasaba lo mismo, pero yo sentía que mi vida se había ensanchado. Que el mundo aquél de mi habitación, con su balcón y su escalera, había volado por los aires y me encontraba en otro que me precipitaba todos los días a situaciones que nunca había vivido. La Comuna, "Artemanía casual", Lucía, Derqui, mi trabajo de alfabetización en el barrio y ahora un creciente e insólito interés por entender algo de política. Los meses que restaban de aquél convulsionado 1973 no serían menos intensos.

Filigranas

Nuevamente hubo elecciones. Cámpora había renunciado en julio y Perón ganó por una inmensa mayoría su tercer gobierno, el 23 de septiembre. Pocos días después mataban a Rucci, hombre de su confianza. El hecho produjo una conmoción en el barrio. Una tarde vinieron dos jóvenes, más o menos de mi edad, a una de mis clases. Esperaron a que yo terminara y después se aproximaron.

– ¿Ferrari…? Dijo uno de ellos con una sonrisa y tendiéndome la mano.

– Sí, soy yo.

– Raúl nos dijo que hoy te encontraríamos acá. ¿Cuál es tu nombre de pila?

– Pablo.

– Bien, Pablo…somos de la juventud peronista de la villa y sabemos que en el tiempo que llevás acá ayudaste mucho a la gente. Nos contaron que cuando aprenden a leer les das poemas para que se ejerciten.

– La rima y la musicalidad de la poesía los ayuda a retener lo aprendido. Parece que da resultado.

– ¡Eso está muy bien!

– Tuvimos muchos maestros "ciruela" – intervino el otro, mucho menos afable.

– Justamente por eso vinimos a verte. Nosotros pensamos como vos y creemos que todavía se puede hacer mucho más. Todo lo que se pueda hacer por los villeros es poco.

Me pareció una frase remanida, típica de los políticos que me aburrían y a los que no les creía una palabra.

– ¿De qué agrupación política sos? – terció el otro, con ganas de ir al grano. Me molestó esa actitud y me puse en guardia.

– De ninguna – contesté con cierto orgullo.

– Todos los que vienen a trabajar a la villa militan en alguna agrupación.

– Yo no.

– Tenés que disculpar nuestra curiosidad – intervino el más afable, tratando de suavizar la prepotencia de su compañero – pero es que últimamente ha venido gente con ideas que sólo sirvieron para confundir a los villeros.

Me molestaba lo de "villeros"…se ponían por encima de ellos. Contraataqué…

– Enzo me contó algo de eso.

– ¿No te dije…? – exclamó el bocón.

– Enzo no es la persona más autorizada para hablar del tema – repuso el afable, mientras forzaba una sonrisa. La mayoría de esa gente rara la trajo él.

– ¿A qué llamás "gente rara"?

– ¡No me estoy refiriendo a vos, eh…! – se apresuró a corregir.

– A mí me "trajo" Enzo…

– Pero vos no sos de los que le bajan línea a la gente.

– ¿"Bajar línea"…?

– Meterle ideas políticas – terció el otro, que me miraba como tratando de leer mis pensamientos.

– No me interesa la política – recordé las palabras de Lucía la noche de nuestro primer encuentro en Buenos Aires – engendra violencia.

– Este no es un buen lugar para conversar – intervino el afable – por qué no venís pasado mañana a una reunión que hacemos. Estamos preparando un operativo conjunto con el ejército para aliviar la situación de los inundados.

– ¿Oíste hablar del operativo Dorrego? – preguntó el otro.

Asentí con la cabeza para no tener que aguantarme una explicación, pero no tenía idea de lo que me estaba hablando. El cambio de expresión en sus rostros cuando mencioné a Enzo, me hizo sospechar que a ellos se refería cuando me advirtió sobre sus agresores. ¿"Operativo conjunto"…? ¿Los Montoneros con el ejército…? No entendía nada. Tomé mis cosas para dar por terminada la charla.

– A la hora de trabajar cuenten conmigo, pero no me interesa la política.

– Qué lástima…Sebastián vino algunas veces, si venís vos, estamos todos – insistió el afable.

El hecho de que Sebastián – tan apolítico como yo – hubiera aceptado, despertó mi curiosidad.

– ¿La hacen acá?

– ¿En la villa?, ¡no! es muy peligroso, sobre todo después de lo de Rucci. Hay mucha gente de él, acá.

Evidentemente se refería a Enzo y sus compañeros. Recordé el vendaje en su pierna, el lugar donde se había escondido. ¿Quién teme a quién?, me pregunté.

– Raúl lo pasa a buscar a Sebastián – agregó el insoportable – ¿Ustedes viven juntos, no? Te podrías venir con ellos.

– No les aseguro nada.

– Sería bueno que vinieras Pablo, hace falta gente como vos en la villa – se despidió el afable, el otro sólo hizo un gesto.

———————————

– ¿Estás segura de que a tus viejos no se les ocurrirá volver hoy?

– Mario…ya te lo dije tres veces: vuelven el domingo por la noche.

– No me gustaría que me encuentren acá, no quiero tener que dar explicaciones.

– ¿Vos…"explicaciones"…?

– No empecemos. ¿Raulito se durmió?

– Ni bien apoyó la cabeza en la almohada.

– Es un santo ese pendejo.

– No lo llames así.

– ¡Ufa, cortala con eso de corregirme!

– Dijiste por teléfono que querías hablar conmigo.

– Sí…bueno, en realidad no sé…

– Mario…¿viniste a pasar la noche conmigo?

– ¡Porqué tenés que pensar siempre en eso…!

– Porque las dos veces que viniste cuando mis viejos no estaban, fue para "eso".

– No fue para "eso"…vine a ver a Raulito…y me quedé a comer.

– Y a dormir.

– Vos me lo ofreciste.

– Porque las dos veces se hizo tarde y te quedaste sin colectivo.

– Vos y yo sabemos que eso no es así.

– ¡Epa…! ¿Mi ex–marido está por decir algo sobre nosotros…?

– Cuando te ponés en tilinga, no te banco.

– ¡Esperá, esperá Mario…!

– ¿Me vas a oír o no?

– Sí. Pero prefiero que hoy no pierdas el colectivo.

– Quedate tranquila, no pienso quedarme.

– Está bien, hablá… te escucho.

– Voy a buscar un trabajo con sueldo a fin de mes…y cuando lo consiga…te voy a pasar una mensualidad para Raulito.

– Repetí eso…

– ¡No empecés de nuevo!

– ¿Me estás hablando en serio?

– Elvira, son las doce y cuarto de la noche. ¿Te parece que me quedé hasta esta hora para hacerte un chiste?

– Es que no puedo creer que hayas cambiado tanto. Te comiste dos platos de guiso y tomaste un sólo vaso de vino.

– ¿Estuviste tomándome examen toda la noche?

– No…pero te apruebo en todo. Aunque tendrías que hacerte limpiar esos dientes…mucha nicotina.

– No vas a cambiar nunca.

– Porque estoy conforme con la que soy.

– Me voy.

– Por primera vez, me siento orgullosa de que seas el padre de mi hijo.

– Bueno…en quince minutos pasa el último.

– Te podés quedar si querés.

———————

Una noche, a mediados de octubre, Lucía vino a La Comuna con una valija que hablaba a las claras de sus intenciones. Había discutido con sus padres y les había gritado en la cara que se venía a vivir conmigo. La convivencia fue inaguantable para ambos, aunque ella hizo esfuerzos por convertirla en algo duradero. Hasta empezó a sumarse a las discusiones políticas que cada vez abundaban más en La Comuna. El último cabo que nos unía, la plenitud de nuestras relaciones sexuales, se cortó al hacerse cotidianas. Lucía empezó a beber en exceso por las noches y exigía sexo de modo compulsivo. En mí sucedía todo lo contrario: lo que siempre había sido más que

suficiente para excitarme, pronto dejó de serlo. Las relaciones se tornaron violentas. Ella parecía disfrutar de esa violencia, pero la sensación después era de vacío. Lucía la evitaba durmiéndose enseguida, pero yo no podía conciliar el sueño durante horas. Un domingo a la mañana vinieron sus padres. Entraron a la cocina mirando despectivamente el desorden que reinaba allí. "Disculpen el desorden, pero los domingos la mucama no viene" – dije, también despectivamente. Luego de oír sus razones para estar allí, comprendí que yo no era quién para juzgarlos. Querían disculparse con ella y que volviera a su casa. Equivocados o no, amaban a su hija y temían por ella. No podía culparlos, el cumpleaños de Horacio era un mal antecedente, así que los traté con respeto y fui a llamar a Lucía. Mientras les preparaba una taza de café, apareció ella en el vano de la escalera que iba a nuestro cuarto, vestida sólo con un baby–doll de insolente escote que sólo cubría sus pezones. El padre se dio vuelta y la madre le pidió que se cubriera con algo. Ella, sin escucharla, encendió un cigarrillo y se sentó cruzando provocativamente las piernas. Fui hasta la habitación y traje un salto de cama, la cubrí con él. No voy a olvidar su mirada, al advertir que no estaba de su lado. "Los dejo solos para que hablen" – me excusé. Cerca del mediodía escuché que se iban y luego a ella subir las escaleras llorando. Fue imposible calmarla. Poco después comprendí que no lloraba por sus padres sino porque yo la había dejado sola. Al día siguiente se marchó sin decir palabra. Estuvimos más de dos semanas sin vernos. Tomé una decisión y supuse que ambos la compartiríamos, pero me equivocaba. Cuando nos encontramos para hablar del tema, me trató como si nada hubiera pasado. Me escuchó en silencio, sin que su sonrisa se desdibujara en ningún momento. Ahí presentí que algo andaba mal. No podía estar tomando de ese modo, el fin de lo nuestro. Se puso de pie y me dio uno de sus besos acostumbrados, acariciándome la cabeza como hacía cuando yo estaba escribiendo. Desde la puerta frunció la nariz en un gesto pícaro, que en esas circunstancias era poco menos que grotesco. "¿No te enojás si te llamo por teléfono?"

———————————

– ¿Te volvieron a dar planos…?

– La corté con esa manga de negreros.

– ¿"Negreros"…? ¡Te aguantaron hasta lo imposible!

– ¡Me chuparon la sangre "hasta lo imposible", Sebastián! Conseguí laburo en un estudio de arquitectos. Cobro un sueldo a fin de mes y estoy en blanco.

– Y qué hacés laburando a esta hora?

– Horas extras…éste lo necesitan para mañana.

– Querrás decir para hoy.

– ¿Ya amaneció?

– Hace un rato. ¿Tomás unos mates?

– Me vendrían fenómeno.

– Voy a calentar el agua.

– ¿No tenés sueño…?

– Anoche fui a buscar unos petates míos a lo de la veterana y me recibió bien. Nos pusimos a charlar y terminamos en la cama.

– Le tiraste el mangazo…

– No. Me quiso dar esta mañana y yo no quise.

– ¡Epa…!

– No me había dado cuenta…pero mi relación con ella, antes de la pelea, se había prostituido un poco.

– Creí que eras consciente de eso.

– No. Yo me acostaba con ella porque me gustaba…y todavía me gusta.

– ¿Cuántos años tiene?

– Cuarenta y seis.

– ¡Una anciana…!

– Si la vieras no dirías lo mismo.

– Bueno…esto ya está. Hay que esperar que se seque. ¿Cómo está la venta de chucherías en la feria?

– Floja.

– ¿En qué quedó lo del local?

– Ya lo conseguimos…en una galería, en Cabildo.

– ¿Cabildo…? Debe salir una fortuna.

– La prima de Pablo está saliendo con un tipo que es el dueño de varios locales en la "Río de Janeiro".

– ¡Ustedes tienen más culo que cabeza…!

– No te creas que lo regala. Zafamos del anticipo y de la inmobiliaria, nada más.

– ¿Consiguieron mercadería?

– Casi todos los artesanos de la feria.

– ¡Claro…con lo que les vendimos en Bariloche!

– No me hagas acordar…

– La guita de los artesanos la mandamos toda, che…

– Está bien Mario…no te estoy reprochando nada. ¿Y ese despertador?

– Bigote…tiene un alumno a las ocho y me pidió que lo despierte.

– ¿Un alumno a las ocho…?

– Aunque no lo creas.

– ¿Y se compró un despertador?

– Se lo prestó Carlos.

– ¡Ah! Voy a buscar el agua, ya debe estar.

– ¿Quién entró al baño?

– ¡Bigote…!, no lo puedo creer!

– ¿Se despertó solo?

– Parece que sí…¿querés el primero?, para mí es muy fuerte.

– No. Dáselo a él cuando salga, es al único que le gusta.

– Bigote despierto a las siete y media…¡ciencia ficción! ¿Y mi socio?

– Se fue a dormir hace un rato, estuvo terminando unas piezas.

– Che, se acabó la pasta dentífrica.

– Llegaste justo para el primer mate.

– ¡Ése es el mío…!

– ¿Qué se te dio por tener alumnos a las ocho de la mañana?

– Hay que agarrar lo que venga y el pibe paga bien…mejor dicho, su viejo.

– ¿Sabías que barbeta tiene laburo fijo?

– Me contó, sí. ¿Ustedes están sin dormir?

– Yo acabo de terminar y en un rato me voy.

– Yo me tomo un par de mates y me voy a acostar.

– ¿Y Carlos?

– Tiene que estar a las diez, allá por la Juan B. Justo.

– Le voy a devolver el despertador.

– No hace falta, ya me despertaron ustedes.

– ¡Llegó el "pequeño Marxista ilustrado"!

– Hablan a los gritos…parecen sordos.

– Largá el mate Bigote.

– ¡Si lo apoyás en el plano te lo hago comer!

– Tirame uno que me voy a dar una ducha.

– ¿Los maoístas se bañan…?

– Che… ¿se dieron cuenta que son las siete y media y estamos todos despiertos?

– Pablo es el único fiel a la tradición artística de este nosocomio… y yo le voy a hacer pata. ¡Adiós, traidores!… ¡madrugadores!

———————————

No sé qué noche fue. Una de las tantas noches de La Comuna, con asado creo…a fines de noviembre. Yo llegué con Amanda. Habíamos estado hablando toda la tarde en un bar y cuando estaba por irse, la invité. La había conocido unos años antes, en diciembre del '71, cuando ella hacía su viaje de egresada secundaria a Bariloche y yo uno de mis viajes de campamento para vender artesanías allá. Habíamos tenido algo, como un comienzo…o un desencuentro, no sé. Era una mujer maravillosa, de hermosos ojos verdes y tremenda sonrisa. Estuvo toda la noche junto a mí, sin hablar casi…la invité a quedarse. Mientras el sol despuntaba, Amanda y yo hacíamos el amor por primera vez. Ella lo retuvo en un poema…yo en mi memoria. Pero algo sucedió desde entonces y luego a lo largo de cuarenta y pico de años, algo que nunca sabré explicar…pero ésa es otra historia.

———————————

Se estaba produciendo un cambio en La Comuna. Un cambio al que también nos sumaríamos después Sebastián y yo. Algo así como el de asumir que cada uno tenía que mantenerse a sí mismo y dejar esa actitud de bohemios hermanados por el arte…y el hambre. Mario bebía mucho menos, Bigote tenía cada día más alumnos y Sebastián y yo empezábamos a trabajar en el local durante todo el día. La noche pasó a ser el momento de la buena cena, de la sobremesa política y del descanso. Quedaron las reuniones con amigos y las guitarreadas para algún sábado a la noche o algún mediodía de domingo. Había influido mucho la actitud de Carlos en ese cambio, aunque creo que él no era consciente de ello. Su disciplina para con el trabajo y la militancia fue ejerciendo esa influencia en todos nosotros. Me di cuenta de esto mucho tiempo después. En ese entonces creía que había sido la disolución de "Artemanía Casual" la que nos había empujado a tomar en serio lo de trabajar y mantenernos. Llegaba el

fin del año, y con él, el fin del curso de alfabetización. Pasé toda la tarde tomando examen en el Centro Comunal. Aquéllos hombres y mujeres me dieron una gran alegría. Todos aprobaron. Después de la pasta frola y el mate cocido, fui a despedirme de Enzo. Me sentía tironeado por las dos fracciones del peronismo y no quería militar en ninguna de ellas, porque yo no era peronista. Me sentía como un espía en ambos bandos, al que iban a descubrir tarde o temprano.

– Me alegra verlo nuevamente en su casa.

– Es que ahora está el General en el poder.

– Eso aquietó los ánimos, ¿no?

– No vaya a creer. Pero tampoco me iba a pasar la vida metido en un agujero. Para ser fiel al General hay que estar dispuesto a todo, incluso a morir por él. Venga, pase y siéntese maestro. Ya debe estar por llegar mi mujer, fue a comprar unas cosas. ¿Una caña…?

– Bueno gracias. Fui a una reunión de la JP – Dije sacándome un peso de encima

– Pero hace rato de eso.

– ¿Usted sabía…?

– Todo se sabe acá.

– No se lo dije antes porque…

– Usted no me tiene que dar ninguna explicación, maestro. Es libre de decidir dónde va. ¿Qué le pareció la reunión?

– Se habló de cualquier cosa, menos del barrio. Me aburrí. Mi amigo también…pero él al menos se levantó una mina.

Ambos reímos. Me alcanzó la caña y se sentó frente a mí pasándose la mano por la cicatriz de su pierna. Luego bebió con lentitud, mirándome, como alguien que trata de desentrañar un conflicto. Finalmente…

– Mire maestro, lo peor que le puede pasar acá es que la gente no sepa su filiación política. O lo ve "apolítico" como usted dice que es

o en alguna agrupación. Pero si lo ven un día con uno y otro día con otro, le van a perder la confianza.

– No puedo evitar que me inviten a las reuniones.

– Lo que pasa es que usted no quiere hacerse enemigos, pero si no quiere meterse en política, diga clarito que no…y ahí lo van a dejar tranquilo. Se puede ser ateo y está bien, lo que no se puede, es estar bien con Dios y con el Diablo.

– Quién es "Dios" y quién es "Diablo" – presumí.

– Nunca se sabe. A veces Dios está entre los malos y el Diablo entre los buenos.

– Lo "malo" y lo "bueno" está dentro de cada uno de nosotros – filosofé.

– Tiene razón…pero el que elige es uno.

Me miró con una sonrisa condescendiente, la sonrisa de alguien que hablaba desde una larga experiencia de vida, a un joven algo leído y presuntuoso. Por suerte llegó su esposa y la conversación cambió de rumbo. Sobre la mesa apareció un enorme pan casero, una longaniza y una botella de vino que Enzo abrió de inmediato. Sentí que se me hacía un nudo en la garganta. Eso era para mí. Me esperaban con un festejo…y yo venía a despedirme de ellos. No encontraba las palabras para decirle que el año siguiente ya no trabajaría en el barrio. Pero por supuesto no pude hacerlo. Sólo me limité a enumerar la gran cantidad de responsabilidades que se me venían encima con la apertura del local y cómo me iba a quitar tiempo. Al brindar, Enzo demostró conocer bastante bien mis sentimientos.

– Nunca vamos a olvidar lo que usted ha hecho por nuestra gente. Que Dios lo siga iluminando y que tenga éxito con sus proyectos.

Fin de año

Una estridencia coral desconocida para mí y que llenaba todos los rincones de la casa, me despertó. Bajé las escaleras y me acerqué al RCA… sobre él estaba la respuesta. En ese momento entraba Carlos, con un paquete de panadería.

– ¿Te gustan? Lo compré ayer.

– Son muy buenos.

– "Los nocheros de Anta". ¿Nunca los habías escuchado?

– No, creo que no.

– Yo los conocí en persona y suenan como en el disco.

Fuimos a la cocina. Al pasar por la puerta del baño oí el ruido de la ducha. En la pava ya rompía el hervor. Carlos se apresuró a sacarla del fuego. Preparó la cebadura y abrió el paquete sobre la mesa. Unas doradas medialunas llenaron el ambiente con su aroma.

– ¿Y eso?

– Cobré el último trabajo

– Están riquísimas. ¿Qué hora es?

– Las ocho y media.

– ¿Quién se está bañando?

– Mario.

– ¿Sebastián y Bigote están durmiendo?

– Sebastián sí. Bigote se fue hace un rato a la casa de los viejos.

– ¿Tan temprano?

– Primero tenía que pasar a ver un alumno nuevo…creo que en Lanús.

– ¿En Lanús, un alumno, hoy…?

Mario salía del baño envuelto en una toalla blanca.

– Parecés una vela – le dije.

– ¡Apagada! – completó Carlos.

– Che…¿quién puso en orden las botellas en el patio de atrás?

– ¿"Botellas"…?

– ¿No escucharon el ruido anoche?

– Yo no escuché nada.

– Vayan a verlas.

– Si nosotros tres no fuimos, tienen que haber sido Sebastián o Bigote – concluyó Carlos – otra no hay.

– ¿Sebastián…Bigote…? ¡No los veo en la foto!

Mario se metió en su cuarto y salió al rato, tras haberse vestido.

– ¿No querés una?, están buenísimas.

– Se me hace tarde. Le prometí a Raulito llevarlo a los juegos antes de almorzar.

– ¿La vas a pasar con ellos?

– Sí, después vengo para acá – respondió al salir.

– ¿Se arregló con Elvira? – preguntó Carlos.

– No sé, pero se están viendo a menudo. ¿Dónde la pasás hoy?

– Paula y José me invitaron…pero no estoy de ánimo y les arruinaría la noche. La voy a pasar acá.

– ¿Solo…?

– Con tu socio.

– Dame un mate que lo voy a despertar. Si no aprovechamos a vender hoy, el alquiler de enero lo paga montoto.

– ¿Le van a pegar derecho?

– Yo hasta las siete nomás, después me encuentro con el Negro.

– ¿La vas a pasar con él?

– No…me llamó porque quiere decirme algo.

– ¿Después de las doce vienen todos para acá?

– Esa es la idea.

Abrí el techo plegadizo que cubría el patio donde dormía Sebastián. La luz del sol entró con insolencia. Se revolvió en la cama. Aún dormido sorbió el mate e hizo un gesto al comprobar que era amargo.

– A la mañana me gusta dulce.

– No volverá a suceder, su señoría.

– No hablés así que me traés malos recuerdos. ¿Ya es hora de abrir el local?

– ¿Cómo adivinaste?

Fui hasta el patio trasero. Mario tenía razón, estaban apiladas y hasta separadas por bebida. Las de vino, las de ginebra, las de cerveza.

– ¿Vos acomodaste las botellas en el fondo?

– ¿Qué botellas?

– Nada…olvidalo. ¡Terminá con el mate, dale…!

– Sí vieja.

———————————

– Encantada profesor…Florencia ya baja.

– Está bien señora, gracias.

– No lo hacía tan joven.

– Empecé a estudiar guitarra cuando tenía siete años.

– ¡Casi un Mozart…!

– Mozart ya componía a esa edad.

– ¿En serio…? ¡Qué maravilla!

– Sí, realmente era una ma…ravilla…

– Ella es Florencia. Él es tu profesor de guitarra, hija.

– Hola.

– No le des mucha bola a mi vieja, es muy formal con las presentaciones.

– ¡Florencia…!

– Si vos lo sabés mamá…

– Bueno, después hablamos de eso. Los dejo.

– ¿Cuál es tu nombre?

– ¿Eh…? ¡ah…! Juan. Mi nombre es Juan.

– ¿Te sentís bien?

– Sí…¿por qué?

– No sé…me mirás de una manera…

– Es que pensé que eras…

– Qué era, qué…

– No sé…una nena.

– Para mi vieja sigo siendo "una nena". ¿Sos profesor de chicos?

– ¡No…! Cualquier edad.

– Bueno, tus alumnas somos yo y mi hermana, que es cuatro años menor.

– ¿Habían estudiado antes?

– Tuve un par de profesores, pero era muy chica y me aburría. Cuando entré a la universidad hice un grupo de amigos que siempre guitarrean y ahí me dieron ganas de empezar de nuevo.

– ¿Y qué te gustaría tocar?

– No sé…algo fácil, que se pueda aprender rápido.

– ¿También cantás?

– Cuando cantan todos, así no se oye cómo desafino.

– A ver…mostrame. Tomá, usá mi guitarra.

– ¡Qué bien suena!

– Es una Estrada Gómez.

– ¿Sos guitarrista profesional?

– Sí…pero me gustaría cantar mis propias canciones.

– ¿Componés?

– Tengo algunos temas…

– ¿No querés cantarme alguno?

– Primero vos. Mostrame qué es lo que te gusta.

– Me da vergüenza. Vos sos un profesional…

– Acá soy tu "profe" de guitarra.

– Esta es la que más me gusta.

– "Zamba para no morir"…del Cuchi Leguizamón. Pensé que ibas a elegir algo más…moderno.

– Me gusta el folklore.

– Tenés buen gusto y además cantás muy bien.

– Desafino…me doy cuenta. Sólo enseñame a tocarla, no pretendo más.

– En serio, tenés muy linda voz.

– Gracias. ¡Ah…!, ella es Estefanía, mi hermana.

– Hola Estefanía.

– Hola.

– No está muy convencida de estudiar, pero como yo arranqué … mamá pensó…

– Mamá siempre piensa por nosotras.

– Bueno, si no te gusta dejás.

– Hoy empezá con ella, yo vengo de rendir siete materias.

– Terminó la secundaria.

– Qué bien…te felicito. Yo abandoné en cuarto.

– ¿Por qué…?

– Tenía un grupo folklórico y como trabajaba todo el día con mi viejo, no tenía tiempo para ensayar. Tuve que elegir…y elegí la guitarra.

– Me ibas a cantar un tema tuyo.

– Bueno…no sé…es una clase un poco extraña.

– Yo cumplí, canté la zamba. Ahora te toca a vos.

– Bueno…esto es algo, que estoy haciendo…

– ¿Tenés un hijo?

– No. Es un tema que estoy componiendo para el hijo que algún día voy a tener.

– Qué dulce…

– Para mí es muy triste.

– ¿Por qué "triste", Estefanía?

– Si le cantás a un hijo tuyo que va a nacer, tendría que ser un tema alegre.

– Debe ser porque todavía no encontré a la mujer con la que quiera tenerlo. Tal vez cuando la encuentre…

– Para mí es muy dulce.

———————————

Era difícil creer que el Negro hubiera aceptado pasar la noche de fin de año con la familia de Clarita, pero allí estaba, perfumado y con sus mejores ropas, sentado frente a un vaso de whisky, en el Buffet de la estación. Ni bien entré, anunció: "Clarita está em-

barazada". Sentí una gran alegría. Ahora entendía el porqué de los cambios. Lo escuché durante un largo rato.

– ¿Vos estás convencido de todo lo que me dijiste?

– ¡No, si me voy a empilchar así para venir a verte a vos…!

– Me refiero a que Clarita te quiere, si te equivocás…

– ¡Miren quién habla!

– Lo mío con Lucía fue otra cosa. Yo no me equivoqué…ella siempre supo que no la quería. Y así y todo, bastante caro lo estoy pagando. Me llama por teléfono con cualquier excusa y a cualquier hora. Creo que está enferma.

– Eso que decís es muy cruel – dijo, bebiendo un largo trago.

– ¿"Cruel"…?

– No tenés idea de lo que esa mujer siente por vos.

– ¿Y yo tengo la culpa de eso?

– ¡Sí!

– ¡Ah…esto se pone fenómeno!

– Puede ser que no te hayas dado cuenta porque vivís en una nube de pedos, pero a Lucía le cambiaste la vida, la arrancaste de su mundo.

– Un mundo que no le servía.

– ¡Que a vos no te servía! A ella sí…era feliz a su modo. Vos la llevaste al tuyo y la dejaste ahí, como un satélite dando vueltas alrededor.

– ¡Hablás como si la hubiese obligado…!

– Siempre supiste qué era lo que te unía a ella. ¿Por qué no te conformaste con eso? ¿Por qué la tuviste que meter en tu fantasía?

– ¡Ella se metió en mi fantasía!

– ¡No!…vos la hiciste entrar.

La llegada del tren sepultó nuestras voces. El Negro bebió el último trago y me dio un abrazo, susurrándome al oído: "Vos sabés

que yo te perdono, sos vos el que no se lo perdona". El mismo de siempre…pero esa vez tenía razón. En el fondo me sentía culpable, sino ¿por qué seguía atendiendo sus llamadas? Ya en el estribo, el Negro me gritó…

– ¿Con quién la pasás hoy?

– Con mi vieja. Después nos reunimos en La Comuna.

– Voy a tratar de zafar con Clarita después del brindis.

– Los esperamos.

– Por las dudas, no adelantes nada de lo que te dije.

———————————

– Es la enésima vez que te asomás por la ventana.

– No creo que venga.

– ¡Clarita, recién son las ocho…!

– Me dijo que almorzaba con los viejos y después venía para acá.

– Bueno…si te dijo que venía…

– No lo conocés, Lucía. Cuando sale con los amigos se olvida de todo.

– Pablo es muy parecido. No quieren perder su "libertad".

– Yo le digo que vive encadenado a esa libertad y a sus amigos. Todavía no nos casamos y ya los extraña.

– Hablando de eso…¿cuándo se casan?

– Antes de que se me note la panza. Mi viejo no sabe nada.

– De todos modos se va a enterar.

– Pero cuando se entere ya vamos a estar casados.

– El nieto lo va a cambiar, ya vas a ver.

– No sé…además faltan más de siete meses para eso.

– ¿Vos estás bien?

– Fantástica. La verdad es que ni me doy cuenta.

– Si supieras cómo te envidio…

– ¡Lucía, por favor! Me prometiste…

– Sí, ya sé, ya sé…no voy a llorar. Perdoname.

– ¡No es por mí, es por vos…! Te estás haciendo mierda.

– Nunca amé así a nadie y nunca voy a volver a amar así.

– ¡Estás diciendo tonterías, tenés veinticinco años…!

– Me siento de cincuenta.

– Vas por el tercer Gancia.

– Segundo.

– Te los estoy sirviendo yo. El que te acabo de dar es el tercero.

– ¡Bueno…segundo, tercero…!

– Tenés que terminar con eso.

– Me faltan ovarios.

– Eso no es cierto. A veces pienso que te lastimás a propósito. ¿Para qué vas a ir a La Comuna después del brindis?

– Para estar ahí cuando ustedes den la noticia de…

– ¡Vas para verlo, Lucía…!

– También.

– No me gusta que una amiga mía pierda así el orgullo.

– ¡Me importa un carajo el orgullo!

– No hablo del respeto por vos misma.

– Hace más de un mes que no lo veo, Clarita.

– A él no le va a gustar verte ahí.

– ¡Que me lo diga!

– Lucía…por favor…

– Dame otro.

– ¡Ni lo sueñes, ése fue el último! ¡Si querés matarte, andá y tirate abajo de un tren!

– Si tuviera ovarios…ya lo hubiera hecho.

– Lo mejor que podés dejarle a Pablo es el recuerdo de una gran mujer. Porque eso es lo que sos…¡una gran mujer!

———————————

Esa noche conocí a Paula y a José – Jóse, como ella lo acentuaba – Era menuda, de hermosos ojos grises y sonrisa franca. Se la notaba sorprendida por la agilidad con que se sucedían momentos de emotividad por una canción o un poema y otros de explosivas carcajadas producto de alguna broma que, quienes desconocían las costumbres de los habitantes de La Comuna, difícilmente entenderían. José tenía una actitud más distante, pero sólo era una fachada. Cuando las guitarras empezaron a sonar, cantó unos tangos maravillosamente. Daba gusto ver el rostro de Paula, con esa admiración por él. El cantaba desde adentro…desde donde no se puede mentir. El caudal de su voz nos abarcaba a todos y en cada movimiento de sus manos se podía anticipar el verso y su figura. Con "los Aráoz" – como llamaban al matrimonio quienes los conocían – me pasó algo singular. Ambos fueron amigos míos a un tiempo. Digo esto porque era común que en nuestro círculo de amigos – machismo mediante – las mujeres se integraran al grupo "a través" de sus parejas. Luego llegaron los temas de Carlos, en general combativos y de contenido político. José que conocía todas las letras llevaba la primera voz. Bigote, que también las conocía, le hacía la segunda y como jugando nos fuimos sumando Sebastián y yo. La magia de esa noche fue encontrarnos Entre coros, segundas y terceras crecía el entusiasmo y hasta nos animamos a hacer un canon que no salió tan mal. José opinó "Che, esto suena como un grupo". "¡Sí…se oyen bárbaro!" – agregó Paula. Para coronar entró Mario con Elvira y Raulito. "¿Eso que se oía desde afuera eran ustedes…?". Ebrios y felices en ese río de música que nos arrastraba, navegábamos el primer día de 1974.

– ¿Se imaginan si ensayamos…? – arriesgó Bigote.

– Creo que hay que darle continuidad – agregó Paula.

– Aunque parezca mentira, apoyo la moción de mi mujer.

– A mí me gusta cómo suena, pero de ahí a hacer un grupo… – dudó Sebastián.

– Además…Sebastián y yo no somos músicos – agregué.

– Pero tienen oído y no se pierden en las voces, que es lo más importante – recalcó Bigote. ¿Vos qué opinas Carlos?

Era evidente que Carlos no estaba tan entusiasmado como los demás. Explicó sus razones diciendo que para formar un grupo se necesitaba una disciplina y un trabajo muy duro y que él no sabía si le podíamos dedicar el tiempo necesario y si estaríamos dispuestos a tanto sacrificio. El globo se había pinchado, pero todos sabíamos que lo que Carlos decía era cierto. En ese momento llegaron el Negro y Clarita y la noche se encaminó hacia el canto nuevamente, pero ahora sería el folklore en la voz del Negro, al que Carlos y Bigote acompañarían. Con ellos venía Lucía. Me sentí algo incómodo, pero ella se comportó de una manera distinta. No bebió una gota y compartió toda la noche con los demás, sin lanzarme miradas sugestivas ni nada que se le pareciera. Tan es así que llegó un momento en que me sentí feliz de que hubiera venido. Canté, como siempre, unos temas de Serrat y "Puente sobre aguas turbulentas" de Simon & Garfunkel que había sacado días atrás. También me animé a estrenar una canción que había escrito a la plaza de San Isidro, donde cada domingo, durante algunos años, había vendido mis piezas de artesanía.

– Che, ese tema podría ser parte del repertorio – propuso José.

– ¿Qué repertorio? – preguntó el Negro.

– El que nos va a hacer mundialmente famosos – bromeó Sebastián.

– ¿De qué están hablando?

– Es el vino, Negro – repuso Carlos, eludiendo el tema y luego agregó – ¿No tenés ganas de hacer Bandera Paraguaya?, dale… nosotros te acompañamos.

El Negro marcó los acordes y al rato estábamos entonando esa hermosa galopa, himno al patriotismo de ese pueblo al que el Negro pertenecía. Cuando terminó, Clarita nos dio la buena noticia. El sol nos encontró rodeando el viejo mesón, entre mate, pastelitos y vino. Una tormenta imprevista, a media mañana, se llevó los últimos ecos del viejo año. Bigote no partió rechinando las cubiertas de su furgoneta, como hacía cuando se alcoholizaba e iba en busca de su ex–mujer. Esta vez sólo hizo un gesto y se metió en su habitación. Lo mismo hizo Sebastián, al rato. Clarita y el Negro fueron, como siempre, "a seguirla por ahí". Carlos acompañó a "los Aráoz" hasta la puerta y luego subió a acostarse. Mario – que nuevamente había bebido con mesura – conversaba con Lucía, mientras Elvira y su hijo dormían sobre el sofá. Me despedí de ellos y subí la escalera tambaleando, era uno de los que más había bebido esa noche. La penumbra que inundaba mi cuarto me reconfortó. En el lavadero ya se oía roncar a Carlos. Cerré la puerta que nos comunicaba y me desnudé echándome de bruces sobre la cama. Era una mañana calurosa. Oí cerrarse la puerta de la habitación de Mario y luego unos pasos en la escalera. Un sudor fino me invadió la piel cuando oí los golpes a la puerta. No contesté. Lucía entró en silencio, la vi desnudarse frente la ventana. Con una ternura infinita me cubrió de besos. Hicimos el amor. Luego se vistió y me extendió un minúsculo paquetito envuelto para regalo. "Un recuerdo…adiós" – me dijo. Cruzó su bolso en bandolera y se fue. Abrí el paquetito al día siguiente…era su encendedor. Volví a verla muchos años después. Vestía a la moda nuevamente, pero en su rostro el tiempo había hecho estragos. Iba del brazo de un hombre mucho mayor que ella, alto y elegante. Ambos entraron en una mueblería.

Bitácora

1973 – SEPTIEMBRE 2: A Bigote no le gusta un joraca, pero no es mala la idea de vivir los cinco. Mañana lo vamos a discutir. ¿Nadie va a atender ese teléfono?…ahí atendió Bigote. Espero que no sea para mí. No, es para él. Acá todos alardeamos de ser unos desbolados, como si ser desbolado fuera un oficio venerable. Carlos es un tipo más coherente, o por lo menos hace lo que piensa. Nos vendría bien alguien como él en la casa. Porque a decir verdad, con Pablo siempre colgado de las lianas, Bigote naufragando con su ex–mujer y yo mamado, no vamos a ninguna parte. Sebastián también nos vendría bien, por lo menos no chupa y siempre está de buen humor. Aunque te soy sincero…cuando se la agarra conmigo, a veces tengo ganas de pegarle. ¡Pero como soy pacifista…! Las manchas están cambiando. Al tipo con el bote no lo puedo encontrar…¿se habrá hundido?

1973 – SEPTIEMBRE 17: ¡Yo no soy pacifista! ¡Soy un cobarde! y vos no sos más que la cueva donde me escondo. Perdoname la franqueza. Te iba a tirar dentro de la bolsa, pero me arrepentí, te voy a dejar a la vista. Los hijos del basurero pueden necesitar un cuaderno. Les vas a servir mucho más a ellos que a mí. No me mires así "galán de estantería"…mataron un pueblo, ya no puedo seguir escribiéndote, me da vergüenza ¿entendés? La semana que viene son las elecciones. Perón gana seguro, pero lo van a bajar como a Allende en Chile. Tarde o temprano. Creo que esta vez voy a votar en blanco.

1973 – OCTUBRE 8: Cuando saqué la basura ese día, Sol me siguió y te trajo de vuelta sin que me diera cuenta. Te salvaste de no ir a parar a su estómago. Dicho sea de paso, esta noche tengo que ir a buscar sobras a "Los chiquitos". Te dejó abajo de mi cama y hoy que limpié, te encontré. Ayer se vino Lucía a vivir con Pablo…no lo vi muy contento. Ella es muy gamba, pero no creo que sea una mina como para él. Mejor paro acá, soy el menos indicado para hablar del tema. ¿De dónde habré sacado este vicio de "opinólogo"?

1973 – OCTUBRE 23: Te iba a volver a sacar, pero Carlos me hizo ver que lo mío no es cobardía y que no importa mucho si te escribo o no. Que tirándote lo único que hago es echarte la culpa a vos y seguir haciendo nada. Sabés…estoy pensando en afiliarme, ¿qué te parece? Espero que no te hayas enojado conmigo por ese "basurón" que te pegué los otros días. Quiero que sigas siendo mi amigo. ¡Venga esa mano! Era un chiste.

1973 – NOVIEMBRE 6: ¡Conseguí laburo fijo…! No creí que me iba a poner contento. Yo necesitaba un sueldo a fin de mes. En cambio, Pablo y Sebastián tienen alma de cachivacheros. Ojalá les vaya bien con el boliche de artesanías. Me gusta el nombre… "Divagario". Estoy viendo a Raulito todos los fines de semana …claro, también la veo a ella. No sé si haya salido con otro, pero no me importa. Qué hacemos juntos, me preguntarás…nos tenemos paciencia. A veces creo que todavía me quiere. Sí…nos estamos encamando. ¿Por qué tenés que ser tan preguntón?

1973 – NOVIEMBRE 24: Ayer hicimos parrillada y cayó Pablo, como a las diez de la noche, con una amiga. Bajita, muy linda y con un par de gomas que ni te cuento. Me sorprendió lo dulce que era al hablar…aunque habló poco. Pablo ocupó todo el tiempo contándonos la forma en que se habían conocido. Se fue al día siguiente, muy temprano. Le pregunté a Pablo porqué la había presentado como una amiga si se encamaban, y me respondió que le gustaría enamo-

rarse de ella, pero que sólo eran amigos. Creo que desde que terminó con esa mina… ¿cómo se llamaba?…Mariel, Pablo tiene problemas para enamorarse. ¡Volvió el opinólogo…!

1973 – DICIEMBRE 18: Estoy acomodando cosas en mi vida. Converso mucho con Carlos. Ahora que Bigote tiene un montón de alumnos y Pablo y Sebastián se pasan todo el día en el negocio, somos los únicos que estamos temprano en casa. "En casa"…¡qué tal!, debe ser la primera vez que llamo así a La Comuna. De lo que más hablamos es de política. Hoy le pregunté sobre la guerrilla…las FAP, FAR, ERP y qué se yo cuánta verdura. Porque veo que están haciendo quilombo por todos lados. Me dijo que todo está orquestado por los rusos contra Perón. Que cada vez que hay una lucha obrera importante, hay un atentado. ¿Qué raro, no…? Me gusta hablar con Carlos, aunque a veces no lo entiendo del todo. Me prestó unos libros. Pablo arregló para encontrarnos todos acá después del brindis, el 31…es un juntagente. ¿Las manchas de humedad? No me hagás acordar…¡qué pelotudez!

1974 – ENERO 6: Cuando vio el karting no le alcanzaba el aliento. Anduvo todo el día y lo compartió con sus amigos. Elvira se enojó y se lo escondió. Discutimos. Supongo que ganó ella porque el karting terminó arriba del ropero y yo en la calle, pero Raulito lleva mi sangre. ¡Ah…!, ¿te conté que Clarita está embarazada? Nos dio la noticia el 31. Sentí una alegría muy grande. Al Negro no lo vi en la foto, parece estar en otro canal. La verdad es que no lo entiendo, para él es como si no pasara nada. ¿Estará asustado? Yo me asusté cuando Elvira quedó embarazada…pero estaba al tanto. Somos muy distintos el Negro y yo. El 31 estuvimos bien con Elvira…hasta creo que se divirtió con las boludeces que decíamos y hasta se emocionó cuando recité. Sí…después hicimos el amor, ¿y qué?, ya ves que todo sigue igual. Bueno, no todo…¡me afilié! Sí, me hice comunista como el Che…bueno, salvando las distancias, claro. Me siento raro…pero bien. La semana que viene tengo la primera reunión.

1974 – FEBRERO 12: Sabía que lo del karting iba a traer cola. La semana siguiente discutimos por una estupidez y volvió a salir lo del karting. Me dijo que Raulito era un destrozón y que sus amigos le envidian el karting y lo ayudan a desarmarlo. Que ya le faltaba uno de los faros y que si no hubiera sido por ella ya no serviría más. Le respondí que los juguetes son para disfrutarlos y que si Raulito lo disfruta así, por algo será. Bastante le desarmamos nosotros la existencia, con nuestra separación y nuestras discusiones. También le dije que los juguetes arriba de los roperos juntan arañas. Entonces me dijo que yo hablaba así porque ahora le podía comprar cosas, pero que si hubiera tenido que vivir solo como ella estos dos años, no pensaría lo mismo. Le recordé que vivía con los padres, no sola, y que nunca había tenido que subsistir a mate y galletitas. "Fue lo que vos elegiste, vos te fuiste" me dijo "yo no te eché". "Alguien tenía que hacerlo" le dije. "¡Te molestábamos!", me gritó y se puso a llorar. Me fui y no nos volvimos a ver. Salgo con Raulito todos los sábados y a veces se queda conmigo hasta el domingo. Siempre que cobro le compro algo, que seguramente Elvira guardará sobre el ropero "para cuando sea más grande y sepa cuidarlo", o sea… cuando ya no le sirva.

1974 – FEBRERO 13: Ayer me enrosqué con lo de Elvira y me olvidé de contarte que lo del Grupo va tomando color. Sí, dieron más vueltas que una serpentina pero ya hicieron tres o cuatro ensayos. Yo fui al último y la verdad es que suenan muy bien. Los temas de Carlos son de una Cantata que escribió para el Cordobazo …son fuertísimos. El que me sorprendió fue Pablo. Está escribiendo un tema que cuenta la lucha de los pescadores marplatenses. "Puerto del Sur", creo que se llama…lo sacó del diario del partido. ¿Estará pensando en afiliarse, como yo? No me lo imaginaba a Pablo escribiendo esa clase de cosas. Me acuerdo cuando me leía el poema ése del ñato que había nacido "entre las crines de un caballo". Algo está pasando con todos nosotros… ¿cuánto hace que no me emborracho?

1974 – FEBRERO 28: ¡Pablito se afilió!, ¿ no te lo dije yo…? A los dos nos invitaron a la Conferencia del Partido, como oyentes. Bigote me explicó que eso lo hacían porque tenían que discutir las "tesis" y elegir delegados a un Congreso. La mayoría de las cosas que se hablaron las entendí bastante bien. Pablo me preguntaba de todo y yo, si no sabía, se lo preguntaba a Bigote que siempre tenía alguna respuesta. Lo que no entendí muy bien fue el quilombo que se armó cuando uno dijo que el golpe de Navarro a Obregón Cano en Córdoba había sido fascista y que los peronistas que lo apoyaban eran tan fachos como él. Alguien le respondió que con ese criterio la clase obrera cordobesa era toda fascista, porque no había salido en contra. Y de ahí en más no entendí nada. Que si el enemigo principal eran los yanquis o no, que Perón había transado con los rusos, pero que lo traicionaron…qué se yo. Pablo se quedó dormido y a Bigote se le acabaron los argumentos para explicarme. Después que se fueron todos, Carlos nos preguntó qué nos había parecido y no sabíamos qué responderle. Pablo dijo que la política lo aburría y que prefería hacer cosas, como la canción ésa que está componiendo. Yo le dije que las reuniones estaban bien, pero que yo también prefería hacer algo concreto. Carlos nos propuso ingresar a la célula de bloqueo donde estaba Bigote. Le dije que sí. Pablo dijo que el sólo iba a colaborar con canciones y poemas. ¿Cómo será eso de "bloquear" una fábrica? Estoy ansioso de que llegue ese momento. Me voy a buscar una ginebrita. No te preocupes, es para que me ayude a dormir nomás.

1974 – MARZO 21: Anteayer fuimos a volantear la fábrica. Éramos un montón…¡y hasta vino Pablo!, que no quería, ¿te acordás? En la puerta estaban los matones del Sindicato, pero se quedaron en el molde. Nosotros repartíamos en la esquina. Los volantes tenían las declaraciones de René Salamanca, sobre el "Navarrazo". Hablaba de fortalecer la unidad con los obreros y delegados peronistas. Bigote tendría que haber ido, pero no fue. Carlos dijo que por diferencias políticas, pero yo creo que es porque tiene la cabeza en otra cosa. Consiguió una fecha el mes que viene para presentar el Grupo en

un teatro del centro. ¡Sí, como lo oís! Todo empezó en joda, pero el Grupo está sonando bien y se lo tomaron en serio. Me pidieron que recitara un poema en el espectáculo, pero no sé…una cosa es acá en La Comuna y otra arriba de un escenario. Vamos a ver qué pasa… mañana nos vamos a Derqui, a ensayar.

Derqui (2ª parte)

La presentación oficial del Grupo se haría un día antes de mi cumpleaños, el doce de abril en el Teatro Payró. Carlos y Bigote lo habían bautizado "Grupo canto y liberación". A mí me parecía muy panfletario el nombre y a Sebastián tampoco lo convencía, pero José y Mario estuvieron de acuerdo, así que se impuso por mayoría. La idea de ir a Derqui era dedicarnos tres días seguidos a ensayar de la mañana a la noche sin que nada pudiera distraernos. En el local quedó el hermano de Sebastián y su novia. Mario pretextó una enfermedad para faltar el viernes y los demás, que trabajaban por su cuenta, no tenían problemas. Por supuesto, José fue con Paula, nuestra primera "Fan" según se calificaba ella misma y Carlos dio la sorpresa al traer a una compañera que había conocido en uno de sus viajes a Córdoba. Laura era casi tan alta como él y tenía rasgos fuertes. Eso le quitaba un poco de femineidad, aunque no dejaba de ser atrayente. Vestía informal y hasta con cierto descuido. El contingente se aprestó a salir muy temprano. Esta vez fuimos todos en las dos furgonetas, la de Bigote y la de Carlos. La anciana calva salió a recibirnos de mala gana. Observaba a las dos chicas de arriba abajo, supongo que le llamaba la atención la presencia de tantos hombres. A Laura se la veía molesta por la actitud de la mujer, que preguntó "¿Se van a quedar el fin de semana?" "No. Mañana ellos se van y vienen otros seis" respondió Laura con una sonrisa. Paula se puso colorada. La anciana nos entregó la llave con recelo y desapareció entre sus gatos.

– No tendrías que haberle dicho eso.

– Pero Carlos…¿viste cómo nos miraba?, como si fuésemos putas.

– Así me sentí cuando dijiste lo de los seis que venían mañana – se quejó Paula.

– Bueno, perdonen…no nos vamos a pelear por esa vieja de mierda.

Quedaba claro que Laura "no era del palo", como señaló más tarde Mario, pero el hecho de estar con Carlos hizo que pasáramos por alto el incidente y que se la tratara casi como a una "comunera" más. Ella se movía con desenvoltura, pero sin tomar mucho en cuenta a los demás, ni el hecho de que estábamos en una casa prestada. Como de costumbre, me dispuse a prender el fuego para hacer el asado. Estaba en eso cuando se me acercó Carlos. "Laura se va a encargar de la comida, nosotros tenemos que ensayar". "¿Va a hacer el asado…?" – pregunté. "¡Y no sabés qué asado…!, vení, dejá eso". Carlos tenía razón, fue la primera vez que vi a una mujer manejarse tan bien en la parrilla. Luego conocí a otras…pero no con tanto oficio. Elegir el repertorio del espectáculo nos llevó el resto de la mañana. Ya habíamos ensayado una gran cantidad de temas, pero había que escoger cuáles irían al Payró. De haber sido por Carlos y José hubiéramos llevado sólo temas con contenido político, pero Sebastián, Bigote, Mario y yo insistimos en que había que mechar con Serrat, Pedroni y algunos temas de folklore. Esa vez fuimos mayoría. Luego vino la discusión sobre el orden de los poemas y las canciones. Había trabajo grupal y solista, y en dos canciones Sebastián y yo cantábamos a dúo. Mario recitaba dos poemas. Uno poco después del comienzo y otro antes del cierre, que estaba compuesto por tres temas de la "Cantata para el Cordobazo". Allí se presentó otro debate, la obra de Carlos era muy extensa y había que elegir. Bigote propuso que como la obra era de Carlos a él le correspondía, pero el propio Carlos se opuso y pasamos a discutir tema por tema entre todos. Se eligió por mayoría un tema melódico que hablaba de la mujer obrera y que sería el inicio de esa última parte del recital y dos temas fuertes para cerrar. Comimos el asado tratando de no excedernos en la bebida porque nos quedaba una larga tarde de

trabajo. Los temas de la Cantata había que prepararlos de cero dado que sólo los sabían Carlos y José. Empezaba a caer la noche cuando terminamos de armar el primero de ellos. Estábamos cansados y desalentados. No nos iba a alcanzar el tiempo. No se trataba sólo de armonizarlos, después había que cantarlos muchísimas veces hasta que salieran con fluidez. Laura había pasado la tarde caminando por los campos vecinos, juntando flores que luego puso en un jarrón de la cocina. No se la veía muy interesada en escucharnos y cuando le preguntamos su opinión, se despachó con un sesudo análisis que no sabíamos de dónde lo había sacado. Nadie volvió a preguntarle nada. Carlos parecía respetarla, más que sentir algo por ella. Salvo un beso cada tanto, no había indicios de una relación. Tratando de preparar otro tema nos quedamos hasta muy tarde, pero no hubo caso. A la mañana siguiente la cosa se puso peor. Un fuerte olor a cloaca empezó a inundar la casa. La primera sospecha fue aterradora: ¡el pozo negro se había llenado! Tendríamos que ir a hacer nuestras necesidades bajo los árboles. "¿Cómo puede ser que se haya llenado el pozo negro, si a esta casa no vino nadie desde el año pasado, cuando estuvimos nosotros?" – advirtió Mario. El razonamiento era tranquilizador. Estaría tapada la salida de la cámara séptica. No fue difícil ubicarla, el olor venía de allí. Sacamos el pasto que la cubría parcialmente y con unas ramas pudimos levantar su pesada tapa de cemento. El olor era nauseabundo, pero no quedaba otra. Había que localizar debajo de su contenido el caño de drenaje y destaparlo. Nos pusimos pañuelos con algo de perfume – que aportó Paula – sobre la nariz y empezamos a tantear con las ramas. No había caso, parecía no haber drenaje alguno. "Hay que meter la mano y encontrarla" – sentenció Carlos. Buscamos unas bolsas de nylon y nos envolvimos los brazos él y yo. Fuimos tanteando las paredes de un lado y del otro respectivamente, hasta que sentí que mi mano se hundía en una de ellas. "¡Acá está!" – grité. Me alcanzaron una de las ramas y empujé con toda mi fuerza. Carlos se sumó con otra rama. El nivel empezó a bajar y hubo aplausos. Cuando nos estábamos lavando bajo la bomba manual que accionaba Mario, vimos venir a Paula con una improvisada pancarta que decía "¡Vivan los trabajadores de

la merde!" La anécdota terminaba entre bromas y carcajadas, pero el olor había impregnado el ambiente a punto tal que tuvimos que ir a descansar bajo los árboles para que la casa y nuestras narices se ventilaran. Se nos había ido otra mañana. Decidimos ensayar ahí, al aire libre, y así lo hicimos hasta bien entrada la tarde, cuando Paula apareció con el termo, el mate y unas tortas fritas que había preparado. Ahí nos dimos cuenta del hambre que teníamos…claro, con tanto mal olor, del almuerzo nadie se había acordado. Esa noche todos se acostaron temprano. Habíamos avanzado con otro tema, pero aún quedaba el último y luego había que cantarlos todos, una y otra y otra vez. A Carlos se lo veía más tranquilo. "Vamos a llegar" – me dijo, con ese aire seguro. Ninguno de los dos tenía sueño, así que llevamos el farol de kerosene y una jarra de vino bajo los eucaliptus. Laura nos acompañó un rato, pero luego se quedó dormida. Bajo la magnífica visión del universo, conversamos. Si bien el tema fue la política, el ámbito que imponía semejante espectáculo hizo que habláramos de sus aspectos más filosóficos. Recuerdo que detallé las razones por las que nunca me había interesado la política, a lo que él respondió que por más que uno "no se metiera" en política, tarde o temprano la política termina metiéndose con uno. "El árbol quiere estar quieto, pero el viento no lo deja"…agregó, aclarando que era una frase de Mao Tsé Tung. Muchas veces recordaríamos con Carlos esa noche, bajo los eucaliptus. Podría decir que allí empecé a comprender las profundas razones que lo habían llevado a hacerse militante. Muchas de ellas concordaban con las mías. Tuve una sensación parecida a la de aquella mañana, el día de las elecciones, al cruzar la Plaza. Era como ir descubriendo cosas que siempre habían estado allí, pero que nunca me habían interesado. ¿Por qué ahora sí? Años después comprendí que eso le estaba pasando a toda nuestra generación.

El casamiento del Negro

Y llegó el día que tanto esperábamos, no tanto por la ceremonia en sí, sino porque veríamos caer al líder de los libertarios machistas. Por supuesto que el traje sería blanco, como corresponde a alguien de su "aristocracia". Y su mujer, bellísima, coronada con una hermosa vincha que resaltaba su ancha frente morena. Así entraron a la iglesia donde ya esperábamos Carlos y yo para darles la sorpresa. Habíamos arreglado con el párroco que yo cantaría "Gracias a la vida" de Violeta Parra mientras los novios llegaban al altar. Tal vez porque aún estaba fresco lo de Chile o porque se trataba de un sacerdote menos ortodoxo, no nos costó mucho convencerlo. Pero no pudimos hacer lo mismo con "Bandera Paraguaya", que queríamos cantar al finalizar la ceremonia. Para él era una letra muy politizada para ser cantada dentro de la iglesia. Nunca voy a olvidar la sonrisa del Negro cuando entrando a la iglesia escuchó la guitarra de Carlos en la introducción. Clarita abrió los ojos grandes y dio unos saltitos, como los de un niño que recibe un regalo. Después siguieron avanzando lentamente mientras yo cantaba. Allí se presentó un problema. No habíamos tomado en cuenta la duración de la canción y el cura tuvo que esperar con el libro en la mano hasta que termináramos, lo cual produjo una cierta incomodidad en él y en algunos feligreses, pero no a nosotros cuatro y a todos los amigos que estaban allí. Me contaría más tarde Miguel, que cuando terminamos de cantar, Nacho, el primo del Negro, le preguntó: "¿Se puede aplaudir?" Cuando terminó la ceremonia y mientras los novios salían "a saludar en el atrio" como es costumbre, arrancamos desde allí "Bandera Paraguaya" a tres guitarras y cinco voces. Las guitarras eran las de Carlos, Na-

cho – que también era paraguayo – y Miguel. Habíamos cumplido nuestra palabra, no estábamos dentro de la iglesia. De todos modos, al cura no le gustó nada…pero ya estaba hecho. La fiesta se hizo en casa de mi madre esa misma noche. Siempre fui criticado por juntar el agua y el aceite, es decir… gente que no tiene mucha afinidad o que no se trata. Es cierto, lo hice muchas veces porque siempre tenía la certeza de que el clima de la reunión iba a superar esas diferencias. Hoy, ya grandecito, me cuido bastante en esas cosas. Pero esa noche fue "el sumun", como se decía entonces, es decir "lo máximo". Nadie podría imaginar la variedad de "especies" que convivieron durante casi ocho horas. Los diversos escenarios de la casa permitieron que los que no se llevaban muy bien pudieran estar a distancia. Así, los padres de Clarita se sentaron en el patio y los del Negro en el comedor. En la terraza se congregaron todos los comuneros con sus guitarras. Guardo aún una hermosa foto de ese momento. Cuando llegaron los novios la mitad de la concurrencia estaba alcoholizada y la otra mitad luchaba por alcanzar ese "status". Una tía mía al ver a Clarita dijo "¡Miren que hermosa está la mamita…!" El padre de Clara miró a la madre con expresión de "¿Es cierto eso…?" y ante la sonrisa atribulada de su esposa, la fulminó con otra de "¡Vos esto lo sabías…!", pero nada pudo hacer. Entonces entró en un estado como de enojo autista y se quedó callado, mirando un punto fijo. El contraste con quienes bailaban alrededor de él, era grotesco, pero por suerte, tanto él como su mujer, decidieron irse temprano. Como ya dije, la llegada de los novios fue en un momento muy alto de la fiesta. Las fotos, el vals, la torta, el ramo…todo se precipitó en menos de dos horas y llegó la madrugada con tres escenarios claros. El comedor albergaba a los que ya no se podían parar y hablaban de política o filosofía sin entenderse mutuamente. El patio convocaba a los que prefieren morir bailando y no paran hasta empapar la ropa. Era una noche sofocante y salvo algún bolero que otro, que habían traído mis primos, lo demás era Beatles o rock nacional. La terraza, como dije, había sido ocupada por los comuneros y allí todo era canto y guitarras. Llamaba la atención ver a muchos con vasos de whisky en la mano, porque no se veían botellas de esa bebida sobre

las mesas. “Las tienen encanutadas” – me aclaró Nacho – “El Negro y yo tenemos un ‘Etiqueta negra’ debajo de la cama que está en tu pieza”. Me llevó hasta el escondite y sirvió un vaso para mí. Hacía más de un año que no entraba a mi habitación. Sentí una súbita tristeza que no esperaba. ¿Extrañaba mi cuarto…? ¿No era que estaba feliz con mi “despertar al mundo”…? ¿Qué estaba pasando? Se nos acercó el Negro que, sin saberlo, me dio la respuesta: “Me acuerdo el día que vine y estabas con Mariel poniendo el yeso en las paredes con los dedos, parecían muñecos de repostería”. Esa era mi tristeza. Ese cuarto respiraba la presencia de Mariel y los mejores momentos de nuestro amor. Me había puesto triste porque no había vuelto a entrar en él desde que terminó lo nuestro. Salí al balcón. Abajo, en el patio, atronaba la música y los gritos de los bailarines. Empecé a sentirme incómodo. El Negro que estaba contándome algo, dejó de hacerlo y empezó a medirme con la mirada, como solía hacer cuando sabía que yo estaba por irme. Y así fue…les di un fuerte abrazo a los dos y sin más despedidas volví caminando a La Comuna. Amanecía el último día de marzo y la noche era joven aún. Por primera vez desde mi partida, sentí la necesidad de tener una mujer a mi lado…sí, por primera vez me sentí solo.

El Payró

Cuando asomé la nariz desde atrás del telón y vi el teatro lleno se me aflojaron las piernas. "¿Qué estoy haciendo acá?" – me dije – "Si yo no soy cantante…¡ni músico siquiera!". Por esas paradojas, me tranquilizó ver que Carlos y Bigote también estaban nerviosos. Mario tenía una botella de ginebra y le pedí un trago. Esa noche, salvo Sebastián que prefirió seguir aterrorizado, todos nos tomamos un par de tragos antes de salir a escena. El único que estaba asombrosamente calmo era José. Paula y Laura nos alentaban desde la primera fila, donde también estaban Clarita y el Negro. Llegó el momento. Alguien del teatro anunció nuestro nombre y oímos una ovación que nos levantó el ánimo. Sin darnos cuenta salimos casi corriendo a ocupar nuestros lugares. La luz cambió y arrancamos con "Triunfo agrario", un hermoso tema de Los Nocheros de Anta que se prestaba a las combinaciones vocales. José había sugerido empezar con ese tema porque además de tener mucha fuerza y un contenido reivindicativo, nos permitía lucir lo mejor que teníamos. Y por suerte no se equivocó. Las voces salieron estupendas y desde la primera estrofa hasta…"El que no cambia todo, no cambia nada" del estribillo final, pudimos dejar de lado el miedo y disfrutar lo que estábamos haciendo. Pude percibir que el teatro estaba repleto de militantes porque casi al unísono con el coro final todo el mundo se puso de pie y aplaudió rabiosamente. Hoy, a la distancia, creo que no teníamos ni idea de lo que estábamos haciendo. Salvo Bigote y Carlos, que tenían experiencia y hacía años que se dedicaban a eso, los demás nos subíamos por primera vez a un escenario…¡y en el Payró! Pero el entusiasmo del público nos tranquilizó y a los pocos minu-

tos empezamos a mirarnos y a sonreír. Mario recitó como nunca y los temas a dúo con Sebastián, salieron redondos. También fue un acierto haber dejado los temas fuertes de la Cantata de Carlos para el final, porque a nuestras voces se sumó casi la mitad de la sala, que ya los habían escuchado anteriormente. En el final la gente pedía más temas. Carlos se me acercó "¿Te animás con 'Puerto del Sur'?, yo te acompaño". "¡Ni con dos botellas de ginebra encima!" – respondí. El Negro, desde la platea, nos sacó del apuro pidiéndonos un tema que conocíamos bien. De todos modos sigo y seguiré pensando que lo de esa noche, en lo que a mí respecta, fue una quijotada.

———————————

Unos días después del Payró leí por primera vez el Manifiesto Comunista. Recuerdo que lo que más me sorprendió fue la actualidad que tenían muchos de sus conceptos y me costaba creer que se hubiera escrito en 1848. La masacre del pueblo chileno había abierto una herida profunda en mi corazón, creo que de otra manera nunca le hubiera prestado atención a ese tipo de lectura. Cada vez que oía hablar de Pinochet, recordaba aquel deseo de matar que había sentido ésa noche del once de septiembre. El Manifiesto me aclaró porqué mi pacifismo no servía de nada, frente a la crueldad de seres como ésos. Y me enseñó que no somos nosotros los violentos, que son ellos los que no nos dejan otra alternativa. El Payró fue el punto de partida para muchos de nosotros que no habíamos pensado usar nuestras habilidades artísticas para cambiar la realidad. Tanto fue así que Sebastián, ante la sorpresa de todos, se afilió al partido. La Comuna pasó a ser el lugar de creación y ensayo de nuestro Grupo. Empecé a escribir y componer temas y me fui volcando a los relacionados con las luchas sociales, que por ésos años, llenaban las páginas de nuestro diario. Mis poemas, mis melodías, todo tomaba un sentido superior al ponerse al servicio de una causa. Como diría años más

tarde un compañero "La causa más hermosa a la que un ser humano pueda dedicar su vida: el fin de la explotación del hombre por el hombre". Los meses que siguieron a aquélla inolvidable noche, no fueron menos intensos. El nombre del Grupo corrió como reguero de pólvora y empezaron a llamarnos desde muchas Facultades, dado que el partido tenía mucho peso entre los estudiantes a través del FAUDI (Frente de agrupaciones universitarias de izquierda). Entre mayo y junio habremos dado seis o siete recitales. El ámbito universitario era acogedor. Los estudiantes se sumaban a los estribillos y agitaban sus banderas y sus carteles al ritmo de la música. Cuando terminaba el recital nos rodeaban y nos bombardeaban con preguntas acerca de los temas que componíamos. Empecé a darme cuenta del poder que tenían nuestras canciones y varias veces recordé la noche en que Carlos contó lo de Víctor Jara.

La muerte de Perón

– ¿Y por qué los echó…no son peronistas?

– No Mario, los dirigentes Montoneros nunca fueron peronistas. Les convenía el regreso de Perón, pero si podían manejarlo. Cuando Perón puso a su mujer como vice en las elecciones, ellos empezaron a trabajar en contra. Por eso los echó.

– ¿No es que estamos todos en la "trinchera antiyanqui"?

– Sí…los rusos también.

– ¿Cómo "los rusos"…?

– El otro imperio.

– ¿Rusia…otro "imperio"…? Es la primera vez que oigo eso.

– Es un debate. No todos están de acuerdo.

– ¿Quién lo tiró?

– Mao.

– Nunca leí nada de él.

– Yo estoy leyendo la "Carta de los 21 puntos". Ahí hace la crítica de la desviación política que inició la vuelta de Rusia al capitalismo, después te la paso.

– Esperá, esperá…¿se entiende?, porque lo de Lenin que me diste hace un mes, todavía no pude descifrarlo.

– Mao es algo más sencillo que Lenin, pero también cuesta un poco.

– ¡Si a vos te cuesta, yo ni lo intento…!

– No seas vago.

– No sirvo para eso, Carlos. A mí dame los volantes y yo salgo a repartir…o a pegar afiches, pero a la hora de estudiar, al único que entiendo es al Che.

– Porque era argentino…

– No te rías boludo, es en serio.

———————————

– El Alemán metió mi currículum en la empresa.

– Si saben que lo puso él, no creo que te llamen. Voy a tender la ropa.

– Paula.

– Qué…

– Tomá.

– ¿Qué es esto?

– Acaba de llegar.

– ¡Jóse…entraste…! ¿Cómo hizo?

– Lo metió entre las carpetas que manda el Sindicato.

– ¡Qué hijo de…! Es un genio.

– ¡Ma qué genio…!, ahora voy a tener que madrugar todos los días.

– ¡Jóse…no vas a rechazarlo…! ¡Justo ahora que se acabó lo del empapelado!

– ¡Otro que le dio por el sueldo fijo…!

– Carlos hizo muy bien. Está ganando cuatro veces lo que sacaba con eso.

– ¡Pero los horarios los poníamos nosotros! Podíamos ensayar, militar…

– No tienen porqué dejar todo eso.

– ¡Claro, después de laburar doce horas vamos a ensayar como si nada…!

– No exagerés…no son doce horas y vas a estar en una oficina, no en la línea.

– Bueno, las que sean…vas a ver que lo del Grupo se va a cortar.

– Ahí se despertó una de las nenas. Andá a traerla, voy a tender la ropa.

– ¿Por qué siempre lloran cuando se despiertan?

– Porque saben que se van a encontrar con su padre. ¿Ves…? A todos nos va a venir bien que empieces a trabajar en la fábrica.

– Cómo se nota que no vas a ser vos la que madrugue.

– Para que sepas, querido esposo, a mí me encanta madrugar. Voy a la escuela a la tarde porque mamá no puede cuidar las nenas a la mañana.

———————————

– Parece que murió Perón…

Sebastián entraba al local con su andar cansino. La noticia no había cambiado su actitud ni el tono de su voz.

– Hace días que vienen anunciando eso – contesté.

– Pero debe ser cierto porque decretaron tres días de duelo.

– ¿En serio…?

– Lo escuché recién en la radio.

– No parece preocuparte mucho.

– ¿Y por qué me voy a preocupar? Nunca fui peronista.

– Enzo debe estar destruido. ¿Si cuando cerramos nos hacemos una escapadita…?

– ¿A la villa…?

– Le va a gustar vernos.

– A él sí…pero a los “otros” no.

– ¿Tenés miedo?

–Sí. Desde que el viejo los echó de la Plaza, andan todos… “nerviosos”.

– ¿Por eso dejaste de ir?

– ¡Y qué te parece…! Soy amigo de Raúl, pero no como vidrio.

– A Enzo le haría bien que fuéramos a verlo.

– Andá vos si querés, yo cierro.

———————————

Atardecía cuando entré al barrio. En el camino hacia la casilla de Enzo me guiaron muchos “ex–alumnos”.

– ¿Vio maestro?…se nos fue el General.

– Estaba muy enfermo – repuse.

– No maestro, no fue su enfermedad, fue la tristeza.

– ¿La tristeza? – repetí tontamente.

– El ya no podía hacer nada por nosotros, estaba rodeado.

No entendía mucho de lo que me decían y de algún modo me sentía en deuda con ellos. Creo que porque al haber sido su “maestro”, se suponía que tenía que darles respuestas en vez de hacerles preguntas. Enzo me estaba esperando en la puerta. Ya le habían avisado de mi llegada. Me sorprendió verlo con una carabina en la mano.

– Parece que llego en mal momento.

– No se asuste maestro. Es que no queremos que le pase nada.

No estaba equivocado Sebastián sobre la situación en el barrio.

Comprendí que había hecho otra de mis quijotadas. La muerte de Perón abría otro capítulo en la Argentina, pero evidentemente yo no estaba enterado de eso. "Tengo que hablar con Carlos" – pensé. Al entrar a la casilla de Enzo, me conmovió la imagen de Perón, sobre un mueble, rodeado de velas. Allí recién noté los ojos de Enzo. Había estado llorando. Sus hijos y su mujer, rezaban junto a la mesa.

– Pase maestro. No es preciso que rece si no cree. Yo tampoco lo hago.

– ¿Es ateo? – la pregunta se me escapó sin darme cuenta. Me arrepentí.

– Creo en Dios…no en la liturgia. Las velas y todo eso son cosas de mi mujer.

Recordé cuántas veces en nuestras charlas, me sorprendía Enzo usando palabras poco frecuentes…"liturgia". Era un hombre instruido. Volvió a destapar la botella de caña que una vez abrió conmigo. Todavía le quedaban algunos sorbos.

– ¿Es la misma botella? – dije sorprendido.

– Acá se toma bebida blanca, sólo cuando viene alguien importante.

– ¿Yo…alguien "importante"?

– Claro que sí. Sus alumnos ahora son maestros de otros. Casi todos los mayores han aprendido a leer y a escribir. El General estaría orgulloso de usted, ¿cómo no lo vamos a estar nosotros?

– Usted sabe que yo no soy peronista.

– No hace falta ser peronista para ser una buena persona. Y usted ha tenido el coraje de venir a acompañarnos en nuestro dolor. ¿Sabe cuántos "peronistas" están festejando a esta hora…?

Se puso de pie y me sirvió el resto de la botella. Puse un poco en su copa.

– Isabel está sola, maestro. Hay muy pocos peronistas dentro de la Casa Rosada. Su fuerza somos nosotros, los verdaderos "soldados de Perón". Pero eso no va a alcanzar. La van a bajar…y cuando eso pase, va a correr mucha sangre en este país.

Recién ahí me di cuenta. Ese hombre no estaba triste sólo por la muerte de Perón, ese hombre estaba triste por lo que sobrevendría a esa muerte. Me estremeció su mirada y la tensión en los músculos de sus brazos cuando habló de la sangre. Sentí que yo estaba a la deriva en un mar encrespado y que comprendía muy poco de lo que estaba pasando. Sí…tenía que hablar con Carlos lo antes posible.

———————————

– ¿Quiénes son esos dos que están en la cocina? –preguntó Bigote.

– Dos compañeros de trabajo de Carlos – contesté.

– ¿Y por qué vinieron?

– Carlos los invitó.

– Son peronistas – agregó Mario.

– Ah…¿y Carlos dónde está?

– Fue a comprar yerba – respondí.

– ¿Y nosotros…de qué nos disfrazamos?

– Se trata de acompañarlos, Bigote…murió su líder.

– ¿Vos lo sentís así?

– No como ellos – aclaró Mario – pero todo el partido se movilizó.

– Vamos a ir con ellos al velatorio – agregué.

– ¿Qué pasa, nos hicimos peronistas…?

– Bajá la voz Bigote, te pueden escuchar – advertí.

– No son enemigos, Tegobi.

– ¡Vamos a ver cuando López Rega agarre la manija…!

– La que queda a cargo es Isabel, no López Rega – interrumpió Carlos, entrando.

– Vos sabés quién va a tener el poder en ese gobierno.

– Creo que no es momento para discutirlo – contestó Carlos, yendo a la cocina.

– Cuando ese hijo de puta esté en el poder, nos va a cagar a tiros. Yo no tengo nada que conversar con los peronistas – concluyó Bigote, metiéndose en su habitación.

– ¿Vos qué opinás? – me preguntó Mario.

– Que Carlos puede invitar a quien quiera, ésta también es su casa – respondí.

– ¡A quién le pregunto…!

———————————

Esa tarde conocí a Aguirre, "El flaco", como le decían. Lo había visto en la Conferencia pero no habíamos hablado. Era un dirigente que todos respetaban mucho, especialmente Carlos. Atravesamos la columna del partido hasta la cabecera.

– Este es Pablo – me presentó Carlos.

– ¿El de los poemas y los asados? – repuso el "flaco", mientras estrechaba mi mano – Me gustó mucho tu canción sobre a lucha de los pescadores de Mar del Plata.

– ¿"Puerto del Sur"…dónde la escuchó?

– En Agronomía. Esa tarde se habían ocupado las viviendas del complejo 17 en Ciudad General Belgrano y no pude quedarme hasta el final.

– Es la primera vez que escribo sobre esos temas.

– A los estudiantes también les gustó mucho, que es lo más importante. Tu canción entró en las venas de esos muchachos…los acercó

a esas luchas y eso es muy bueno. Desde el Cordobazo los obreros y los estudiantes marchan juntos.

– Esa noche la cantamos por primera vez.

– Lo hicieron muy bien, con tu compañero…¿cómo se llama?

– Sebastián – respondió Carlos – Se afilió después de lo del Payró.

– Habría que armar una célula de cultura – propuso Aguirre.

– Pero José y yo no podemos, estamos en la de bloqueo – aclaró Carlos.

– Podríamos reunir a Pablo, a Sebastián y a Bigote – insistió.

– Bigote también está en la de bloqueo.

– Nunca lo vi en la puerta de la fábrica.

– Cuesta levantarlo.

– ¿Vino hoy?

– No está de acuerdo con acompañar a los peronistas – respondió Carlos.

– Va a ser una lucha difícil – reflexionó Aguirre – hay muchos compañeros que no quieren saber nada con los peronistas.

– Yo los voté – dije, intuitivamente.

– Creo que fue una buena decisión de tu parte. Nunca nos tenemos que alejar de la gente, aunque a veces no tengamos sus mismas esperanzas.

– Yo tenía sus mismas esperanzas cuando lo voté.

– Pero hoy estás en el partido. Son estos peronistas los que van a hacer la revolución – dijo mirando las enormes columnas que avanzaban lentamente – y cuando la hagan, muchos van a decir… "¡esto era lo que quería El General!".

– ¿Y nosotros…?

– Y nosotros vamos a luchar para dirigirla. Para eso te hiciste comunista, ¿no?

¿Yo… "comunista"…? Si no hubiera sido por la seriedad con que Aguirre me habló, me hubiera echado a reír. La política era muy

compleja como para que yo tuviera claro lo de ser comunista. De todos modos, me había gustado el interés que ese hombre, de hablar lento y ojos tristes, había mostrado por nuestra actividad artística. Diría que ni el propio Carlos le había asignado tanta importancia. "Armar una célula de cultura"… me gustaba la idea, no me sentía útil sólo yendo a volantear o pegando carteles, creía que lo mejor que podía darle a la causa a la que me había incorporado, eran mis poemas y mis canciones. La columna del partido se acercaba a Diagonal Norte. Había que adivinarla porque no había carteles ni estandartes. Así lo había propuesto el Comité Central. Vimos llegar a Mario que se nos acercó. Noté por la forma en que se saludaron, que él ya conocía a Aguirre. Luego se dirigió a mí.

– ¿Sebastián no vino con vos?

– Se quedó en el local terminando unas carteras que le encargaron.

– ¡Si ése va a militar así…!

Me sorprendió ver a los compañeros de trabajo de Carlos que habían estado en casa el día anterior. Se abrazaron con él y con Aguirre.

– ¿Qué vamos a hacer ahora? – dijo uno de ellos.

– Seguir luchando por la revolución – respondió Aguirre.

– No hay otro camino – agregó Carlos.

– No creo que Isabel quiera una revolución – opinó el otro compañero de Carlos.

– Por supuesto que no – terció Aguirre – ¿pero qué va a pasar cuando la acorralen?

Recordé las palabras de Enzo…"Va a correr mucha sangre en este país". Allí me di cuenta de que esos compañeros de trabajo de Carlos se habían afiliado al partido, sin dejar de sentir como peronistas. Estábamos allí, en el gigantesco cortejo que acompañaba los restos de Perón y dos peronistas estaban con nosotros en la columna del

partido. Al rato llegó una mujer joven, con una radiante sonrisa y un andar enérgico. No la conocía. La vi acercarse a Carlos y saludarlo con un beso. Carlos estaba sorprendido, es más…diría que lo alegraba el verla. Luego de conversar un rato con él, se acercó donde yo estaba.

– ¿Vos sos Pablo? – me dijo – besándome en la mejilla.

– Sí.

– Yo soy Rita, la "ex" de Carlos. Jóse y mi hermana me hablaron mucho de vos.

Llamaba a José como lo llamaba su hermana, con el acento en la "o". Parecía que me conocía de años y recién nos veíamos por primera vez. Después supe que era una de sus características. Me pregunté por qué se habrían separado, se los veía muy bien juntos. Las columnas se aproximaban para llegar hasta el féretro. Yo había votado al hombre que estaba en ese féretro, lo había hecho en solidaridad con el pueblo que lo amaba. Ahora lo acompañaba bajo las banderas de un partido político. Ya no sentía lo mismo, pero me conmovía estar presente en ese momento, creo que porque nuestro pueblo estaba allí…también acompañándolo.

La ocupación

El lugar era pequeño. La gente se agolpaba en la puerta del saloncito a medio construir, donde semanalmente sesionaba la Comisión de ocupación de viviendas que dirigía un compañero llamado Araujo. El recital era en apoyo a la ocupación y contra el desalojo que había dispuesto un juez. Hacía un rato habían terminado su actuación un dúo de jóvenes intérpretes, que luego serían conocidos en todo el país y alcanzarían un éxito rotundo. Hoy, que escribo estas palabras, no puedo menos que sentir algo de tristeza al ver cómo se transformaron con el correr de los años. El dúo se disolvió pronto y uno de ellos se volcó a una vida llena de excesos y sobredosis. Llegó a ser un espectro que deambulaba por los festivales, recogiendo ovaciones y sembrando escándalos. Qué lejos quedó aquélla tarde algo lluviosa de agosto del '74 cuando aún enfrentaba al sistema con sus canciones, alegrando el corazón de aquéllos hombres y mujeres que luchaban para asegurarle un techo a su familia. Volviendo a aquélla tarde…Carlos nos hizo señas para que subiéramos al escenario. Estábamos ansiosos y asustados. Era la primera vez desde la formación del Grupo, que nuestras canciones se iban a presentar frente a un público mayoritariamente obrero. Carlos desenfundó la guitarra y se dirigió al micrófono central, mientras Sebastián y yo nos acomodábamos sobre un costado y José y Bigote sobre el otro.

– Buenas tardes, compañeros. Venimos a sumarnos a ustedes en esta lucha y lo hacemos cantando. Vamos a empezar con un hermoso tema de Castilla y Leguizamón, que todos ustedes conocen.

Un respetuoso silencio nos acompañó desde el primer momento. A medida que cantábamos nuestras voces iban saliendo con más seguridad y los temores se iban desvaneciendo al ver esos rostros que nos miraban emocionados. Nos olvidamos de los micrófonos – que poco ayudaban – y a voz pelada arrancamos con los temas de combate. Ese día estrenamos una canción de Carlos, que relataba la lucha que los ladrilleros tucumanos habían sostenido unos meses atrás. Bigote estrenó un tema suyo dedicado al hijo que algún día tendría. José cantó sus mejores tangos. Sebastián y yo, tímidos en un comienzo, nos afirmamos con dos temas de Serrat y luego con "Puerto del sur" que tuvo su primer aplauso "proletario". Mario no recitó. En reunión de organismo se consideró que no era un público acostumbrado a la poesía y podía aburrirlos. Dedicamos al triunfo de la ocupación nuestro cierre, que como siempre lo integraban las tres canciones que habíamos armonizado y ensayado hasta el cansancio en Derqui. La tarde empezaba a quedar atrás y se armaban las mesas de truco. Yo me incorporé a una, en pareja con José. Le pregunté por Paula y me comentó que se había quedado, porque su hermana se había ido de la casa de los padres y ésa mañana había aparecido en su casa con dos valijas. Le pregunté si Carlos sabía de eso y me dijo que no. Sin embargo…hacía tiempo que yo no veía a Laura con él. Algo estaba pasando pero ni yo ni José sabíamos nada al respecto. En nuestra mesa se sentaron un par de vecinos de la ocupación, bastante mayores, que por supuesto nos desplumaron. Bigote, Mario y Sebastián se acercaron al buffet y Carlos hablaba con Aguirre debajo de unos árboles cercanos.

———————————

– Carlos, decile a los muchachos que no tomen mucho, que mañana tenemos un madrugón, hay que piquetear la Fiat.

– ¿Por qué la del Alemán…?

– Porque en el diario salió un reportaje a miembros de la Comisión interna.

– Ah…todavía no lo leí. ¿No sabés por qué no vinieron?

– ¿Quiénes?

– El Alemán y Mariana.

– Querían pasar el día solos.

– Qué lástima…se lo perdieron.

– Estuvieron en casi todos los recitales, Carlos…

– Pero hoy era algo especial. Es la primera vez que cantamos para un público así.

– Ah, te quería preguntar… ¿por qué no recitó Mario?

– Pensamos que la poesía sola…sin música, podía aburrir un poco a la gente.

– Me parece que la subestimaron.

– No flaco, no es subestimación. Les trajimos lo que están acostumbrados a oír.

– Esta gente está acostumbrada a oír Cumbia y Chamamé.

– Me refiero a que no es un público acostumbrado a oír poesía.

– Tampoco están acostumbrados a escuchar a Serrat…ni los temas de la Cantata y sin embargo aplaudieron hasta con los codos. Yo creo que Mario tendría que haber recitado, pero…el organismo es soberano.

– Por ahí nos equivocamos.

– ¿Y cuál es el problema?, lo grave sería no darnos cuenta. Se discute, se corrige y listo. Hablando de eso… ¿cómo fue la primera reunión de la célula?

– Buena. Discutimos algunos artículos del periódico y después nos dedicamos a armar lo de hoy.

– ¿Estuvieron todos?

– Bigote no pudo venir.

– ¿Qué le pasa a ese compañero? No está en ninguna parte…ni en el organismo de bloqueo ni en éste.

– Me dijo que tenía que dar clases a un par de alumnas que viven en Lanús y que le pagan muy buena guita. Pero creo que el problema es político…¿no?

– Sí, Bigote no está de acuerdo con la línea.

– Él lo dice…no quiere saber nada con los peronistas.

– Es honesto, hay que discutir con él en buenos términos…como diría Mao, es "una contradicción en el seno del Pueblo".

– No es fácil con Bigote, pero vamos a intentarlo en la próxima reunión.

– Andá a avisarles a los muchachos lo de la bebida. Yo lo voy a buscar a Araujo, nos vemos en el micro, en media hora.

———————————

Ya era de noche cuando estábamos subiendo al micro y de pronto, apareció un camión que parecía del Ejército. Bajaron unos hombres con indumentaria militar, me asusté. Pero al ver que Araujo saludaba a uno de ellos, me acerqué a escuchar.

– ¡Qué dice compañero!

– El festival ya terminó.

– No veníamos por eso, sino a traerles armas para enfrentar el desalojo.

– ¡Gracias compañeros! – respondió Araujo – nos van a hacer falta, parece que van a venir con todo. Voy a avisarle a la gente para repartirlas.

– Las armas son para ustedes…no para la gente, la gente no sabe usarlas.

– Vamos a enseñarles.

– ¡No compañero!, las armas las tenemos que usar los que sabemos.

– Nosotros no pensamos así. Las armas las tiene que usar el pueblo, cuando esté decidido a hacerlo.

– Eso sería un desastre.

– Peor sería creer que la revolución se puede hacer con un puñado de militantes – terció Aguirre, atento a la discusión.

– No somos "un puñado" compañero, somos muchos cientos.

– Hacen falta muchos "cientos" de miles para hacer una revolución, compañero – concluyó Araujo.

– Parece que vinimos al pedo – dijo el hombre a sus acompañantes.

Sin más palabras se subieron al camión y se alejaron. ¡Podrán imaginar la conmoción que había en mí! Nunca antes había estado tan cerca de un grupo guerrillero. Me tranquilizó la actitud y la respuesta de mis compañeros. Me sentí orgulloso de ellos. Cuando en el viaje de regreso le pregunté a Aguirre, me dijo que esos hombres eran del "ERP" (Ejército Revolucionario del Pueblo) y que estaban vestidos así porque, seguramente, habían robado el camión, las armas y los uniformes al Ejército.

———————————

Clarita no podía ocultar el dolor que llegaba con cada contracción. El Negro parecía estar en otro lado, en una actitud muy lejana a la de un "primerizo". Estábamos los tres cenando en un restaurante de Olivos, yo los había invitado. La temporada invernal en Bariloche nos había permitido a Sebastián y a mí hacer una diferencia con las remesas de nuestras piezas que le mandamos a Juanita. El local no

estaba dando los frutos esperados. Mientras hablaba con el Negro no dejaban de inquietarme los gestos de Clarita.

– ¿Vos estás segura que es a fin de mes…?

– Eso fue lo que me dijo la doctora.

– ¿No le habrá errado?

– A quién pensás que la llevé, ¿a una curandera? – terció el Negro.

– ¡"La llevé"…! ¡Si me acompañó Lucía!

La interrumpió una nueva contracción, que le duró más que las otras. Empecé a ponerme nervioso.

– ¿Y si la llevamos a la clínica? – propuse.

– La doctora me dijo que la llamara cuando fueran muy seguidas y duraran más de tres minutos – contestó el Negro.

– ¿Y para qué tenés el reloj? ¿No te diste cuenta que hace como media hora que está retorciéndose? – protesté – dame el reloj.

La indiferencia del Negro había colmado mi paciencia. Durante la siguiente media hora estuve controlando los ritmos que la doctora había pedido. Era hora de llamarla. Recién allí vi en la cara del Negro un gesto de preocupación, que se esforzaba en disimular, mientras iba en busca de un teléfono.

– Yo la llamo.

– Ahora sí está cagado en las patas – rió Clarita, mientras el Negro se alejaba.

– Yo estaría igual.

– "Estás" igual – volvió a reír.

Tenía razón, yo estaba tan asustado como él. La más tranquila, a pesar de los fuertes dolores, era ella. Quiso ir a dar la noticia por los boliches que solíamos frecuentar, antes de que la lleváramos a la clínica, así que tomamos un remís y rápidamente hicimos la recorrida.

Gabriela llegó casi al filo del mediodía siguiente, mientras su padre y sus amigos dormíamos en la sala de espera.

Aproximaciones

– ¿A quién esperamos, Alemán?

– A mi mujer, fue a dar una mano en una pegatina, en la fábrica.

– ¿Por qué nos querrá ver el flaco?

– Para pasarnos un informe del Central sobre la situación en el SMATA Córdoba.

– Sí, me enteré, ¿qué fue lo que pasó?

– Salamanca perdió una asamblea que parecía segura. La gente decidió aceptar el aumento que dio Isabel.

– La mayoría de esa masa es peronista. Nosotros lo estamos discutiendo en la célula, pero viene difícil.

– Va a llevar su tiempo Carlos, no es un debate sencillo. Che, y hablando de otra cosa, ¿cuándo vuelven a tocar, ustedes?

– Tenemos una fecha para fin de mes en Medicina de La Plata y a mediados de octubre en Arquitectura. Vamos a tener que renovar parte del repertorio, hay temas nuevos de Pablo, de Bigote y de Carlos que están sin estrenar.

– Se te nota entusiasmado, José.

– Sí, es increíble lo que avanzamos en cinco meses…¿no Carlos?

– La verdad es que no esperaba que lo tomaran con la seriedad y la disciplina que lo tomaron. Salvo Bigote, ninguno es profesional.

– Yo creo que ayudó el hecho de que se afiliaran.

– Estoy de acuerdo con el Alemán, están militando como leones.

– Ahí llega Mariana…

– ¡Hola marido! Tu mujer pegoteó hasta la puerta de la fábrica. Mañana no van a poder entrar a trabajar.

– Por ahí nos dan asueto.

– ¿Qué haces Carloncho?

– Bien, Mari…¿fueron todos?

– El organismo en pleno. ¡La hubieran visto a Paula en su primera pegatina…! Estaba entusiasmadísima.

– ¿Quiénes fueron de seguridad?

– Héctor, Manuel y dos chicos de la Jota. Éramos como diez.

– ¿Estaba la gente del sindicato?

– Sí, pero no se metieron para nada.

– Lo mismo nos está pasando en General Motors. La semana pasada uno de los matones se le acercó a Mario y cuando lo íbamos a encarar vimos que le pidió un volante y se volvió a meter en la fábrica.

– Quizás sea porque corregimos la línea.

– El sindicato siempre es el sindicato, Alemán. Ellos no nos quieren en la puerta, aunque ahora tengamos algunos aliados peronistas.

– Antes no teníamos ni eso, José.

– ¡Ah, Carlos!, me olvidaba, te manda saludos Rita.

– ¿Estaba en la pegatina?

– Sí. Le dije que venía a encontrarme con ustedes y te mandó un beso.

– ¡Un beso…!, ¡muy bien, compañero!

– ¿Qué están pensando…?

– ¡En lo lindos que son los reencuentros…!

– ¡Mirá…se puso serio!

– No exageren…nos vimos en el velatorio de Perón, nada más.

– Pero el jueves fueron a cenar a tu casa…¿no José?

– No, no "fuimos" a cenar a su casa, Rita está viviendo ahí.

– Y nosotros lo invitamos a Carlos…

– …y él fue.

– Vamos, el flaco ya nos debe estar esperando.

– ¡Soldado que huye, sirve pa'otra guerra!

———————————

– Te están dando bastante laburo esos arquitectos.

– Estoy cumpliendo…y estos "extras" me agrandan el sueldo.

– Parece que el reencuentro con Elvira te hizo bien.

– No es un "reencuentro", ya te lo dije. Lo que me hizo bien fue la militancia.

– ¿La militancia…?

– Y, sí…para ser comunista primero hay que ser laburante. La bohemia no la va con la revolución. Si no…míralo al Che.

– ¿Y vos querés ser un Che…?

– Un buen comunista, nada más. Para eso nos afiliamos, ¿no?

– Yo me afilié para ayudar desde lo mío, como Pablo. No tengo ningún interés en "proletarizarme". Yo no nací obrero y no me voy a disfrazar.

– No digo que haya que disfrazarse, eso lo hacen los troskos, pero hay que tratar de cambiar la cabeza, Sebastián… la tenemos llena de caca.

– Yo estoy muy conforme con la "caca" que tengo en mi cabeza. Quiero ayudar a los que están peor que yo, nada más. No me interesa cambiar mi forma de pensar.

– ¿Hablaste de esto con Carlos?

– ¿Estás loco? Se sube a la política y desde ahí te caga a palos.

– ¡No me hagás reír, boludo!, mirá lo que me hiciste hacer…

– Es una manchita abajo de todo, tapala con la firma.

– ¿Pero qué pensás, que es un cuadro?

– Qué raro que no se están peleando, ustedes dos.

– ¿Cómo andás, Bigote?

– Vengo de dar clases.

– Mario te pregunta cómo andás…suelto.

– Ah…están jocosos. ¿Dónde está la botella?

– Estás hablando con dos abstemios.

– Uno y medio.

– Vos también estás de buen humor. ¿Dejaste el "Mufo" afuera?

– No, se lo dejé a mi "Ex".

– ¡Epa…!

– Esa mujer era mi enfermedad…y creo que me curé.

– ¿Qué pasó?

– Nada. No "pasó" nada. Anoche estuve con ella y no pude.

– ¿Y nunca te había pasado?

– No, con ella no. Por eso sé que estoy curado.

– ¿Alguna vez viste a un hombre contento porque no se le paró?

– Espera, esperá…mirá esa sonrisita.

– ¡Ah, picarón…! Tenés algo en el horno.

– Má qué en el horno…¡en Lanús tiene algo!

– ¿Las hermanitas…?

– ¿Qué clase de degenerado creen que soy?

– De los peores. ¡Dale…contá!

– ¡La menor tiene dieciséis, che…!

– ¿Y la mayor…?

– Va a cumplir veintiuno.

– ¡Tu mejor alumna!

– No se imaginan lo que es. Rubia…con unos ojos celestes, así de grandes.

– ¡Muy potra!

– Todo lo contrario, Sebastián. Es la dulzura hecha mujer.

– ¡Uhhh…! Se nos enamoró Bigote.

– ¿Ya saliste con ella?

– Estuve a punto de invitarla para el recital en Arquitectura…pero no me animo.

– ¡Si vos te animás a invitar hasta a la mona Chita…!

– Me enteré de eso, hijos de puta…le habían puesto "el monito", ¿no?

– No cambiés de tema.

– Sí, no te hagás el dobolu.

– ¿Por qué no te animás?

– No sé…es de una familia de guita, no sé si le va a gustar.

– ¿A la familia o a ella?

– ¡A ella, Mario…mirá si me voy a calentar por la familia!

– Es lo que acabás de decir.

– Pará Sebastián…vos sabés que nuestros recitales no son para que la gente baile.

– ¿No sabe que militás?

– No Mario…¿por qué le tengo que contar eso a una alumna?

– ¡Ah!, ahora volvió a ser "alumna".

– Necesito un trago. Ustedes están insoportables.

– En la heladera hay Gancia.

– ¿Se enamoró…?

– Creo que no, sino la hubiera invitado.

– ¿Pero vos viste cómo está?

– Sí…nervioso.

– No se le paró con la "Ex".

– ¡Tenés razón!, si…debe estar enamorado.

– ¿Y a qué le tiene miedo?

– No sé, no lo entiendo.

– Guarda, ahí viene.

– Tienen razón…Flor tiene que saber cómo pienso.

– ¿"Flor"…?

– Se llama Florencia…¡y la voy a invitar al recital!

– Sí…está enamorado.

– ¡Vamos Tegobi, todavía…!

———————————

Un brutal operativo había desalojado la ocupación del barrio General Belgrano, donde habíamos dado aquél histórico recital dos meses antes. Acababa de enterarme y volvía a casa en el tren, pensando en lo lejos que aún estábamos de conocer y sentir como propios los padecimientos de esa gente. Estar en el partido nos acercaba a ellos, pero…¿qué había que hacer para fundirse con ellos? Mis canciones salían de los hechos que me emocionaban, pero…¿cómo contarlos con sus palabras?, ¿cómo llegarles al corazón para que se sintieran parte de ellas? No sabía entonces, que me harían falta muchos años de militancia para lograrlo. Cuando llegué a casa esa noche, encontré a Rita poniéndola en orden. Me sorprendió verla.

– Mario me abrió y después se fue a ver a su hijo. Estoy esperando a Carlos.

– ¿No llegó todavía?

– Tenía una reunión con los camioneros. Traés cara de cansado. Voy a calentar el agua – fue a la cocina y siguió hablando desde allí – Me contó Paula que el sábado les fue bárbaro en Arquitectura. Que Sebastián y vos cantaron un tema tuyo a dúo y que los estudiantes aplaudieron de pie.

– Ah, sí…"Puerto del sur", parece que a los estudiantes les gusta.

– Por algo será.

– Todavía no sé si les gustará a los pescadores de Mar del Plata.

– No te oí.

– Nada…nada.

– Te cebo mate y me lo cantás, ¿sí?

Era evidente su intención de ser amable. Éramos los amigos de Carlos y ella sabía hasta dónde llegaba nuestra amistad. Recordé la "crueldad" de la que una vez me había hablado el Negro, cuando me había separado de Lucía. De algún modo me resistía a la idea, pero los hechos iban demostrando que las mujeres que se acercaban a nosotros, al grupo de La Comuna, pasaban duras pruebas antes de ser "aceptadas" o "rechazadas". Recordé a Elvira la noche del puchero, al "Monito", a Lucía cuando dejamos de vernos, a Laura cuando fuimos a Derqui. Tal vez la única que había superado esa barrera y se había transformado en amiga de todos desde un comienzo, había sido Clarita. ¿Íbamos a tener nuevamente una Comunera entre nosotros…? Carlos lo confirmaría unos días después, a comienzos de noviembre, llamando a una asamblea para decidirlo. Desde ya, todos estuvimos de acuerdo.

Bitácora

1974 – MARZO 27: No pude contarte lo de Derqui antes porque estuve con mucho laburo. Voy a recitar dos poemas, uno de Pedroni y otro de Castilla. Dicen los muchachos que me salen bien, pero voy a tener un atril con la letra, porque son largos y tengo miedo de olvidarme. Los temas salen bárbaros, inventaron unas voces impresionantes. ¿Inventaron se dice? Carlos cree que es por la influencia de los Nocheros de Anta. Y debe ser, porque en La Comuna se escuchan todo el día. Carlos vino con una mina fulera. No es del palo. Opinaba sin saber un belín y desde arriba del caballo. Es del partido, pero a mí me pareció troska.

1974 – MARZO 28: Enroscado con lo del Payró, me olvidé de avisarte: pasado mañana se casa Clarita, ¿y con quién va a ser?, con el Negro. No sé como hizo pero lo convenció. No, no creo que haya sido por la panza, no creo que un tipo como él se deje enganchar como me dejé enganchar yo. Debe estar enamorado el paragua, pero no lo dice.

1974 – ABRIL 13: Me temblaba hasta el upite, qué caradura… subirme a recitar sobre el escenario de un teatro lleno de gente. Está bien que había muchos del partido, pero igual…¿de dónde me hice recitador, yo? Siempre me gustó la poesía, pero leerla nomás …y por ahí aprenderme alguna estrofa que tuviera que ver con algo mío, pero hasta ahí. Pablo y Sebastián estaban duros como si se hubieran tragado un sable. Los únicos que manejaban la cosa eran Carlos y Bigote, aunque creo que también estaban nerviosos, pero bueno…

ellos son profesionales. Esto te lo cuento a vos, de hombre a hombre: cuando salimos me enganché una uruguaya que le había gustado el poema y me pidió que se lo recitara de nuevo. "La tierra estaba de antes, señor. Iban los ríos lamiéndole su tierna caparazón de greda", bueno, vos te lo sabés de memoria. Hoy es el cumple de Pablo y vamos a ir a comer a "Los chiquitos"…ahí me están llamando. ¡Si vieras qué lomo, la uruguaya…!

1974 – MAYO 2: Perón echó a los montos de la plaza. Les dijo imberbes y no sé cuántas cosas más. Carlos me explicó que era porque están entongados con los rusos. Sebastián dice que vemos rusos por todas partes, pero lo cierto es que Gelbard, el de Economía, viaja mañana a Rusia para firmar no sé qué acuerdo. No sé si los rusos están por todas partes, como dice Melena, pero "que los hay, los hay".

1974 – MAYO 10: ¡Salamanca volvió a ganar! El partido dirige el SMATA Córdoba, por dos años más…¿te parece poco? Llevamos un volante con la noticia a la puerta de General Motors. Hablé con algunos obreros, lo conocían a Salamanca, bueno, no personalmente pero sabían lo que había hecho con los mecánicos de allá. Estoy orgulloso de que él sea del partido…¿se nota, no? Y nosotros ya tenemos tres fechas para presentar el Grupo, todas en facultades… qué talco. ¡Dale, confesá…! ¿No estás orgulloso vos también?

1974 – MAYO 23: Carlos empezó a trabajar en una empresa de camiones. Con el empapelado se cagaba de hambre. Hizo bien, a mí el sueldo fijo me cambió la vida. Veo a Raulito todas las semanas y cuando los padres de Elvira no están, cenamos los tres y a veces… hasta me quedo a dormir. ¡Sí con ella, sí! Parecés una comadre de barrio. ¿Quién está cantando? ¿"Cumpleaños feliz"? ¿Quién? … ¡yo, boludo…!, ¡es mi cumple y me están cantando a mí!

1974 – JUNIO 12: Elvira me invitó a salir…solos, sin Raulito. No sabía qué decirle. Le dije que sí y fuimos al cine. Después a Burgio

a comer una gallega con moscato. Se puso en pedo conmigo, yo no entendía nada. Después nos subimos a un taxi y fuimos a un hotel de esos nuevos, de Panamericana. Tenés que ver qué lujo. En el baño, en vez de bañadera había algo así como una pileta de natación que tiraba chorros de agua caliente. Nos metimos…nunca la había visto así, no sé…desenfrenada. Sería el alcohol. Me puse celoso.

1974 – JUNIO 26: ¡No lo puedo creer! José entró a Fiat. ¿Escuchaste bien? Jo–sé–en–tró–a–Fi–at. El alemán lo hizo entrar, no sé cómo. ¿Obrero…? ¡no, tampoco es para tanto!, administrativo. Pero ya tenemos otro compañero adentro. Miles de obreros, galán …y otro compañero adentro. La revoluta está más cerca, ¿entendés? Cuando Paula llamó y me contó, me quedé mudo. Vos también te quedaste mudo.

1974 – JULIO 4: Murió Perón, hermano…y aunque no lo creas, me dio pena. Yo nunca fui peronista, siempre fui de izquierda, viste…cagón, pero de izquierda. Pero esto me pegó fuerte. ¡Cómo lloraban los compañeros de Carlos! Parecía que se les había muerto el padre. Bueno, ellos eran peronistas. La vi a Rita en la marcha, hacía mucho que no la veía. No se despegó de Carlos. ¡No sé, no sé!, no te puedo contestar…a él se lo veía bien. Hasta se le había ido ese gesto que tiene siempre, ¿cómo le dice Pablo?…"adusto", eso, se le había ido ese gesto adusto que siempre tiene. Cómo me gustaría saber escribir, pero ni siquiera terminé la secundaria. Bueno…Arlt tampoco. Pero es que a mí no me sale nada. Yo lo jodía a Pablo por sus delirios, pero creo que era más envidia que otra cosa. Tal vez por eso te compré a vos…es una forma de escribir, ¿no?

1974 – AGOSTO 12: ¡Nació Gabriela…la hija de Clarita! ¡Estoy feliz, como si fuera el padre! Al Negro se lo veía más desorientado que turco en la neblina. ¡Tenemos una sobrinita, galán!, ¿qué te parece? ¡Una hija de Clarita!…si parece que fue ayer cuando vivió con nosotros, ¿te acordás? Y ya hace más de un año. ¡Pobre…!, andaba

de quilombo en quilombo. Yo la escuchaba noches enteras A mí me contaba todo, era como su hermano mayor. Todos éramos sus hermanos mayores, pero ella hablaba conmigo. ¡Como para no sentirme papá!

1974 – SEPTIEMBRE 7: Hoy fuimos a volantear General Motors otra vez. Se me acercó uno de los matones del sindicato. Nosotros éramos muchos, pero viste que ésos andan armados. No sabía si quedarme o correr. Carlos y otros compañeros se acercaron. El tipo me pidió uno de los volantes y se fue leyéndolo. "Ahora llama a los demás y nos cagan a tiros", pensé…pero no. Carlos dice que eso está relacionado con la muerte del viejo y el quilombo que hay ahora adentro del peronismo. El flaco dice que es porque corregimos bien la línea y ya no nos ponemos a los peronistas de sombrero. ¡Qué sé yo…! Yo me cagué igual.

1974 – SEPTIEMBRE 28: Mañana vamos a La Plata, a la Facultad de Medicina. No te imaginás lo que está sonando el Grupo. Bigote quiere grabar, pero Carlos dice que todavía no estamos listos para eso, que con el público es más fácil por el calor que te da y la emoción y todo eso, pero que en una sala de grabación y con los auriculares puestos, hay que ser muy profesional. A mí me gustaría, para qué te lo voy a negar, pero creo que Carlos tiene razón, a mi es la gente la que me anima a recitar. No sé qué haría frente a un micrófono y en una sala de grabación…pero me gustaría.

1974 – OCTUBRE 10: Hoy mataron un compañero de Medicina, pero acá. Lo baleó la cana…¡hijos de puta! ¡Sí que me gustaría ser como el Che, Sebastián!, ¡vos con tus tilinguerías no vas a ayudar a nadie! Y yo haciéndome el héroe, tampoco. Mejor bajo los decibeles y sigo laburando, hoy tenemos reunión con la célula de bloqueo. Hay un informe sobre lo que está pasando en Córdoba. Parece que los mecánicos no quieren seguir de paro. Salamanca perdió la asamblea. Aceptaron esa miseria que les dieron de aumento. ¿Te acordás

cuando discutíamos con Tegobi? ¡Ah!…no te conté lo de Tegobi. ¡Está enamorado! La primavera se vino con todo, galán… bueno, después la seguimos, tengo que laburar, sino me comen los piojos. ¿Qué…? Sí…me sigo viendo con Elvira, sí…¿qué tiene de malo?, lo hago por Raulito.

1974 – OCTUBRE 26: Tiene razón el partido, la mina resiste. Nacionalizó la Siemens, la electricidad y no sé qué otra cosa. Y la semana pasada lo rajó a Gelbard. ¡Qué mazazo para los rusos! ¿Quién te dice?, por ahí la afiliamos. ¡Já!, era una broma. Lo que pasa es que estoy contento. ¿A qué no sabés quien se viene a vivir a La Comuna? ¡Acertaste!, claro si te la canté yo. No, no…vos sólo preguntaste y yo te dije que no sabía pero que los veía bien. Carlos nos reunió a todos y nos preguntó si estábamos de acuerdo. ¿Cómo no vamos a estar de acuerdo? Melena no la conocía, se la presenté yo. ¿Sabés qué fue lo primero que le preguntó la bestia?: "¿sabés cocinar?". Rita se cagó de risa, pero a Carlos no le gustó un joraca.

1974 – NOVIEMBRE 15: ¡Justo ahora que tenía un buen laburo a esos hijos de puta se les ocurre dar un golpe de Estado!, ¿vos podés creer? ¡No, no lo dieron todavía!, no te asustes. Pero lo van a dar…lo están preparando. Parece que viene de los rusos. Así dice el partido. Carlos me explicó que Rusia se hizo capitalista en el '56, cuando subió Jruschev. Cuando me lo explicó Aguirre no lo entendí, pero Carlos me prestó un libro de Mao para que estudiara. Ahí está explicado este cambio de Rusia. Carta de no sé cuántos puntos, se llama. El partido nos pide entrar a una fábrica de la zona para trabajar entre los obreros y prepararnos para enfrentar el golpe. Yo dije que sí y me anotaron en los talleres ferroviarios de Alianza, en Santos lugares. Bigote y Sebastián dijeron que no. Carlos se anotó en General Motors y Pablo dice que obrero no, que él quiere seguir en cultura, pero que el año que viene podría entrar a la docencia, para ayudar. Creo que hay miedo de que el Grupo se vaya a la mierda con esto, pero Aguirre tiene razón, lo que se viene es bravo, no es hora de

andar cantando por ahí, es hora de hacerse obrero. ¿Vos qué pensás? ¡Claro que no me gusta, boludo! Perdoname…es que estoy medio arrepentido, sabés, voy a ganar mucho menos y voy a tener menos tiempo para ver a Raulito. No sé si hice bien, pero si el golpe trae la revoluta, como dice Tegobi, mejor que estemos preparados para dirigirla. ¿Te imaginás?, yo a la cabeza de los ferroviarios, entrando a la Plaza de Mayo…¡qué lindo va a ser ese día! Espero que no falte mucho. ¡Y sí…hice bien!

¡No a otro 55!

Todos habíamos escuchado la consigna de boca del Secretario General del partido y nos sonaba dramática. Estábamos sedientos de aclaraciones. Bigote lucía su típica expresión de "Mufo", y ostensiblemente, no estaba de acuerdo con lo que oía. Sebastián, como siempre, usaba cualquier excusa para abandonar la reunión. José fumaba un cigarrillo tras otro. Carlos asentía a las palabras de Aguirre y de cuando en cuando nos miraba para ver nuestras reacciones. Aguirre leía el informe con voz áspera.

– "Hay preparativos para un golpe de Estado. Hay que prepararse. La primera medida que tomó el Comité Central es llamar a todos los compañeros que puedan hacerlo, a ingresar a los principales centros de concentración obrera de cada zona. Es urgente crecer en el corto plazo entre los obreros industriales, porque su comportamiento frente a un eventual golpe, puede llegar a definir la respuesta de todo el Pueblo". Corto pero clarito, ¿no? Nosotros ya empezamos a movernos. Carlos presentó su solicitud en la General Motors, José quedó efectivo en las oficinas de Fiat y conseguimos un contacto para hacer entrar a Mario en los talleres ferroviarios de Alianza. Como dice el informe, sólo si podemos dirigir a lo más avanzado del proletariado industrial, vamos a poder…

– ¿Qué va a pasar con el Grupo? – interrumpió Bigote.

– El grupo puede seguir, pero el organismo va a tener que concentrarse en otras tareas más urgentes.

– ¿Cómo "en otras tareas"? – insistió Bigote.

– Tenemos que multiplicar la propaganda antigolpista.

– ¿Y la célula de cultura…? – preguntó Sebastián.

– El organismo de bloqueo pasa a tener prioridad.

– El Grupo se va a la mierda – concluyó Bigote.

– No. Pasaría a ser una tarea secundaria – aclaró Carlos.

– Algo así como un hobby – ironizó Sebastián.

– No compañero, nadie dice que la tarea artística sea un "hobby". En un partido como el nuestro, sabemos que es un arma, pero hay coyunturas en las que…

– Si, ya sé Aguirre…pero yo soy músico y no voy a dejar de serlo. Si a la coyuntura le sirve lo que hago, bien…y si no, también.

– Esa no es forma de discutir, Bigote. Así no vamos a llegar a nada.

– Lo que pasa Carlos, es que estoy dispuesto a servir a la revolución desde la música, no me voy a disfrazar de obrero.

– No se trata de abandonar la música, Bigote, pero hay prioridades.

– ¿Te acordás cuando en Gessel nos prometimos vivir de la música, vos y yo? Yo, poco a poco lo estoy logrando, pero vos cada vez estás más lejos.

Bigote salió y se hizo un silencio tenso. Sebastián propuso mate para aliviar la situación…y tener otra excusa para ausentarse. José se acomodó en la silla y apagó el cigarrillo que había olvidado en el cenicero. Carlos tenía la cabeza gacha.

– ¿Vamos a tener que defender a López Rega? – preguntó Mario.

– El pueblo eligió a Isabel, no a López Rega.

– El pueblo eligió a Perón, Carlos…no a Isabel.

– José tiene razón…y Perón está muerto. El poder lo tiene López Rega.

– No Mario, ninguno de ellos tiene el poder.

– Tampoco lo tenía Perón…¿no? – arriesgué.

Todos me miraron sorprendidos, era la primera vez desde que me había afiliado, que daba una opinión claramente política en una reunión de organismo. Pero me fue natural hacerlo, porque sólo estaba usando las palabras de Enzo y la gente del barrio.

– Exactamente compañero – continuó Aguirre – Perón estaba rodeado y ahora lo está Isabel, por gente de la calaña de López Rega. Pero el poder está detrás de todos ellos…y ahora está preparando un golpe. Tenemos que estar a la cabeza de la luchas, pero sin dejar que nos usen para eso.

– ¿Y cómo se hace? – preguntó José.

– No va a ser fácil…vamos a tener que nadar contra la corriente – aclaró Carlos.

– Los golpistas van a usar cada error de Isabel para arrinconarla y nosotros tenemos que cambiarles el blanco.

– Es que es indefendible, flaco…esta mina no da pie con bola.

– No se trata de defenderla a ella José, sino a un gobierno, que aún con todos sus errores, sigue siendo democrático.

– Si viene un golpe va a correr mucha sangre.

– No lo duden compañeros, Pablo tiene razón.

– ¡Cómo te viniste hoy…!

– Todo esto me lo dijo Enzo, Sebastián…el día de la muerte de Perón y con una carabina en la mano.

– Esos militantes peronistas van a resistir, pero eso no alcanza. Tenemos que llegar al proletariado…y pronto – agregó Aguirre.

Era la primera vez que una discusión política me atraía. Aquélla preocupación mía por las palabras de Enzo estaba encontrando respuesta en boca de mis compañeros. Creo que por eso me había animado a opinar. José tenía la cabeza baja y parecía reflexionar sobre lo que se discutía. Finalmente salió de sus cavilaciones…

– Yo voy a ver qué puedo hacer desde la fábrica…pero no me gustaría que se disuelva el Grupo.

– Yo no soy obrero ni podría serlo. Voy a ayudar desde lo que soy, Sebastián, un "pequeño burgués" que quiere que las cosas cambien.

– Yo no tengo drama de entrar a los talleres. El problema es que le estoy pasando una mensualidad a Raulito y voy a ganar menos.

Me emocionó la actitud de Mario. Su compromiso con el momento que estábamos viviendo. Creo que eso hizo que saliera de mí…

– Yo no me animo a entrar a una fábrica, pero si sirve…puedo entrar a la docencia y luchar desde ahí.

– No hace falta usar mameluco para ser un obrero…y mucho menos para ser un comunista. La docencia también es un puesto de combate – concluyó Aguirre.

———————————

– ¡Así no se puede ensayar! ¡Todos amontonados en esta batata!

– Hacé de cuenta que es una sala de ensayo ambulante.

– ¡Dejate de joder José, estoy hablando en serio!

– No había tiempo de volver a La Comuna, Bigote.

– El tiempo se lo hace uno, Carlos. Lo que pasa es que ya a nadie le interesa el Grupo.

– ¡Sí que nos interesa!, pero qué querés que hagamos si hace media hora que terminamos de volantear.

– Es lo que estoy diciendo, José. Hubo tiempo para volantear pero no para ensayar.

– Carlos tiene razón…no había tiempo de volver a La Comuna.

– En una hora nos tenemos que subir a un escenario de una Cooperativa Ferroviaria donde van centenares de obreros. Vamos a cantarles nuestros temas, ¿no sirve eso?, ¿no ayuda a la revolución?

– Claro que ayuda, pero hoy la prioridad es luchar contra el golpe.

– ¡Otra vez las "prioridades"…! Yo no soy obrero, Carlos.

– Nadie te pide que lo seas. Es un llamamiento, no una orden.

– Pero vos sí aceptaste.

– Yo estoy en el Comité de la zona, tengo otra responsabilidad.

– Yo volví al partido para hacer esto, tocar y cantar.

– Somos comunistas, Bigote…antes que músicos.

– Sí, conozco la frase…"rojos y expertos", pero yo soy músico desde mucho antes de hacerme comunista.

– Y yo también…lo que te estoy diciendo es que hoy se nos necesita en otro lugar. ¡Ya nos mataron cuatro compañeros, Bigote…!

– El hecho concreto es que tenemos la presentación en menos de una hora y estamos ensayando adentro de un auto.

– En eso tenés razón, pero también tenés que pensar que si dan el golpe, nuestro Grupo no va a poder presentarse ni en una iglesia.

– No entendés José, yo estoy en contra del golpe, lo que digo es que tenemos que aportar desde lo que somos, no desde lo que quieren que seamos.

– La revolución implica sacrificios.

– ¿Dejar de ser lo que uno quiere ser? Carlos…me afilié al partido justamente para que algún día en este puto país, todos puedan ser lo quieran ser.

– ¡No se trata de lo que uno "quiere ser" sino de lo que debe hacerse, Bigote!

– Creo que no se van a poner de acuerdo, muchachos.

– Ahí vienen Pablo y Sebastián.

– Tarde como de costumbre.

– ¿Y Mario…?

– No viene.

– Pero…¿no habíamos discutido eso de la poesía y los obreros…?

– Sí, José, pero no es por eso. No era conveniente que lo vieran en el escenario si está en lista para entrar a los talleres.

———————————

– ¡Clara…alcanzame el alcohol alcanforado!

– ¡Levantate y andá a buscarlo, que son las doce! Estoy bañando a Gaby.

– ¡Primero está tu marido! ¡Soy el único que te va a hacer compañía cuando seas vieja y fea! ¡Ésa se va a piantar de casa a los quince, ya vas a ver!

– ¿Y vos me vas a hacer compañía…? ¿A qué hora llegaste hoy?

– No era tan tarde.

– ¡Negro…! Andá a ponerte algo encima que tu vieja anda por el patio y va a venir a ver a la nena en cualquier momento.

– ¿Y quién pensás que le dio esta belleza a mi cuerpo?…¿quién fue la creadora de este Apolo?

– Si tu "creadora" te ve en bolas después te lo vas a tener que aguantar al Capitán.

– ¡Ah, es cierto…el Capitán! Hoy le saco ventaja porque vengo desde anoche.

– ¡Y cómo…! Apestás a whisky. Andá a vestirte que no quiero tener otra agarrada.

– No pongas esa carita de viciosa porque a mí el alcohol no me "deprime"…¿sabés? Mirá que si me excito ahora puedo llegar a lastimarte.

– ¿Con qué?

– ¿Querés ver…?

– ¡Negro…soltame, tu vieja puede entrar en cualquier momento!

– Vos te lo buscaste.

– ¡Ahí viene tu vieja, metete en el baño! Hola Matilde.

– Escuché la voz de tu marido.

– Sí, está en el baño.

– ¿De qué te estabas riendo?

– De las monerías que hace su nieta cuando la baño.

– ¡Ay no la agarres tan fuerte!

– Matilde…

– ¿Me dejás secarla?

– Acá la tiene…pero séquela, no la acaricie.

———————————

– ¿Cuándo son las elecciones?

– En abril.

– No tenemos tiempo de armar una lista, Alemán, estamos llegando a fin de año. Además ahora vienen las vacaciones, va a ser difícil reunir a la gente.

– Oíme José…sea como sea tenemos que presentar lista. Está claro que el sindicato va a jugar para el golpe. Tenemos que tratar de debilitarlo en todas las seccionales que podamos.

– ¿Quiénes irían en la lista?

– Albornoz, Argüello, Cáceres…

– Todos peronistas.

– No subestimes eso. También está Mansilla, el Pepe Soria y el colorado ése que nunca me acuerdo el nombre…

– Caviglia.

– Esos son independientes…y muy combativos.

– Pero yo creo que no tenemos fuerza suficiente todavía, somos pocos en la fábrica y tampoco es cuestión de que te quemes.

– Siempre vamos a ser pocos, José, no es ése el problema. Yo creo que lo que pasa es que vos no le tenés confianza a esos compañeros.

– Alemán, vos sabés bien que cuando llegan al sindicato se burocratizan, se olvidan de la gente y empiezan a hacer sus negocios.

– Eso depende de la línea y nosotros venimos con la línea de la "1° de mayo". Los directivos, tres meses en el sindicato y tres meses en la fábrica, salario de obrero…

– Sí, sí, ya sé…pero hay que ver si ellos están de acuerdo con eso.

– Los que te nombré están de acuerdo.

– Pero con ellos no llegamos ni a la tercera parte de la lista. ¿Cómo hacemos para conseguir las dos terceras partes de acá a marzo?

– Uno por uno, como hizo Salamanca en Córdoba. Hay que sentarse a matear con todos los compañeros que se opongan a la conducción del sindicato…uno por uno.

– Chicos, ya están las milanesas.

– Ya vamos Paulita.

– Mario entró a los talleres, ¿sabías?

– ¡Qué buena noticia, José…!

– Creo que el "lumbrís" no aguanta una semana…

– No subestimes al compañero. Vamos que tu mujer ya nos llamó.

Fin de año

Las manos de Rita habían cambiado la fisonomía de la casa. El comedor lucía algunos posters y afiches. ¡El piso estaba encerado…! y hasta los muebles brillaban. A la biblioteca – ordenada, por primera vez – se habían sumado sus libros, que eran muchos, dada su actividad docente. Ella trajinaba en la cocina preparando la cena con la que todos despediríamos el año. Sí, ese año íbamos a despedirlo juntos. Era todo un síntoma de que La Comuna se había transformado en hogar. Los primeros en llegar fuimos Mario y yo.

– ¡Hum…qué olorcito!

– Se nota que está "la patrona". ¿Qué estás cocinando?

– Vacío al horno con papas.

– ¿Cuántos somos? – pregunté.

– Mi marido, mi hermana, Jóse, Sebastián y nosotros.

– ¿Tegobi…?

– Me dijo que venía después de las doce…y acompañado.

– Se viene con la "alumna" – vaticinó Mario.

– ¿"Alumna"…? – preguntamos.

– Ya se van a enterar. ¿Le falta mucho a eso?

– Media hora.

– Espero que no tarden, me gusta jugoso.

Al mesón, Rita le había agregado una mesa rústica que había traído de casa de sus padres y que – según nos contó – tenía el orgullo

de ser la última mesa que quedaba de un boliche que Carlos y José habían tenido en Villa Gessel años atrás.

– Me acuerdo de estas mesas… – dijo Mario, con nostalgia.

– Qué lindo verano, ¿te acordás? – respondió Rita desde la cocina.

– Bigote también se va a acordar…¡si viene sobrio!

– ¡Miren quién habla…!

En ese momento entraban Paula y José con las nenas. Le pregunté a Mario por Elvira y su hijo y me comentó que la pasaban con sus ex–suegros, lugar donde él no quería ir y que eso había motivado una discusión. Se nos acercó José.

– Che lumbrís…¿cómo va el trabajo en los talleres?

– Prefiero los planos. A media mañana ya no doy más de la espalda.

– Cuando estabas con los planos también te dolía la espalda.

– Pero podía descansar.

– ¿Qué trabajo hacés? – pregunté.

– Soy el pibe de los mandados.

– ¿Qué…?

– Me paso el día llevando y trayendo cosas pesadas.

– Hacé de cuenta que estás en un gimnasio – bromeó José.

Carlos y Sebastián llegaron juntos. Ninguno de los dos traía buena cara…y me imaginé el porqué.

– Venían discutiendo, ¿no? – se adelantó José.

– ¿Y qué querés con éste…?, ¡ni una broma se puede hacer!

– El golpe no es un tema para tomarlo a broma, Sebastián.

– ¡Ahí lo tenés…!

– Hoy política no, chicos…¿puede ser?

Paula entraba trayendo los platos. Mario y yo la ayudamos con el resto. Sebastián se metió en su patio y al rato lo oímos tocar la guitarra. Rita se arrojó en brazos de Carlos con una inmensa sonrisa.

– Te tengo una sorpresa.

– Vacío al horno con papas – aclaró José.

– No boludo…vos tampoco sabés nada.

– ¿Qué pasó?

– Esta mañana llegó esto – dijo, desplegando un telegrama.

– ¡Entré a la General Motors!

– Otro que cagó fuego… – sentenció José.

– ¡Esto se está llenando de obreros! – gritó Paula, desde la cocina.

– ¡Sí…La Comuna ya es una casa proletaria!

– No empieces de nuevo, Sebastián… – advirtió Rita.

Comimos en silencio, salvo algunos comentarios y anécdotas referidas al trabajo o a la familia. Nadie quería tocar el tema, pero el tema estaba presente. Carlos lo puso de relieve al levantar su copa.

– Brindo porque el golpe no pase.

No había terminado el brindis, cuando se abrió la puerta y entró Bigote junto a una alta y delgadísima rubia, de cabello largo y grandes ojos celestes. "Ella es Florencia", dijo. La dulce mirada de Flor – como de allí en más la llamaríamos – nos ganó a todos de inmediato. Sin embargo, a nuestro amigo no se lo veía feliz y sí con unas cuantas copas de más. Cuando se armó la sobremesa y aparecieron las guitarras, se sumó al canto con nosotros, pero desafinaba – señal de que tenía una mala borrachera – y eso lo ponía peor. Flor no se separaba de él. Sentíamos vergüenza ajena por el mal momento que estaba pasando. Con la excusa de preparar café, Rita la llevó aparte y estaba conversando con ella cuando Bigote se paró tambaleante. "Felicidades a todos y hasta mañana" – dijo, y tomando a Flor de la

mano, se dirigió a su habitación. Ella lo acompañó en silencio…sin animarse a volver la cabeza.

– El padre de ella es dueño de una fábrica de conservas y lo invitaron a Bigote a despedir el año con ellos – comentó Rita – pero parece que éste no pudo con su genio, empezaron a hablar de política y discutieron.

– Pobre Flor…

– Así que ésta es la famosa "alumna" de Lanús – comentó Mario, luego de un rato.

– Yo viajaría hasta Japón para darle clases – ironizó Sebastián.

– Es un ángel – comentó Paula mientras llevaba las niñas a acostarse.

Paula tenía una sensibilidad especial para percibir la esencia de las personas que se acercaban a ella. No se equivocaría con Flor…sólo alguien con su infinita paciencia y su ternura podría hacer cambiar tanto a Bigote, como después sucedería. Mario se fue a acostar temprano. Poco después llegaron Clarita y el Negro con su pequeña. La acostaron junto a las hijas de Paula que dormían desde hacía rato junto a su madre. El sol nos encontró cantando. Aún manteníamos la armonía de voces que nos había llevado al Payró, pero el entusiasmo no era el mismo y no cantamos ninguna de aquéllas canciones combativas. Si bien Carlos, Mario y José habían cumplido con ingresar a fábricas de la zona y de algún modo se sentían orgullosos de haberlo hecho, no se los veía entusiasmados. Creo que todos envidiábamos al Negro que, ajeno a esto, cantaba poniendo todo el corazón en cada tema. Nosotros estábamos llenos de nostalgia…todos sabíamos que el Grupo "Canto y liberación" ya no volvería a subirse a un escenario. Al irnos a dormir y con el sol ya en su apogeo, Carlos me confesó un temor. "La vacante es en estampado", dijo. Le pregunté por qué lo decía en ese tono, qué había de malo en "estampado". "Las prensas hidráulicas", contestó, "a veces hay accidentes…las manos, sabés…". Se metió en la habitación donde ya dormía Rita.

Estaba subordinando su pasión por la guitarra a las necesidades de la lucha política. “Yo jamás podría hacer semejante cosa” – me dije. Me dormí pensando hasta dónde estaba yo dispuesto a sacrificarme por la revolución.

Un verano caliente

Era un domingo radiante y caluroso, a mediados de enero. El colectivo en el que viajábamos Carlos, Mario, José y yo, iba repleto. Los bolsos y paquetes y la cantidad de mujeres y niños, hablaban de visitas familiares. Nos habían advertido respecto a las provocaciones que podíamos sufrir por parte de los Montoneros en el barrio dónde íbamos, dado que el partido había hecho pública su posición de la defensa de Isabel Perón, mujer a la que aborrecían. Nosotros no teníamos nada contra ellos, pero estaban embarcados en una ofensiva total contra el gobierno, creando una situación de caos que de una u otra forma favorecía a los golpistas. En medio de la tensión con que nos acercábamos al objetivo, hubo lugar para la anécdota. Carlos llevaba un revólver calibre 22 descargado y en su carterita tenía las balas. En una frenada se agarró del pasamano con la mano que sostenía la carterita y una de las balas resbaló y fue caer en el escote de una señora que estaba sentada frente a él. La mujer se sobresaltó y hurgó entre sus pechos hasta que vio horrorizada el proyectil, lo sacó y no sabía qué hacer con él hasta que Carlos respetuosamente le dijo "Disculpe, es mío, muchas gracias". Rápidamente nos dirigimos a la puerta trasera, con tal mala suerte que en el momento de abrirse, a José se le enganchó el caño del pistolón que traía cruzado en el cinto a la espalda, con la correa de una cartera femenina. "Tiene una escopeta…" dijo la mujer a media voz sin dar crédito a lo que veía. Aprovechando el estupor nos tiramos los cuatro del colectivo y nos alejamos caminando rápido hacia cualquier parte.

– ¡Justo en las tetas!, ¡qué puntería, hermano…! – reía Mario.

– ¡Soy un pelotudo! Perdonen compañeros, casi cago la jornada.

– Está bien Carlos, no te calentés, ya pasó – lo tranquilizó José.

– ¿Vieron la cara que puso la fulana que le enganchaste la cartera? – agregó Mario.

– Creyó que se la estaban robando – aclaré – pero cuando vio el pistolón…

– Tiene el caño muy largo, no sabía cómo ponerlo.

Carlos y José habían sido elegidos para ir armados al barrio donde íbamos a vender nuestro periódico. Eran los de más experiencia y por otra parte, creo que Mario y yo no nos hubiéramos animado. Caminamos una cuadra casi sin darnos cuenta, confundidos por la sucesión tragicómica de los hechos, cuando José advirtió…

– Che…esperen…el barrio queda para el otro lado.

– Suerte que te diste cuenta.

– Se te asoma el caño otra vez.

– Es demasiado largo, lo tengo que recortar.

Paula y Rita nos estaban esperando. Armamos dos parejas, Paula conmigo y Rita con Mario. Carlos y José serían nuestra custodia, pero andarían por ahí, caminando, como si no nos conocieran. Se había decidido así porque José podía encontrarse con algún obrero de la fábrica y no convenía que lo identificaran con el partido a tan pocos meses de haber entrado. Antes de iniciar la recorrida les comentamos a las chicas la anécdota del colectivo. Rita no podía parar de reír, pero a Paula se la veía seria.

– Podrían haberlos confundido con guerrilleros. Como está hoy el país…no tendrían que haber traído esas cosas.

– ¡"Esas cosas"…! Mi hermanita siempre fue una cagona.

– No te hagás la pistolera, Rita – respondió Paula.

– Bueno chicas…vinimos a piquetear y van a ser las once. Tenemos menos de dos horas, acá se come temprano los domingos – interrumpió Carlos.

Era cierta la preocupación de Paula. Desde hacía meses el país se estremecía a cada rato con secuestros y atentados. Hacía poco habían matado nada menos que al Jefe de la Policía Federal, con una bomba en su yate. Me sentía aliviado de no tener un arma encima. Empezamos la caminata y al comienzo nos cerraron varias puertas en la cara, eso nos desalentó un poco. Pero una familia nos invitó a pasar. Estaban reunidos con unos vecinos tomando un vermouth. Paula les explicó la posición del partido respecto del golpe y les alcanzó un diario para que lo hojearan. El dueño de casa vio la hoz y el martillo y nos devolvió el diario diciendo: "Acá somos todos peronistas, no queremos saber nada con el PC". Paula y yo nos miramos, ninguno de los dos se animaba a dar una explicación, pero yo recordé la noche de los Eucaliptus y las cosas que Carlos me había explicado entonces.

– Nosotros vamos a defender el gobierno de Isabel, contra cualquier intento de golpe de estado. Nuestro partido se separó del PC en el '68 y nunca pertenecimos a la Unión Democrática que se enfrentó a Perón.

Paula me miraba incrédula y yo apenas daba crédito a lo que había salido de mi boca. El hombre me quedó mirando un rato y luego dijo: "Claro…ustedes no tenían la edad como para estar en ese engendro de gorilas…eran muy chiquititos" y lanzó una fuerte carcajada. Luego llamó a uno de sus hijos y lo mandó a buscar a alguien. Por lo bajo le dije a Paula que saliera con cualquier excusa, pero ella me respondió "Si llega el momento de correr, corremos juntos". Sin lugar a dudas, Rita se había equivocado al juzgar a su hermana. Mientras esperábamos nos sirvieron vermouth, que Paula rechazó con una sonrisa. Al rato llegó un hombre alto que nos miró de manera esquiva. "Así que ustedes son comunistas…" – dijo al saludar-

nos – pero luego el dueño de casa le explicó con increíble exactitud nuestra posición y el rostro del hombre cambió.

– Veo que vienen a vender su diario.

– Sí – dijimos ambos.

– ¿Cómo se llama? – dijo, achicando los ojos para leer.

– Nueva hora – repuso Paula.

– "Nueva hora"…eso viene de la revolución cubana, ¿sabían? No pongan esa cara, Fidel lo hizo a su modo y nosotros lo vamos a hacer al nuestro. Acá somos todos peronistas y vamos a defender nuestro gobierno.

El hombre – al que llamaban Chano – tenía un cierto aire parecido al de Enzo. ¿Todos los líderes barriales peronistas serían así?

– Si no los acompaño van a tener problemas en el barrio, porque la gente anda muy desconfiada con esto de los zurdos.

– Bueno…nosotros también somos "zurdos" – insinuó Paula.

– Me refiero a los zurdos que se disfrazan de peronistas.

Y no habló más. Nos llevó a varias casas en las que pudimos presentar y dejar nuestro periódico. Nos despidió luego con un apretón de manos, diciendo que en caso de volver, primero lo ubicáramos a él. Estábamos eufóricos…¡nuestro primer piqueteo en un barrio y hasta nos hicimos amigos del líder!

– ¡Entonces nosotros piqueteamos otro barrio! – se quejó Mario – no vendimos un sólo diario y apenas pudimos charlar en dos casas.

– En la puerta…de dos casas – aclaró Rita, visiblemente enojada.

Nos apresuramos a contarles los detalles de lo sucedido para que no se sintieran mal. Habíamos tenido suerte, nada más. Pero Carlos no compartía esa opinión. Según él, haber aclarado lo del PC y haber planteado la defensa de Isabel nos había abierto las puertas.

– Yo creo que la gente no quiere el golpe…pero tampoco la quieren a ella – dijo Rita.

– Isabel es la jefa del movimiento, no van apoyar un golpe contra ella. Es lo que dijo el "Chano" ése…¿no? – opinó Carlos.

– Bueno…tampoco todos piensan como él – objetó José – Yo no sé si me hubiera animado a mencionar lo de Isabel.

La discusión siguió durante todo el regreso a La Comuna, donde prendí el fuego para la choriceada que nos habíamos prometido. Almorzamos cerca de las cuatro de la tarde

_____

– ¿Cómo sabías que anoche no iba a haber nadie?

– Porque hoy tenían una tarea de partido y se fueron a dormir a lo de un compañero para salir todos juntos.

– ¿Vos estás militando…?

– Sí…¿por qué preguntás?

– Como no fuiste…

– Quería amanecer con vos.

– Qué galante…¿y no te dicen nada?

– Ellos ya saben que colaboro hasta donde colaboro.

– Yo tengo un amigo que estuvo en Montoneros y hacía lo mismo que vos, pero al final se fue. Tendrías que conocerlo…son muy parecidos vos y él.

– Traélo al local un día de éstos.

– Tengo hambre.

– Lo único que hay es pan con manteca.

– ¡Sí Sebas, que rico, pan con manteca…!

– Voy a preparar unas tostadas.

– ¡Cómo te despertaste hoy…! ¿Querés que me enamore de vos?

– Nunca se sabe…

– Es cierto…nunca se sabe.

———————————

Me sorprendió ver al flaco Aguirre tan temprano. Con las manos en los bolsillos, como acostumbraba, entró y se sentó. Un saludo corto y seco me advirtió que algo pasaba.

– Carlos se fue hace un rato – anticipé.

– Venía a hablar con vos.

– Preparo unos mates…

– No tengo tiempo, gracias. Mirá Pablo…necesitamos que entres a la Municipalidad.

– ¿A la Municipalidad…?, pero yo ya me anoté en varios colegios…

– Carlos me contó lo del fin de semana en el barrio y los dos pensamos que estás preparado para una tarea mayor.

No hacía un año que me había afiliado…¿y ya me encomendaban una "tarea mayor"? No niego que me sentí halagado, pero lo que yo sabía hacer, además de artesanía, era enseñar literatura. ¿Estarían pensando que yo podía entrar…?

– ¿…en una cuadrilla?

– No – dijo sonriendo – sería en las oficinas.

– ¿Y por qué decís que es una tarea "mayor"?

– Porque ya tenemos dos células docentes en la zona y ninguna en municipales. Ahí tenemos sólo un compañero y con vos serían dos, habría que afiliar uno más y armar un organismo. Construir partido es una "tarea mayor".

– Yo les agradezco que hayan pensado en mí, pero jamás me soñé en una oficina, es un trabajo rutinario. Es más…hasta la docencia me parece un trabajo rutinario, pero por lo menos es el que sé hacer.

– No es más rutinario que el trabajo de un obrero, Pablo.

– Yo ofrecí entrar a la Docencia y aclaré que no quería hacerme obrero.

– Y nosotros respetamos tu decisión. Sólo te pedimos que pienses en este cambio. Los municipales tienen influencia en los barrios y eso puede significar mucho a la hora de enfrentar el golpe. Lo que sí te pido es que nos contestes pronto.

Me dio un fuerte apretón de manos y salió tan rápido como había entrado. ¿Cuántos organismos o personas tendría que entrevistar esa mañana?, ¿cuántos más a la tarde? Dedicaba cada hora del día a su partido, que era el mío, claro…pero yo no sentía esa pasión. Él era un político de raza…un revolucionario como Carlos o el Alemán. Yo ya había puesto mi pasión en otra parte desde hacía tiempo y estaba a punto de publicar mi primer libro. No me veía como "empleado municipal".

———————————

– ¿Cómo están las cosas con tu viejo?

– Peor.

– Traje mucho quilombo a tu vida.

– No fuiste vos, Juan…yo ya tenía problemas con él desde la secundaria. Nunca toleró que no me interesara la fábrica. Como no tuvo varones, quería que yo siguiera sus pasos. Pero a mí me dio por la arquitectura.

– No tendría que haber discutido así con él.

– Es imposible no discutir con él. No existe más que su verdad.

– Bueno, de alguna manera hice lo mismo.

– Pero él hablaba de su fábrica…y vos de lo que está pasando en todo el país.

– No tendría que haber hablado de eso. Es lógico que alguien de su clase no tolere nuestras ideas.

– ¿"De su clase"…? Tampoco es una mala persona.

– ¡No, Flor…!, no me refería a eso, hablaba de su clase social. Es lógico que a un burgués le molesten las ideas que pueden poner en peligro su fortuna.

– No es un magnate, Juan…tiene una fabriquita con cuarenta operarios.

– Es lo mismo.

– ¿Lo mismo…?, ¿lo mismo que ser el dueño de Coca Cola?

– Los dos sacan plusvalía del trabajo asalariado.

– No sé que es ésto.

– Ganan con el trabajo de otro.

– ¡No se pueden comparar, Juan…!

– Bueno, dulce…no te enojes.

– Mi viejo no sabe que estás en el partido. Lo que le molesta de vos es que sos músico, es decir…un mal "candidato" para mí.

– ¿Cuándo cumplís veintiuno?

– En septiembre, ¿por qué?

– Podríamos casarnos.

– No es la manera en que quiero irme de casa, Juan.

———————————

Cuando decidí aceptar la propuesta del partido y entrar a trabajar en la Municipalidad, hablé con Sebastián. Mi tiempo en Divagario

había terminado. Tendría que hacerse cargo solo y eso me hacía sentir un poco traidor a nuestro proyecto, pero él lo tomó con humor y hasta con entusiasmo. Se produjo un cambio en él. En menos de un mes transformó Divagario a su manera y me invitó a conocerlo. Fui una noche y lo encontré leyendo, algo no habitual en él, pero además lo hacía con una concentración que no pudo menos que intrigarme. Ni siquiera presté atención a la nueva decoración del local y su vidriera. Me quedé en la puerta mirándolo, estaba con los brazos cruzados sobre un mostrador lleno de apuntes y lapicera en mano. La luz de la lámpara jugaba en su "melena" rubia, con la que siempre lo gastábamos y de la que él estaba tan orgulloso. La galería a esa hora ya estaba vacía y en cualquier momento vendría el sereno a avisar que cerraba.

– ¿Te vas a quedar a dormir?

– ¡Qué dice mi ex–socio! Mi viejo lobo de mar.

– Vine a ver los cambios que me contaste.

– ¿Y…? ¿Qué te parece?

– Muy cálido, quedó como el living de una casa.

– Esa es la idea…que entres y te sientas como en tu casa. De ese modo la mercadería no parece tan "mercadería" y los clientes están más propensos a comprarla.

Me sorprendió oír a Sebastián hablando en esos términos. Me acerqué a la mesa para ver lo que leía con tanto interés, pero me detuvo su pregunta.

– ¿No notás algo diferente?

– Todo.

– Me refiero a la mercadería.

– Tenés poca bijouterie, casi todo es cuero. ¿Estás trayendo de otras ferias?

– Lo hacemos todo nosotros.

– ¿“Nosotros”…?

– Yo, mi hermano y su novia. Ana nos ayuda, a veces.

– ¿Ana, la de la boutique de la entrada…?

– Esa misma.

– Cayó al fin…

– “Todo bicho que camina…”

– Esa piba no es ningún “bicho”.

– Vení, quiero que veas esto.

– Linda cartera…muy original.

– Pero mirá el logo, abajo.

– “Topsy”… ¿qué es “Topsy”?

– Nuestra marca registrada.

– ¿Armaron una empresa?

– Todavía no, pero vamos a sacar un crédito para comprar las primeras máquinas.

– ¿“Máquinas”…?

– Con la artesanía te morís de hambre, Pablo. Vamos a diseñar y a fabricar cinturones, carteras, zapatos, billeteras…todo cuero del mejor. Queremos enganchar la franja con buen poder adquisitivo. Además, con esta calidad, hasta podés pensar en exportar algún día.

¡“Exportar”…! No salía de mi asombro. El mismo que hacía unos meses cantaba conmigo a dúo subido en el destartalado escenario de una cooperativa ferroviaria, ahora me hablaba en términos empresariales y con un inusitado entusiasmo en hacerse rico. Mi curiosidad crecía…

– ¿Qué estás leyendo?

– Marketing. Me inscribí en la Facultad.

– ¿Qué te dio por eso, ahora?

– Ana me abrió los ojos. “Cumpliste 25 años, dormís en un patio y no tenés ni para comprarte un vaquero”.

– Sí, me parece bien, pero…es tan repentino.

– Las ideas son así, aparecen de golpe. Bueno…en realidad, la idea se le ocurrió a Ernesto.

– ¿Quién es Ernesto?

– Un amigo de Ana. Él era estudiante de Economía. Militaba en la JUP, pero cuando vio que la mano se ponía dura, decidió abrirse.

– ¿Y vos…?

– Y yo, qué…

– ¿Qué vas a hacer con el partido?

– Ya no me entusiasma tanto. Queríamos ser artistas y nos iba bien. Aportábamos a la revolución desde ahí, desde lo que éramos. Ahora hay volanteadas todas las semanas y eso me aburre.

– ¡Pero si nunca venís…!

– Por eso…porque me aburren.

Clarita entraba con la pequeña Gabriela en brazos. Sebastián se deshizo en mimos apenas la vio y hasta la levantó entre los suyos con una seguridad y una destreza digna de un padre experimentado.

– ¿Van para La Comuna?

– Sí. Justamente ahí viene el sereno a echarnos.

– Suerte que los encontré a los dos.

– ¿Por qué? – pregunté.

– Así uno me lleva el bolso y otro a la nena.

– ¿Venís con nosotros? – preguntó Sebastián.

– Sí. Mario nos invitó a cenar.

– ¿Va a cocinar? ¡Cagamos…!

– ¿Y el Negro…?

– Se peleó con el viejo. Casi se agarran a trompadas. Debe andar por ahí, chupando con los amigos. Así que alcé la nena y me vine.

La convivencia en la casa de los padres del Negro era difícil y más aún después del nacimiento de Gabriela. Clarita no permitía que le dijeran qué hacer con su hija y eso hacía que las peleas fueran casi cotidianas. El Negro tampoco hacía mucho por buscar el rancho propio, de ahí el modo en que Clarita se refería a él. Mario nos esperaba con lentejas. Esa noche cenamos "en familia".

———————————

– Éramos como ochocientos, sentados en el playón de la fábrica. Estaban los del sindicato hablando de las paritarias y acusando al gobierno de los topes.

– ¡Hijos de puta que nunca pelearon un tope salarial en su vida…!

– No te calientes Alemán, ya sabemos cómo son. Acá se trata de ver cómo hacemos para que esa lucha no la usen contra Isabel.

– El flaco tiene razón, si nos vamos de boca nos ponemos a la gente de sombrero. Tenemos que entender que la inflación es galopante, hay mucha bronca. ¡Para que la gente aplauda a los del sindicato…!

– ¿Los aplaudieron…?

– Lo que cuenta Carlos son hechos concretos, compañeros. Eso es lo que está pasando en General Motors y en muchas otras partes. La gente lucha y los sindicatos ponen al gobierno en el blanco.

– ¿Y cómo hacés para no ponerlo en el blanco, flaco? ¿Quién puso los topes?

– Sí José, pero también fue Isabel la que abrió las paritarias y eso nadie lo dice.

– ¿Vos qué opinás Mario?, estás muy callado.

– Me pregunto si todo esto va a servir para parar el golpe.

– ¿Qué es "todo esto"?

– Todo este sacrificio, Carlos…dejar lo nuestro y meternos en una fábrica. A mí me está costando mucho.

– ¿Seguís de changarín?

– No, se hizo una vacante en Herrería. Tenés que estar todo el tiempo con un delantal de cuero que pesa una tonelada, porque si no el calor de la fragua te fríe los huevos y te deja estéril.

– Comparto la preocupación de Mario. A mí también me gustaría saber si vale la pena todo esto…si va a servir.

– Eso es impredecible, José. Lo que sí puedo decir es que acá estoy reunido con cuatro militantes que trabajan en los centros de concentración obrera más importantes de la zona. No estamos en la misma situación que en noviembre del año pasado, cuando denunciamos el golpe. Nos estamos preparando.

– No te olvides lo de la práctica.

– ¡Ah, sí…!, gracias Carlos, ya me estaba olvidando. Tenemos que combinar el día en que vamos a ir a practicar tiro. Tiene que ser pronto…antes de que empiece abril.

– ¿Por qué tanto apuro?

– Desde la carta de René pronunciándose contra el golpe de Estado, el sindicato desplegó toda la artillería. En Córdoba nos desalojaron del local del SMATA y metieron preso a Romero. Salamanca tiene orden de captura y en Perdriel suspendieron a la Comisión Interna. En algunas actividades vamos a tener que andar armados y cuidándonos las espaldas.

– ¿Qué tan cerca estaremos?

– ¿De qué?

– Del golpe.

– Todavía no sabemos, Mario. ¿Por qué lo preguntás?

– No me siento preparado.

– Para eso es la práctica de tiro.

– Todos ustedes ya dispararon antes, pero yo nunca tuve un arma en las manos.

– La mayoría de la gente tampoco.

– El día de la revolución, muchos van a manejar un arma por primera vez.

– ¿Y contra el golpe…?

– No sabemos cuál va a ser la respuesta del pueblo y especialmente de los obreros industriales. Eso va a depender de nosotros y de la fuerza que tengamos en ese momento, porque las otras fuerzas de la izquierda no se van a mover.

– Eso sí que no lo entiendo.

– Están convencidas de que el golpe va a ser "a la peruana", José.

– ¿Y de dónde lo sacaron?

– Hace años que los rusos le bajan línea a los partidos de izquierda en Latinoamérica y tienen una corriente en las fuerzas armadas de varios países, en alianza con sectores terratenientes. Acá, por ejemplo, con los Lanusse.

– ¿El golpe va ser ruso, entonces…?

–Creemos que sí, Mario, aunque no sabemos. Depende de la correlación de fuerzas entre ellos y los yanquis.

– Ojalá se demore…

– Que me perdone Lenin, pero hoy nos vendría bien tener un "Perón" en el ejército.

– Creo que Lenin opinaría lo mismo que vos, Carlos.

– Y la presidenta también. Ni los propios peronistas están decididos a defenderla.

– José tiene razón, en los talleres son pocos los peronistas que hablan de golpe.

– La experiencia de Pablo y Paula en el barrio mostró que hay peronistas que sí van a defender a Isabel, y nosotros tenemos que unirnos a ellos.

– Son la minoría, flaco.

– Y si el golpe trae la revoluta, esos peronistas…¿qué van a hacer?

– Es muy poco probable que el golpe traiga una revolución, Mario. Esa es la idea con la que trabaja Bigote.

– Estoy de acuerdo con el Alemán…y es una idea muy peligrosa. No estamos en una situación revolucionaria, y aunque estuviéramos, el partido es chico todavía para poder dirigirla.

– Carlos tiene razón, pongamos la cabeza en crecer en influencia y en número en los centros de concentración…y como dice Mario, ojalá que se demore.

A comienzos de marzo me sumé al contingente que salía temprano de La Comuna. Ya era un "municipal". Los primeros en salir eran Carlos y Mario, a las cinco. Después yo, a eso de las seis, y pasadas las siete salía Rita rumbo a la escuela. Me gustaba eso de desayunar "en cadena", nos íbamos dejando el mate unos a otros y la madrugada tenía olor a tostadas.

Primeras lluvias

Así se llamó mi primer libro. Porque me gustaban los paisajes otoñales, y además, porque contenía los poemas de mi adolescencia y de mi juventud temprana. Para esa época ya mi poesía se había hecho militante – "panfletaria" en la opinión del Negro y de Miguel – y sentía la necesidad de cerrar un capítulo de mi vida con aquéllos poemas cargados de nostalgia y de romanticismo. Haber entrado a la municipalidad también tenía su aspecto bueno, porque gasté buena parte de mi primer sueldo en ese libro. Lo hice en cuartas de papel oficio, mecanografiado con mi Lettera 22 y fotocopiado. Luego busqué una imprenta donde hacer las tapas.

– ¿La cartulina más barata?

– Y…sí.

– Tenemos unos rollos de sobrante, pero son de color madera.

– No importa.

– Las letras no se van a ver bien.

– No son para vender.

– ¿Cuántos ejemplares vas a hacer?

– Cien.

– ¿Qué vas a hacer con cien ejemplares…?

– Se los voy a regalar a mis amigos.

– ¡Tenés una punta de amigos!

– Y de los mejores.

– ¿Es tu primer libro?

– Sí.

– Se nota. Escribime acá qué querés que pongamos en las tapas y cuando tengas la duplicación traéla que la guillotinamos y te hacemos la encuadernación.

– Me alcanza para pagar la cartulina y la tapa, la encuadernación se la pago el mes que viene y ahí los retiro.

– La encuadernación te va a costar cinco ejemplares.

– ¡Bueno…!, gracias.

– Con dedicatoria, por supuesto.

Y así fue. Un fresco atardecer de mayo autografié mi primer libro para cinco hombres a los que no volvería a ver, pero que me habían brindado su apoyo y le habían dado forma de libro a un montón de fotocopias y a unos rollos sobrantes de cartulina color madera. He olvidado sus rostros…pero no su gesto. Y hoy, cuando veo el ajado ejemplar que heredé de mi madre, codeándose con sus colegas sobre el estante de mi biblioteca, vuelvo a agradecer a esos hombres.

———————————

Mis compañeros de la oficina de despacho eran dos muchachos de mi edad, una joven recién casada a la que llamaban "Gallega" por su ascendencia y nuestro jefe, unos veinte años mayor, que no estaba casi nunca. Me sentía un extraño en esa oficina. Mis compañeros se pasaban el día hablando de sus conquistas, la ropa, el fútbol y el baile del sábado. Viviana, que así se llamaba la "Gallega", era muy vivaz y charlatana. Su tema preferido eran las reformas que estaban haciendo en el departamento que habían comprado con su esposo. El día que entré por primera vez a la oficina, me había atraído su cabello negro y lacio, que destacaba unos grandes ojos claros…pero fui muy respetuoso de su estado civil. Enseñanzas de mi madre, creo. No obstante la vida me tenía preparada una sorpresa al respecto.

———————————

– ¿Viste lo de Tucumán?

– Sí.

– Parece que la guerrilla decidió jugar fuerte.

– Te amo.

– Rita…estoy hablando en serio.

– ¿Y pensás que yo no…? Me estoy cayendo de sueño.

– Ahora voy.

– Vení conmigo.

– Termino esto y voy.

– ¿Qué es?

–Un informe sobre lo que pasó en la fábrica esta mañana…es importante.

– ¿Y no es importante hacer el amor?

– No lo digas así…

– ¿Vamos a volver a discutir lo mismo?

– No quiero discutir.

– Mi marido no quiere discutir…¡Aleluya!

– Rita…termino el informe y voy, ¿sí?

– No me despiertes.

– Vení, no te vayas. Comprendé que…

– ¿Por qué tengo que ser siempre yo la que comprenda? Carlos, la vida tiene otras cosas además de la militancia. ¿Sabés que Pablo está por publicar su primer libro?, ¿sabés que mi hermana está embarazada otra vez?, ¿sabés que Flor y Bigote quieren vivir juntos? Estás ausente de todo…también de mí.

– Rita…

– No me despiertes.

———————————

Los últimos rayos del sol se filtraban por la ventana de la cocina. Aguirre nos había reunido a Sebastián, a Bigote y a mí, para discutir lo del golpe y la posibilidad de que ellos se sumaran a la iniciativa del partido para enfrentarlo. La discusión fue dura y por momentos áspera, pero la habilidad del "flaco" para suavizar el debate y su voz baja y pausada al hablar, permitieron que no terminara mal. No obstante ninguno de ellos modificó su postura, aunque aceptaron seguir discutiendo. Bigote seguiría integrando la célula de bloqueo y Sebastián pidió pasar a tareas internas. Así que se le asignó el cuidado del mimeógrafo de la zona, que se había instalado en el sótano del local. En mi caso, Aguirre me explicó que prefería esperar mi efectivización para presentarme al compañero que trabajaba en otra dependencia de la Municipalidad. No era conveniente que lo conociera, si no estaba asegurado mi puesto. Luego el tema fue La Comuna…

– Ustedes intentan hacer algo así como una comunidad que es independiente del sistema y que se rige por reglas propias, pero creo que saben que eso no funciona así.

– Hasta ahora funcionó – contestó secamente Bigote.

– ¡Incluso hasta con mujeres…! – agregó Sebastián.

– Y las reglas las pusimos para que la convivencia fuera equitativa.

– Y eso está bien, Pablo…de lo que estoy hablando es de que aún estamos en una situación que permite que esto pueda darse. Si viene el golpe…¿ustedes creen que pueden seguir llevando esta forma de vida? No sólo estarían en peligro ustedes, también pondrían en peligro al partido.

– ¿Si viene el golpe nos vamos a tener que ir…? – pregunté.

– La "Comuna" no tendría que existir, Pablo. Ahora que son todos militantes, esto es el palacio del liberalismo. Acá viven compañeros de cuatro organismos distintos, todos se enteran de todo y eso no puede ser. Los organismos de un partido revolucionario no funcionan así, por una cuestión elemental de seguridad. Nosotros desde el

Comité de zona hacemos la vista gorda porque sabemos que ustedes no tienen recursos económicos para tener su propia vivienda, pero sepan que estamos preocupados por eso… especialmente yo. Les pido que vayan buscando los medios para…

Dejé de oírlo. Las palabras de Aguirre me cayeron como un balde de agua fría. De algún modo me sentía responsable de la crítica que nos hacía a todos, pero por otra parte La Comuna era una experiencia única e irrepetible y no aceptaba destruirla por cuestiones políticas.

– Ninguno de nosotros anda divulgando lo que se hace en nuestros organismos, todo queda dentro del partido…somos amigos, nos tenemos confianza.

– Pablo, vos te afiliaste a causa del golpe en Chile, ¿no? Pudiste sentir como en carne propia la crueldad del fascismo. ¿Cómo podés estar tan seguro de no aflojar, de no traicionar a un "amigo" si te torturan?

– Suena muy dramático eso que decís – criticó Sebastián.

– Porque lo es. Ustedes saben que hace pocos días mataron en La Plata a cuatro compañeros que estaban haciendo una pintada. Eso es una prueba de lo preocupados que están con nuestra posición. Pero, compañeros…también es una advertencia de que el golpe está en camino. Y si el golpe pasa, va a ser un desastre para todos.

– A menos que termine en revolución.

– No hay condiciones para eso, Juan. Creo que ya lo hablamos.

– No tiene por qué ser un golpe como el de Pinochet. Podría venir de un sector nacionalista, como en el Perú.

Me sorprendió la opinión de Sebastián. Siempre había subestimado la posibilidad de un golpe de Estado. Aguirre contestó de inmediato.

– ¿Velazco Alvarado, "nacionalista"…? ¡Hasta las armas que usaron son rusas!

– Creo que ustedes ven rusos por todas partes.

– ¿"Ustedes"…? Sebastián, ¿vos estás afuera?

– Es una forma de decir…"ustedes", los dirigentes, el Comité Central, ¡qué sé yo…!

– Hay muchos que sueñan con un militar "democrático", pero los que están detrás del golpe, no lo son. Algunas fuerzas de izquierda están ilusionadas con eso – concluyó Aguirre, mirando a Sebastián – pero se equivocan.

———————————

Varias bandejas de empanadas se distribuían sobre la mesa de la cocina y el mármol de la mesada. Rita y Florencia, enharinadas hasta la cabeza, empezaban a hornear las primeras. Clarita iba y venía con las jarras de vino y los vasos…¡y Bigote la ayudaba! No pudimos menos que aplaudirlo, lo que le hizo fruncir el famoso ceño. Sobre el mesón, como un tótem, se levantaba la pila de ejemplares de "Primeras lluvias". Aún hoy, después de tantos años, podría afirmar que fue uno de los días más felices de mi vida. Había pasado la mañana y buena parte de la tarde buscando una por una las palabras para cada dedicatoria. Separé varios ejemplares para enviar a Bariloche y uno para Amanda, que esa noche tenía el cumpleaños de su madre y no vendría. Me alegró ver llegar a Oscar, le había pedido a Sebastián que lo invitara, ellos seguían viéndose de vez en cuando porque Oscar estaba viviendo con su novia en Belgrano, cerca de donde estaba el local. Mario y Bigote se pusieron tensos y por un momento temí que hubiera sido una mala idea, pero Oscar supo manejar muy bien la situación y al rato ya estaba conversando con ellos. También había invitado a Paco, no podía estar ausente esa noche. Lo que nos sorprendió a todos fue que llegó con una "amiga"…Adelina, una hermosa mujer, de unos cincuenta años. Era docente y se le notaba hasta en los mínimos gestos. Diría que era una mujer llena de ternura. Hacían una linda pareja. El Negro cayó con su primo, Nacho

y también vinieron Miguel – que no era tan asiduo de La Comuna – y mi madre, que no se iba a perder ese acontecimiento. Esa noche Sebastián apareció trayendo a Ana de la mano. Era mayor que él…y sumamente bella. La que me sorprendió fue Elvira, porque se la veía mucho más delgada…y alegre.

– ¿Se están viendo más seguido? – pregunté a Mario.

– Sí, algo…¿por qué?

– Está muy cambiada…es otra Elvira.

– ¿Y Pablín…para cuándo los libros?

– Después de comer, Bigote.

– No lo conoce nadie y ya se hace esperar.

– ¡Mirá si te llenás de guita…!

– Nos salvamos todos – profetizó Miguel.

Mario se acercó al mesón y tomó un ejemplar. Leyó uno de los poemas y luego vino hacia mí y me contó que la brevedad de ese poema le hizo acordar a una pareja suya que se llamaba Samantha y solía escribir poemas con letra minúscula dentro de las cajitas de fósforos y se los regalaba. "Cada tanto los leo. Tengo las cajitas escondidas porque Elvira es muy celosa" – confesó. No me equivocaba cuando pensé que se estaban acercando nuevamente. Me alegré por ellos…y por Raulito. Cuando salían las primeras empanadas, llegaron Paula y José con las nenas. Comimos y bebimos como era nuestra costumbre, en medio de las carcajadas, los chistes, las anécdotas…pero ya no había excesos. Repartí después los libros, uno por uno, leyendo la dedicatoria en voz alta, lo cual disparó todo tipo de bromas al respecto. Qué timidez la nuestra… bromear, cuando en realidad estábamos tan emocionados. Estaba en eso cuando llegaron Carlos y Aguirre, que venían de una reunión. Me sorprendió ver a nuestro Secretario allí.

– Me tomé la libertad de invitarlo – dijo Carlos, con formalidad.

– En realidad me invité solo. Vamos a organizar una buena presentación, hay que difundirlo. Incluso le podríamos pedir a David Viñas…

– Sólo hice cien ejemplares…para mis amigos – interrumpí.

El "flaco" sonrió y noté en sus ojos una mirada casi paternal. Me palmeó el hombro y me dijo…

– Sos el primer escritor que conozco, que no quiere ser conocido.

El pequeño danés

Me sorprendió ver al Negro en La Comuna un día de semana a las cinco de la tarde, pero más me sorprendió el personaje que lo acompañaba. Era un muchacho de unos 17 ó 18 años, muy alto y delgado, de anteojos y largos cabellos rubios que le cubrían los hombros. Vestía una túnica de colores y ojotas de cuero y tenía un bolsón tejido donde asomaba el pico de una flauta dulce.

– Se llama Bernardo. Bernard…¿no? – el joven asentía sonriendo – Es danés y está recorriendo el mundo solo. Lo encontré anoche y lo llevé a casa, pero sabés como está todo por allá…así que lo traje porque necesita un lugar donde dormir por dos o tres días. Después se va a Chile.

Siempre había lugar en La Comuna, pero esperé a que llegara el resto de los comuneros para presentarlo y ver si estaban de acuerdo. Le hicimos un lugar en el comedor. Dormiría en el sofá y acomodaría sus escasas pertenencias debajo de él. Bernard era un muchacho cálido y sencillo. Se ponía colorado con facilidad y, aunque trataba de disimularlo, se aterraba con las historias que le contábamos sobre Benjamín, nuestro querido fantasma, que algunas noches jugaba a abrir canillas o acomodar botellas en el patio del fondo. Lo que iban a ser unos pocos días se estiraron a casi un mes, dado que la situación en Chile era aún inestable y peligrosa. Una tarde Mario y yo charlábamos con él, que se daba a entender bastante bien y siempre sonreía.

– ¿Para qué querés ir a Chile?

– Para conocer Neruda.

– Neruda murió – aclaré.

– Sí, ya sé…pero quiere ir a su casa en Islo Negro.

– Isla Negra – corregí.

– ¿Vos estás enterado de que hay una dictadura en Chile…? – preguntó Mario.

– Sí, por eso espero que mi amigo allá, me avisa para ir.

– ¡Sos corajudo…!

– Qué es…"corajudo".

– Corajudo…que tenés coraje…que sos valiente.

– ¡Ah, sí…valente…sin miedo!

– Valiente…

– Dejá de corregirlo, che…si después vuelve a Noruega.

– Dinamarca…es danés.

– Hoy estás en profe…no te banco.

Berni – como lo habíamos apodado – oía extrañado el modo de hablar lunfardesco de Mario y, aunque no preguntaba, trataba de entender. A Mario le divertía eso, le hablaba con ironía. Me pareció advertir una cierta envidia en él.

– Debe ser lindo sentirse libre, así como vos.

– El mundo es de todos.

– Yo más bien diría que de unos pocos.

– ¿"Unos pocos"…?

– Mario quiere decir los dueños…los que tienen el poder.

– ¡Ah, sí…el poder…dinero…son pocos, si! Pero yo puedo viajar sin dinero…no necesita el poder para estar libre. ¡Querer es poder!

– ¡No digas…! ¿Y cómo hacés?

– Mario…

– Yo me quemo los huevos en los talleres y viene un pendejo lampiño a decirme que el dinero no hace falta y que "querer es poder"… ¿qué querés que haga?

Berni se dio cuenta de inmediato del cambio de actitud de Mario y sacó su flauta dulce. Tocó una hermosa melodía de su tierra y luego un tema de Los Beatles. Eso amainó la situación e hizo que Mario abandonara su hostilidad. Pero al infortunado joven se le ocurrió decir…

– Música es poder.

– El poder nace del fusil, no de la música.

– Mario, no pretenderás que haya leído a Lenin…

– Mi flauta es arma más poderosa que fusil – interrumpió Berni.

– ¡Víctor Jara hubiera necesitado un fusil, no una guitarra, para que no le cortaran las manos y lo asesinaran!

– ¿Quién es Vítor Jara?

Me apresuré a intervenir y le conté el trágico final del gran artista chileno. Le expliqué que Mario sentía mucho eso y que por eso se ponía así. Los ojos del muchacho se llenaron de lágrimas. Se acercó a Mario y le dio un abrazo. Mario se desmoronó ante eso…

– Seguí luchando con tu flauta, pibe…pero nunca dejes que te corten las manos.

Berni escondió su sonrisa durante algunos días y nos pidió permiso para hacer dibujos en las paredes del patio trasero.

– ¿Vieron lo que está dibujando el pendejo ése? – se quejó Bigote – el patio parece una selva…todo psicodélico…colorinche…plantas …¿a quién se le ocurrió la idea?

– A él – repuse sin prestar mucha atención.

– A mí nadie me preguntó nada.

– Se decidió por mayoría, Bigote. Te llamamos, pero no viniste.

Mi respuesta lo descolocó, no esperaba una contestación mía en esos términos y salió sin decir palabra. Me arrepentí. Bigote no había estado en aquélla conversación y no sabía que Berni nos estaba dejando un saludo de despedida. Se fue una semana después de terminar sus dibujos…volvía a Dinamarca. Y cuando fuimos al patio y nos detuvimos en ellos, vimos que las plantas no eran plantas…sino manos, manos ensangrentadas. Algo se había quebrado en él después de aquella conversación. ¿Qué haría al volver a su país?…vaya a saber. Lo que nadie advirtió fue su mensaje final. Había hecho los dibujos con tiza mojada y no con crayón, como todos creímos. Con la primera lluvia, las manos ensangrentadas desaparecieron.

Paritarias

– Cinco compañeros fueron secuestrados y acribillados a balazos en diferentes zonas. Ya tenemos nueve compañeros muertos desde que comenzó la campaña antigolpista. Nuestra propaganda enfureció al enemigo. Tenemos que unirnos con todos los que estén dispuestos a enfrentar el golpe, si no, nos van a aislar.

– Sí, flaco…¿pero cómo hacés para hablar del golpe con los delegados?

– La cuestión de las alianzas es difícil, ya lo sé, sobre todo para un partido joven como el nuestro, pero la unidad con esos dirigentes peronistas es decisiva, José.

– Es que la mayoría son trenceros.

– El peronismo nunca se destacó por ser democrático, Mario, y sus dirigentes tienen los vicios de la burguesía.

– ¡Pero esos tipos son obreros, Alemán…! ¿O no?

– Ellos sí, pero sus ideas no.

– Ahí es donde hace falta el partido. Tenemos que empujar la lucha, pero discutir con ellos el blanco de esa lucha.

– Yo no me puedo sentar a charlar con esos tipos, Carlos.

– ¿Por qué no…?

– Es que la gente les desconfía, y si nos ven con ellos van a empezar a desconfiar de nosotros también.

– La gente sabe muy bien quiénes somos, José. Leyeron nuestros volantes, nos escucharon hablar en las asambleas.

– Yo creo que tenemos que hacer rancho aparte.

– ¿Y qué es eso?

– Armar nuestro propio cuerpo de delegados.

– ¡Ahí sí que te vas a ganar su desconfianza! La gente respeta su organización gremial, Mario, aunque no confíen en algunos de sus dirigentes.

– ¿Y cómo se resuelve?

– Presentando lista cuando hay elecciones, como hicimos en Fiat con el Alemán.

– ¡Así nos fue…!

– Yo no tengo un balance malo de esa elección, José. Si consideras que las urnas las controlaron ellos y que así y todo un montón de gente nos votó, creo que pasamos a ser una corriente dentro de la planta. Y eso no es poco.

– Estoy de acuerdo con el Alemán. Pero nos estamos yendo por las ramas. Pasemos al otro tema: lo que vamos a hacer frente al paro general que empujan la CGT y las "62" para el 7 y 8 de julio. ¿Vamos a intentar cambiarle el blanco?

– ¡Isabel vetó las paritarias, flaco…! Se puso sola en el blanco.

– José tiene razón. La verdad es que la mina ayuda bastante poco.

– Justamente en eso se apoyan los golpistas, Mario.

– Creo que tenemos que luchar por la homologación de las paritarias y al mismo tiempo denunciar el golpe.

– Con esos tipos es muy difícil.

– ¿Y cómo explicás que Lorenzo Miguel apoye el paro y al mismo tiempo le dé su respaldo a Isabel?

– No sé…será más "dialéctico" que nosotros.

– Bueno, tratemos de ser más dialécticos que él. Nos corresponde …somos maoístas, ¿no?

———————

La casa que mis padres habían logrado después de toda una vida de trabajo, estaba en peligro. El nuevo ministro de Economía, Celestino Rodrigo, había decretado una devaluación a la que llamaba "sinceramiento", justo cuando había convencido a mi madre de venderla y un comprador ya había dejado una seña.

– Vengo a rescindir el boleto, aquí le traigo el doble de la seña.

– Es que ya no es una seña, Ferrari, anteayer estuvo el comprador y depositó el 30%. Ya no hay modo de rescindir el boleto.

– ¡Pero la casa hoy vale más del doble…!

– Yo le diría que hable con el comprador.

Ese escribano sabía muy bien que el comprador había hecho un gran negocio y que las cuotas que pagaría, no alcanzarían ni para comprar un paquete de yerba. Mi madre estaba en la calle y yo era el responsable, metiéndome en cosas que no sabía y sin preguntarle a nadie con experiencia. Un primo paterno nos ayudó y pudimos comprar a medias un departamento. Pero mi madre había perdido la mitad de su casa.

– ¡Que se vayan a la reputa madre que los parió, Isabel y todos los ladrones que la rodean! ¡Que la defienda magoya! Mañana me voy de la Municipalidad y vuelvo a mi trabajo…yo soy artesano.

– No creo que sea un buen momento para tomar decisiones.

– ¡No me rompas las bolas, Carlos…!

– Está bien…disculpame.

Yo no podía verlo así, pero lo que me aconsejaba Carlos era sensato. Fue a preparar el mate y al rato volvió y se sentó frente a mí en silencio.

– Disculpame…estoy que reviento.

– Está bien, entiendo.

Luego de una larga pausa y algunos mates, Carlos insinuó…

– ¿No te resulta extraño que el comprador se haya enterado dos días antes de que se anunciara la devaluación?

– ¿Y cómo sabés que se "enteró"?

– Con la seña tenía quince días para llevar el 30 %, ¿por qué lo llevó en tres?

– Porque consiguió la guita en tres, ¡qué sé yo!

– Siempre ves lo personal y no lo político.

– Nunca voy a ser un político, Carlos.

– Pasame los datos del tipo – dijo, con una sonrisa comprensiva.

– ¿Para qué…?

– Vamos a ver si no está relacionado con algún funcionario.

– ¿Y si fuera así…qué podríamos hacer?

– Nada. La casa está vendida legalmente…pero ya no te sentirías tan culpable.

Le di los datos sin creer que realmente sirvieran para algo. Su sospecha me parecía muy traída de los pelos…sin embargo era cierta. Un mes después supimos que el comprador era un matón de Calabró, por ese entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires. Seguramente había tenido la información precisa, antes de que el ministro la hiciera pública. Eso aumentó mi bronca, pero no disminuyó mi sentimiento de culpa. Ese grave defecto mío de partir de mis ideas y no de la realidad, aún me cuesta corregirlo, a pesar de tantos años de militancia.

———————————

– ¡No hubo un trabajo que te durara, Negro! ¿Pensás quedarte a vivir toda la vida acá? Y digo "quedarte", porque si esto no se resuelve antes de fin de año, acepto el trabajo que me ofreció Lucía y me voy…con Gabriela, por supuesto.

– Estoy esperando algo grande, Clara.

– ¡Siempre estás esperando "algo grande"! Ahora tenés una familia, Negro…¿no pensás hacer nada por nosotras?

– No fui hecho para cumplir tareas mundanas. ¡Lo mío es el arte…!

– No pongas cara de Dalí, que no te queda.

– ¡Otro genio!

– ¡Sí!…sólo te falta el bastón.

– ¡Jamás usaré bastón! Los atenienses como yo, ante el menor defecto físico nos quitamos la vida.

– ¡Yo te voy a "quitar la vida" si no agarrás el trabajo que te ofreció tu tío!

– ¿Yo, vendiendo lotería…? El juego es un vicio ajeno a las almas iluminadas.

– ¡Estoy hablando en serio, Negro! Vos desaparecés, pero la que está acá todo el día soy yo. Y todos los días hay drama con tus viejos. Tenemos que irnos, el "capitán" me da órdenes como si fuera un conscripto.

– ¡Lo voy a degradar por eso!

– ¡Con vos no se puede hablar!

Derqui (3ª parte)

– ¿Qué hacés acá…?

– Vine.

– ¿Sola?

– No, con una amiga, pero…¿no me vas a saludar?

Dejó su bolso en el suelo y echó sus brazos alrededor de mi cuello. Yo estaba confuso y asustado al mismo tiempo. Cintia tenía 17 años y la había conocido en mi último viaje a Bariloche, antes de entrar a la Municipalidad. Habíamos charlado hasta la madrugada reclinados en un sofá, en la discoteca que regenteaba su padre. Su desenfado y su dulzura hicieron que me interesara en ella, pero diez años de diferencia a esa edad son muchos y traté de mantenerme a distancia. Al subir al taxi, con unos tragos de más, tuve deseos de besarla. Ella lo advirtió y tomó la iniciativa. Apelé a lo poco que quedaba de mi conciencia para no llevarla a un hotel. La dejé en su casa. Afortunadamente yo tenía pasaje para Buenos Aires al día siguiente, y me fui. Me escribió varias veces y yo contesté algunas de sus cartas.

– ¿Recibiste mi última carta?

– Sí y esa misma noche me senté a contestarla, pero cayó Adriana diciendo que venía a Buenos Aires y le pedí a mis viejos que me dejaran venir con ella.

– ¿Y el colegio…?

– Estamos en vacaciones de invierno.

– ¡Ah…!

– ¿Qué te pasa?

– No esperaba verte, acá…en Buenos Aires.

– ¿Te molesta que haya venido?

– No…¿por qué iba a molestarme?

– Como no me invitás a entrar…

– ¡Ah, discúlpame!, vení…pasá.

– Así que ésta es la famosa Comuna de la que me hablaste esa noche…es mucho más linda de lo que contaste.

– Lo que pasa es que ahora está viviendo con nosotros la esposa de uno de los muchachos y le aportó el "toque femenino".

– O sea que se la hacen limpiar.

– ¡No!, todos limpiamos. Pero ella le puso cortinas, enceró los pisos, trajo esas plantas de interior, almohadones…¿por qué me mirás así?

– Estás muy distinto a aquélla noche.

Qué habría dicho esa noche bajo los efectos del alcohol. Qué habría sembrado en el corazón de esa muchacha que ahora me miraba como esperando algo de mí…algo que tal vez le prometí y ahora no recordaba. Me inquietaba el bolso que traía al hombro.

– ¿Tu amiga…? – pregunté, tratando de alejar mis temores…pero eran ciertos.

– Se quedó en lo de unas tías, por supuesto sin decirles que vine con ella. Así que estoy sola en Buenos Aires los próximos quince días. Parece que va a cumplirse nuestro sueño…aunque por ahora sólo sean quince días.

Me abrazó y nos dimos un largo beso. ¿Cuál era "nuestro sueño"? "Aunque por ahora sean sólo quince días"…¡¿le habría propuesto vivir juntos…?! Mis temores se transformaron en pánico, pero su tremenda dulzura fue más fuerte. La presenté al resto de los comuneros y esa noche cenamos juntos. Todo transcurrió como si se conocieran

desde hacía tiempo. No percibí en ellos miradas de desaprobación, pero preferí esperar a que todos se fueran a dormir para subir con ella a mi cuarto.

———————————

– ¿Que hacías ayer con esa pendeja, del hombro…?

– Es una amiga de Bariloche.

– ¿"Amiga"…?

– Bueno…en Bariloche empezó algo, y…estamos viendo.

– ¿Está viviendo con vos en La Comuna?

– Vino a pasar las vacaciones de invierno.

– ¿Cuántos años tiene?

– Diecisiete, pero la escuchás hablar y es toda una mujer.

Se hizo un silencio de hielo. Paco me miraba como tratando de convencerse de que yo hablaba en serio. Atendió a un par de clientes y se me acercó. Me miró a los ojos con una mirada mansa, paternal…y puso una de sus manos sobre mi hombro.

– ¿Vos…la querés…?

– Creo que sí. Me gusta su compañía…me gusta ella.

–Si en serio la querés, hacele un gran favor…dejala, Pablo. Tiene que vivir su edad y eso no va a poder ser al lado tuyo. Vos ya estás en otras cosas.

Llegaron nuevamente clientes y aproveché para irme. Me sentía avergonzado. ¿Por qué?, me pregunté. ¿Por qué tengo que sentir vergüenza de quererla?…¿porque es chica? "Tiene que vivir su edad"… ¿acaso yo se lo prohíbo? Yo la acepto tal cual es…y hasta me divierten sus ocurrencias. Esa semana había disfrutado mucho con ella,

volver a casa ya no era lo mismo. Cintia me alegraba y me sorprendía con sus actitudes. Hasta intentó prepararnos una comida…era un ángel, todos la mimaban. El único que no dijo nada sobre ella, fue Carlos.

———————————

Adriana, la amiga de Cintia, vino a cenar una noche. Era algo mayor que Cintia, tenía unos 24 o 25 años. Un poco más baja y de cabello oscuro, tenía una belleza especial…no estética tal vez, pero que la hacía muy interesante. Era simpática y locuaz, pero en sus ojos había como una sombra…una cierta tristeza. Las invitamos a pasar el último fin de semana de sus vacaciones con nosotros en Derqui. Recuerdo que llovía torrencialmente la mañana de ese sábado. Florencia había logrado vencer la resistencia de su padre y vino con nosotros. En la furgoneta íbamos Bigote, Florencia, Mario, Adriana, Cintia y yo. Un poco apretados entre bolsos, guitarras y pertrechos, pero felices. Ninguno imaginaba la sorpresa que nos esperaba al llegar…

– La familia que estuvo el mes pasado me dio la orden de no abrirles la casa.

– ¿Qué familia? – preguntó Bigote, frunciendo el ceño.

– Los tíos de las señoras Johanna y Giselle.

– ¿Viven acá? – pregunté.

– No, estaban de paso, pero les conté que ustedes a veces venían y me ordenaron que no les abriera porque no los conocen.

– Las dueñas son Johanna y Giselle y fueron ellas las que hablaron con usted.

– Sí, pero ahora ellas no están y sus tíos también tienen derecho – me contestó la anciana calva.

– Disculpe doña, pero está lloviendo mucho y no creo que podamos salir con tanto barro. ¿Dónde nos vamos a meter? – replicó Mario, mirando a Adriana – Además tengo a mi mujer que está embarazada y tiene que guardar reposo.

La seriedad con que Mario dijo eso, nos sorprendió a todos. No le conocíamos dotes de actor. Adriana bajó la cabeza y Cintia le preguntó algo al oído, que su amiga negó. La anciana cambió su actitud y se mostró de pronto amable y maternal.

– ¿De cuántos meses está?

– De dos.

– Claro…hasta que no pase el tercero, siempre hay peligro – dijo, mientras nos acompañaba hasta la puerta – No digan que les di la llave. Si mañana deja de llover, les voy a pedir que se vayan y no me comprometan.

Aceptamos el trato deseando que la lluvia no parara. Una vez adentro, festejamos la ocurrencia de Mario que nos había salvado el fin de semana. Nuestra alegría era inmensa y lo fue más al ver un montón de leña seca junto al hogar, era un día de fines de julio, sumamente frío. Llevamos a nuestras invitadas a conocer la casa que, por primera vez, estaba inusitadamente limpia. Bigote volvió a adjudicarse el dormitorio, que en esa oportunidad también podría habernos correspondido a Cintia y a mí, pero no dije nada al respecto. Florencia me miró como pidiendo disculpas.

– ¡Es hermosa esta casa…! – gritó Cintia.

– ¿Tienen hambre? – preguntó Adriana

Y ante el sí rotundo, abrió las bolsas y se puso a cocinar de inmediato. Florencia se acercó a ayudarla y Cintia se ofreció con timidez. Sonreí sin que me viera…amaba esas cosas de ella. Era muy "pata" como decíamos en aquélla época y aunque no supiera hervir un huevo, estaba dispuesta a intentarlo. Mario encendió la chimenea y Bi-

gote se prendió a su guitarra mientras yo acomodaba los bolsos en un rincón del living. En el almuerzo Mario se sentó junto a Adriana y no ahorraba atenciones para ella, que le sonreía permanentemente. Cuando todos salimos a la galería, para ver el hermoso paisaje de los eucaliptus bajo la lluvia, Cintia se me acercó.

– Pablo, vení…quiero hablarte.

– ¿Qué pasa?

– Mario se está entusiasmando con Adriana.

– Creo que los dos se están "entusiasmando".

– Ella es así, cariñosa…confianzuda, pero…

– Pero qué…¿qué tiene de malo que se enamoren?

– Adriana se casa en septiembre.

– Tal vez decidió hacer su "despedida de soltera".

Me fulminó con la mirada. Le pedí disculpas por mi grosería. Una broma así en La Comuna, sólo hubiera traído otra broma, pero en el caso de ella era distinto…había tratado con ligereza a su mejor amiga. Mario y Adriana entraron y se sentaron junto a la chimenea. Bigote y Florencia se decidieron por una siesta…y nosotros nos abrigamos y nos quedamos en la galería, viendo caer la lluvia. Estuvimos así un largo rato, oyendo su repiqueteo y el vaivén del viento en las ramas de los eucaliptus. Recordé la noche con Carlos…¿por qué no me habrá dicho nada sobre mi relación con Cintia? Seguramente no estará de acuerdo. ¡Me importa un carajo!

– ¿Vos también escribís canciones?

– No, yo sólo escribo en mi diario…y de vez en cuando. Me gusta más leer.

– Yo no sirvo ni para una cosa ni para la otra. Siempre me llevé Literatura.

– ¿Estás estudiando ahora?

– Estaba haciendo el traductorado de francés, pero tuve que cortar.

– ¿Por trabajo?

– No, por…¡se cayó un leño sobre la alfombra!

– ¡Huy, perdoname…!

– Nos dimos un cocazo, nada más.

– Sí, los dos quisimos salvar la alfombra.

– Mario…no…

– Me moría de ganas de darte un beso.

– Mario, yo…

– No es cama lo que quiero, creéme.

– Te creo…pero dejame hablar. No sos vos el problema…soy yo.

– ¡Ah…! Creí que vos también…disculpame, me confundí.

– No te confundiste…pero yo no quería que pasara esto.

– No te entiendo.

– En estos dos encuentros que tuvimos, me hiciste sentir muy bien. Y creo que me enamoraría fácilmente de vos, si pudiera quedarme… si tuviera tiempo.

– Me voy a Bariloche con vos.

– Me caso en septiembre.

– ¿Cómo que te casás?

– Lo que le dijiste a esa mujer, esta mañana, es cierto…estoy de dos meses.

– ¿Y te vas a casar por eso?

– Es un buen hombre…hace cinco años que estoy con él, mi familia lo adora.

– ¿Y vos?

– Creo que lo amé al comienzo.

– Yo me casé de esa manera y fue un desastre.

– No tengo alternativa, Mario…los destrozaría a todos.

– Así te vas a destrozar vos sola. Te lo dice un experto.

– No hablemos más de esto, por favor. No quiero arruinar estos dos días que tenemos para estar juntos.

Cuando entramos a la casa vimos a Mario y Adriana besándose con ternura. Cintia se estremeció. La tomé de la mano y la llevé a la cocina sin que nos vieran.

– Tenemos que hacer algo, Pablo.

– Son grandes para decidir solos…¿no te parece?

– Vos no conocés toda la historia.

– Tal vez ella decida quedarse con él y…

– ¡Está embarazada de dos meses…!

– ¿Y cómo lo supo Mario?

– Mario no lo sabía.

A veces parece que la vida jugara con nosotros un juego macabro… acercándonos a lo que no podremos tocar, regalándonos lo que no podremos conservar. Mario y Adriana salieron a caminar bajo la lluvia. Volvieron una hora después, mojados y muertos de frío… pero felices. Al anochecer, Florencia y Bigote nos reunieron junto al hogar. Habían decidido vivir juntos.

– ¿En La Comuna?

– Por unos meses…después vamos a alquilar algo.

– ¡Se agranda La Comuna! – dije.

El domingo amaneció lluvioso y eso nos permitió disfrutar de otro día en la casita de Derqui. Fuimos a comprar ravioles y Florencia hizo una bolognesa que nos asombró a todos, especialmente a Bigote, que se comió tres platos.

– Vas a engordar, Tegobi – vaticinó Mario.

– ¿Vieron que el matrimonio los pone gordos…?

– ¿A quiénes?

– ¡A todos los que se casan!

La salida de Cintia, con los labios manchados de salsa y los ojos muy abiertos, nos arrancó una carcajada. A la hora de irnos Bigote llevó unos leños para poner bajo las ruedas de la furgoneta. Empujando y llenándonos de barro pudimos sacarla al fin y emprendimos el regreso. Un largo y silencioso regreso. Mario, Bigote y yo sabíamos que ésa había sido nuestra última visita a la casa de Derqui. La anciana calva no nos dejaría volver a entrar. Adriana se quedó en La Comuna esa noche…y ambas partieron al mediodía siguiente. Mario entró en un estado depresivo de ésos que le conocíamos, pero que hacía mucho no tenía. Volvió a aparecer la botella de ginebra junto a su cama y Elvira empezó a restringirle las visitas a su hijo. De todos modos, no abandonó su trabajo en los talleres y siguió militando. Recién empezó a recuperarse después del casamiento de Adriana, en septiembre. Creo que hasta entonces, tuvo esperanzas de que volviera.

———————————

Pero la que sí volvió fue Cintia, quince días después. Se había escapado de su casa y venía decidida a vivir conmigo. Al comienzo me entusiasmé – aún hoy, siento algo de vergüenza al decirlo – pero a los pocos días me di cuenta de que ya no eran vacaciones… convivíamos. Su padre viajó a Buenos Aires y me llamó por teléfono. Nos encontramos en un bar. Me pidió con lágrimas en los ojos, que pensara en ella y la dejara. Sus palabras eran las de Paco, aquel día. Confuso volví a casa y al día siguiente, lleno de tristeza y de remordimiento, hablé con ella. Hizo sus valijas sin decir palabra. La acompañé en silencio hasta el lugar donde la esperaba su padre. Recién cuando subía al auto, se dio vuelta y me dijo: “Lo que más me duele es que vos sabías que esto iba a pasar… y yo no”. Recordé las palabras del

Negro "¿Por qué la tuviste que meter en tu fantasía?". Había vuelto a hacer lo mismo, pero esta vez había lastimado a una jovencita de 17 años. Mi culpa era intolerable. Tanto fue así que no volví a Bariloche hasta hace pocos años…y cuando volví, la fui a ver y le pedí perdón nuevamente. Ya era una mujer de cincuenta y con un hijo grande, pero su rostro conservaba los rasgos de su adolescencia. Aceptó mis disculpas con una mirada comprensiva y me contó algunas cosas que le habían sucedido después…yo no me animé a contar las mías.

Bitácora

1974 – DICIEMBRE 12: Hoy llegó la carta. Qué pronto…pensé que sería para el año que viene. Parece que necesitan gente. Pasado mañana me tengo que presentar en los talleres. Por un lado mejor, así no tengo que andar esperando ni llenándome la cabeza de boludeces. Sí…tengo miedo, para qué te voy a mentir. No soy un tipo muy fuerte y se me hace que va a ser un trabajo pesado. Uno asocia ferro–viarios con fierros, ¿viste? Aunque por otro lado parece que el sueldo no es tan malo como creía…y dicen que en enero van a aumentar. Eso espero, no quiero achicarle la mensualidad a Raulito.

1974 – DICIEMBRE 15: La gente es macanuda…porque mirá que yo soy un tipo caverna, ¿viste?, sin embargo se acercaron a charlar, me dieron mate, compartí la churrasqueada y no quisieron que aportara a la vaquita. "Hoy es tu primer día, pagamos nosotros, el resto del mes pagás vos". Tienen un humor a toda prueba. Para estar ahí adentro, hay que tenerlo. Por ahora estoy de changarín. ¿Que qué es eso…? ¡Me extraña, galán, ahora somos ferroviarios! Ah… ¿viste que el Grupo tocó en la Cooperativa? Dicen que les fue muy bien, estaba llena de gente y los aplaudieron mucho. Yo me moría de ganas, pero no podía ir. Estoy contento de haber entrado, pero la verdad…lo único que tengo de ferroviario es el mameluco.

1974 – DICIEMBRE 27: ¡Me lo hizo a propósito!, porque le dije que tenía que achicar la mensualidad. Habla mucho del amor y de volver a vivir juntos, pero a la hora de los bifes…¡quiere plata!

Todas las mujeres son iguales. La única que nunca me pidió nada fue Samantha…¿te acordás? Ah, no…vos no estabas todavía. Fue la primera mujer con la que salí después de separarme de Elvira. "Sami"…¿qué será de ella? Para su cumpleaños la llamé pero ya no vivía ahí. Le perdí el rastro…qué lástima. ¡Y ahora esta hija de puta que me caga las fiestas! La pasa con los viejos y ella sabe que no voy a esa casa cuando están ellos, ¡lo sabe muy bien! "Yo te invito, vos hacé lo que quieras"…se hace la boluda.

1975 – ENERO 1: La cena fue un velorio. Tal vez tenga que ver con que no estaba Raulito, qué se yo. Por ahí me pareció a mí, aunque creo que también pesaba lo del Grupo. Lo de la Cooperativa fue como una despedida. Bigote y Sebastián quieren seguir, pero la cosa no está para eso. Con decirte que hasta José cambió de opinión. Pablo no dice nada. Vamos a extrañar el Grupo. Ahora están cantando…¿los oís? Sigue sonando bien, pero se nota la falta de ensayo. Creo que la última vez que me subí con ellos fue en Arquitectura. "La tierra estaba de antes…". ¡Basta de recuerdos! Bigote vino con su alumnovia, es una belleza, no sé cómo hizo para levantarse semejante mina. Y ella no se la cree para nada, ¿eh?, que eso es muy lindo en una mujer. Lo que me dejó sin aliento fue que el suegro es empresario. ¿Te imaginás…Bigote yerno de un burgués? …¡papita para Sebastián!

1975 – ENERO 16: Lo que dijo Rita es cierto, la gente no quiere el golpe, pero tampoco está para defender a Isabel. Nosotros la nombramos en la primera casa que fuimos y nos sacaron corriendo. No lo dijimos más, sólo hablamos del golpe. Nos miraban raro, pero nadie preguntaba nada. Nos escuchaban, decían que sí con la cabeza y después nos devolvían el diario y cerraban la puerta. Pablo y Paula tuvieron suerte, engancharon uno de esos líderes que te abren todas las puertas. Ni Rita ni yo le hubiéramos caído bien a un tipo así. Para serte sincero…creo que ni me le arrimo. Le tengo fobia a esa clase de gente.

1975 – FEBRERO 11: ¡Esta mina hace una bien y al día siguiente la caga! Dio paritarias y después mandó al ejército a Tucumán para reprimir a la guerrilla. Y no es que esté de acuerdo con la guerrilla, pero son pibes de izquierda, con ganas de luchar. Claro, que eso le viene bien a los golpistas, pero ¿por qué no mandó a la cana? Perón decía eso, que a la guerrilla había que enfrentarla con la cana. Aunque Carlos me explicó que eso era porque tenía miedo de sacar el ejército a la calle y después no poderlo volver a meter en los cuarteles. ¿Y si ahora no puede Isabel…? ¡Mirá qué tuco!

1975 – MARZO 7: Pablito entró a la muni. No tenía muy buena cara cuando volvió de su primer día. Y sí…es difícil. Pero a mí no me pasó lo mismo, yo volví contento, ¿te acordás? ¿O no te lo conté? Te lo debo haber contado y vos te olvidaste. ¿Qué estoy diciendo? Ves que me distraés. Quería contarte que pinté la sapie de color gris y con sintético…¡a la mierda con las manchas de humedad! Quiero vivir bien, creo que ahora me lo merezco ¿no? Sebastián no lo va a poder gastar a Bigote con lo del suegro empresario, ¿sabés por qué?, ¡porque ahora el empresario es él! ¡Y sigue militando el caradura…! Se afilió después del Payró, hace menos de un año. ¿Se puede cambiar tanto en tan poco tiempo, galán? Aunque pensándolo bien…no sé si alguna vez cambió.

1975 – ABRIL 13: Hoy le festejamos el cumple a Pablo. Él nunca lo festeja pero Rita se enteró y le armó una fiestita. A él también le saltaron lágrimas…como a mí, ¿te acordás? ¿Qué será de Lucía? Qué mal que nos portamos con esa mina, nadie le dio más bola desde que terminó con Pablo. Clarita es la única que la ve, de vez en cuando, pero no cuenta nada. Pablo nos leyó algunos poemas del libro que tiene en el horno. Para mi gusto muy infantiles. Ahora escribe cosas mucho mejores. Los únicos que estaban embelesados eran el Negro y Clarita. A ellos no les gusta que él milite, dicen que él no sirve para eso. Y la verdad es que algo de razón tienen, es peor que yo para la política…¡así que imaginate!

1975 – ABRIL 24: ¡Están pasando cosas grandes galán…! Los yanquis se van de Vietnam, Pablo está por sacar el libro del horno, Paulita está de tres meses y Bigote le propuso casorio a Florencia. ¡Qué tal! ¡Suerte que le dijo que no! No, no lo rechazó, ella prefiere sin papeles. ¡Qué huevos tiene esa mina!, ¡con los quilombos que tiene con los viejos! Les propuse ir a Derqui con Elvira y Raulito, pero Bigote la convenció de que era peligroso, que sus padres podrían enterarse y qué se yo qué historia. Y yo solo con Elvira en Derqui, no me veo. ¡Viste qué grande lo de Vietnam…! Pablo le escribió un poema, pero no me lo quiso leer. Él dice que los deja "madurar" en una carpeta y que los vuelve a leer mucho tiempo después para ver si todavía están "vivos". Un día lo van a morder. Cada cual con su mambo.

1975 – MAYO 12: Pablo presentó el libro. "Primeras lluvias" se llama. El título es un resumen de toda la nostalgia que hay adentro. Algunos poemas no los conocía. No están tan mal, pero es un nostálgico empedernido y yo no la voy con eso, ¿viste?, vos me conocés. Vos…¿me conocés? Te cagué con esa pregunta, ¿no?

1975 – MAYO 23: Este año voy a pasar mi cumple con Raulito y Elvira. Creo que es la primera vez. Ella siempre me lo reprochaba: "Alguna vez podrías pasar tu cumpleaños con nosotros, ¿no?, en vez de salir con tus amigos". Pero Raulito era muy chico y yo prefería salir con mis amigos que pasar mi cumpleaños con ella, ¡claro que sí! Pero antes era distinto, la cosa ahora mejoró algo… ¡bah!, eso creo. De todos modos lo más importante es que Raulito ya va a cumplir cinco.

1975 – JUNIO 5: Estamos pasando una buena época con Elvira. Finalmente entendió los motivos de mi cambio de trabajo, aunque no está de acuerdo que lo haya hecho por el partido. Pero lo más importante es que Raulito está feliz de vernos juntos. A veces, los viernes, me quedo a dormir en su casa porque los padres se van a

una quinta que tienen. Y otras veces nos venimos los tres para La Comuna a pasar sábado y domingo. Salimos al cine, al zoológico, al circo. ¿Vivir juntos? Sí, lo estoy pensando. Lo que pasa es que no estoy enamorado de ella, ¿viste? Bueno…creo que nunca lo estuve.

1975 – JUNIO 15: Ese pendejo no tiene ni idea de lo que es el mundo, ¡y encima, opina! "Flauta es más poderosa que fusil". Ya vas a ver cómo se la van a meter por el orto cuando vaya a Chile. Pero querés creer que así y todo me hizo llorar el hijo de puta. Cuando Pablo le contó lo de Jara los ojos se le llenaron de lágrimas y me dio un abrazo que me partió el alma. Ahora está dibujando no sé qué cosas en las paredes del patio de atrás. No es mal pibe…le falta yeca.

1975 – JULIO 7: Hoy fuimos a Plaza de Mayo…sí, otra vez por paritarias. ¿No te decía yo que está piantada la mina ésta? Primero dio paritarias y ahora las volvió a sacar. Muchos le piden que renuncie. Y acá, entre nos…creo que sería lo mejor, eso podría parar el golpe. Hoy pude ver clarito lo que explicaba Carlos los otros días, ¡toda la izquierda está contra Isabel! Debemos ser los únicos que planteamos lo del golpe, ¿y sabés cómo nos llaman?… "Lopezrreguistas", porque dicen que al defenderla a Isabel lo defendemos a ese hijo de puta. ¡Cómo lo vamos a defender si hasta mató compañeros nuestros! La verdad es que estamos en flor de quilombo, yo en los talleres muchas veces no sé qué decir. Ahí llegó Bigote…¿por qué tendrá que dar esos portazos?

1975 – JULIO 18: Hoy me vas a disculpar la letra, galán…espero que entiendas. Sí, estoy en pedo…y vos sabés que hace mucho que no tomo. Pero pasa que hoy la cosa es otra. Creo que me enamoré. Sí, de la amiga de Cintia…¡ah!, claro…no te conté lo de Pablo y Cintia…¡bueno, pero después! Ahora quiero contarte esto. No sé… la vi…y me morí. Se me secó la boca y no me salían las palabras. No, no es que sea tan linda…es otra cosa. Cuando sonrió me voló la cabeza…no sé. La escuché hablar durante toda la cena …es mi

sosías… ¿no entendés?…mi otra mitad, mi mitad femenina. Este fin de semana nos vamos a Derqui. Ella va con nosotros…se llama Adriana. A la vuelta te cuento. No te pongas celoso.

1975 – AGOSTO 16: Se casa el mes que viene. Adriana ¿quién va a ser? Volvió a Bariloche a casarse y a tener a su hijo. Sí, si…la de la sonrisa. Mi amor a primera vista. ¡Qué pelotudo…la dejé ir…! ¡Qué cobarde! Estuve todo este tiempo juntando mis pedacitos… por eso no te lo conté antes. No creo que vuelva a tener una mujer así cerca mío. Por un tiempo tuve la esperanza de que volviera…o me escribiera, pero después…con su silencio. Qué duras son las mujeres cuando cortan una relación…no dejan puertas abiertas. Nosotros nos hacemos mil problemas. Nos sentimos culpables… no sabemos cómo hacérsela más fácil. Ellas no…cortan y a otra cosa. No creas que le guardo rencor…al contrario, entiendo que es mujer y también entiendo sus razones…pero ahora sé que se siente cuando "te duele hasta el aliento". ¿Te acordás de Miguel?… ¡Hernández!…¿quién va a ser? Cuántos puntos suspensivos…creo que me los inspira mi amigo Erven.

1975 – AGOSTO 30: ¡Tiene unos huevos esa mina! Florencia, la mina de Tegobi. Con toda la familia en contra se vino a vivir con él. Ya hay dos mujeres en la casa, como dice Pablo "se agranda La Comuna". Yo sigo triste, qué querés que haga. Se casa la semana que viene, pero no quiero hablar de eso, sino me prendo a la Bols otra vez. Hace un montón que no veo a Raulito, no quiero que me vea así. ¡Ah…!, me voy a comprar un pistolón, ¿te dije?, pero de caño corto, no como el de José. No, no es para matarme, boludo… tenemos que armarnos, por lo del golpe. ¿No te hablé del golpe? Bueno, otro día que tenga ganas.

Crisis

– Yo no entiendo nada de política, Carlitos. Un par de veces me propusieron para delegado, pero no agarré. Lo mío es otra cosa. Lo que dicen ustedes me parece bien, pero defenderla con las cagadas que se manda…no sé.

– Para vos, ¿tendría que renunciar?

– O por lo menos, sacarse toda esa mierda que la rodea.

– No debe ser tan fácil…ni Perón pudo.

– El viejo estaba muy enfermo…

– …y la situación no era la del '45.

– ¿Ves Carlitos?, yo ni pensé en la "situación del '45", sólo pensé en la enfermedad del viejo. No sirvo para político.

–Todos somos políticos, Pelado…la cuestión es darnos cuenta y poder usarlo para que no nos caguen.

– Vos tendrías que hablar con Suárez. El sí manya de política.

– ¿Es ese alto, canoso, que habló en la asamblea?

– El negro Suárez…delegado de motores.

– Habló muy bien. Le tapó la boca al del sindicato.

– Sí, habla muy bien el negro…¡y canta mejor!

– ¿Canta…?

– Tangos…lo tenés que oír. Yo lo acompaño.

– ¿Tocás la guitarra?

– El fuelle.

– Nunca me dijiste nada.

– Es que nunca hablamos de eso.

– Yo toco la guitarra.

– ¡No digas…! ¿Por qué no te venís un sábado de éstos?, hacemos una peña acá cerquita de la fábrica. Vení con tu familia. ¿Sabés tocar tangos?

– Me defiendo.

– ¡Uh…así hablan los que saben!

———————————

– Qué hacés, "Mufo"…hace tiempo que no te veía.

– Desde que sos empresario.

– ¿Te enojaste porque te dije "Mufo"?

– ¿Te enojaste porque te dije empresario?

– Yo nunca me enojo, Bigote. Y menos ahora que soy empresario.

– Me contó Pablo que pusiste máquinas, ¿te está yendo bien?

– No me quejo.

– ¿Se venden esas cosas a pesar de la crisis?

– Trabajamos con una clientela a la que no le llega la "crisis".

– Yo tengo la mitad de los alumnos que tenía a comienzos de año. Justo ahora que nos vinimos a vivir con Flor.

– ¿Ella trabaja?

– No. Está estudiando arquitectura.

– En septiembre se va la empleada que atiende a la mañana. Decíle …si quiere…

– Yo prefiero que termine su carrera.

– A mí me gusta la idea.

– ¡Dulce…!, te dejé dormir porque anoche estudiaste hasta tarde.

– Gracias amor. ¿Es para atender Divagario?

– Topsy.

– ¿Le cambiaste el nombre?

– Es la marca registrada de mis productos.

– Ya hablás como un empresario.

– A mí me gustaba "Divagario".

– ¿Y no te gustaría trabajar en "Topsy"? A mí me convendría tener a alguien de confianza a la mañana, porque es cuando estoy dando vueltas por los proveedores. Por eso rajamos a la empleada, nos estaba faltando mercadería.

– ¿Vos seguís militando…?

– Digamos que…doy una mano.

– ¡No seas caradura, Sebastián…!

– ¡Miren quién habla…Lenin! ¿Y vos qué estás haciendo?

– Sigo en la célula de bloqueo.

– ¿Para estar cerca de la clase obrera?

– No…para estar lejos de los empresarios.

– Chicos…¿por qué no cambian de tema?

———————————

– Con la renuncia de López Rega consiguieron aislar a Isabel. Ya no hay "Monje negro" a quien echarle las culpas, así que ahora los dardos irán directamente contra ella. El Ejército ya hizo su primera jugada. Destituyeron de la jefatura a Numa Laplane. Asumió Videla, que es hombre de Lanusse.

– Sí…se vienen los rusos, nomás – concluyó José.

– ¿Lanusse también es ruso…?

– ¿No leíste el informe del Central, Mario?

– Sí, Alemán pero…¿no fue Lanusse el que ordenó la masacre de Trelew…? Ahí mataron gente de izquierda.

– No por eso es yanqui – aclaró Aguirre.

– Además, los rusos no son de izquierda – agregó José.

– Esa gente mata a su propia madre si es por el poder – concluyó el Alemán.

Carlos estaba en silencio, atento a las intervenciones. Yo no me animaba a preguntar por qué no entendía de qué estaban hablando. Aunque finalmente lo hice…

– ¿Qué fue lo de Trelew?

– En agosto del 72 hubo una fuga de guerrilleros de la cárcel de Rawson – me explicó Bigote – los agarraron a casi todos, pero en vez de devolverlos al penal, los llevaron a Trelew y los fusilaron. Algunos dicen que los dejaron escapar a propósito.

– Esta crisis en el Ejército, en realidad es una advertencia – continuó Aguirre – Lo que quieren es que Isabel renuncie y que asuma Luder, que es el presidente del Senado. Quieren intentar primero un golpe institucional.

– ¿Luder también es de ellos…? – se sorprendió Mario.

– Tiene vinculaciones.

–Vamos a tener que darle la razón a Sebastián – ironizó Bigote – ¡vemos rusos por todos lados!

– Lo que pasa es que a los yanquis es fácil verlos – aclaró Carlos – los rusos vienen escondidos detrás de la bandera roja.

–Por eso la mayoría de la izquierda sigue creyendo que Rusia es socialista.

– ¿La "mayoría"? Los únicos que decimos lo contrario somos nosotros, Alemán…

– Preguntate por qué apuntan contra Isabel. Son funcionales al golpe, como dice el informe – aclaró Aguirre.

– ¿Vos decís que están "entongados"?

– Sí, pero la dirigencia, Mario, no la militancia.

– La base también está entusiasmada con la idea, flaco…

– "Videla no es Pinochet"…sí José, pero esos compañeros están siendo engañados – repuso Aguirre.

– Nosotros somos los únicos que vamos a enfrentar el golpe.

– Los verdaderos peronistas, también José.

– ¿Y dónde están?

– No importa si somos los únicos, con tal de transformarlo en revolución.

– Eso ya lo discutimos, Bigote. No hay condiciones para una insurrección. Pero si estamos de acuerdo en enfrentar el golpe, el primer punto que tenemos que discutir es cómo nos preparamos. Por eso se hizo esta reunión con los compañeros que militan en centros de concentración. La cuestión es que todos tenemos que estar armados y entrenados en el uso de esas armas.

No había vuelto a pensar en el uso de las armas desde que fuimos a practicar. Ahora se trataba de armarnos y entrenarnos. Si bien no me gustaba la desenvoltura con que Bigote hablaba de transformar el golpe en revolución, secretamente la idea me había ido ganando… aunque me asustaba. Aguirre continuó…

– Los compañeros que todavía no están armados, tienen que ocuparse de eso. No es conveniente un calibre de guerra, para no quedar tan expuestos si tenemos que portarlas Las recomendadas son las armas de puño, de calibre 22 o 32, o el pistolón.

– ¿Las tenemos que comprar nosotros? – preguntó Mario.

– En la medida en que puedan, sí. Si no, vamos a ver cómo la zona puede ayudar, pero a fin de mes todos tienen que estar armados.

– Esto me está gustando – dijo Bigote – empiezo a sentirme un revolucionario.

– ¿No era que ibas a hacer la revoluta con la guitarra, vos…?

– Sólo dije que no me iba a disfrazar de obrero.

– Eso lo dijo Sebastián, no te hagás el oso.

Tango dúo

– No te asustes, pero me parece que se adelanta.

– ¿Estás con dolor?

– Me viene de a ratos.

– Pero era para fin de mes…

– Ellos deciden Jóse, no nosotros.

– ¡Pendejo guacho…justo hoy…!

– Qué sabés si es un "pendejo" u otra "pendeja".

– No podés hacerme eso. ¿Es mucho pedir…un varón, después de dos nenas?

– ¡Y qué querés que haga…!

– Un varón…nada más que eso.

– Sos imposible.

– Carlos y Rita ya deben estar allá.

– No va a ser la última vez que nos inviten, Jóse.

– Tenía ganas de cantar.

– Cantame a mí…así se me pasan los dolores.

– Aquellos se van a asustar.

– Mi hermana llama en un rato, no te preocupes. ¡Ay, ay…!

– Vamos al sanatorio Paula.

– La doctora me dijo que tenían que ser seguiditas y que la llamara primero.

– La llamo.

– Parecés un primerizo.

– Soy un primerizo…¿o no va a ser el primer varón?

———————————

El lugar era un salón amplio, con un escenario, mesas en los costados y una pista de baile en el centro. Me hacía acordar a esas viejas películas de Gardel, salvo que todo era mucho más modesto. Se oía música de tango y sobre el escenario estaban preparados los instrumentos. Aunque era temprano, las mesas con sus manteles de hule verde ya estaban dispuestas para la cena. Carlos nos presentó al "Pelado", como lo llamaba él y éste a su vez nos presentó a Suárez, el cantor. Los dos estaban vestidos de negro y con moñito …era difícil imaginarlos con mameluco.

– ¿No era que venían Paula y José…? – pregunté.

– Sí, pero dependía de cómo se sintiera ella. El se moría de ganas de venir.

– Si llega a venir solo, lo mato…ése es capaz.

– Cómo va a dejar sola a Paula, Rita…

– ¡Carlos…!

– ¿Qué pasa?

– ¿No nos estarán haciendo tíos, no…? ¿Por qué no vas a llamar?

– Está por empezar.

– ¡Carlos…podría estar pariendo!

– Bueno, andá a llamar vos.

– No conozco a nadie…no me animo. ¡Cómo sos, eh…!

– Cuando terminen la primera entrada, voy.

– Se pone igual en cada parto de su hermana – me confió Mario, en voz baja – Debe ser porque hace tiempo que andan buscando un

hijo con Carlos y no aparece. Cuando Paula está de parto ella lo vive igual, se debe sentir como teniéndolo…qué se yo.

– ¡Che!, dejen de hablar que ya empieza.

Arrancó el Pelado con su bandoneón tocando solo. No lo podía creer. La maestría de ese hombre y su instrumento llenaban el lugar con los acordes de "Adiós nonino". ¿Cómo podía ser que un hombre acostumbrado a trabajar en medio de esas máquinas, que Carlos me había contado, pudiera acariciar el bandoneón como lo hacía? Creo que Carlos estaba tan sorprendido como yo. Mario me miraba y sonreía…claro, Piazzola era su gran amor. Ahora que lo pienso, creo que fue la primera vez que lo vi sonreír desde la partida de Adriana. El Pelado terminaba su introducción y la noche se llenó de aplausos. Allí nos volvió a sorprender nuestro anfitrión, que también era un buen maestro de ceremonias. Recitó unos versos de Gagliardi y con oficio y simpatía presentó a Suárez y al guitarrista que lo acompañaba. "Trenzas" fue el primer tema, y el preferido de Suárez según me enteré después. Volvió a suceder lo mismo. La voz de ese hombre y su presencia en el escenario, no tenían nada que envidiarle a ninguno de los famosos. Luego de varios tangos con los que la gente salió a bailar, se hizo un receso para la cena. Carlos me contó más tarde que el Pelado lo había organizado así, porque le parecía irrespetuoso que la gente comiera mientras los músicos estaban tocando.

– Andá a llamar ahora, Carlos…por favor.

– ¿Dónde va Carlos?

– A llamar a mi hermana, para ver si está todo bien.

– ¿Tenía fecha para hoy?

– Para fin de mes, pero cuando ya tuviste otros hijos, puede adelantarse.

Sin duda Rita sería una experta en temas de maternidad. Sentí una cierta tristeza, por lo que me había contado Mario. Ahora entendía por qué se comportaba así cuando llegaban sus sobrinas.

Se dedicaba a ellas tiempo completo. Carlos volvió al rato y la tranquilizó, había sido una falsa alarma. Después de la cena, volvió a subir el Pelado y agradeció la presencia de todos, anunciando que el guitarrista estaba indispuesto – no podía sostenerse en pie, como supimos más tarde – y que tendría que acompañar a Suárez solo, a menos que…

– …¡el compañero Carlos Quiroga, quiera darnos una mano!

Cuando pudo recuperarse de la sorpresa, Carlos se puso de pie. Rita lo miraba como si fuera un Dios. Sentía por su marido una admiración increíble. Lo veíamos en casa, cada día, cuando él hablaba, cuando tocaba la guitarra…hasta cuando discutía con ella. Aunque no era un sentimiento recíproco. Carlos subió al escenario y después de probar la afinación de los dos instrumentos, arrancaron con "Vieja viola"…y allí sucedió lo más sorprendente de la noche. La guitarra y el bandoneón sonaban como si hubieran tocado juntos toda la vida. Suárez los miraba sin poder creer…y hasta se olvidó y repitió una letra, conmovido por ese dúo que lo acompañaba. Nadie podía creer que esa noche se encontraran por primera vez. Nadie salió a bailar, todo el mundo escuchaba. Carlos sonreía y el Pelado lo miraba como si hubiera sabido desde antes que eso iba a suceder. Cuando terminaron y después de las felicitaciones que recibieron ambos en el camino hacia nuestra mesa, el Pelado dijo…

– ¡Compañeros…acaba de nacer el "Tango dúo", con la voz de Ernesto Suárez!

Alegrías y tristezas

A fines de septiembre nació José Luis Aráoz, hijo de José Luis Aráoz. La tía se apresuró a llamarlo Josélo y así se diferenciaron padre e hijo…Jóse y Josélo. La alegría de todos pronto se hizo asado. El viejo elástico de una plaza archivado en el patio trasero, volvió a llenarse de carnes y achuras…pagaba el padre. En su apogeo, la fiesta tuvo el color y la chispa de otros tiempos, pero en vez de seguirla hasta el día siguiente, como había sido frecuente en esos tiempos, esta vez, todos volvieron a sus casas al caer la tarde.

———————————

– Internaron de urgencia al marido de la Gallega.

– ¿Qué le pasó? – pregunté.

– No sabemos.

– Ella nos dijo algo así como que sangraba.

– Habló por teléfono, no se le entendía ni medio.

– ¿Dónde está internado?

– Dónde va a ser…en el Hospital Español.

Nadie festejó la humorada y quedamos en ir a acompañarla. Así lo hicimos. Estaba sentada en la cama junto a él…era la imagen de la desolación. Apretaba su mano y le hablaba al oído con ternura.

– ¿Te oye…?

– No, está en coma.

– ¡En coma! – lamentó uno de mis compañeros.

– Tuvo una hemorragia cerebral. Está sangrando por todas… – su voz se quebró.

– Está bien, está bien – intervine, abrazándola – no es necesario que nos cuentes ahora. Sólo vinimos para estar con vos.

Mis compañeros se acercaron y nos abrazamos todos. Era difícil no llorar ante semejante tragedia. Sólo tenía 25 años y su vida se apagaba. Estuvimos con ella toda la tarde, después mis compañeros se fueron. Yo no sabía qué hacer, pero sentía que mi lugar estaba allí. Me contó que habían empezado a sangrarle las encías la noche anterior al cepillarse los dientes y que cuando lo internaron, a la madrugada, sangraba por todas partes. Leucemia fulminante, le dijeron los médicos. Me quedé toda la noche con ella y con sus suegros. Cuando me estaba yendo a trabajar, llegaron sus padres. El murió a mediodía. El velatorio trajo a mi recuerdo la muerte de mi padre. Recordé a ese hombre distante, al que buscaba conquistar de todas formas, aunque nunca me prestara mucha atención. Y recordé la única vez que habíamos hablado "de hombre a hombre", había sido en otro velatorio…el de mi tía Filomena, su hermana más querida. Ahí lo vi llorar por primera y única vez. Lo invité a tomar un café, pero él me dijo: "No…vamos a tomar un vermouth". Yo ya andaba atorranteando y cantando por los boliches junto a Miguel y el Negro. Sentí que el vermouth me daba categoría de amigo, me puso muy contento…pero sólo sucedió esa vez. Viviana me sacó de las cavilaciones avisándome que llevarían el cuerpo a la mañana siguiente, pero me disculpé con ella y me fui. Odiaba y sigo odiando esas ceremonias rituales, donde abunda el morbo y la hipocresía.

———————————

¡Bigote, padre…! Eso sí que era todo un acontecimiento. La noticia corrió por todas partes. Hasta se pensó en otro asado, pero esta vez el padre no pagaba, así que se decidió festejar con ravioles. Llamé a mi madre, que era una maestra en la materia. Para mi sorpresa, ese día vino acompañada.

– Hola, hijo. Este es el señor Torres…un amigo.

– Encantado señor Torres.

– Llámeme Juan…es mi nombre.

– Sólo si usted me tutea.

– ¡Hecho…!

Me dio un fuerte apretón de manos y vi en sus ojos una gran alegría. Se sentiría aceptado, no sé, pero yo me sentía incómodo en ese papel. Todos vinieron con sus parejas, hasta Mario, que había vuelto a reconciliarse con Elvira. Mi madre se encargó de hacérmelo notar…

– ¿Y vos, hijo?

– Qué…

– ¿Cuándo me vas a presentar a alguien? Desde Lucía…

– No hablemos de eso ahora, mamá.

17 de octubre

– "El regreso de Isabel de Ascochinga y el acto del 17 abortaron el golpe institucional, pero dispararon el golpe abierto. La cúpula de las Fuerzas Armadas pidió una entrevista con ella, que según fuentes cercanas, terminó a los gritos. Durante el interinato de Luder como Presidente se aprobó la 'Ley de seguridad Nacional' para que el Ejército se haga cargo de la represión a la guerrilla en 'todo el territorio nacional', es decir, ya no sólo en Tucumán". La noticia es muy mala, compañeros…el golpe de Estado está en marcha.

Nunca había sentido tan áspera la voz de Aguirre. Se hizo un silencio profundo. Nos mirábamos llenos de interrogantes. Luego pasó a leer las medidas de seguridad que había dispuesto el Comité Central.

– "Eliminar todos los materiales y libros que no sean de estricto uso, el resto debe esconderse en lugar seguro. Desde hoy las citas y las reuniones se arreglarán en persona y no por teléfono. Se irá a las movilizaciones encolumnados y respetando las medidas de seguridad que nos marquen nuestros compañeros de autodefensa. El entrenamiento militar pasa a tener carácter de urgente. La prensa va a cambiar la red de distribución y los compañeros que están en esa tarea pasarán a la clandestinidad. Los compañeros que están abiertos en sus lugares de trabajo, deberán buscar otra vivienda lo antes posible".

– Casi todos estamos "abiertos" – reflexionó Mario.

– Lo lamento, compañeros…yo sé lo que significa este lugar para ustedes.

– El fin de La Comuna – dije, casi sin darme cuenta.

– Ya lo habíamos hablado, ¿no? – recordó Aguirre.

– No esperábamos que fuera tan pronto – contestó Sebastián.

– Rita y yo estamos preparados.

– Florencia y yo, también…nuestro hijo viene en camino y ya estuvimos buscando.

– Elvira quiere que volvamos a vivir juntos. Todavía no le contesté, pero viendo las circunstancias…

– Necesito tiempo para juntar la plata.

– No te preocupes Pablo, podemos organizar una actividad para juntarla.

– A mí no me conoce nadie, así que me voy a hacer cargo del alquiler y me traigo las máquinas para acá.

– No es conveniente, Sebastián – opinó Aguirre – aunque los compañeros dieron otro domicilio en sus trabajos, es probable que los hayan seguido. Ninguno de ustedes puede quedarse acá…corren peligro.

– Es por tu seguridad y también por la del partido – aclaró Carlos.

–Me parece que es más por la del partido, ¿no? – dijo con sarcasmo Sebastián.

– En este partido todo se discute, compañero – propuso Aguirre.

– Pero parece que esta vez se trata de obedecer, nomás.

– Nunca se te obligó a nada, Sebastián – criticó Mario.

– ¡Sí!, siempre hiciste lo que se te cantó las pelotas – agregó Bigote.

– ¡Miren quién habla…!

Los oía discutir como a lo lejos. Mi imaginación estaba puesta en la casa vacía. Sin esos muebles, sin Sol buscando su comida, sin la biblioteca con sus escasos libros, sin el baño siempre mojado por alguna pérdida. Una casa con las paredes pintadas, sin dibujos, sin poemas, sin el Idiotario cuya infinidad de anécdotas y frases célebres había sido reemplazada con los años, por recortes de diarios,

fotos y afiches del grupo "Canto y liberación". Por primera vez me daba cuenta de las tantas cosas vividas en esa casa. No fueron tres años sino treinta los que vivimos allí. Dónde iría su espíritu…ese "Benjamín" que la casa tenía. ¿Nos acompañaría en cada encuentro? ¿Cómo serían los encuentros fuera de La Comuna? ¿En qué departamento, en qué calle, en qué barrio volveríamos a alborotar la noche de un sábado o el mediodía de un domingo? Quedarían en aquella casa, Clarita con el mate, intentando despertar a Mario. Sebastián entrando clandestinamente, y en compañía, por la puerta de atrás. Bigote vaciando sus ceniceros y escuchando sus temas una y otra vez en el grabador de cinta. Carlos explicándome el Manifiesto. ¿Qué será del comedor sin la lámpara de Mario, sin el viejo mesón, sin el sofá que acunó los sueños de tantos amigos, sin la chimenea encendida? ¿Qué botellero se llevará el elástico de una plaza y las botellas que de noche acomodaba nuestro querido fantasma en el patio trasero? Presentía que la calle nos separaría y que ya no seríamos los mismos…sin La Comuna.

Las partidas

– Esta mañana te oí hablar de una obra de teatro que ibas a ir a ver.

– ¡Ah, sí…!, "La lección de anatomía".

– Tengo una amiga que le encanta el teatro y quería verla…¿dónde la están dando?

– En el Teatrón, en avenida Santa Fe.

– ¿Cuándo vas a ir?

– No sé…el sábado creo.

– ¿Vas acompañado?

– No.

– ¿Nos podemos prender con vos? Los tipos en la calle están muy pesados.

– Claro que sí.

Nos encontramos en la puerta del teatro. La amiga de Viviana era alta y elegante. Ella estaba desconocida. Se había maquillado y traía puesta una minifalda, nunca la había visto así, estaba muy atrayente.

– Ella es Moni…mi mejor amiga.

– Sí, te vi en el…

¿Podía ser tan torpe…? Estuve a punto de mencionar el velatorio, pero Viviana me interrumpió a tiempo…

– ¿Te hicimos esperar mucho?

– No, recién llego.

– El taxi no venía nunca.

– ¿Siempre venís al teatro? – preguntó Moni.

– Voy más al cine, pero me hablaron tanto de esta obra…

– A mí también, hace tiempo que quería verla.

– Ya se puede entrar – advirtió Viviana.

No sabía que los desnudos que contenía la obra eran tan explícitos, de haberlo sabido no hubiera ido a verla con dos mujeres a las que apenas conocía. Sentía un poco de vergüenza. La función terminó y nos detuvimos en la puerta del teatro. Me llamó la atención la actitud de Moni al pedir un taxi cuando estábamos por decidir dónde ir a cenar. El hecho es que se fue y nosotros entramos a una pizzería. Cenamos y charlamos sobre la obra, tratando de evitar el tema, pero el tema llegó inevitablemente.

– Nunca voy a poder agradecerte lo que hiciste ese día.

– Tenía que estar ahí.

– No sabés lo que significó para mí, tenerte cerca.

– Te lo agradezco.

– Yo soy la agradecida.

Se acercó y me dio un beso muy suave sobre los labios. Mi cuerpo se estremeció, no sabía qué hacer…¿qué estaba pasando? No hacía dos meses que había muerto el amor de esa mujer y ella estaba allí besándome. ¿Qué morbosa pasión puede desatar la muerte entre los que la comparten? ¿Qué se busca en la persona que nos ha acompañado en nuestra pérdida? ¿Recuperarla? Lo he visto algunas veces a lo largo de mi vida y sucedió esa vez…pero aún no me lo explico, aunque sé que los psicólogos tienen varias teorías al respecto. Fuimos a un hotel e intentamos hacer el amor, pero ella se echó a llorar y me sentí tan mal que no pude seguir adelante. Empecé a acariciarla con ternura, como si quisiera borrarle el dolor a través de la piel. Ella se abrazó a mí y se quedó dormida. Salimos tomados de la mano y caminamos un largo rato sin decir palabra.

– ¿Estás bien…? – pregunté.

– Sí, muy bien.

– Por un momento creí que te estaba haciendo daño.

– Fuiste muy comprensivo, gracias.

La acompañé hasta su departamento y nos despedimos en la puerta. De regreso me preguntaba si había hecho lo correcto. No quería imaginarme lo que sería verla el lunes en la oficina. Sin embargo, ella se apareció radiante ese día, tanto que mis compañeros me lo comentaron sorprendidos. Por supuesto me sumé a su sorpresa sin decir palabra. Trataba de no mirarla, pero sentía su mirada cada tanto. Cuando salimos caminamos distraídamente juntos hasta la parada del colectivo y allí me invitó a almorzar. Nos reímos mucho con los comentarios de nuestros compañeros. Se la veía feliz…y eso me tranquilizaba. La acompañé hasta su departamento y cuando estaba por irme me invitó a entrar.

– ¿Estás segura?

– No hay fantasmas – bromeó.

– Tal vez sea demasiado pronto, no quiero que te pase lo del sábado.

– El ya no está…ahora estás vos.

Las semanas que siguieron repetimos varias veces el mismo itinerario. Empezó a hacerse difícil ocultar en la oficina nuestra relación, pero nadie se dio cuenta. Todos la trataban como a una viuda reciente y la llenaban de atenciones, a ella le molestaba eso. Empecé a pasar los fines de semana en su departamento, no sin el temor de que un día cayeran sus padres de visita…hasta que un día sucedió. Aunque ya me habían visto en el hospital, entendí que se sorprendieran de verme allí. Ella se comportó con tal naturalidad que no pude menos que acompañarla. El padre me miraba con cierta desconfianza, pero Queca, la madre, inmediatamente supo de qué se trataba y me dedicó al irse una sonrisa comprensiva. Cuando empezamos a llegar

juntos los lunes a la mañana, ya no pudimos guardar más el secreto en la oficina y nuestros compañeros se alegraron y nos felicitaron.

———————————

– Vine a verte un par de veces y no estabas.

– Estoy saliendo con alguien.

– ¿La conozco?

– No, es una compañera de la oficina.

– Donde se come no se caga.

– Sí, lo sé Negro, pero las cosas se dieron de este modo.

– ¿Casada, soltera, separada…?

– Enviudó hace poco.

– ¡Estás loco!, ¿cómo vas a salir con una viuda?

– ¿Qué tiene de malo?

– ¿Y si lo mató ella…?

Era difícil hablar en serio con el Negro, pero ese día noté un cierto aire preocupado en su mirada. Me invitó a tomar un trago y fuimos a "Los chiquitos".

– ¿No querés ir a "Drop"?

– Muy caro para mí, ahora – repuse.

– Olvidaba que sos un triste municipal.

– Te anda pasando algo…¿no? Es raro esto de que me invites un whisky, siempre era yo el que iba a buscarte por los boliches.

– Como dejaste de ir…

– Ya sabés los motivos. Ahora… ¿por qué no me decís el tuyo?

– Clarita se fue a vivir a Adrogué.

– ¿Qué le hiciste?

– ¡Sos malo, eh…!, y eso que yo te quiero.

– Yo también te quiero, pero también quiero mucho a Clarita. ¿Qué le hiciste?

– ¡Nada!…no sé lo que le pasa.

– Negro…sabés muy bien lo que le pasa a Clarita. No podés obligarla a vivir con tus viejos.

– ¡Yo me la llevaría, pero no tengo un mango!

– ¡Ni hacés nada por tenerlo!

– Hablás igual que ella.

– Será porque te quiero tanto como te quiere ella.

– Touché…

Era la palabrita que usaba el Negro cuando perdía una "esgrima verbal", como solía llamar a las discusiones trascendentes.

– Andá a buscarla, junten sus cosas y vénganse a La Comuna.

– Te aviso que un Viñales Miranda no duerme en lavaderos.

– Yo estoy en el lavadero. La que quedó vacía es la habitación de al lado.

– ¿Quién se fue?

– Carlos y su mujer.

– ¿No vas a hablar con los demás?

– Bigote se va la semana que viene y Mario también está buscando algo para irse a vivir con Elvira.

– ¡¿Qué pasó…?!

–Te lo explico después, es largo y a vos no te gusta hablar de política.

Lo convencí de ir a buscar a Clarita y mudarse a La Comuna. Me alegraba la idea de que fueran ellos los que se quedaran con la casa. Sentía que así seguiría viva, pero había un problema…y el problema se llamaba Sebastián.

———————————

– Podrías habernos preguntado…

– Cuando trajiste a Ana no nos preguntaste nada.

– Ana es mi novia y yo vivo acá.

– El Negro es como mi hermano…y yo también vivo acá.

– Es que pensaba traer las máquinas.

– No nos preguntaste.

– Después que Mario y vos se fueran, ¿para qué les iba a preguntar?

– Clarita y el Negro necesitan un lugar donde vivir.

– No tengo nada en contra de ellos, pero tendrías que habernos preguntado…por lo menos a mí.

Sebastián tenía razón, tendría que haber consultado y no excusarme en que él no lo había hecho, pero nos habíamos distanciado mucho últimamente. Ya no compartíamos los mismos ideales. Creo que por eso fui tan desaprensivo en mi decisión.

———————————

Cuando se fueron, Bigote y Florencia estaban felices. A él se lo veía muy papá y a ella muy serena, como los que se hacen cargo de sus decisiones. Vimos alejarse el flete y atrás la destartalada furgoneta. Recordé cuando en esa furgoneta me contaba cómo él y Mario habían aterrizado en la casa de Oscar. Mis ojos y los de Mario se llenaron de lágrimas. Entramos a la casa. Yo no trabajaba, pero Mario había cambiado por el domingo con un compañero, para poder ayudar con la mudanza…y para poder estar en la partida de su entrañable amigo. Mateamos hasta el mediodía, entre recuerdos y reflexiones

sobre lo duro de partir y la necesidad de hacerlo. Ninguno conocería la dirección del otro. Nos veríamos en bares o casas clandestinas. Era el sacrificio que nos imponía la hora y estábamos dispuestos a hacerlo, porque de algún modo y aún temiendo la llegada de ese momento, los dos creíamos, como Bigote, que después del golpe el pueblo saldría a la calle y vendría la revolución que esperábamos.

———————————

– Elvira consiguió la guita y alquiló. Los viejos le salieron de garantía.

– ¿Y con esa cara lo decís?

– Pablo…me voy con ella por Raulito. No es amor lo que siento.

– No está mal que lo hagas por tu hijo…lo que está mal es que Elvira no lo sepa.

– Lo sabe, es mujer…pero no hablamos de eso.

– ¿Cuándo te vas?

– El lunes que viene.

– Podríamos hacer un asado de despedida el domingo.

– ¡Pablo y sus asados…! Prefiero irme como Carlos y Bigote, sin despedidas.

———————————

Pero llegó el día de su partida y Clarita no iba a dejar ir a su consentido sin despedirlo. El domingo a la noche le preparó pizzas y me llamó a casa de Viviana para avisarme. "Vení con ella, así la conocemos" – me dijo. Esa noche pasó algo extraño. Cuando llegábamos con Viviana, el Negro estaba en la puerta.

– ¿Vos recién llegás?

– Claro – repuse, mientras entrábamos a la casa – no te entiendo.

– Recién te oímos cantar en el baño.

– Sería la radio de un vecino.

– Era una canción tuya, no creo que seas tan famoso.

– La luz estaba prendida y vos cantabas, todos te oímos – relató Clarita.

– ¡Hasta yo…! – aclaró Sebastián – y eso que no creo en esas cosas.

– "Benjamín" – deduje – ése fue "Benjamín".

– No jodas con eso.

– Voy a buscar a Ana – dijo Sebastián saliendo – guarden un par de porciones.

Al Negro se lo veía asustado. Detrás de su oratoria displicente, era un hombre supersticioso. A Viviana se la veía incómoda…con la conmoción habíamos olvidado las presentaciones. Mario llegó después con su familia y tratamos de que la velada no tocara el tema de su partida. Sebastián llegó a medianoche, sin Ana. Saludó e hizo un par de bromas, pero no se lo veía de humor. Pronto se metió en la habitación de Bigote, que había ocupado tras su partida. Era la habitación más grande y les hubiera venido bien al Negro y a Clarita con la nena. Pero, como estaban las cosas, no dije nada. Cuando se fue Mario, me mudé a su habitación y dejé la planta alta para ellos. Les vino bien, porque el Negro pudo traer a su "perrita", una Gran Danesa, que se llamaba Zimba y era peor que un elefante en un bazar. El único que ejercía cierto control sobre ella era el flaco Miguel. Zimba ocupó la terraza que dejó libre Sol con su partida.

– Viven como gitanos.

– Vos lo ves así porque sos gallega – dije entre la broma y la represalia.

– Los gitanos no son "gallegos", hay gitanos en todo el mundo…y viven así.

– “Así”…¿cómo?

– Amontonados…sin intimidad.

– Estás en mi habitación por primera vez…¿te falta intimidad?

– Perdoname, gordo.

– No me llames así…así llamabas a tu marido.

– Gracias por recordármelo.

– Vos me lo hiciste recordar. Para mí está muerto.

– Para mí también, pero tenés que entender que hay cosas que todavía se me escapan.

– No terminemos mal la noche.

– Es linda tu habitación. ¿No dijiste que era un lavadero?

– Debajo de esa mesada está la pileta.

– ¿Y las canillas?

– Las saqué y tapé los caños con ese espejo.

– Muy ingenioso – rió – jamás me hubiera dado cuenta. Lo único que desentona es la cama, ¿por qué de una plaza?

– Nunca me casé.

– Pero conviviste…

– No lo suficiente como para pensar en una cama matrimonial.

– ¡Uy…!, qué hombre arisco. Voy a pensar de nuevo lo que iba a proponerte.

– ¿Qué me ibas a proponer?

– Necesito ir al baño.

La única noche que dormimos en La Comuna, no hicimos el amor. Ella se levantó temprano y se preparó para ir a trabajar.

– ¿A qué hora vas a llegar?

– Creo que a las diez.

– Te ficho y digo que estás en comisión.

Me besó con tanta ternura que me arrepentí de haberle hablado tan mal al acostarnos. Ayudé a Mario con su mudanza y me apuré a llegar a la oficina para disculparme.

– Me molestó lo de los gitanos, perdoname.

– Y a mí que me tildaran de bruja.

– No te entiendo…nadie te llamó así.

– ¿A quién pensás que le echaron la culpa de tu misteriosa "aparición" en el baño…? ¿No viste la cara de tus amigos?

Las mujeres tienen una percepción especial, no cabe duda…ni se me había pasado por la cabeza que el frío recibimiento del Negro y de Clarita, había sido por eso.

———————————

Pocos días después de la partida de Mario, Viviana me propuso ir a vivir con ella. Tengo que reconocer que yo lo había pensado, pero éramos tan distintos. No obstante acepté. Estaba cansado de ser el "tío solterón" y La Comuna ya no era la "Comuna". Me mudé a su departamento a mediados de diciembre. En La Comuna quedaron Sebastián y la familia Viñales, vaya a saber qué pasaría después, pero ése ya no sería mi problema. Tenía que dejar esa mala costumbre de meterme a resolver cosas en la vida de los demás. Como el departamento estaba amueblado, sólo llevé mi ropa, los libros, la guitarra y la Lettera 22. Todo lo demás quedó en La Comuna…junto a una parte de mi corazón. Jamás mientras viva olvidaré aquellos años hermosos, llenos de emoción y también de duro aprendizaje. Esos años que vivimos juntos, aquéllos jóvenes de la "generación prohibida". Pasaron los años por mi vida trayéndome de todo… como a todos, y seguiré diciendo hasta mi muerte que reivindico intensamente esos años de mi juventud y que soy un orgulloso miembro de esa

estirpe de jóvenes que pusieron su vida y su entusiasmo al servicio de la revolución. Allí estaba…allí, cerca… después del golpe, tal vez…cuando el pueblo se levantara en armas. Cuántos poemas y canciones escribí en esos días…cuánta pasión. No fueron solamente "los años de la guerrilla", había una juventud mucho más ancha que eso…tan ancha, que no cabía en nuestra geografía y la tuvieron que desaparecer.

Tercera parte

EL GOLPE

Bitácora

1975 – SEPTIEMBRE 15: Hace unos días se casó Adriana…no pude escribir antes, no estaba de ánimo…vos entendés…siempre entendés. Sí…estoy con mi amigo Erven…tomándonos una ginebrita. El día del casorio…si no hubiera ido a la peña esa…creo que me tiraba abajo de un tren. Pero no…¿sabés que no? Me dio por la contraria…estaba bien…no feliz…pero bien. Claro que no se lo conté a nadie. ¡Mirá si les voy a cagar la noche…! La esperé cada día…cada día la esperé, no te miento. No te contaba nada porque no me bancaba el dolor de contarlo. Pero me hizo bien ir a la peña esa…¡y cómo suenan, che…! Se pusieron el "Tango dúo"… ésa no la entiendo…¡si son tres…! Cosas de ellos. Mañana estreno el pistolón…no te asustés, no voy a matar a nadie. Vamos a practicar a una isla en San Pedro. ¡Qué boludo, eso no lo tenía que escribir! Voy a tener que tachar…perdoname galán, estoy en pedo.

1975 – SEPTIEMBRE 26: La Comuna se va a llenar de pibes. Nació el de José, ¿y a que no sabés quién puso uno en el horno?… ¡Tegobi! Aunque no me creas. Ese viene para otoño. Bigote me pidió que sea el padrino…¡claro que sí! Voy a tener un ahijado en mayo, ¿qué te parece? El sábado viene la vieja de Pablo a hacer una raviolada para festejar…¡nos vamos a poner al día! Le tengo que dar de comer a Sol, me acabo de acordar, después la seguimos. Pobre, estaba muerta de hambre. Sabés…no me puedo acordar cuándo iba a tener Adriana. ¡Y para qué me voy a acordar!, ése no va a nacer en La Comuna.

1975 – OCTUBRE 15: Elvira quiere que alquilemos algo juntos. La idea me entusiasma por Raulito, lo vería todos los días… ¡te imaginás qué lindo!, to–dos–los–dí–as. Pero también la vería a ella. No es mala mina, entendeme, pero…¿viste cuando no hay de qué hablar? Le gusta todo lo que a mí no me gusta…y viceversa, claro. Ahora que nos vemos cada tanto siempre hay algún tema de conversación, pero viviendo juntos andaríamos callados todo el día …o discutiendo. El único lugar donde volvimos a estar bien es en la cama, pero si no hay con qué bancar, eso se acaba. No sé…¿vos que pensás?

1975 – OCTUBRE 26: No pienses más, se resolvió el asunto, me tengo que ir de La Comuna, bueno…todos nos tenemos que ir. Sí, así como lo oís "el fin de La Comuna" como dijo Pablo. ¿Por qué? … por lo del golpe, vos ya sabés. Bah…no sé si sabés, pero para qué te sirve a vos saber del golpe. Para qué te sirve a vos todo lo que te escribo. A mí me sirve escribirte. Conversar con alguien que no siente, que no contesta. Voy a buscar a Erven, no me banco la tristeza. "El fin de La Comuna". Sí Pablo, vos también andarás triste.

1975 – NOVIEMBRE 7: Hoy se fueron Carlos y Rita. Ella quería hacer una cena de despedida, pero él no quiso. Tampoco quiso que lo ayudáramos con la mudanza. Esperó que todos nos fuéramos a trabajar y se fue. Él es así…qué se yo, es como si le diera vergüenza mostrar lo que siente. El que cambió mucho fue Tegobi. La flaca lo dio vuelta como una media. Imaginate…hace como dos meses o tres que no discuto con él. Ellos se van a fin de mes, ¡ahí sí que te quiero ver Marito…! Casi cinco años viviendo juntos…cuántas cosas compartidas. Hasta llegué a querer parecerme a él, sobre todo en la época de su primera militancia. Lo admiraba, era todo lo contrario que yo, tenía siempre muy clarito lo que quería. No sé si está bien que lo diga, pero Aguirre no va a leer esto. Estuve a punto de no entrar a los talleres y seguir con mis planos. Estaba de acuerdo con lo que decía Tegobi…él quería ser guitarrista. ¿Por qué cambié

de idea? No sé, sueldo fijo ya tenía…y más alto. Ahora ya está hecho. Tengo que estar ahí, porque es mi puesto de combate. No se trata de lo que uno quiere hacer, sino de lo que hay que hacer…pero nunca me voy a sentir ferroviario.

1975 – NOVIEMBRE 23: Bigote se fue contento como perro con dos colas. A él nunca lo convenció del todo La Comuna. Era muy de tener sus propias cosas, vos viste. Las discusiones que teníamos casi siempre eran por lo mismo. No te lo conté cuando se fue, porque ese día estuve mal. Hoy estoy bien, contento…¿y a qué no sabés por qué? ¿Sabés quienes se vienen a vivir a La Comuna? ¡Sí, acertaste galán! ¡Clarita con el Negro y la bebé! Siento como que renace La Comuna, como que empieza de nuevo. Decí que Elvira ya dejó la seña, ¡que si no…!

1975 – NOVIEMBRE 30: ¿Qué si no qué…? A veces escribo cada boludez. Yo me tengo que ir de acá, con Elvira o sin Elvira. Si vienen los milicos la vamos a pasar mal. ¡Ah, me olvidaba…!, te tengo un notición. ¿Que Pablito está saliendo con una viuda?, no, eso no es un notición, el siempre sale con mujeres raras. Una modelo, una adolescente, una viuda…la próxima será paracaidista, qué se yo. El notición es que el Negro empezó a laburar. ¡Sí!, ¡creelo que es la "pura"!, como dicen los tilingos. Lo conchabó un amigo que tiene aserradero. Y Clarita en seguida habló con el tano para que ponga el contrato de alquiler a nombre de ellos a partir de Enero. Sebastián se puso fulería con eso. Ahora parece que quiere arrancar él también, con la fulana ésa que se las da de actriz. Mejor, con Pablo no van a tener problemas. Y ahora que lo menciono, no lo veo muy dispuesto a irse, creo que ni salió a buscar. A él le va a costar como a mí, pero claro, él se va solo. ¿Vos lo ves viviendo solo a Pablo…?, yo no.

1975 – DICIEMBRE 16: No pude escribirte antes porque nos mudamos hace diez días y no paramos de arreglar cosas. La casa es linda, pero hacía años que nadie la ocupaba. Elvira está feliz…y

yo también. Sabés, no sólo por Raulito, también por ella. Es una buena mujer. Se conforma con poco y es feliz con lo que tiene. Está criando bien a Raulito, se desvive por él, le hace comidas diferentes cada día y lo tiene siempre limpito y bien vestido. Conmigo está más comprensiva y yo con ella también. Discutimos menos y Raulito, agradecido. Fui a visitar a Clarita el otro día y me enteré que Pablo se había mudado con la viuda. Se fue sin decir nada, sin aviso. No quiso despedidas…lo entiendo, yo también quería irme así. Está loco, habiendo tantas mujeres ¡justo una viuda! Bueno, no me mires así…yo lo hice por Raulito.

1975 – DICIEMBRE 21: ¿Viste lo de Capellini…? La verdad es que yo no esperaba un golpe tan pronto. Nos sorprendió a todos. Dice Aguirre que ése es de los yanquis y que se adelantó al golpe de los rusos que viene con Videla a la cabeza. El que me sorprendió también fue Pablo, se puso nervioso cuando le dijeron que tenía que ir armado a la puerta de la base aérea con un grupo de compañeros …¡pero aceptó! Pablo con un 22…¡si lo viera Helián…! No te rías, pensá mejor qué vas a hacer vos cuando tengas un arma en las manos, porque ésta vez zafaste, vas de control. No te hablo a vos, galán…me hablo a mí.

Mar de fondo

– ¡Aprovechemos Sebastián, es una partida de cuero del mejor y está regalada! Aprovechemos ahora que sacamos unos mangos en la Exposición.

– Es que no tenemos máquinas para procesar semejante cantidad.

– Ya las tendremos. Por ahora lo guardamos.

– ¿Dónde?

– En tu casa, boludo…¿no tenés un montón de piezas vacías ahora?

– No, hay gente viviendo.

– ¿Y el sótano del local?

– Está ocupado.

– ¿Con qué?

– Bueno…de todo…mercadería, herramientas…

– ¡Ya sé!, pedile a Ana que te lo guarde en el sótano del suyo.

– No estamos saliendo, ahora.

– ¿Qué pasó…?

– Quedamos como amigos, pero no me da para pedirle nada.

– Se lo pido yo, no te hagás drama. Otra como ésta no se nos va a presentar. Y así podemos ir fabricando despacito, sin vender.

– ¿Cómo sin vender?

– Liquidamos el stock que tenemos, ahora en las fiestas. Y cuando caiga esta yegua y cambie la situación, sacamos los nuevos modelos al precio que se nos cante.

– ¿Tan seguro estás de que va a caer?

– ¡Si no la quiere nadie…!

– El pueblo sigue siendo peronista, Ernesto.

– Peronista sí, pero no pelotudo.

– ¿Y cómo pensás que va a "caer"?

– El Ejército la va a sacar. No quiere renunciar, la yegua. No les deja otro camino.

– Hablás como si estuvieras de acuerdo.

– Preferiría que fuera de otro modo, pero qué querés, cualquier cosa es mejor que esto.

– ¿Y si fuera lo de Chile…?

– Ya te lo dije la otra vez, Sebastián…Videla no es Pinochet.

———————————

– ¿Ir armado a la fábrica…?

– Sí Alemán. Estamos en la provincia de Buenos Aires y Calabró es uno de los principales golpistas. Ya tenemos nueve compañeros muertos, todos a balazos.

– Sí flaco, ¿pero si nos revisan?

– No la lleves en el bolso.

– A los delegados nos están palpando, Aguirre.

– ¿Desde cuándo es eso…?

– Desde la semana pasada.

– ¿Y por qué no me avisaste?

– No nos vimos.

– Le hubieras avisado al enlace.

– Quedamos en usarlo lo menos posible.

– ¡Pero esto es algo importante, hermano…!

– Se hizo importante ahora, porque tenemos que ir armados.

– ¿No te das cuenta que nos están cercando?

– Nos palpan al boleo, flaco…

– Palpan a los delegados, eso no es "al boleo". ¿A los del sindicato los palpan?, fíjate…vas a ver que no, ¿y sabés por qué?, porque siempre andan armados. Tenemos que ver bien cómo te vamos a proteger.

– Adentro no hay problema, y cuando salgo siempre salgo con mis compañeros, no creo que se animen.

– No estés tan seguro.

– Con ellos me siento seguro. Al único lugar que no me acompañan es al baño.

–Yo te diría que hables con ellos y les expliques la situación. Después escuchalos, a ver qué te aconsejan.

———————————

– Qué pasa, Carlitos…¿por qué traés esa cara?

– Lean…

– "Si seguís asustando a la gente con lo del golpe, sos boleta". ¡Hijos de puta! ¿Dónde lo encontraste?

– Me lo pusieron en el armario.

– Fueron los del sindicato, seguro.

– Estoy de acuerdo con Suárez, fueron los del sindicato.

– También podrían ser los de Calabró…o los montos.

– ¿Los montos…?

– Estamos defendiendo el gobierno de Isabel, no te olvides.

– ¡Qué quilombo, che…!

– Veamos cómo el negro y yo te podemos dar una mano, con esto de la amenaza.

– Gracias compañeros.

– Pero después ensayamos…¿sí?

– Sí, Pelado, sí…

–En serio lo digo, ¿eh?…no nos vamos a pasar toda la noche hablando de política. Termina la reunión y nos ponemos a ensayar.

———————————

– Aguirre me pidió que empezara a ir armado a la fábrica.

– ¿Armado…para qué?

– Hay que proteger al Alemán…lo están cercando.

– ¿Cómo que lo están "cercando"?

– Lo están apretando, Paula. Lo quisieron cambiar de sección, hacen correr la bola de que es del ERP y desde la semana pasada lo están palpando al entrar.

– ¿Lo palpan de armas?

– A él y a otros delegados, pero la cosa es con él.

– ¿Y el sindicato no hace nada?

– Ni hacen ni van a hacer, ellos no quieren que se hable del golpe.

– Tengo miedo Jóse, las cosas se están poniendo feas. ¿Qué le dijiste a Aguirre?

– Que sí, ¿qué le iba a decir?…es el Alemán.

– ¿Y a vos quién te va a proteger?

– Yo no soy delegado, Paula. Y nadie sabe que soy del partido.

– Pero también te oyen hablar del golpe.

– No es lo mismo.

– ¿Cómo que no?, si somos los únicos que hablamos del golpe.

– Ahí se despertó Joselito…

– Creo que te apuraste en aceptar, tendrías que haberlo consultado.

– ¿Con quién?

– Conmigo…tenemos una familia, ¿no?

———————————

Cuando estábamos llegando al barrio en la furgoneta de Bigote, Aguirre le pidió que lo dejara manejar a él y que los tres nos agacháramos. Luego de algunas vueltas nos detuvimos y entramos a una casa. La había prestado un compañero al que no conocíamos. Allí bajamos al sótano y pusimos nuestras armas sobre una mesa.

– ¿Por qué no vino Sebastián?

– No sé, no hablé con él.

– No debe estar ni enterado – sentenció Bigote.

– Melena está en otra, no contemos más con él – agregó Mario – además…creo que es peligroso.

– ¿Cómo que es "peligroso"?

– Tiene un socio montonero…¿no sabían?

– Sí, lo dijo una vez Ana en La Comuna – recordé.

– ¿Quién es Ana? – preguntó Aguirre.

– Fue su pareja hasta hace poco.

– Vivió un tiempo en La Comuna – aclaró Mario – Al socio lo conoció por ella, eran muy amigos.

– ¿Ella se lo presentó?

– Así me dijo Sebastián.

– ¿Pensás, que se la "pusieron"…? – insinuó Bigote.

– Puede ser…hay que investigar, pero por el momento lo que dice Mario es sensato. No es conveniente que Sebastián se entere de nuestros movimientos.

– Nunca estuvo muy enterado – ironizó Bigote.

Con movimientos precisos y seguros Aguirre nos enseñó el manejo de las armas que habíamos comprado. Al empuñar mi revólver calibre 22 noté que me temblaba la mano.

– Pablito…estás nervioso – advirtió Bigote.

– Un poco – repuse – ahora no vamos a practicar tiro. Vamos a la puerta de una base aérea y no sabemos lo que va a pasar.

– ¡Se viene la revoluta, Pablo…!

– Creo que te apurás, Mario – repuso Aguirre – Todavía ni siquiera sabemos si se trata de un golpe de Estado o una sublevación dentro de la Aeronáutica.

– ¿Y para eso van a armar todo este quilombo? – rezongó Bigote – dijeron por la radio que había vuelos rasantes sobre la Casa Rosada.

– Pero no hubo ataques. Los compañeros de la zona oeste se movilizaron a la puerta de la base. El objetivo es acompañar a la gente de los barrios y mostrar que no solamente hablamos del golpe… también lo enfrentamos.

– Pero flaco…¿vale la pena todo esto, si no es un golpe…? – reiteró Bigote.

– La gente tiene que vernos ahí, no importa lo que pase después. Hasta la CGT llamó a un paro general. ¿Te imaginás…?, si Casildo Herrera lanza un paro general y nosotros no jugamos fuerte, los antigolpistas van a parecer ellos.

– Un montón de rusos saltaron en contra – agregó Mario.

– Porque es muy probable que sea de los yanquis…no sabemos.

– ¿Quiénes van a la puerta de la base? – pregunté ansioso.

– Vamos a convocar a los vecinos de la Base Aérea y vamos a tratar de rodearla, si no alcanza nos plantamos en la puerta. Pero en cualquiera de los dos casos, nosotros somos los que encabezamos.

– Pero no nos van a dar bola, si ni nos conocen – argumentó Bigote – somos de otra zona.

– La Oeste nos pidió ayuda para hacer una brigada numerosa. Con ustedes van a ir ocho compañeros y compañeras de nuestra zona, pero sólo ustedes dos van a estar armados. Mario y Sebastián iban a ser el control, pero Sebastián no vino, así que vas a tener que hacerlo solo – explicaba Aguirre mientras desplegaba un mapa en la mesa y nos mostraba la ubicación del bar donde estaría Mario – Ninguno de ustedes se va, sin pasar por acá y que él los vea. Llegan todos juntos y se van todos juntos.

– ¿Quién va a estar a cargo? – preguntó Bigote.

– El camarada Aníbal de la otra zona. ¿Lo conocés?

– No.

– El se va a contactar con ustedes.

Caía la tarde de ese día y nos enterábamos de la rendición de Capellini. Recién ahí pude relajarme. Me preguntaba qué hubiera pasado si de alguno de los tantos vehículos que habían entrado y salido de la base aérea esa tarde, se hubiera bajado alguien armado, apuntando a la multitud. ¿Hubiera sido capaz de disparar? No sentía que estuviéramos defendiendo al gobierno. Éramos varias agrupaciones de izquierda, y la mayoría lo odiaban…¿qué hacían ahí? Seguramente Bigote se sentiría como yo, porque el "Mufo" había vuelto a aparecer después de mucho tiempo. Estuvimos allí toda la tarde, cumpliendo una tarea que ni siquiera entendíamos del todo. Confusos, pasamos por la puerta del bar donde estaba Mario y luego de que nos viera, volvimos a nuestras casas sin decir palabra.

Fin de año

Cuando ya creíamos que el mar de fondo se iba a aquietar con la llegada de las fiestas, los titulares de los diarios nos sorprendieron con una noticia: "Mueren más de 50 extremistas al atacar un batallón en Monte Chingolo". La mayoría de los muertos eran de mi edad. Me pregunté por qué motivo no estaba yo entre ellos. Había asistido a alguna de sus reuniones cuando trabajé en el barrio. ¿Por qué no me entusiasmé con la idea de ser un guerrillero, un "Che Guevara"? Poco sabía de él, en ese tiempo, salvo que había dejado una cómoda vida de lado para irse a luchar a las sierras cubanas y creo que lo admiraba por eso. Pero luego, con los años y el estudio, pude saber por qué sigue vigente su nombre, más allá de los tatuajes y las remeritas…y qué lejos estaba su pensamiento del que tenían quienes habían dirigido a aquéllos jóvenes masacrados en Nochebuena.

———————————

– ¿Y qué hacías vos con un veintidós en el cinto?

– Cubría la seguridad de unos compañeros que…

– ¡No!, te pregunto qué hacías "vos" con un arma encima. Vos, Pablo…el que escribía poemas.

– Los sigo escribiendo.

– No, esos son panfletos…me refiero a los que nos emocionaban a todos. Pablo…el que vivía soñando personajes y contando historias increíbles. Pablo…mi amigo.

– Sigo siendo tu amigo.

– No te conozco.

Creo que el Negro quería decirme todas esas cosas desde hacía tiempo y unas copas de más que tenía esa noche, lo animaron. Era la primera vez que rehuía mi mirada. Solía mirarme fijo al hablar y siempre entre bromas y acertijos. Ahora su voz era grave, quebrada por momentos, como si una gran angustia empujara por salir y él la ocultara.

– Yo a Clarita no le voy a contar nada. La Negra se muere si sabe que andás en ésa.

– Clarita sabe muy bien cómo pienso.

– ¡Seguís sin entender!

– ¡No!, ¡sos vos el que no quiere entender! ¿Te enteraste del golpe de Capellini?, ¿sabés lo que pasó en Monte Chingolo? Este es el país donde vivimos. Muy lejos de las "historias increíbles" que me gustaba escribir.

– Que vos andés armado…ésa es una "historia increíble".

– Yo no "ando" armado, fui armado a una tarea de partido que es otra cosa.

– ¿Y qué hubieras hecho con esa porquería si hubieras tenido que usarla?

– No lo puedo saber, porque no hizo falta que la usara.

– ¿Te sentís capaz de matar a alguien?

– No lo sé…lo sabré cuando llegue el momento. Lo que sí sé, es que si hay un golpe, van a arrasar con todas las conquistas obreras…

– ¡No me salgas con discursos políticos!, estuve más de 30 años oyendo a mi viejo decir que iba a volver al Paraguay para derrocar

a Stroessner. Pero él lo decía cuando estaba en pedo…y vos lo decís sobrio.

– Va a haber desocupación y pobreza, Negro…no quiero que eso pase en mi país.

– ¡Te van a matar, boludo…! Mi amigo…mi hermano…

Se incorporó y respiró hondo, siempre hacía eso cuando quería detener las lágrimas. Pidió otro whisky y fue al baño. Estuvo allí un largo rato, tanto que estuve a punto de ir a buscarlo. No volvimos a tocar el tema en toda la noche. Cuando nos íbamos, ya de madrugada, me preguntó…

– Cómo andás con la viuda.

– No la llames así, se llama Viviana.

– Bueno.

– Algunos días bien y otros no tanto. Lo que pasa es que no tiene los mismos…

– ¿La amás o no? – me interrumpió.

Mi demora en contestar arrancó en él una sonrisa. Yo sabía que no le gustaba Viviana y se alegraba de que yo no estuviera enamorado de ella. Cambió de tema.

– ¿Qué van a hacer para fin de año?

– Y… este año… cada cual en su casa. Pero se me había ocurrido que podemos juntarnos el primero al mediodía para recibir el año con un lechón, ¿qué te parece?

– A quiénes querés juntar…

– A todos.

– Y dónde…

– En La Comuna, por supuesto.

– Querrás decir, en mi residencia de descanso.

– Ahí mismo.

– Vos sabés que yo no frecuento a esa gentuza, pero si vas hacer lechón…

———————————

– Sebastián deja la militancia. Pablo me informó ayer.

– Se veía venir.

– Nos pide que saquemos urgente el mimeógrafo del sótano del negocio, porque tiene que guardar mercadería.

– Siempre pasa lo mismo, ¿viste flaco? Cuando un compañero se va del partido es como si el partido le hubiese hecho algo para que se fuera. Lo mismo le pasó a Bigote, aquella vez, ¿te acordás? Parecía que teníamos la culpa de su separación.

– Yo creo que abandonar una causa como la nuestra debe provocar un vacío, o algo así…y enojarse debe calmarlo un poco, no sé.

– Por suerte nunca me pasó.

– Nunca se sabe, Carlos. He conocido cuadros ejemplares, que se disolvieron de la noche a la mañana como una pompa de jabón. Pero vamos a lo nuestro. Se festeja el octavo aniversario del partido el seis de enero, en el "Regio" y va a hablar Otto. Cada zona va a colaborar en la custodia. Yo había pensado en Pablo y vos adentro y Mario y Bigote afuera, ¿qué te parece?

– ¿Aceptarán…?

– Pablo y Bigote fueron a Morón y lo hicieron bien.

– ¿Y Mario…?, nunca estuvo armado.

– Creo que le va a hacer bien la experiencia.

– Propongámoslo en la próxima reunión de organismo.

———————————

La cena fue cordial, no me animo a decir más que eso. Los padres de Viviana habían sido campesinos en su juventud, en España, y tenían un modo sencillo y cálido de tratar, especialmente Queca, su madre, que se desvivía por atendernos. Pero el resto de la familia nos miraba con cierta reprobación. Éramos, sin duda, los invitados más conflictivos, no hace falta que aclare el porqué. Como suele sucederme, cuando siento que incomodo a los demás en una reunión, desaparezco. Y eso fue lo que hice. No hablé una palabra durante toda la noche, salvo con Queca y el hermano de Viviana. Después del brindis ella me tomó de la mano.

– ¿Vamos a bailar?

– El vino ese me cayó mal…me duele mucho la cabeza – pretexté – además mañana tengo que levantarme temprano.

– ¿No podés dejar de pensar en La Comuna, ni siquiera hoy…?

– No tengo ganas de bailar y además…nos miran como a prófugos.

– Esas son ideas tuyas. Mi hermano me dijo que eras un buen tipo y que había hecho bien en reconstruir mi vida pronto, que eso demostraba que había sentido verdadero amor por Lucho y que todavía tenía mucho amor para dar.

Esas palabras me sonaban extrañas, no era eso lo que vivíamos cotidianamente. No hice comentarios al respecto y me fui de todos modos. Ella me excusó con todos, diciendo que iba a brindar con mi madre, pero cuando volvió al departamento no me dirigió la palabra. Antes de salir, al día siguiente, la desperté para preguntarle si después iba a ir al asado. Se levantó sin decir nada y entró al baño dando un portazo. Interpreté eso como un no. Saqué el lechón de la heladera y me fui a La Comuna. No estaba sucediendo lo mismo que con Cintia o con Lucía. Esta vez no era yo el que la arrastraba, de hecho, nunca la llevaba conmigo y a ella tampoco le interesaba venir. ¿Por qué estábamos juntos? La soledad tal vez…el miedo, no sé…pero no era amor. Me sentía aliviado, la presencia de Viviana en el asado hubiera sido una incomodidad para todos.

———————————

– ¿Qué hora es? – preguntó el negro desde adentro.

– Van a ser las siete.

– ¡Qué hijo de puta…!

– Dale, abríme que tengo que prender el fuego si queremos comer antes de las dos.

– ¡Sólo a vos se te ocurre hacer un lechón un primero de año al mediodía…!

El Negro me abrió la puerta y ni bien entré se metió en su habitación. Me dispuse a cocinar. Armé la hoguera sobre las chapas y mientras el carbón se encendía, preparé la salmuera con ajo y limón, como él mismo me había enseñado. Retiré luego todo el adobo con que había envuelto al animalito y así, limpio, lo acosté de boca sobre el legendario elástico. Separé unas pocas brasas y las puse bajo el cuarto trasero y el delantero. Así me había enseñado un tío mío cuando yo tenía doce años y así lo repetí, como un ritual, cada vez que la vida me puso frente a un lechón. A media mañana ya el olorcito empezaba a merodear la casa. Gabriela apareció en la puerta del patio, con sus hermosos ojitos pardos y sus rulos. Clarita se había levantado.

– ¿Cómo anda mi hermanito? ¿Te sirvo un vino?

– No, es muy temprano.

– ¡Como hemos cambiado…! Antes te servías el primer torrontés cuando prendías el fuego.

– Antes era antes.

– Te conozco…no estás bien. Creo que mejor te sirvo ese vino.

– No, en serio, no quiero ponerme en pedo.

– Problemas con…¿cómo se llama?

– Viviana.

– ¿No va a venir?

– No.

– ¿Y eso te pone mal?

Lo dijo sabiendo que no era así. Le conté brevemente nuestra discusión de la noche anterior y me escuchó en silencio. Luego me dio un beso en la frente y se acercó a jugar con su hija. Como a las doce me trajo el vino. "¿Ahora sí…?". Sin embargo, mi malestar venía desde otra parte, creo que añoraba los años vividos allí y tenía el presentimiento de que ésa era la última vez que íbamos a estar todos juntos en La Comuna. De algún modo yo había sido su mentor, en aquélla famosa asamblea de septiembre del '73. Cuánto había cambiado todo…y aunque sabía que nuestras vidas habían mejorado y que habíamos crecido mucho en esos años, no podía dejar de sentirlo como una pérdida. Acaso porque había tenido que irme sin llegar "a sentirme extranjero" como en el cuarto aquél de mi casa. Fue más fácil aquélla vez, tenía que irme…porque quería irme. Ahora había hecho lo que tenía que hacer, no lo que quería. Muchas veces me planteó la vida esa disyuntiva y creo que casi siempre elegí del mismo modo. Los primeros en llegar fueron Carlos y Rita. Le siguieron, no recuerdo en qué orden, Paula y José con sus hijos, mi madre y Don Torres, Mario con Elvira y Raulito, Florencia y Bigote. A Sebastián lo despertamos cuando ya estaba la comida en la mesa. Era un hermoso lechón de 12 kilos y estuvo listo a las dos. Siempre disfruté mucho de cocinar para mis amigos, es un placer que hasta hoy sigo dándome, de tanto en tanto. La sobremesa se llenó de anécdotas y canciones. Bigote estrenó un nuevo tema que escribió para su mujer embarazada. Fue el momento más sentido por todos. Rita no pudo contener el llanto. El Negro cambió de tema dirigiéndose a Sebastián y a mí, mientras levantaba su copa…

– ¡Brindo por los solteros…!

– Yo soy casado – repuse.

– Ni se te ocurra…

Esa mezcla de broma y advertencia yo sabía muy bien a qué se refería. De todos modos, no tenía pensado casarme con Viviana ni con ninguna mujer. No creía para nada en la necesidad de esos papeleos para convivir con alguien. Sin embargo, la vida me tenía preparada otra sorpresa…

Otro verano caliente

"Las medidas económicas que está tomando el gobierno no nos ayudan a pelear contra el golpe, es cierto, pero también es cierto que pudimos romper los topes salariales y fueron buenos los aumentos conseguidos en paritarias. El sueldo básico de un obrero raso, con los aumentos, va a alcanzar en este mes de enero del '76, el mayor poder adquisitivo de los últimos treinta años. Sin embargo, todos sabemos que será devorado por la inflación en poco tiempo y que en marzo se avecinan grandes combates populares. Debemos encabezarlos como hicimos hasta ahora, pero tengamos los ojos bien abiertos, porque también va a aumentar el foquismo y eso va a ayudar a los golpistas. Nuestro partido se prepara…".

– ¿Qué es el "foquismo"? – pregunté a Carlos.

– Se llama foco a la táctica de los grupos guerrilleros. ¿Estás bien?

– No me gusta estar armado.

– Se nota, a cada rato llevás la mano adonde tenés el revólver.

– Tengo miedo de que se note…o que se me caiga.

– Así lo hacés notar vos. Yo diría que te cruces de brazos y estés atento a cualquier movimiento brusco entre la gente.

– ¿Mario y Bigote…?

– Están en la terraza con armas largas. ¡Si hubieras visto las caras que pusieron cuando se las dieron!

– Se habrán asustado.

– ¡Qué se van a asustar…!, parecían John Wayne y Kirk Douglas en El álamo.

– ¡Sssshhh…!, che…dejen escuchar.

Rita siempre cerca de su esposo. Carlos le había advertido que estaría de custodia y que corría riesgo, pero ella no se iba a mover de allí. Creo que la única mujer que hubiera hecho algo así por mí, hubiera sido Amanda. Recordé en ese momento su carita redonda y sus hermosos ojos verdes, tan abiertos, cuando le confié el paquete con libros y materiales del partido para que los guardara en casa de sus padres. No titubeó un solo instante. Rápidamente lo puso debajo del asiento de su "fitito". Tuve deseos de verla. "Mañana la llamo", pensé. Los aplausos y cánticos me trajeron de nuevo al acto, donde nuestro Secretario General había terminado su discurso. Quedaba claro que yo no servía para custodiar a nadie.

———————————

– Se lo quisieron llevar al Alemán.

– ¡Cómo que se lo quisieron llevar…!

– Lo quisieron sacar por atrás, pero él se agarró de una máquina y le destrozaron la mano con un fierro.

– ¡Ay, por Dios, Jóse… no puedo creer lo que me estás contando…! ¿Dónde está?

– Está en su casa, le pusieron un yeso. Mariana está con él.

– Pobre Mariana. ¿Se sabe quiénes fueron?

– Sus compañeros escucharon los gritos y cuando entraron a la sección vieron salir por atrás a unos matones del sindicato.

– ¿Cuándo pasó?

– El sábado…¡justo el día que yo no estaba!

– Bueno Jóse…ahora no te eches la culpa, vos trabajás de lunes a viernes.

– ¡Ya lo sé Paula!

– ¡Lo único que falta es que ahora te la agarres conmigo…!

– Me voy a comprar cigarrillos.

– Y caminá un rato, hasta que se te pase.

– Perdoname.

– Siempre te perdono, ¿qué otro remedio me queda?

– Me pregunto de qué sirve que yo esté armado.

– Eso mismo me pregunto yo.

– Me voy a comprar cigarrillos.

———————————

– ¿Qué te pasa Mario, por qué estas así?

– Le rompieron una mano al Alemán.

– ¡Ah…! Creí que estabas enojado conmigo. ¿Qué pasa…qué dije? No me mires de ese modo…sabés que me asusta.

–A vos todo te asusta, menos que le rompan la mano a un compañero.

– Ah, eso…bueno…ni siquiera lo conozco.

– ¿Raulito duerme?

– Sí. ¿Te puedo pedir que no abras esa botella?

– ¿Ves que todo te asusta?

– Porque sé cómo termina.

– ¿Cuánto hace que no me ves tomar una ginebra?

– Desde que volvimos a estar juntos, y me gustaría que siguiera siendo así.

– "Así"…como a vos te gusta.

– ¡Nuestra familia se destruyó por culpa de esa bebida!

– Vos sabés tan bien como yo, que la ginebra no fue la causa sino la consecuencia.

– ¿La consecuencia de qué?

– Vamos, Elvira…

– ¿La consecuencia de que yo quedara embarazada?

– No te pongas a llorar ahora, ¡siempre hacés lo mismo!

–¡Vos también hacés siempre lo mismo, culparme! "Me enganchaste con un crío", ¿te acordás?

– Raulito no había nacido cuando dije eso.

– Y seguís pensando lo mismo…pero te equivocás. Yo tuve a ese hijo porque te amaba y lo hubiera criado sola, aunque nunca hubieras vuelto. Porque fuiste vos el que volviste, yo no te fui a buscar.

– Volví por Raulito.

– Ya lo sé, nunca me hice ilusiones.

– Elvira…no nos lastimemos.

– Se despertó, voy a ver qué le pasa.

———————————

– No estoy de acuerdo con el volante que imprimieron, pero…el organismo decide.

– ¿En qué no estás de acuerdo, flaco?

– Ponen al sindicato en el blanco y el blanco son los golpistas.

– ¿Quiénes le rompieron la mano al Alemán, los tres chiflados…?

– No es forma de discutir, Bigote.

– ¿Pero qué querés, Carlos…vamos a meter un volante en Fiat para denunciar lo del Alemán y no vamos a mencionar al sindicato?

– Aguirre no dijo eso.

– Dije no ponerlo en el blanco. Además…esto va a complicar la situación en la puerta. Se van a poner más duros.

– Tenés razón, no pensamos en eso.

– No es la muerte de nadie, José. Corregimos y listo.

– Podemos agrandar la brigada.

– No es tan fácil Bigote, algunos van a tener que ir armados y a esa hora hay siempre un patrullero en la puerta.

– El flaco tiene razón, hay que pensarlo muy bien.

– Si hay que llevar armas, yo me ofrezco.

– ¡Bigote está cebado! Mirá que esta vez no va a ser una Itaka, ¿eh?

– No se trata de eso Mario, no me gusta que le peguen a un compañero, nada más.

– A ninguno de nosotros le gusta, pero en estos momentos hay que tener la mente fría, sino se cometen errores.

———————————

– ¿Cuenta bancaria…?

– ¡Y claro, hombre…!, ¿cómo vas a iniciar una empresa sin tener cuenta bancaria?

– "Empresa"…suena lindo. ¿Qué tipo de empresa?

– Una SRL, sin dudarlo. Las anónimas y las cooperativas son un quilombo para abrirlas y para cerrarlas.

– Cómo para "cerrarlas"…

– Sebastián…si la cosa no anda, hay que cerrarla.

– Ah…claro.

– Dejá que yo me encargo de los papeles.

– Sí…yo no sirvo para eso.

– Vos encargate de los diseños y de los empleados.

– ¿Se puede hacer una SRL con dos socios, nada más?

– Tres.

– Mi hermano se fue, ¿quién es el tercero?

– “La” tercera…Ana.

– ¡¿Ana…?! ¿Cómo Ana? Ahora somos amigos y no creo…¿por qué te reís?

– Porque a nosotros nos pasó al revés.

– No te entiendo.

– Fuimos amigos hasta que salió con vos y cuando terminó con vos, dejamos de ser amigos…para ser novios. ¿Qué pasa…te cayó mal la noticia?, ¡no me digas que te pusiste celoso…!, un gavilán como vos no puede ser celoso.

– No, no…estoy sorprendido, nada más.

– Ahora nos vamos de vacaciones y volvemos a fines de febrero, ella deja la boutique y se viene a trabajar con nosotros a comienzos de marzo, que es cuando empieza la temporada.

– Ya lo tienen todo planeado.

– Y hay que ir pensando en exportar. ¡Las carteras y zapatos de Topsy van a recorrer el mundo!

———————————

Era una noche tórrida, de fines de enero y se había decidido volantear a la entrada del turno noche, porque era un horario en el que había menos matones del sindicato y menos custodia policial. También la cantidad de obreros era menor, pero lo que importaba era que el volante entrara a la fábrica. Volvimos a encontrarnos todos: Carlos, José, Mario, Bigote y yo. La juventud nos ayudó con seis compañeros. No habría mujeres esta vez, lo que pudiera pasar era incierto. El volante no sólo denunciaba la agresión al Alemán sino que responsabilizaba a la dirección local del gremio y la emparentaba con el golpe. Yo haría el control desde un bar que quedaba a una cuadra y media de la puerta de la fábrica. Me aposté allí a las nueve de la noche y uno a uno vi pasar a los compañeros que harían

la tarea, antes había hecho una llamada cualquiera desde el teléfono público del lugar para asegurarme que funcionara. Tenía en un pequeño sobre, que no debería abrir de no ser absolutamente necesario, las direcciones y teléfonos de todos los compañeros involucrados y debía hacerlo desaparecer si el involucrado resultara ser yo. Por supuesto, no podía asomarme a mirar y cuando escuché la sirena de entrada, empecé a transpirar. Mis compañeros estarían en la puerta. Carlos, Mario y Bigote armados. José también, pero mucho más lejos, porque trabajaba allí. Sólo participaría si las cosas se descarrilaban. Minutos después de las diez escuché una detonación y se me heló la sangre. Algunos salieron a la puerta. Sin moverme, puse toda mi atención a sus comentarios, ellos eran mis ojos. Se oyeron varias detonaciones más, entonces comprendí que era más sospechoso estar sentado en una mesa, que estar en la puerta con todos los demás, viendo lo que sucedía.

– Son tiros, ¿no? – pregunté estúpidamente.

– ¡Y que te parece muchacho…!

– ¿Qué es, un asalto…? – volví a preguntar.

– No, deben estar cueteando a los zurdos en la puerta de la fábrica.

– ¡Mirá si le van a tocar el culo a Curto…!

Me sentí como un hincha que se equivocó de hinchada. Pagué y volví a salir. Ya no había disparos y la gente volvía a sus lugares en el bar. No sabía hacia dónde ir. No veía a ninguno de mis compañeros. Estaba bañado en sudor, pero me dirigí a la puerta de la fábrica. Nunca como en ésa noche tuve tantos ojos. Mis oídos estaban tan alertas que hubiera podido percibir una pluma cayendo sobre un charco de agua. Al pasar por la esquina escuché una voz, que desde la oscuridad me decía "¡Volvé al bar!". Obedecí de inmediato, pero lo que no tenía era una razón para volver a entrar a ese lugar… ¡iban a sospechar! Entré y me dirigí al baño, mientras pensaba. No quería estar lejos del teléfono… ¡eso!… ¡hablar por teléfono!, eso podía ocuparme todo el tiempo mientras vigilaba el paso de los compañe-

ros. Llamé a Viviana para avisarle que llegaría más tarde, me preguntó qué estaba haciendo y le dije que estaba en un bar con amigos. Luego corté disimuladamente y fingí seguir hablando. Al rato entró Carlos. Nos sentamos a una mesa y pedimos una cerveza.

– Nos balearon.

– Alguno de los compañeros…

– No, ninguno. Pero no encontramos a Bigote y no está en la furgoneta.

– ¿Qué hacemos?

– Primero, quemá el sobre. El resto de los compañeros ya está camino a su casa.

Volví a entrar al baño y quemé el sobre. Al salir, Carlos no estaba. Me invadió el miedo. Tratando de comportarme con naturalidad fui a pagar la cerveza, pero ya estaba paga, eso me tranquilizó. Carlos me esperaba en la vereda.

– ¿Qué hacemos? – pregunté.

– Vamos a buscar a Bigote.

– ¿Pensás que está escondido?

– Eso espero.

Me preocupó el tono en el que Carlos lo dijo. El enfrentamiento había sido duro. No hice más preguntas. Caminamos en círculos, cuadras y cuadras, hasta que cerca de la estación de Bosch, escuchamos "¡Acá…acá…!". Distinguimos la figura de Bigote bajo un auto estacionado. Tenía la pistola en la mano, agarrotada de tal manera que nos fue difícil sacársela. Estaba tieso…no podía moverse, tuvimos que sacarlo arrastrando. Por suerte la furgoneta estaba a un par de cuadras, pero no podíamos ponerlo de pié. Lo cargamos de ambos lados y nos fuímos acercando al auto. En ese momento vimos acercarse una "patrulla" del sindicato. Carlos tomó el volante y salimos arando. Era cerca de medianoche cuando Florencia nos abrió

la puerta. Cuando vio a Bigote su expresión se transformó, nunca había visto en ella un impulso tan decidido.

– Pónganlo acá, en el sofá. ¿Estás herido?

– No dulce, estoy bien…salvo que no puedo moverme.

– Es por la tensión – expliqué, tratando de aliviar la situación.

– Nos balearon – agregó Carlos.

– Está bien, yo me quedo con él. Pueden irse…gracias por traerlo.

Pude percibir un reproche en esa despedida.

Bitácora

1975 – DICIEMBRE 28: Ahora pegaron los rusos, pero le chingaron fiero esta vez, los estaban esperando. Cincuenta muertos … todos pibes. Está mal decirles rusos, ellos pelean por lo mismo que nosotros, pero…¿no se dan cuenta de que así le hacen el juego a los golpistas? El Ejército está por todos lados y con esa ley que sacó Luder pueden llevarse a cualquiera.

1976 – ENERO 6: No sé por qué le compré una pelota, nunca jugué al fútbol. Bueno…al fútbol ni a nada. ¿Podés creer?, nunca en toda mi vida hice ningún deporte. ¡Ah, sí…!, cuando estaba en la secundaria, vóley. Pero desde que estoy en la cuadrilla, hago deporte todos los días. Como soy el más joven soy el que se sube a arreglar las señales, los viejos miran desde abajo y me alcanzan los materiales…aunque, también hacen el asado, no les voy a quitar eso. Somos cinco y nos llevamos bien. Hoy a la tarde es el acto. Esta vez me tocó también a mí ir de custodia. ¿Cómo será eso? Te digo la verdad… tengo un poco de cagaso.

1976 – ENERO 8: Me dieron una escopeta del 12, ¿te imaginás?, ¡yo que ni siquiera fui a cazar una sola vez! Estuve con Tegobi, en la terraza. A él le dieron una Itaka. También había compañeros de otras zonas. Hablaba el "Tata" y había que cuidarlo. Me pregunto por qué se arriesga así, podría escribir el discurso y repartirlo. Pero igual, no pasó nada. ¿Qué hubiera hecho si pasaba algo? Como no pasó, no te lo puedo decir. Pero creo que me hubiera jugado…era el "Tata", ¿no?

1976 – ENERO 12: Lastimaron al Alemán. Desde el anónimo que le metieron a Carlos en el armario de la fábrica, no habíamos tenido al enemigo tan cerca. ¿Y si a mí me mandaron a la cuadrilla para separarme de los compañeros? Ahí estoy con tres o cuatro, en la herrería, éramos como cincuenta. ¿Se habrán enterado que…? No, eso no te lo puedo contar, disculpame. ¿A vos qué te parece, no tendría que ir armado a laburar…? Ahora ya le perdí el miedo a las armas. Bueno…eso creo.

1976 – ENERO 14: Discusión con Elvira, resultado…Raulito se meó en la cama. ¡La reputa que la parió! Todo porque dije que le habían pegado al Alemán y que me sentía mal por eso. La otra vez fue por Sol, ¡la quiere sacrificar la muy turra!, dice que así está sufriendo. La perra está vieja y casi no se mueve, pero ¿por qué tiene que estar "sufriendo"? No todos los viejos "sufren" por ser viejos…¿no te parece? ¡Para qué te pregunto si nunca contestás!

1976 – FEBRERO 3: Bigote se quebró…pero no quiero hablar de eso. Esta es la última, en un rato va a volver Elvira del laburo y no quiero que me encuentre en pedo. ¿Qué le voy a explicar?, ¿que estoy así porque mi mejor amigo se fue del partido…? Ya la oigo "para vos cualquier excusa es buena". Pero esto me pegó fuerte, ¿sabés? Conozco a Tegobi desde la secundaria…cuando todavía se llamaba Juan. Yo entré al partido porque estaba él, antes era medio místico, yo. ¿Te acordás? ¡No, qué te vas a acordar si vos todavía no estabas! Ahora que me acuerdo, pronto va a ser tu cumpleaños, a ver…¡el quince! Ya pasaron tres años…ni me di cuenta. Dicen que cuando es así es porque se vivió con todo, pero yo siempre me acuerdo más de mis depresiones. Perdoname…estoy mal y no te quiero bajonear también a vos. Bueno…ésta sí…es la última, sino va a haber fandango con Elvira.

1976 – FEBRERO 15: ¡Feliz cumple, galán! Mirá lo que te compré…un forro de plástico. Es para el invierno, para que no te agarre

la humedad. Hoy es domingo y los domingos me gusta poner las cosas en orden. Aprovecho que Elvira va a almorzar con los viejos y yo pongo todo en orden. Encontré los boletos de cuando acompañamos a Cintia y a Adriana a la terminal. Los tiré. Para qué guardarlos si no hice nada cuando tuve la oportunidad. ¿Tuve la oportunidad? A veces creo que sí y a veces creo que no. Bueno…ya no importa. Ahora está Elvira, que cada día está más disconforme con la casa, con el barrio y conmigo. Todo volvió a ser como antes y no hace ni tres meses que nos mudamos.

1976 – FEBRERO 27: ¡Cuánto hacía que no me agarraba a trompadas…! Desde la secundaria, creo. Elvira puso el grito en el cielo, de exagerada que es, porque no me lastimó tanto. La ceja izquierda y un diente menos, bueno…qué va a hacer. No se la llevó de arriba. ¡Cómo le sangraba la nariz!, eso me dio pena, sabés…y el hijo de puta aprovechó y me madrugó. Ahí perdí el diente. Nos separó la gente de la cuadrilla. Me suspendieron una semana y al otro lo trasladaron. Era nuevo en la cuadrilla. Aguirre dice que puede ser un servicio, un provocador. Ni sé cómo empezó la discusión, pero se metió con Peche…y Peche es un compañero de 60 y pico que no podía hacerle frente, así que salté yo. Creo que estaban discutiendo sobre el discurso de Isabel, la semana pasada y Peche le dijo que ella tenía más cojones que él. ¡No, si es bravo el viejo…! ¡Y no sabés después…cuando me suspendieron…! Juntó a toda la gente de las cuadrillas y se plantó en las oficinas hasta que me levantaron la suspensión. Tiene unos huevos ese viejo…es un compañerazo.

1976 – MARZO 4: Hoy desempolvé el ajedrez y le enseñé a Raulito a poner las piezas. "No le enseñes juegos de grandes, jugá con él a sus juegos". ¿Quién iba a ser?, Elvira. Está engordando, señal de que la cosa no anda. Hacemos el amor a las perdidas y ella a veces no acaba. Eso me pone mal. ¿Machismo…?, no creo, nunca me sentí machista, pero quién sabe. Desculé que uno de los motivos de nuestras peleas es que nadie viene a visitarnos. Sí, como lo oís. Lo

que pasa es que mi casa es "casa tapada", sólo puede venir nuestra familia y los compañeros del zonal. No podemos invitar amigos, ¿entendés? Hablando de eso, ayer vino Flor a buscarme a la salida del laburo para decirme que Tegobi me quería ver y me dio la dirección. Me puso contento que me invitara. Voy a ir esta noche… después te cuento.

1976 – MARZO 17: Me tomé unas Leguis, pero estoy bien… ¡bien mamado! Como dice la gorda…¡siempre tengo una excusa! El Negro diría…"esa mina es una triste normal". ¡Brindo por eso…! Meta puntos suspensivos, nomás…¿te acordás de las manchas de humedad….? Qué loco estaba ¿no?…chupaba todos los días, no necesitaba excusas. Hoy estoy con Legui porque quería paladear algo dulce. Elvira volvió a casa de sus padres y se llevó a Raulito. Le pegué…¿a Raulito?…¡no, a ella! Me dijo no sé qué cosa porque no se me paró…¿con qué derecho? Ahora hace dos días que no voy a laburar. Lo que sí…voy a hacer pis a cada rato…ya vengo. Ya estoy de vuelta. Estuve mal en pegarle, ¿no? Parece que sí…soy machista. Cómo te envidio viejo Peche…por tu hogar…tu mujer… tus hijos y tu tremenda humildad. Por haber hecho tanto y no andar alardeando de eso…¡vos sí que sos millonario, viejo Peche…! Vos sí que sos millonario…con ese corazón tuyo donde cabemos todos tus compañeros…hasta yo…que vengo de otro palo. Sabés una cosa, galán…es la primera vez que estoy solo…hoy me di cuenta. Yo que siempre me creí un solitario…me las arreglé muy bien para no estar solo nunca. Primero mis viejos…después Elvira…después Bigote…después La Comuna…¡y Elvira otra vez! Sí…es la primera vez que estoy solo…y tengo miedo, mucho miedo, galán…y no sé a qué. Es un miedo que me viene de adentro…un miedo mezclado con presagios…no sé.

1976 – MARZO 21: Estoy mejor del miedo, pero todavía no se me fue. Te estuve releyendo todo, no sé por qué me agarró por ahí. ¡Cuántas pelotudeces te cargué al hombro! Todavía está la mancha, aquélla de ginebra, ¿te acordás? Y es cierto, cuando estoy en pedo

escribo con puntos suspensivos, ¿por qué será?, ¿me olvidaré de las comas? Me di cuenta de que en tres años el único viaje que hice fue aquél, a Bariloche, a vender chucherías. Qué bien la pasamos con Tegobi. La semana que viene me voy de vacaciones…¡sí!, ya me corresponde una semana. Arreglé con Elvira que me llevo a Raulito al mar. Tengo que reconocer que la gorda se portó. Podría haberse negado…con lo que le hice. Además, no está tan gorda. Se pone linda cuando nos separamos. Estuve mal en pegarle. Le pedí perdón pero no me lo aceptó. Lo voy a llevar a Gessel. ¿Estará todavía el boliche aquél? Voy a tener muchas cosas que contarte cuando vuelva. ¡Ah…!, y hablando de eso, Peche te quiere conocer, dice que no entiende cómo es eso de escribirse a uno mismo. Yo le dije que era como mandarle cartas a un amigo que nunca nos contesta. Me miró como diciendo "¿A éste qué le pasa?". Entonces le dije que te llevaba mañana. Además, yo también quiero que lo conozcas. Esta por jubilarse y si vieras cómo labura…desde que estoy en su cuadrilla aprendo todos los días algo nuevo, hasta hizo que me sintiera un poco…ferroviario.

Cuenta regresiva

– Yo creo que el Alemán se tiene que ir.

– Yo no estoy de acuerdo.

– Alemán…te cambiaron de sección. ¿Por qué hicieron eso?

– Por el volante que metimos.

– ¡No, Alemán…!, es porque el golpe está en marcha y vos lo seguís denunciando. Primero te palpan de armas, después te rompen una mano, ahora te cambian de sección.

– Estoy de acuerdo con Aguirre. No creo que esto sea un "castigo" del sindicato por lo del volante. Creo que es algo más grande.

– Yo creo que lo sacaron porque estaba en una sección "roncadora" nada más.

– Yo estoy de acuerdo con José. Cuando a mí me sacaron de Herrería, fue porque era la sección que movilizaba a todo el taller.

– Pero a vos no te golpearon, Mario.

– ¿Cómo que no…?

– A vos te montaron una provocación para echarte y la gente te defendió. Lo del compañero es distinto…yo creo que tiene que irse.

– Mirá flaco, si hicimos todo esto para llegar hasta acá…la verdad…

– "La verdad"…qué, José.

– ¿Valieron la pena los años de bloqueo a Fiat, para que ahora el Alemán se vaya porque el sindicato hizo que lo cambiaran de sección?

– No sabemos si Curto jugó o no, pero el hecho concreto es que lo pasaron a Depósito, donde no hay nadie…está aislado.

– Yo creo que el Alemán está en peligro.

– Y yo estoy de acuerdo con Carlos. Creo que el Alemán tiene que irse porque el golpe está cerca y no lo podemos proteger.

– ¿Puedo hablar?

– Claro, compañero.

– Ustedes me oyeron decir muchas veces, que a pesar de las bajas que hemos tenido en otras zonas, no teníamos que acobardarnos. Y lo repito hoy, estamos para dirigir y no para ocultar a los dirigentes. Pido quedarme en la planta hasta el golpe y después evaluamos, de acuerdo a como vengan las cosas.

– Propongo que votemos.

– Yo creo que tenemos que seguir discutiendo.

– No Carlos, son más de las diez de la noche, cumplamos las reglas.

– Está bien, votemos.

– Tres a dos…el Alemán se queda.

———————————

– ¿Qué pasó con el diente?

– Me agarré a trompadas con un tipo de la cuadrilla.

– ¿"Cuadrilla"…qué cuadrilla…?

– Claro, vos no sabés…me mandaron a la cuadrilla.

– ¿A las vías?

– Sí, desde comienzos de enero. Me dijeron que era por un par de semanas, pero sigo ahí.

– Por lo menos no se te van a quemar los huevos.

– Justo que había afiliado un par de compañeros.

– Si te escucha Aguirre, te mata.

– ¡Tenés razón, no me di cuenta…!

– Se te escapó. Además…yo ya no estoy en el partido.

– ¿Cómo te sentís?

– No sirvo para militante…quedó demostrado.

– Ninguno de nosotros sabe qué va a pasar cuando tengamos que usar las armas.

– Yo ya lo sé. Ahora tengo que pensar en mi familia.

– "Tu familia"…suena lindo como lo decís.

– Sí, Mario…estoy muy enamorado y muy ansioso de ser papá. En este momento ni siquiera me entusiasma ser un cantautor. Lo retomaré después, no sé. Pero estuve a punto de perderlo todo…y ahí es cuando se tiene claro lo que a uno le importa.

– Nunca te oí hablar así, pero te entiendo…y no te juzgo.

– Ya lo sé, hermano. Sé que vos entendés y con eso me basta. Lo mío es la guitarra y ahora mi familia. Sabés…no creo que el golpe vaya a traer la revolución. Nadie va a salir a defenderla. Ahora que hablo menos y escucho más lo que dice la gente, me doy cuenta lo equivocado que estaba.

———————————

Ese mismo día, seis de marzo, cuatro años atrás…moría mi padre. "¿Qué diría si me viera ahora, en una asamblea de municipales?" – pensé. El odiaba a los municipales, decía que eran todos vagos. Yo había sido elegido delegado de Despacho y la asamblea se había convocado para decidir medidas de fuerza. Había tenido un encuentro previo con Aguirre para analizar la situación y evitar que la lucha se desviara del municipio y le pegara al gobierno nacional. Hubiera sido necesario un organismo para discutir entre todos, pero el compañero municipal se había ido del partido porque no estaba de

acuerdo con defender a Isabel y yo, aunque colocaba muchos "Nueva Hora", no había afiliado a nadie. Montero, el delegado general, me miraba con gesto desconfiado. Viviana había terminado su horario y se había ido a casa. Los municipales estábamos en lucha por aumento salarial, lo conseguido en paritarias ya no alcanzaba para nada. El argumento que esgrimió un compañero de otra oficina fue que estábamos obligados a luchar por aumentos todos los meses porque Isabel no sabía cómo parar la inflación. Cuando hablé de que se había iniciado la cuenta regresiva para un golpe de estado, hubo inquietud. La mayoría consideraba que mi posición era alarmista. Uno de los delegados llegó a decir que, de todos modos, cualquier cosa era mejor que Isabel. Cuando habló Montero, sin embargo, me sorprendió al apoyar mi punto de vista diciendo "Es mejor tener los ojos abiertos…hay malestar en el ejército y no vaya a ser que lo que dijo Ferrari se haga realidad. A este gobierno, mal o bien lo elegimos todos, a los jefes militares no".

———————————

– Sí, ya se repuso, pero todavía le queda como un temblor, a veces, en el cuerpo.

– ¿Le dijiste que me gustaría hablar con él?

– Sí, pero no quiere hablar con nadie. Le llevé el diario para que estuviera informado y tampoco lo quiso. "No quiero saber más nada con la política – me dijo – Estuve a un paso de perderlo todo y ahí es cuando uno se da cuenta lo que le importa".

– ¿Y vos qué pensás de eso?

– Mirá, Aguirre…yo soy muy amigo de él, no te puedo dar una opinión objetiva.

– No es lo que te estoy pidiendo, Mario…quiero que me digas qué sentís vos.

– A mí me duele que no esté en el partido. Al comienzo me sentí como traicionado.

– ¿Y ahora?

– Creo que vio la muerte cerca y nadie sabe cómo va a reaccionar después de eso.

– Es cierto…pero también es cierto que en parte depende de cómo uno se prepare para enfrentarla.

– No creo que alguien sepa "prepararse" para morir.

– No dije "para morir"…dije "para enfrentarla".

– No te entiendo.

– Hace años, estábamos en una reunión con los compañeros del SMATA Córdoba. Yo había ido porque el Alemán había entrado a Fiat y quería aprender de la experiencia cordobesa para poder ayudarlo a construir la Primero de Mayo ahí. En un descanso salimos al balcón y el gordo Antonio de pronto se quedó mirando para abajo, estábamos en un quinto piso. Me acerqué y le pregunté en qué estaba pensando. Me miró a los ojos y me dijo "¿Estás dispuesto a morir por la revolución?". No supe qué contestarle. Con el tiempo me hice muchas veces esa misma pregunta y cuando los veo a ustedes, los más jóvenes, ponerse un arma en el cinto, me pregunto si alguna vez se la hicieron.

– Lo que pasa es que no es lo mismo jugarse por Isabel que por la revolución.

– Un verdadero comunista, siempre que arriesga su vida lo hace por la revolución. El golpe va a ensangrentar el país y va traer dolor y sufrimiento. Por eso arriesgamos nuestras vidas hoy…no por Isabel Perón. Es fácil ser comunista cuando la revolución está en curso, es ahora cuando es difícil, eso decía Lenin. Sería bueno que todos nos hiciéramos cada tanto la pregunta del gordo Antonio. Creo que para estar bien parado a la hora de enfrentar a la muerte, primero…hay que estar dispuesto a morir.

———————————

– ¡¿Qué te pasó, mi amor…?!

– No te asustes Rita, no es nada.

– ¡Mirá el golpe que tenés en la cabeza…!

– No es nada…traéme un poco de hielo.

– ¿Por qué no te hiciste atender en la fábrica?

– El médico se había ido.

– Acá tenés…

– Dejá, yo me lo pongo. Seguí haciendo lo que estabas haciendo.

– No, hasta que me digas qué pasó.

– Volvía para la sección, después de una reunión del Cuerpo de delegados con la gente del sindicato, y uno de los matones me siguió y me encañonó.

– ¿Cómo que "te encañonó"…?

– Se puso al lado mío y me apoyó una pistola en las costillas. Que me dejara de joder con lo del golpe y de defender a "la yegua", etc.

– No vuelvas a la fábrica, Carlos.

– Fue mi culpa…me corté solo, no esperé a Suárez ni al Pelado, siempre ando con ellos. Y el culatazo me lo comí porque le quise manotear el arma.

– ¡Te pudo haber matado, Carlos…!

– ¿Adentro de la fábrica?, no Rita, no comen vidrio. Ahí estoy más seguro que acá.

– ¿Pensás volver…?

– Si no lo hiciera sería un desertor. ¿Te gustaría ser la esposa de un desertor?

– No te entiendo, votás para que el Alemán se vaya de la fábrica porque está en riesgo, pero a vos te encañonan y decidís quedarte.

– Al Alemán lo aislaron, lo sacaron de su sección. Yo estoy rodeado de compañeros.

– Prefiero ser la esposa de un desertor, antes que perderte.

– A mí no me gustaría que vos abandonaras la escuela.

– ¿Aunque un matón me amenazara de muerte…?

– No son ellos los que nos van a buscar cuando den el golpe…va a ser el Ejército.

– Yo creo que tenés que irte. Hay otros compañeros en la fábrica.

– No puedo dejarlos solos, Rita. Suárez y el Pelado se afiliaron hace poco. Además soy delegado…está la gente…

– Podés ayudar desde afuera. ¿Por qué no lo hablás con Aguirre?

– Cuando den el golpe yo quiero estar adentro, Rita.

– Sos igual que el Alemán.

———————————

Había estado toda la tarde con Amanda. Hablamos durante horas, los dos estábamos preocupados. Yo le confesaba que aunque sabía qué tenía que hacer el día del golpe, no sabía si iba a ser capaz de hacerlo. No se lo había dicho ni a mis compañeros del partido. Ella estaba preocupada por lo que pudiera pasarme. ¡Hasta me ofreció su departamento si tenía que esconderme! Estaba viviendo con una amiga en ese entonces, bromeé sobre el hecho de vivir con dos mujeres y nos escapamos del tema, imaginando insólitas situaciones. Al besarla, antes de irme, sentí deseos…pero ella se negó esa vez. Lo que habíamos hablado sobre el golpe había calado hondo y estaba asustada. Cuando llegué a casa esa noche, Viviana estaba poniendo la mesa.

– ¿Otra reunión…?

– Sí.

No me sentía infiel, aunque sabía que lo era. Tenía la sensación de que mi relación con Amanda era natural y que no tenía motivos para sentir remordimiento. La veía servir la comida y me preguntaba

si me sería indiferente que ella hiciera lo mismo con otro hombre. "Creo que sí" – pensé. ¿Qué tipo de relación era ésa?

– ¿Por qué no te quedás cuando hay asambleas?

– Porque no me interesan.

– ¿No te importa que estén por dar un golpe de Estado?

– Con golpe o sin golpe vamos a tener que seguir trabajando mucho y ganando poco. Tengo los pies en la tierra, Pablo.

– Va a morir gente, Viviana…gente inocente…trabajadores.

– Todos los días muere "gente inocente" y "trabajadores". Violencia es lo que sobra. Comamos, que se enfría.

———————————

– No estoy de acuerdo con que te quedes en la fábrica.

– Ya se decidió en el organismo, Mariana.

– Soy tu mujer…tengo algún derecho, ¿no?

– Tengo que respetar la decisión de los compañeros.

– Ellos no están en mi lugar.

– Yo estuve de acuerdo, Mariana.

– ¡El Alemán siempre está de acuerdo con ir al frente!

– Si dan el golpe vamos a evaluar otra vez mi situación y…

– ¡Qué sabemos lo que va a pasar cuando den el golpe!

– Tengo que estar en la fábrica para saber eso.

– ¡Tiene razón Aguirre, te están cercando!

– Estás exagerando, amor.

– ¿"Exagerando"? Te cambiaron al depósito donde sólo trabajan cinco obreros. A los otros compañeros los trasladaron de planta y la única "custodia" que tenés es José, que además, está en las oficinas.

– No me estás ayudando.

– ¡Es que tengo un mal presentimiento…!

– Los comunistas no nos guiamos por presentimientos.

– Yo soy comunista, pero también soy mujer.

———————————

– Esto está muy bueno.

– Ya veo…es el tercer plato que te comés.

– Hoy no almorcé…hubo una asamblea y hablaba el Alemán. Tenía que estar ahí.

– Después del golpe, ¿vas a seguir yendo armado a la fábrica?

– Lo decidirá el organismo.

– Si van a decidir como hicieron con el Alemán, te van a pedir que lleves una FAL.

– "Un" FAL, Paula…

– ¡Bueno, qué se yo! Estoy hablando de algo serio, Jóse…creo que se está tomando con mucha ligereza lo del golpe.

– ¿"Ligereza"…? Hace más de un año que nos estamos preparando. Hicimos un montón de prácticas de tiro y nos estamos reuniendo casi todos los días.

– ¡Me lo vas a decir a mí…! Estaba pensando en escribirte.

– No es para tanto.

– ¿Ves…?, eso es lo que estoy criticando. ¿No es suficiente con lo que le pasó al Alemán, a Carlos, a Mario y a Bigote? Sin contar a los compañeros que asesinaron. ¡Creo que es una ola muy alta la que viene, Jóse…y nosotros no estamos preparados para enfrentarla!

– No llores…sabés que me mata verte llorar. Vení, dame un abrazo fuerte, fuerte…así. No vamos a enfrentar solos, Paula.

– ¿Piensan que el pueblo se va a levantar…?

– No sabemos.

– ¡Porque no van al almacén! Nadie va a mover un dedo, Jóse.

– Quedate tranquila…si el pueblo no sale a la calle, tampoco vamos a salir nosotros.

El golpe

Viviana dormía. Encendí la radio como todas las mañanas a las seis, mientras preparaba el mate. Me llamó la atención una marcada interferencia. Moví el dial y acomodé la antena, pero nada. La apagué. Mate en mano salí al balcón. Era un día fresco y algo nublado. Al rato me pareció oír una marcha militar en la radio de un vecino. Encendí la radio nuevamente…y allí estaba, el día había llegado. Sentí una extraña emoción, mezcla de miedo y entusiasmo. Saqué el 22, revisé su carga y lo acomodé en el cinto a la espalda, como había hecho el día que fuimos a la puerta de la Brigada aérea de Morón. Volví a recordar las palabras de Araujo, aquélla noche, en la ocupación…"Las armas las tiene que usar el pueblo, cuando esté decidido a hacerlo". ¿Qué pasaría con ese pueblo peronista?, ¿estaría decidido a empuñarlas para defender a su presidenta? Pronto lo sabría. Cuando estaba por ponerme la campera…

– Me dijiste que era para defensa personal.

– Es para defensa personal…no voy a matar a nadie.

– ¡Por supuesto! Lo más probable es que te maten a vos. Ellos son asesinos profesionales…vos sos maestro.

– Mao Tsé Tung también era maestro, y un día tuvo que empuñar las armas.

– Pero no estamos en China y vos no sos "Mao Tsé Tung".

– Hay momentos en los que hay que ser, lo que hace falta que uno sea. Dieron el golpe…de nada sirve un maestro.

– Ese revólver no tiene nada que ver con vos. Te van a matar y yo no quiero estar…

Su voz se quebró y contuvo el llanto. La abracé y le di un beso en la frente. Volvió al dormitorio y cerró la puerta…la oí llorar. Algo muy profundo empezó a invadirme, ¿se alzaría el pueblo en armas?, ¿vendría la revolución después? Me di cuenta entonces de que en mi entusiasmo, me había puesto el arma al cinto sin detenerme a pensar lo que estaba haciendo. Volví a asomarme al balcón, no se escuchaba nada fuera de lo habitual. Parecía un día como cualquier otro… aquel 24 de marzo de 1976.

———————————

– ¿Dónde están todos esos que se subían a hablar del "delirio" del golpe?, ¿dónde están los que me amenazaron porque "asustaba a la gente"? ¡Yo no veo ningún asustado en esta asamblea, compañeros! Asustados están los de la puerta que no me querían dejar entrar. ¿Y saben por qué?, porque estoy acá para defender a un gobierno democrático…¡y ellos son golpistas!

– Yo también estoy dispuesto a enfrentar el golpe.

– Y yo…

– ¿Quién más, compañeros? ¡Vamos…!

– No está el horno para bollos, Quiroga. Te seguimos siempre… pero hoy es distinto.

– Comparto lo que dice, acá, el compañero. Si hacemos quilombo se nos van a meter los milicos adentro.

– Los milicos van a entrar igual, compañeros.

– ¿Usted qué propone hacer, Quiroga?

– Parar la planta y sacar un comunicado advirtiendo que no vamos a laburar hasta que no liberen a la presidenta y vuelvan a los cuarteles.

– Es razonable lo que usted dice, pero…¿de qué va a servir que paremos nosotros si está todo el país laburando?

– En otras fábricas se está discutiendo lo mismo, compañeros, es muy posible que se nos sumen.

– "Posible", Quiroga…pero no seguro. Vamos a ser "cabeza de turco".

– Nadie está hablando de enfrentar a los milicos, compañeros, lo que Carlos propone es hacer público nuestro repudio al golpe, nada más.

– No hace falta un paro, para eso. Que la interna lea el comunicado en la asamblea y después de aprobarlo que se lleve a las radios y a los diarios.

– Las radios están en cadena nacional y los diarios en manos de los golpistas. La única forma de que nos oigan es parando la planta.

– Yo estoy de acuerdo con lo que dice Suárez, pero creo que el paro no puede ser salvaje en estas circunstancias. Yo propongo que paremos una hora por turno.

– ¿Y hasta cuándo, compañeros? ¿Un día…una semana…?

– Yo creo que tenemos que decidirlo día a día, según cómo venga la mano.

– Estoy de acuerdo con el Pelado.

– A ver, compañeros…la moción sería: Primero, parar desde hoy una hora por turno y decidir en asamblea, día a día, cómo seguir. Segundo, sacar un comunicado de repudio al golpe de Estado, aprobado en asamblea general.

– ¡Que se vote, Quiroga!

– ¿Hay alguna otra moción, compañeros…? Bien…que levanten la mano los que están de acuerdo.

———————————

– ¿"Asamblea"…? Yo te aconsejaría que desaparezcas, Pablo. Ahora va a empezar la caza de brujas y vos sos delegado.

– Yo pienso lo mismo. Creo que tenés que borrarte…por lo menos un tiempo.

– Podés pedir una licencia y nosotros te mantenemos informado.

– Claro, por ahí no pasa nada y después podés volver.

– ¿Ustedes no piensan hacer nada?

– "Nadie"…piensa hacer nada, Pablo. Esto ya no daba para más.

– El único que quiere hacer algo sos vos o tu partido, no sé, pero te repito, creo que es un mal momento.

– Pedite una licencia…nosotros te avisamos.

Me conmovió la preocupación de mis compañeros por protegerme y se los agradecí. Pero una sensación contradictoria empezaba a cambiar mi ánimo. Fui a buscar a Montero, estaba en su oficina con dos delegados que siempre andaban con él.

– Tenía razón, Ferrari…desgraciadamente tenía razón.

– Tendríamos que llamar a una asamblea, ¿no le parece?

– ¿Escuchó la radio…? Una reunión de más de tres personas se considera como "actitud sediciosa".

– Esto que estamos haciendo acá, es "subversivo" – resaltó uno de los delegados.

– ¡Y vos querés hacer una asamblea…! – agregó el otro.

– ¿Y qué vamos a hacer…obedecer…?

– Tienen el poder, Ferrari…y las armas para defenderlo – contestó Montero.

– ¿Viste alguna manifestación en la calle? – preguntó uno de los delegados.

– Toda la gente fue a trabajar…los chicos al colegio…las mujeres al mercado – aclaró el otro – el único que está alborotado sos vos.

– ¿"Alborotado"…? ¿ustedes saben lo que se viene ahora? Van a despedir a miles, van a perseguir a los dirigentes, los van a encarcelar o a matar. Va a correr mucha sangre en este país.

– ¿Cómo está tan seguro de todo eso?

– ¡Porque ya pasó antes…!

Mi vehemencia no se condecía con mi experiencia. Hablaba de otros golpes de Estado, de los que me había enterado a partir de la militancia, pero que en su momento ignoré. Montero estaba al tanto de eso y me miraba con un gesto condescendiente.

– No podemos quedarnos de brazos cruzados, por lo menos tenemos que saber lo que piensa la gente. Llame a una asamblea, Montero…usted es el delegado general, yo lo acompaño.

– Admiro su actitud, pero en este gremio somos organizados. Yo tengo que esperar órdenes del sindicato.

– ¡Pero a esta hora debe estar intervenido…!

– Intervinieron a los pesados…SMATA, UOM, Textiles – dijo uno de los delegados.

– Somos municipales, no creo que nos intervengan a nosotros – concluyó Montero.

Montero se equivocaba, unas horas después recibiría órdenes de un coronel. Pero el hecho es que ese día, me sentí muy solo. Me imaginaba tomando la municipalidad, colgando carteles contra el golpe, organizando la columna que iría a Plaza de mayo…"¡qué estúpido!" – pensé – "¡qué desubicado!"…nadie va a hacer nada. Eran las diez de la mañana y la Municipalidad se desenvolvía normalmente. Dejé mi escritorio y me acerqué a las ventanillas para oír los comentarios…¡nadie decía una palabra! Me sobresaltó la voz de uno de mis compañeros…

– ¿Tenés frío?

– No – respondí – ¿por qué?

– Como tenés la campera puesta…

Recordé el revólver…sentí su peso en el cinto, a mi espalda. De pronto temí que se cayera y se disparara. No había pensado en eso.

Me sentía ridículo.

– Ah…sí…con todo esto que está pasando, no me di cuenta.

– ¿Tu mujer no viene hoy?

– Día femenino.

– ¡Uh…!, se ponen terribles.

– Sí…la dejé bastante mal esta mañana.

– Andá a verla, nosotros te cubrimos.

– Y pedí una licencia, hacemos caso.

Llegué a la parada del colectivo y una mujer mayor discutía con su esposo sobre la ropa que éste traía puesta. Sí…esa mañana yo parecía ser el único que estaba "en otro canal". Luego supe que no había sido así en todas partes y que había habido paros y hasta ocupaciones de fábrica en respuesta al golpe. Eso me tranquilizó, pero de todos modos, no era la respuesta que yo esperaba. Me sentía decepcionado.

———————————

– ¿No pudieron sacar una asamblea…?

– El sindicato jugó fuerte, había muchos matones. Nosotros llamamos, pero la gente prefirió irse a su casa.

– Tenés que irte.

– ¡Otra vez, Mariana…!

– ¡Tenés que irte!

– Toda esa gente son mis compañeros, ¡confían en mí!, ¿entendés? ¿Querés que renuncie a luchar…?

– ¡Ellos se fueron a su casa! ¡No estás en condiciones de luchar, amor…estás solo! Ni siquiera pudiste lograr una asamblea.

– Tal vez salga mañana.

– ¡Te van a ir a buscar!

– El lunes se reúne el organismo y ahí vamos a decidir.

– ¡No vayas a la fábrica, Rodolfo…!

– Hasta el lunes, Mariana…¿sí?

– ¿Dónde quedaron todos nuestros sueños?

– Ninguno se va a realizar si el golpe triunfa.

– Siempre tenés respuestas…

———————————

– Más de setecientas manos en alto, las dos terceras partes del turno.

– ¡Bien, carajo…!

– Suárez y el Pelado jugaron con todo.

– Mandales un abrazo de mi parte.

– ¿Cómo les fue a José y al Alemán?

– Ahí viene más dura. No pudieron sacar una asamblea.

– Y eso que Lorenzo Miguel se declaró contra el golpe.

– Pero en Fiat dirige Curto…y ése se quedó callado.

– Aguirre…el lunes tenemos que discutir qué va a hacer el Alemán.

– El Alemán se va a querer quedar…

– Espero que seamos mayoría, esta vez.

———————————

– Te busca un tal "Peche".

– No conozco ningún "Peche"…¿qué aspecto tiene?

– Si fuera un cana no vendría solo ni preguntaría por vos.

– Tenés razón…estoy un poco nervioso.

– Ya te dijimos lo que tenés que hacer, ¡pero sos tan cabezón…!

Me acerqué al mostrador. "Peche" era un hombre retacón, de unos sesenta años y mirada tranquila. Hablaba pausado y con un ligero acento del interior.

– ¿Usted es Pablo, el que escribe?

– Bueno…sí…

– Vengo de parte de Elvira, la mujer de Mario. Yo trabajo en la misma cuadrilla que él.

– ¿Elvira…? ¿Qué pasó?

– No se asuste, Mario está bien…pero lo balearon.

– ¡Cómo que lo balearon…! ¿Cuándo?

– Un día antes de…bueno, usted sabe. Estábamos terminando un trabajo en una señal y él se subió al soporte. Entonces oímos tiros que parecían venir de un galpón ahí cerca. Uno de los muchachos gritó y vimos a Mario que sangraba por la espalda y había quedado colgado del cinturón. Subimos y lo desenganchamos, respiraba mal. Rajamos con la chata para el policlínico, ahí lo operaron de urgencia y salió bien. Hicimos llamar a su esposa. Ella cayó al ratito y se la veía muy mal. Se quedó con él. Nosotros nos turnamos para ir a verlo, pero no nos dejan entrar, está en Terapia intensiva.

– ¿Y por qué Elvira me manda a avisar recién ahora…?

– No sé, a mí no me dijo nada…ni siquiera la conocíamos.

"En realidad, yo tampoco" – pensé – mientras estrechaba la mano de aquél hombre. Las pocas veces que nos habíamos encontrado en La Comuna, Elvira y yo hablamos de cosas banales…aunque sí, tal vez era conmigo con el que más hablaba. Cuando salí me fui al policlínico. Ella estaba sola, sentada en una banqueta, con la mirada perdida. No notó mi presencia hasta que estuve muy cerca.

– Gracias por venir. No tenía a quién llamar, no sé dónde están todos ustedes ahora. Mario me había comentado que trabajabas en la Municipalidad. Sólo sabía tu nombre y que escribías. Suerte que Peche pudo encontrarte.

– Recién me acabo de enterar. Quiénes fueron…¿no sabés?

– Nadie sabe nada, pero no le tiraron a la cuadrilla, le tiraron a él.

– ¿Lo habían amenazado?

– No, que yo sepa. Hace un tiempo que estamos separados. Yo estoy viviendo con mis viejos ahora.

– Tengo que ir a avisarle a Aguirre.

– ¡No…!

– Es el secretario de la zona…tengo que avisarle.

– Sí, lo conozco…pero Mario no puede ver a nadie. Por eso te mandé a buscar.

– ¿Qué le pasa?

– El segundo día que vine a verlo, empezó a decirme que su hermana y yo lo habíamos mandado a matar. Se puso muy mal y empezó a gritarme de todo. Yo no…

Se lanzó a llorar con desesperación, apenas pudo contarme que los médicos habían diagnosticado una psicosis.

– "Paranoide…postraumática" creo. Por eso lo tienen en Terapia, está con sedación.

– ¿Podré entrar a verlo?

– El psiquiatra dijo que no era conveniente que viera a personas involucradas con sus fabulaciones.

– ¿Y yo estoy involucrado?

– Dice que vos vendiste a Bigote, el día que lo balearon en Fiat.

Fui al policlínico casi todos los días, hasta que lo pasaron a sala general. Elvira pudo entrar a verlo, pero me decía que ni siquiera la miraba. Finalmente hablé con el médico y le pedí que me dejara

entrar. Al hacerlo, me aterró su mirada. No era la mirada de Mario. No contestó ninguna de mis preguntas y cuando quise acercarme a la cama se escondió bajo las sábanas. Me fui. No lo sabía entonces, pero ésa sería la última vez que lo vería.

———————————

– ¡Se lo llevaron, Paula, se lo llevaron…!

– ¡Jóse, vení por favor…!

– ¿Qué pasa?

– Ayudame, se desmayó.

– Pongámosla en el sofá. ¡Qué pasó…!

– Se llevaron al Alemán.

– Mariana…Mariana…soy yo, José…¿me oís?

– Ahí abre los ojos.

– Soy José…tranquila…¿me oís?

– Se llevaron a mi amor…

– ¿Cuándo se lo llevaron?

– Hoy al mediodía, cuando salía de la planta. La custodia de la fábrica no vio nada. Me dijo un kiosquero que vio parar un auto y se bajaron cuatro tipos.

– Paula…prepará un poco de café.

– ¡Yo sabía…yo sabía…! Le dije que no fuera a trabajar y me dijo que eso lo tenía que decidir el organismo.

– Nos íbamos a reunir el lunes.

– ¡Tarde…ya es muy tarde…!

– No desesperes…vamos a movernos rápido.

– Yo tenía un mal presentimiento.

– Ahora vas a tomar un café…y después recorremos las comisarías.

– Ya las recorrí.

– No tenés que hacer esas cosas sola.

– Acá está el café…

– ¡No me digas lo que tengo que hacer, José!

– Disculpame.

– ¿Por qué no lo sacaron antes?

– Está bien, Mariana…no es hora de buscar culpables, es hora de buscarlo a él.

– Perdoname, Paula…estoy muy mal.

– Hoy te quedás con nosotros y mañana temprano consultamos con Aguirre cuáles son los pasos a seguir.

———————————

Nos reunimos en una casa prestada. Era muy peligroso hacerlo en casas de militantes, sobre todo cuando eran reuniones numerosas, y ésa lo era. Carlos, Rita, José, Paula, Aguirre y yo, sentados alrededor de una mesa. Paula preguntó…

– ¿Por qué no invitaron a Mariana?

– Se la invitó y dijo que no venía – contestó Aguirre en tono grave.

– Es entendible, está desesperada – opinó Rita.

– Es peor que eso – aclaró Aguirre – culpa al Comité de zona por la desaparición del Alemán. Hoy vamos a analizar esa situación.

– Propongo empezar por la situación política – propuso Carlos.

– ¿Hay acuerdo? – preguntó Aguirre. No hubo objeciones, entonces continuó – Nos pelaron la zona, compañeros. Sebastián y Bigote se fueron del partido, Mario está internado con un cuadro psiquiátrico y no sabemos dónde llevaron al Alemán. Los chicos de la jota están atemorizados. En la zona se reflejó claramente que

somos el blanco del enemigo, pero no sólo acá…tengo que darles una muy mala noticia, que recién nos llega ahora, porque hizo falta confirmarla. El mismo día del golpe, se llevaron a Salamanca. Por la información que estamos recibiendo se está usando una forma represiva distinta a la de otras dictaduras. No se puede encontrar a los detenidos en ninguna repartición policial ni militar. Los Hábeas Corpus se reciben pero no se responden. Hay operativos militares en todos los barrios y el ejército ocupó General Motors para impedir los paros por turno que se habían acordado. Es una dictadura fascista, sin lugar a dudas. Tengan una casa alternativa y estén muy atentos a la presencia sospechosa de autos o personas. Ya conseguimos un lugar seguro para Mariana, pero ella no se quiere ir del departamento. Paula, te iba a pedir que hablaras con ella, ustedes son muy amigas y quizás…

– Por supuesto que sí. Pero antes de hablar con ella quiero que discutamos lo del Alemán y cómo vamos a ayudar a Mariana en la búsqueda.

Aquélla reunión terminó muy tarde y fue muy dolorosa para todos. ¿Se había hecho lo correcto?, ¿se había aplicado bien la democracia partidaria, cuando se votó que el Alemán se quedara en la fábrica? Aguirre se criticó muy duramente. Por primera vez, vi a ese hombre llorar.

———————————

Los meses que siguieron ya no son motivo de este libro. Todos saben hoy, lo que vino después. Pero no puedo cerrar la historia sin contarles que Bigote y Florencia tuvieron tres hijas y que nunca se casaron. Bigote no fue cantautor como era su sueño. Empezó a componer música para teatro y entró al San Martín, donde hizo carrera. Murió hace pocos años. Mario fue dado de alta unos meses

después. Estaba muy medicado y bebía a escondidas. Fue a vivir a casa de sus padres y armó tremendos escándalos, hasta que un día tomó un micro a Puerto Madryn. Fueron a buscarlo pero no lo encontraron. Hoy no se sabe nada de él. Sebastián hizo mucho dinero con su socio y hasta llegaron a tener una sucursal de "Topsy" en Barcelona. Se casó con una jovencita de veinte años y tuvo dos hijos con ella. Se separaron pronto y ella se quedó con buena parte de su fortuna. Carlos y Rita se separaron definitivamente dos años después y él siguió en el "Tango dúo" hasta que murió el Pelado, víctima de una electrocución. Luego entró en una orquesta típica y allí conoció a su segunda esposa, la cantante, con la que tuvo dos hijos. Se alejó del partido, creo que en parte por la responsabilidad que sentía en la desaparición del Alemán y en parte por "diferencias de línea"– según sus palabras – en épocas de Alfonsín. Volvió a la militancia unos años después y hoy es uno de los pilares del partido en la zona. El quinto comunero…o sea yo, viví con Viviana dos años más, nos casamos civilmente y tuvimos un hijo que murió a los cuatro meses. Miguel, mi viejo amigo, hubiera sido el padrino. Nos separamos casi de inmediato. Después del mundial, me ganó el escepticismo y también abandoné la militancia. Me reincorporé dos años después, decidido a luchar, pero esta vez en el terreno de la Cultura. Tuve cuatro hijos maravillosos, dos varones y dos nenas que ya son hombres y mujeres. Me junté y me separé muchas veces, pero no volví a casarme ni a dejar la militancia, que ahora practico desde el teatro…toda mi pasión. ¡Ah…!, y al fin pude enamorarme de Amanda…pero ésa es otra historia. Carlos y yo nos vemos a menudo, y aunque no lo hablamos, los dos llevamos impresa la marca de La Comuna en nuestros corazones. A Paula y a José dejé de verlos hace años. Por Carlos supe que él estaba muy enfermo…y murió hace algunos meses. Fui entonces a visitar a Paula y me encontré con esa fortaleza que recordaba de ella. También estaba Rita. Fue muy lindo volver a vernos, aún en ésas circunstancias. Pocos días después de la partida de Mario, vino Peche a la Municipalidad y me trajo su diario…la "Bitácora" como él lo llamaba. "Lo trajo para mostrármelo un día… Lo encontramos en su armario". El Negro y Clarita

vivieron en Zufriategui algunos años y tuvieron dos hijos más, un varón y otra nena – hoy mujer – de la que soy padrino. A fines de julio del '76, el Negro me trajo una carta. "Llegó la semana pasada, es para Mario" – me dijo. Tiempo después, puse la carta de Adriana entre las páginas de la Bitácora y guardé a ambos en un cajón de mi escritorio. Cuánto dolor causó a mi generación esa horrenda dictadura. Cuántos sueños murieron inconclusos…cuántas vidas. Por eso hoy, cuando cada 24 de marzo Carlos y yo marchamos junto a miles llevando el rostro de Rodolfo Willimberg, el Alemán, que murió callado para que nosotros pudiéramos seguir luchando; cuando se ha sumado Miguel a nuestras filas y cuando vemos a los jóvenes cuadros que aparecen cada día a la cabeza de las luchas, nos sentimos orgullosos de aquélla "Comuna" que albergó a los pájaros de la victoria, como si fuera en una catedral. Hoy sabemos que el cielo está mucho más alto…pero seguimos decididos a ir por él.

Indice

Prólogo 7
La catedral de los pájaros 15

Primera Parte - La Comuna.....17
Sobreviviente 19
Bitácora 21
Regreso..... 23
Una isla en Zufriategui 25
Domingo electoral..... 31
Marchas triunfales..... 39
La Comuna..... 43
El cumpleaños de Mario 49
La "villa"..... 53
Bitácora 57
Café - Concert..... 61
Ezeiza 67
Encuentros..... 73
La noche del puchero..... 79
Derqui (1ª Parte)..... 85
Bitácora 95
Se agranda La Comuna..... 99
La gran asamblea 109

Segunda Parte - La Militancia.....115
Chile en llamas.....117
Filigranas..... 125
Fin de año..... 137
Bitácora 149
Derqui (2ª parte) 155
El casamiento del Negro 159
El Payró 163
La muerte de Perón..... 167
La ocupación 177
Aproximaciones 185
Bitácora 193
¡No a otro 55!..... 199
Fin de año.....207
Un verano caliente 213
Primeras lluvias.....229
El pequeño danés.....237
Paritarias.....241
Derqui (3ª parte) 247
Bitácora 257
Crisis 263
Tango dúo 269
Alegrías y tristezas 273
17 de octubre.....277
Las partidas 281

Tercera Parte - El Golpe..... 293
Bitácora 295
Mar de fondo.....299

Fin de año..... 307
Otro verano caliente 315
Bitácora 325
Cuenta regresiva 331
El golpe..... 341

Amanecía 1973 y atrás quedaba una noche que parecía definitivamente enterrada bajo nuestro entusiasmo. Éramos parte de ese viento insolente que recorría pueblos y ciudades. En él podíamos desplegar nuestras alas por primera vez. Aún percibo la fragancia de aquel tiempo febril…y algo suicida. Aquella "Belle Époque" que nos tocó vivir a los que veníamos de dictadura en dictadura, de cárceles y de "bastones largos".

Por ese tiempo nació y cobró vida "La Comuna". Así bautizamos a aquél afortunado encuentro de náufragos veinteañeros en una casona de la calle Zufriategui, a unos metros del Puente Saavedra. Una isla, que en sus comienzos se mantuvo lejos de las rutas marinas, pero que muy pronto fue invadida por el hervidero de la calle. Atrás quedaron los desvaríos metafísicos y esa bohemia pintoresca, pero algo ingenua, que nos había ganado en los '60.

Fueron años de intenso aprendizaje y vocación militante, que marcaron a fuego a nuestra generación, cambiando para siempre nuestras vidas. Dispuestos a defender cada minuto de aquella nueva existencia, nos desprendimos de esa suerte de harapos filosóficos con que se nos había vestido en épocas dictatoriales y abrazamos ideales luminosos. Hoy vuelvo a revivir las voces de quienes junto a mí, crecieron, amaron y lucharon bajo un sol, que se ocultó demasiado pronto.

Paso la mano sobre el cuero ajado de las tapas de la "Bitácora" y vuelven las imágenes de aquel breve tiempo de bonanza, entre 1973 y 1976, que muchos se empeñan en recordar como "violento", sospecho que con el afán de justificar lo que vino después. Yo prefiero llamar a mi generación… la generación prohibida.

Jorge Paladino

EA Editorial Agora